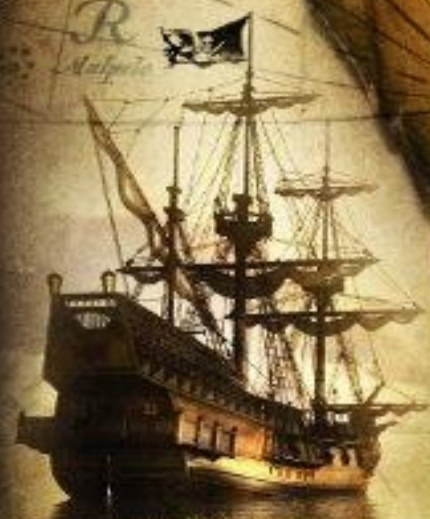


EDMUNDO DÍAZ CONDE

EL PRÍNCIPE DE LOS PIRATAS

NOVELA



*El pirata español más temido. Un tesoro llamado Panamá
La aventura más romántica que conocieron los mares*

Lectulandia

Hubo un tiempo en que corsarios británicos, bucaneros franceses y filibusteros holandeses eran los amos del Caribe. Pero poco se ha contado de piratas españoles como Íñigo Santa Cruz, forzado a convertirse en caballero de fortuna por una patria que desampara a sus propios hijos y los obliga a vagar por el mundo.

En aquella misma época también había tesoros fantásticos como el de la Dama del mar, por el que Henry Morgan organizará la mayor flota de filibusteros jamás conocida, ciudades como Panamá, que se dicen inexpugnables y encienden la codicia de los hombres, y mujeres como Elena, capaces de provocar la pasión y la ternura del corsario más insensible.

«El príncipe de los piratas» es la historia de Íñigo Santa Cruz —llamado Lefthand por los ingleses—, tan falsa como todas las leyendas y tan cierta como cualquier historia de piratas.

Lectulandia

Edmundo Díaz Conde

El príncipe de los piratas

ePub r1.0

Titivillus 20.12.15

Edmundo Díaz Conde, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



EDMUNDO DÍAZ CONDE

EL PRÍNCIPE DE
LOS
PIRATAS

*Como siempre, para Camino,
corazón y alma de esta historia*

Hay ferocidad en todas las pasiones, hasta en el amor mismo.

JOSEPH CONRAD

Hace falta cierta grandeza de espíritu para juzgar el patriotismo como merece; o bien una sinceridad de sentimientos que le está negada al vulgar refinamiento del pensamiento moderno, incapaz de comprender la augusta sencillez de un sentimiento que procede de la naturaleza misma de las cosas y de los hombres.

JOSEPH CONRAD

EL PRÍNCIPE DE LOS PIRATAS

Hubo un tiempo en que corsarios británicos, bucaneros franceses y filibusteros holandeses eran los amos del Caribe. Pero poco se ha contado de piratas españoles como Íñigo Santa Cruz, forzado a convertirse en caballero de fortuna por una patria que desampara a sus propios hijos y los obliga a vagar por el mundo.

En aquella misma época también había tesoros fantásticos como el de la Dama del mar, por el que Henry Morgan organizará la mayor flota de filibusteros jamás conocida, ciudades como Panamá, que se dicen inexpugnables y encienden la codicia de los hombres, y mujeres como Elena, capaces de provocar la pasión y la ternura del corsario más insensible.

El príncipe de los piratas es la historia de Íñigo Santa Cruz —llamado Lefthand por los ingleses—, tan falsa como todas las leyendas y tan cierta como cualquier historia de piratas.

COSTA JURÁSICA

CONDADO DE DEVONSHIRE

INGLATERRA

PRÓLOGO

ES UNA NOCHE SIN LUNA. El viento azota y castiga a vivos y muertos por igual. Poco a poco la tormenta se aproxima al camposanto.

Cuatro hombres alcanzan con esfuerzo la cima. La cuesta arranca en la playa, y como reina una oscuridad casi absoluta, el primero se abre camino iluminándose con un candil. Cierra el grupo el que lleva dos palas al hombro. Ante ellos, una planicie y el vetusto cementerio del acantilado. Desde allí, a la luz del día, se domina la ensenada y el vasto mar, ahora encrespándose.

Abajo, un buque de nombre *Ganymede* los aguarda. Tiene las vergas en cruz y el velamen recogido y arriado el pabellón con las tibias y la calavera.

La planicie está recubierta de maleza y árboles desnudos, con ramas que se crispan en el aire como manos artríticas. Hay lápidas de piedra ennegrecida. Lápidas que se yerguen no en vertical, sino inclinándose hacia cualquier lado. El fuerte viento aúlla, embiste, comba los árboles, barre la maleza.

De los cuatro hombres solo uno va tocado. A causa del viento irresistible lleva una mano sobre el tricornio. Con la otra se envuelve en un capote que se hincha por detrás. Su lugarteniente permanece en las sombras, tan alejado de la luz que su cara no se distingue. La luz del farol permite adivinar en él una figura esbelta que rezuma distinción. La empuñadura de un cuchillo reluce en su costado.

El hombre del tricornio se dirige al del candil sin sacarse la mano del sombrero. Abre la boca. Mueve los labios. Si no grita, cuando menos lo parece. Sus gestos le deforman las facciones, pero el aullido ensordecedor del viento impide que se le entienda. El subordinado alza el candil, ahueca una mano alrededor de la oreja y el pañuelo rojo que ciñe su cabeza sale volando.

Como el tiempo apremia, el jefe saca un trozo de papel arrugado. Con gestos bruscos se lo entrega al otro, que lo coge y empieza a leer: «Angelica Morgan (1604-1666)...». De pronto, a media lectura, una ráfaga de viento formidable se lo arranca de la mano. Desesperadamente da unos cuantos manotazos al aire, pero el papel se pierde en la oscuridad y se queda adherido a una cruz de piedra.

El hombre del candil, presa de un pánico mudo, se precipita hacia las tumbas. Rastrea cada lápida con afán. El viento silba, brama y aúlla sin remedio, sin clemencia, sin pausa. Por fin tiene enfrente la inscripción que busca y con el brazo en alto hace una señal al hombre del tricornio, que ya se aproxima.

Los subalternos empiezan a cavar. El montón de tierra, al borde de la fosa, crece. Unas cuantas paletadas más y el ataúd está a la vista. Lo fuerzan. Un rayo, seguido de un trueno estentóreo, ilumina el cementerio y la cara del hombre del tricornio resplandece.

Dentro, un esqueleto sin cabeza cuyas manos sujetan una funda de piel oscura.

Le pasan la funda al hombre del tricornio, que extrae un pergamino de ella y lo extiende como puede. Se trata de un mapa requemado por los bordes. El lugarteniente coge el candil. El viento sacude el mapa con violencia. Al fondo, unos jinetes se aproximan por el tortuoso sendero que nace en la aldea. Empieza a llover.

A los quince minutos la partida de hombres armados llega, por fin, al cementerio. A la luz de los faroles se ve cómo sus caballos resuellan vaho. Descabalgan todos menos uno que apoya la culata de su fusil contra la silla. Pronto dan con la tumba saqueada.

El jinete que falta por desmontar está a punto de hacerlo. Entonces, el viento desprende de una cruz de piedra un trozo de papel. Vuela hasta quedarse adherido al cañón de su fusil y el jinete lo atrapa. Ya no llueve, sin embargo, el papel está húmedo. Al leer las líneas borrosas se dibuja en su rostro la imagen del espanto. Descabalga y se acerca a la tumba.

Con consternación, observa el espectáculo sangriento de la fosa. Dos hombres acuchillados y un esqueleto sin cabeza. Mira la inscripción de la lápida: «Angelica Morgan (1604-1666)». Y como si no diera crédito vuelve a consultar el trozo de papel en el que reza lo siguiente: «Angelica Morgan (1604-1666). Tumba de *sir* Walter Duncan. El Corsario sin cabeza».

Se acercan todos al borde del acantilado. Abajo no se ve más que un punto de luz y unas sombras en la noche. Súbitamente, un relámpago permite distinguir un bote que aleja de la playa a los saqueadores de tumbas. Pero la claridad dura muy poco, lo justo para ver cómo el bote se dirige hacia una nave que tiene la bandera negra desplegada.

El resplandor desaparece y la detonación de un trueno estalla con estrépito y llena la bahía.

PRIMERA PARTE

LA FUGA DEL PRESIDIO

LOS MARTILLAZOS DE LOS CARPINTEROS que levantaban el patíbulo lo sacaron del sueño. En el ventanuco enrejado, el pequeño halcón se recortaba contra la luna menguante y, de repente, voló hasta posarse en su hombro.

El presidiario se incorporó en el catre empapado en sudor, se frotó los ojos y cogió al animal con ambas manos. Desplegó una de sus alas y la inspeccionó con mimo.

—Tranquilo, amiguito. Tranquilo —dijo soltando al animal, que volvió a posarse en el ventanuco.

Exhausto, se dejó caer en el catre y se quedó mirando la puerta del calabozo mientras recordaba el sueño, la pesadilla de siempre: El zafarrancho de combate y la misma batalla contra el mismo buque que gobernaba el comodoro inglés casado con una dama española, y por último su padre, su propio padre, atónito de verlo en cubierta en plena batalla, hasta que por fin...

Sobre el taburete que estaba junto al portón de la mazmorra yacía su sombrero, como una reliquia. Cruzó los brazos bajo la cabeza, cerró los ojos, inspiró hondo. Solo se oían los martillazos que eran, cómo ignorarlo, un toque prematuro de difuntos. Durante un interminable lapso de tiempo solo se oyeron los martillazos, cuando de manera inesperada, todo fue ahogado por un estruendo que desgarró el aire y resonó por las galerías. Aún era de noche cuando estalló el primer barril.

Al cabo de unos minutos las llamas sucedieron al humo con rapidez.

El olor a pólvora inundó un ambiente fétido, lóbrego, miserable. En la planta baja los presos empezaron a alarmarse cuando vieron una lluvia de chispas. Se oyeron gemidos y gritos. Enseguida, un crepitar inconfundible pareció reproducirse como el eco y las tinieblas se fueron replegando ante la furia de un incendio que devoraba las viejas maderas del presidio.

Una viga de grandes dimensiones se desprendió envuelta en llamas, se estrelló contra el empedrado y esparció chispas y trozos carbonizados. Las balaustradas de la escalera que conducía hasta el piso alto ardían y en algunos tramos todo el maderamen se venía abajo. Había docenas de calabozos abarrotados en cada planta, a uno y otro lado de los corredores que se bifurcaban en nuevas galerías. Y en cada una de esas mazmorras se oían gritos desventurados.

Poco después estalló un segundo barril. Y luego un tercero.

Todo pasó entre las tres y media y las cuatro menos cuarto de una madrugada de principios de junio. Y dentro de la cárcel de Madrid, solo un par de excéntricos tipos, que no eran precisamente centinelas, habrían podido esclarecer aquel soberbio desbarajuste.

Se trataba de dos hombres que vestían como el dúo de ramerías más estafalario

del reino. La pareja, librada a sus propios recursos, daba fin al trabajo para el que había sido contratada.

—¡¡Por los clavos de Cristo que esto va de mal en peor!! ¿No quedamos en que era «un incendio para distraer a los carceleros», animal? —preguntó un tipo bajándose el pañuelo de lunares que le amparaba del humo mientras giraba sobre sus talones. Blandía en una mano un cuchillo de dimensiones desproporcionadas a su estatura, y los últimos ricitos del pelucón se posaban en sus falsos pechos. El que le seguía, un sujeto que ocupaba holgadamente el triple, se detuvo como si le hubieran dado contraorden. De cuello para arriba los dos humeaban como antorchas recién extinguidas.

—A ver... No me metas prisa. —Se oyó la voz aterrorizada del gordo, a quien le había dado un tembleque—. ¡Me estás... me estás poniendo nervioso!

—¡Aaaahhgg! —dijo el de corta estatura—. Lo que te voy a poner es un ojo a la funerala. ¿Cómo es posible que a un cobardón como tú le pirre la pólvora?

—¡Ay, Melquíades! —dijo el monstruo, bañado en sudor frío y dando diente con diente—. ¡Qué va a ser de nosotros!

—¡Mira que te lo dije! ¡Te lo dije! Ginés, un pequeño incendio para distraer a los carceleros. Un par de barrilitos. Los llevamos en la mano. Igual que si fueran de vino. Mira que esto es una orgía, que vamos vestidos de putas... No te los metas bajo la falda, como la última vez... ¿Qué pasa si alguno de los carceleros te toca el culo? Pues nada, oye. ¡¡Al revés!! ¡¡Todo justo al revés!! —dijo, y agitó el cuchillo frente a la barriga del otro—. ¡¡Fíjate la corrida que acabas de organizar!! —Y sacándose el sombrero de cintas, estiró el brazo cuanto pudo y le propinó un golpe seco en la cabeza con él—. ¡¡Mentecato!! ¡A quién se le ocurre sacarse dos barrilitos de la falda! ¿Qué te pasa a ti con la pólvora? Suerte tendremos si salimos crudos de aquí. —Y se caló otra vez el sombrero.

—Me nace de mis adentros, Melquíades.

—¿El qué? ¿Qué te nace de tus adentros, becerro?

—La pólvora.

—¿La pólvora? ¿Qué pólvora?

—Me da seguridad —dijo el gordo estrechando contra el pecho un barrilito que palmoteaba con una mano.

—¡Quita de ahí! ¡Cuatro barrilitos! ¡Por san Dios! ¿Y la reacción de los carceleros al verte?

—Maravillados los dejé —dijo asintiendo con orgullo el gordinflón.

—¿Maravillados? ¡Los aterrorizaste, animal! ¡A ver a quién le gusta una puta que pesa más de doscientas libras! ¡Solo a ti, que tienes sesos de pollo en esa cocorota!

—Pues tú bien que podías haberte afeitado el bigote.

—Yo sé lo que me hago —dijo frunciendo el ceño—. Pregúntales a ellas, si no.

—¡Ay, Melquíades! ¡Vamos a morir!

—¡Voto al diablo que son molestas estas malditas faldas! —Y así diciendo,

Melquíades rasgó la falda con el cuchillo y al aire quedaron unas vistosas enaguas de encaje—. ¡Vamos, deprisa, deprisa! No perdamos más tiempo —ordenó limpiándose la pintura de labios con el dorso de una mano, y reanudaron la marcha escaleras arriba.

Llegaron al último piso con la lengua fuera y sin parar de correr. Las enaguas, con mucho más ligeras que las faldas, facilitaban la carrera de Melquíades. Por su parte, Ginés perseguía el frufrú de las enaguas de su hermano con el barrilito contra el pecho.

Aunque en general los presos tosían y gritaban, raro era aquel que hacía alguna observación al paso de semejantes velocidades. Los desdichados, que se aferraban a los barrotes de sus celdas locos de angustia, se quedaban mudos ante aquellas fugaces apariciones. Aún más, en medio de un incendio, para nadie era un alivio ver a una ramera monstruosa corriendo con las faldas en alto sujetas por el dobladillo, mientras otra, más bigotuda que un veterano de los tercios de Flandes, y ataviada con enaguas del color de la grana, la precedía como una centella.

En el fondo de la galería había un único calabozo. El calabozo estaba muy apartado del resto, protegido por un portón, y el portón, surcado por gruesos barrotes transversales y verticales. Por entre los huecos solo se veía un taburete de madera que iluminaba una antorcha próxima, y sobre el taburete, un sombrero de fieltro sucio.

—Señor capitán —susurró un ansioso Melquíades pegando la cara al portón. Los gritos de los presos eran cada vez más audibles—. Señor capitán, ¿estáis ahí? Si estáis ahí mostraos, que aún estamos a tiempo, señor.

A Melquíades le pareció ver algo. Al contrario que la mayoría de los otros presos, aquí nadie se había abalanzado contra los barrotes. Fijó la vista en el sombrero. ¿Era esta la mazmorra? Y su propia excitación, ¿obedecía a que el preso estaba condenado a la horca, o tenía que ver con la leyenda de ese hombre único, de ese diablo al que solo los ingleses se habían atrevido a apodar?

Con los vellos de punta, volvió a pegar la cara al portón. En eso, vio cómo una mano fuerte en apariencia pero insegura levantaba el sombrero y, ya en el aire, cómo el sombrero se desprendía de ella. A Melquíades le recorrió un escalofrío. Comprendió que el hombre por cuya causa arriesgaban la vida, que ese lobo entre los lobos, era el presidiario que estaba del otro lado.

—Señor capitán —dijo—. ¿Me estáis oyendo? ¡Señor Santa Cruz!

—¿Quién sois? —replicó una voz gruesa. La serenidad del tono sobrecogió a Melquíades, que casi sucumbió a la tentación de llamarle por su apodo.

—¿Estoy hablando con... el capitán Santa Cruz? —preguntó a la oscuridad.

—Vos lo habéis dicho.

—En ese caso, señor, perdonadme —dijo Melquíades, que se acercó a los barrotes—. Mirad esto. ¿Lo recordáis? —Era un diminuto pañuelo con bordados de flores. El blanco de la seda estaba amarillento. Al principio nada ocurrió, pero de repente una mano sucia y bronceada salió de la oscuridad y le arrebató el pañuelo

blanco, que dejó de verse. Al instante, una voz sofocada en la que vibraba una temblorosa nota de hostilidad, dijo:

—¿Y mi hija? ¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde está mi hija?

—Nada ha de ocurrirle si nos seguís. Venimos a liberaros, señor Santa Cruz —dijo Melquíades, que seguía sin ver a nadie.

—¡Escuchadme vos a mí! —Y el puño que aferraba el pañuelo salió por entre los barrotes—. Si hacéis que derrame una sola de sus lágrimas, viviréis para arrepentiros de ello. ¿Me habéis entendido, rufián? —Y tras una breve pausa, el presidiario se abalanzó contra los barrotes—. ¿Dónde tenéis a mi hija?

Melquíades dio un paso atrás. Tenía frente a él a ese hombre. El que según los rumores, había cobrado tantos botines en la mar como luego derrochado en las mesas de juego. Y abrumado como estaba, mucho le costó replicar.

—Está-está entendido, mi señor —tartamudeó—. Y creedme, no corre ningún riesgo. Más me está prohibido decir. Es imprescindible que nos acompañéis.

El presidiario contempló a Melquíades desde arriba, con la frente inclinada y los ojos bajos. Vestía ropas raídas. No tendría más de treinta años, la melena oscura le llegaba hasta los hombros y la barba endurecía unas facciones angulosas. Sus ojos, negros como el basalto, relucían como si volvieran de ardientes profundidades. Se hubiera dicho que unos ojos tales habían abdicado de la dicha bajo el peso de la culpa.

Poco después se oyó el bramido del último barril. Lo bastante violento como para provocar un caos en el ala oeste del presidio, y de paso, para descerrajar la puerta. En el aire flotó un humo negro. En tanto Ginés auxiliaba al presidiario, Melquíades se agachó, recogió un sombrero oscuro de ala ancha, le sacudió el polvo y se lo entregó a aquel hombre con timidez.

—Conducidme ante mi hija, y teneos por avisado —dijo el presidiario, que tomó el sombrero con mirada desafiante—. La palabra es cuanto le queda a un condenado a muerte.

Bajaron al sótano por las escaleras y atravesaron las cocinas. Al comprobar que la puerta que daba a la calle estaba cerrada, Melquíades dio una orden muda al gigante de su hermano, que arremetió contra ella.

El resto no se hizo esperar mucho. Los carceleros irrumpieron en las cocinas mientras afuera, en un oscuro callejón, Melquíades y Ginés se despojaban de sus disfraces. Un tercer tipo, que para extrañeza del presidiario era clavado al gordinflón de Ginés como una gota de agua a otra, y que respondía al nombre de Blas, le ayudó a poner el pie en el estribo. El tal Blas imitó a la perfección el resoplido del caballo, y seguidamente los cuatro salieron de allí picando espuelas. El pequeño halcón que planeaba sobre ellos los siguió a distancia.

A las afueras de Madrid enfilaron un camino arbolado, largo y oscuro como una noche de invierno, luego tomaron un desvío y siguieron en declive ascendente hacia la sierra por senderos pedregosos.

Rayaba el alba cuando las monturas, agotadas, se detuvieron a las puertas de un pequeño monasterio cuya sombra se recortaba contra el cielo sanguíneo.

Melquíades golpeó la puerta varias veces. Al poco, se oyó un chirrido. Melquíades se descubrió y dijo algo. El fraile, que vestía un hábito marrón oscuro y llevaba la capucha calada, guardó silencio sin levantar la vista y la pesada hoja, ruidosamente, se abrió para dejar paso a los tres hombres. El fraile echó una mirada recelosa al pequeño halcón, que había aterrizado en el antebrazo de Santa Cruz, y con los brazos por dentro de las mangas, les hizo recorrer un considerable tramo de claustro.

Varios frailes que miraban de reojo a los desconocidos, rastrillaban en los arriates del patio. A lo lejos, se oían voces implorantes que entonaban cantos gregorianos. El fraile que los guiaba cogió un fanal y se internaron en la noche del monasterio. Avanzaron por los pasillos como al encuentro de los cánticos. Los corredores estaban mal iluminados y el aire, de una densidad malsana, parecía impregnado de un olor acre y húmedo a incienso y a cera derretida. Cuando algún fraile se cruzaba con el grupo, bajaba la vista y sus pasos se perdían en la penumbra del corredor.

Poco después se detuvieron frente a una puerta. El fraile sacó una llave del bolsillo, y temblando, la introdujo en la cerradura y giró. Con un tímido gesto hizo pasar al presidiario y lo invitó a sentarse a una enorme mesa de roble en la que había un candelabro apagado. Después se escabulló de allí cenando la puerta con varias vueltas de llave.

La estancia debía de tener una amplitud sorprendente, pero la penumbra lo invadía casi todo y la luz, aunque débil, procedía de una sola dirección. Junto al ventanuco, alguien estaba sentado en un sillón de madera labrada. Se veía tan solo la parte inferior del asiento y un reposabrazos que tenía forma de voluta. Sobre el reposabrazos descansaba una mano muy bronceada que tenía cogidos unos guantes de gamuza negra y lucía un primoroso puño de encajes. Las piernas estaban separadas. Calzaba lustrosas botas de montar hasta la rodilla con el reborde vuelto, y sendas hebillas doradas en cada uno de los rebordes con las iniciales J. D. inscritas en ellas. Permaneció inmóvil como un ídolo.

Desde el ventanuco, el alba arrojaba un haz oblicuo que incidía parcialmente sobre el caballero, quien con excepción de la mano, tan solo era visible de cintura para abajo. El resto estaba inmerso en las sombras.

—De modo que vos sois el capitán Santa Cruz. —Salió una voz metálica de las tinieblas, y tras una pausa prosiguió—: Ante todo, dispensad por la burda artimaña con la que os hemos arrastrado hasta aquí. Vuestra hija está bien segura con su madre. Nada ha de temer por ella vuestra merced. Por desgracia, en nuestra patria es más fácil dar con un par de picaros para robar un pañuelo que con un oficial competente y leal a sus armas.

—¿Cómo está ella? ¿Dónde está mi hija? —preguntó el preso, que se puso en pie calmamente y sin pararse a pensarlo, palpó el lugar donde debiera estar su espada.

El halcón alzó el vuelo y se fue a posar en el respaldo de una silla.

—Os repito que vuestra hija está con su madre —replicó la voz desde la oscuridad.

Al fin el desconocido se levantó del asiento. Una de las hebillas emitió un destello fugaz. Dio un paso adelante y salió de las sombras.

El presidiario no se movió del sitio.

En cuanto al caballero, cualquiera habría dicho por su forma de vestir que se trataba de un hombre de calidad, ataviado como estaba con un sombrero de plumas. El presidiario llevaba el suyo calado, aún con rastros de hollín y polvo, y la ropa andrajosa. El caballero, sin dejar de mirarlo, ladeó la cabeza y en su cara se dibujó una leve sonrisa. Suspiró más consternado que ofendido porque el otro no se descubriera en sus propias barbas y, tomando la iniciativa, cogió el sombrero, lo colocó en su estómago e inclinó el torso hacia delante.

Solo entonces el preso se descubrió, hizo una ligera reverencia y a continuación dijo:

—Jurad por la salvación de vuestra alma que mi hija está con su madre, a salvo.

—Lo juro por la salvación de nuestra patria. ¿O acaso no os parece mucho más importante, Íñigo Santa Cruz? —repuso con una sonrisa cínica.

ENTREVISTA EN EL MONASTERIO

—**O**S TENGO POR UN MADRILEÑO SAGAZ. ¿Por qué dudáis, pues, de mí? ¿No os juré ya que vuestra hija estaba a salvo?

—Yo creo solo en quien me demuestra confianza —dijo Santa Cruz—. Si sois perjuro, antes que Dios yo mismo he de enviaros al infierno. —Los dos se hallaban sentados a las cabeceras de una sólida mesa de roble. En medio de la mesa, un candelabro, ahora con las velas encendidas.

—¡Vaya! Solo con que vuestro coraje iguale a vuestra estupidez —repuso John el Duque sosteniéndole la mirada—, no resultaréis una mala inversión.

Santa Cruz apartó la silla de un golpe y se puso en pie.

—¡Cuánta palabrería! Levantaos y dadme una espada. Dejemos que parlamenten los aceros.

—Ni es el momento ni el lugar —dijo el otro, enfundándose los guantes perfumados sin dirigirle la mirada. El olor a ámbar impregnó el aire—. Tened paciencia y daos por satisfecho con una disculpa. ¿No os basta? Pues tendré que disculparme dos veces. —Terminó de ponerse el segundo guante—. No pienso haceros daño. Henry Morgan os quiere sano, salvo y entero.

Santa Cruz sonrió.

—Ya veo que tenéis sentido del humor —dijo.

—Y paciencia, toda la del mundo —repuso el Duque.

—¡Diablos! Explicaos de una vez o me encargaré de derribar esa puerta que habéis ordenado cerrar.

—Acabo de salvaros del patíbulo. Confío en vuestra gratitud.

—Y, ¿a quién debo tanta indulgencia? ¿A Henry Morgan, a quien no conozco?

—Sentaos, os lo ruego. —El otro volvió a tomar asiento—. A vuestra buena estrella, Santa Cruz. ¿O debería llamaros Lefthand? ¿No es así como os llaman los ingleses?

Hubo una pausa. Santa Cruz, con la mano inválida oculta a los ojos del Duque, trató inadvertidamente de cerrarla, pero solo crispó los dedos. El olor a ámbar le repugnaba tanto como ese tipo, aunque le hubiera salvado la vida. Se había presentado como John el Duque, lugarteniente de Henry Morgan, el filibustero inglés. Tanto podía ser cierto como no. A pesar de toda una vida en la mar, él no conocía personalmente a Henry Morgan. Es más, se inclinaba por que fuese cierto; sin embargo, ¿qué había en el Duque de falso, de indecible o de siniestro que le provocaba repulsión?

—¿Habéis oído hablar de *sir* Walter Duncan? —Entró a la carga el Duque.

—¿El Corsario sin cabeza? Qué hombre de mar no ha oído hablar de él y su locura —dijo Santa Cruz.

—Muchos dicen que no era una locura.

—¡Demontres! Si vos creéis que dedicar toda una vida a buscar el tesoro de la Dama del mar es propio de un hombre en su sano juicio, estáis en vuestro derecho —replicó Santa Cruz.

—Os lo pregunto porque su tumba fue descubierta bajo otro nombre en Devonshire, hace tres meses.

—Y ahora diréis que con el famoso mapa con el que juró enterrarse —adujo Santa Cruz con una sonrisa incrédula.

—En efecto, con el mapa del tesoro.

—¿Os burláis, señor? ¿Para eso me habéis hecho venir hasta aquí?

—Ese mapa conduce al tesoro de la Dama del mar. Al menos eso cree Morgan y quien os habla. Ambos profanamos la tumba y robamos el mapa.

—Pongamos que sea como decís —dijo Santa Cruz—. ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Henry Morgan, como almirante de los Hermanos de la Costa, os necesita. Y vos se lo debéis. Digamos que es una deuda de gratitud.

—¿Como almirante...? ¡Oídmeme bien! Yo nunca formé parte de la Hermandad de los Hermanos de la Costa —elevó el tono Santa Cruz—, ni dependí jamás de cofradías que son todo menos libres.

—Pero ¿os condenaron por piratería, o no?

—A fe mía. Han podido condenarme cien veces con razón; pero mi barco nadie lo ha gobernado por mí.

—¿Os referís a la fragata que ya no obra en vuestro poder, capitán? ¿Os referís al *Príncipe del mar*? —preguntó el Duque poniéndose en pie. Echó a andar hacia el ventanuco. Abrió del todo las contraventanas y la luz iluminó parcialmente el refectorio. El halcón batió alas cuatro o cinco veces antes de recolocarse en el respaldo de la silla.

Era el filibustero mejor hablado y de porte más distinguido con el que Santa Cruz había tenido ocasión de cruzarse, pero su sola presencia lo asqueaba, lo ponía fuera de sí.

Andaría por la treintena y era rubio, llevaba un fino bigote y perilla. El cabello ondulado y reluciente, partido en dos crenchas, le caía por ambos lados de la cara hasta los hombros.

Ni tan alto ni de complexión tan vigorosa como Santa Cruz, era sin embargo un hombre esbelto y de musculatura flexible. Vestía un colete de terciopelo negro con botones del mismo dorado que la hebilla de las botas, y capotillo de mangas y alamares, todo ello a la usanza francesa. El mango de un cuchillo relucía en su costado. Paseaba bamboleándose un poco. Con ese vaivén en los andares típico de los hombres de mar, tan habituados a pasearse por las cubiertas que en tierra firme sufren la nostalgia de las olas. Cada vez que le daba la luz, sus ojos hundidos, cautelosos, de un color gélido, centelleaban y parecían consumirse en llamas azules.

El Duque tomó asiento de nuevo en el sillón de madera labrada y se puso a acariciar el extremo del reposabrazos con forma de voluta. Se hizo un silencio ominoso. Como si el aire estuviera cargado de sospechas. Casi enseguida, soltó una breve risotada que pareció espontánea, cruzó una pierna sobre otra y prosiguió:

—La única razón por la que os he salvado la vida es porque, después de Puerto Príncipe, Portobello y Maracaibo, Morgan planea una operación de grandes dimensiones. Se tratará de la mayor empresa de la piratería que hayan visto los siglos. Desde luego, a costa de España; pero en el fondo, dicho ataque no es más que una tapadera. Morgan lo único que persigue es el tesoro de los tesoros: el oro de la Dama del mar.

—No podéis hablar en serio.

El Duque continuó a lo suyo.

—Morgan está preparando una convocatoria de los más selectos capitanes. Quiere a la flor y nata, y al parecer, ahí estáis vos. Habrá gloria, correrán ríos de oro y de paso será la puntilla para este país. Nada ni nadie podrá evitar la catástrofe de España —observó descargando un puño sobre la otra palma. Investida de autoridad, su voz se diría que atesoraba generaciones de arrogancia, pues había demasiado empuje y a la vez, demasiada contención en aquel pirata para ser solo un facineroso.

—Veo que amáis de corazón este país.

—Yo estoy más allá de patrias. Por mis venas corre sangre española e inglesa. Española por parte de madre, pero mi padre era un marino inglés —repuso el Duque, que al instante tuvo la sensación de haber hablado demasiado.

—Decid de una vez. ¿Qué pretendéis de mí?

—Me comprometo a avituallaros y equiparos un buen barco. La tripulación corre de vuestra cuenta. Embarcaréis para el Caribe y atracaréis en la isla de Tortuga.

—Os lo vuelvo a decir —interrumpió Santa Cruz—. Nunca pertenecí a la Cofradía de los Hermanos.

—¿Y eso qué importa? Os respetan, Lefthand. Además —añadió con un ligero mohín de asco—, Henry Morgan os quiere a su lado. —Se levantó del asiento, y acercándose a la mesa de roble, continuó—: Una vez en Tortuga, estaréis presto para sumaros a su flota. Será él quien os explique los detalles relativos al tesoro. Por lo demás, no deis un solo paso en falso, y observad discreción sobre el verdadero objetivo de la empresa. Nadie sabe nada. Ni uno solo de los principales comandantes de Tortuga está al corriente del secreto. Y así debe ser. En caso contrario, lo único que arriesgáis es vuestra vida, pues, ¿quién os creería si soltáis que vamos tras el tesoro de la Dama del mar?

—Así pues, aparte de Morgan y vos, ¿nadie está al tanto del secreto?

—Nadie.

—Y, ¿por qué yo?

El Duque se sentó de nuevo frente a él. Dejó transcurrir un rato antes de replicar.

—Eso, preguntádselo a Morgan.

Santa Cruz sostuvo su mirada.

—Y, ¿después?

—Si salís con bien, repartiremos ganancias. —Hizo un leve gesto de estiramiento con el cuello—. Y tened esto presente: el reparto os retirará de los mares y hará de vos el hombre más rico de este país —dijo, escupiendo a un lado entre dientes con pericia insospechada.

—Con tesoro o sin él, se llevará a cabo un ataque contra posesiones españolas —dijo Santa Cruz—. ¿Os he entendido?

—Lo habéis entendido —dijo el Duque—. Y habrá saqueo y un buen botín. ¿Qué mejor modo de tomaros cumplida venganza sobre este país ingrato? Vuestro padre era un oficial leal al rey, sí, pero ¿quién venera hoy su memoria? ¿Quién recuerda que diese la vida por su nación? Y, ¿cómo se lo agradeció su país? Yo os lo diré: su hijo, inválido de una mano, se vio obligado a dejar la escuela. Se convirtió en un jugador, en un pirata porque los trabajos que mendigaba no salvaron a su madre de la miseria, como muchas otras viudas de marinos. No olvidéis, amigo mío, que España es la peor de las madres.

Presa de la indignación, Santa Cruz se puso en pie.

—Ni yo soy vuestro amigo, ni vos sois quién para hablar de los míos. —Cogió su sombrero con la mano buena y se lo caló—. En cuanto a mí, tenedlo claro: no me interesa vuestra oferta.

El Duque hizo ademán de quedarse pensativo.

—Poco a poco. ¿Declinaríais incluso si os prometo recuperar para vos el *Príncipe del mar*?

—¿Mi barco? —Y por un instante la voz de Santa Cruz se volvió menos firme.

—Vuestra nave va a ser desguazada. Me comprometo a rescatarla y conducirla lejos de la zona de influencia española, donde se os restituirá. ¿Qué os parece el Algarve portugués? Advertid que tras la Paz de Lisboa del 68, Portugal es independiente. ¿Qué decís?

—No, gracias —dijo y empezaron a sudarle las manos, como cuando sentía la abstinencia desgarrándole por dentro—. No, gracias. La piratería acabó para mí.

El Duque cogió el candelabro, dio unos pasos hacia Santa Cruz y cambió de táctica:

—Sin embargo, ¿acaso no os complacería regalarle algo a vuestra hijita?

El otro se quedó de una pieza y tardó más de lo que había previsto el Duque en reaccionar.

—Ni siquiera oséis referiros a ella —repuso con un asomo de temblor en la voz.

—Así que... —añadió el Duque, a quien no le temblaba ni un ápice el pulso—, ¿no sabíais que la pequeña María está a punto de celebrar su primera comunión? ¿Y también ignorabais que el conde de Veraguas está dispuesto a adoptarla? —Y aquí chasqueó la lengua moviendo la cabeza a un lado y a otro—. Fijaos que un padre rico y solvente, un padre que limpiara su pasado con oro, podría alejar a moscones como

ese y hacer de su hija una princesa. Hasta las congregaciones más humildes —dijo extendiendo un brazo que abarcó el refectorio entero— abren sus puertas y se rinden a las influencias de una buena bolsa. —Los dos hombres se miraron a los ojos. Hubo un silencio que turbaban solo las llamas del candelabro—. Sed razonable y considerad mi oferta —dijo como brindándole la mejor oportunidad de una larga carrera de oportunidades y crímenes—. Habéis sangrado por vuestros vicios, sangrad ahora por vuestra hija. ¿No os parece una razón de más para hacer tratos conmigo, y una razón de menos para que yo desconfíe de vos?

—Me dais asco —contestó Santa Cruz apretando el puño izquierdo.

—Os hago ver que si la causa lo exige, hay mil modos de persuadir a un ingrato —dijo el barón sin perder la flema.

—Si le tocáis un solo pelo a mi hija...

—No soy yo quien os amenaza. —Sus fosas nasales se dilataron. Ahora su cara se diría cubierta por una máscara tenebrosa—. Solo os advierto de las intenciones de otros. Procurad, más bien, que el conde de Veraguas no le ponga la mano encima —dijo sonriendo—. Y ahora escuchad. En una discreta posada de Madrid os aguarda un discreto aposento. Y en él ropas para adecentaros y algún dinero. Tomaos un par de días para reflexionar. Después, ultimaremos los detalles, ¿os place?

Santa Cruz se derrumbó en la silla. Oscuramente algo en él se removió, su cólera se fue aplacando y, sin sacarle los ojos al Duque, extendió los brazos en la mesa. Se diría que lo que nadie había logrado hasta entonces, arrebatarse su amada independencia, hacer que renunciara al don más preciado que tiene un caballero de fortuna, lo habían logrado las mañas de este hombre siniestro.

Reposó en la abadía, recuperó fuerzas y por la tarde, cuando el crepúsculo empezó a lacerar el horizonte haciendo estragos, se dirigió a Madrid e hizo noche en el albergue. Se trataba de una posada pobre, con solo un catre, una mesilla de noche y un armario desvencijados pero sin mota de polvo.

Se despertó muy de mañana. Apenas había dormido. Se lavó en la jofaina, se afeitó, abrió el armario y, con aire ausente, procedió a extender las ropas en la cama y comenzó a vestirse.

Ahora que estaba solo, veía las cosas bajo otra luz. Primero se le ocurrió que raptaría a su hija, si fuera preciso. No iba a permitir que el sol de su vida estuviese a merced de ese conde de Veraguas que aspiraba a suplantarlo como padre y era blanco de las insinuaciones del Duque. Y con respecto al Duque, la actitud de tal bellaco agobiaba su mente como repugnaría a cualquier hombre de honor. Solo un miserable sin esperanza de redención se habría atrevido a sacar el tema de la niña en su provecho.

Hacía tiempo que estaba decidido a cambiar de rumbo, mucho antes de que lo apresaran. Anhelaba tan solo dejar atrás un pasado manchado de sangre. Estaba

dispuesto a pagar por sus pecados siempre y cuando pudiese ver crecer a la niña. Incluso el hecho de que en el último momento lo salvaran de la horca tenía los visos de ser una señal, y aunque el destino se confabulara para arrastrarlo otra vez a la piratería, ¿qué valor tenía eso frente a la voluntad resuelta de un hombre? ¿Es que acaso no iba a poder vivir sin que señalaran a su hija con el dedo? ¿Es que no tenía derecho a una segunda oportunidad?

Recordó a su hijita, las horas irrescatables junto a ella. En verdad, ¿podía decirse que había sido un hombre fuerte, un hombre duro como siempre había pensado? Si hubiera demostrado ser fuerte, un tipo realmente duro, habría sido un buen padre para ella; al menos se habría esforzado por merecerla, la habría querido más.

Después de tres años y pico de ausencia en las Antillas, ¿se acordaría ella de su padre? ¿Qué edad tenía, pues? ¿Había cumplido ya los nueve? ¿Y sería cierto que mañana celebraba la primera comunión, o había sido una artimaña de ese chacal del Duque?

Dejó salir al halcón y se hizo la firme promesa de no recogerlo. Su ala estaba curada. Un buen modo de hacer que volviera a alimentarse por sí mismo era forzándolo. Después, cerró la puerta y bajó las escaleras.

Doña Ariadna, la patrona del albergue, departía con un tipo de porte desastrado y barriga de bodeguero. El tipo llevaba colgado un cajón lleno de joyas o baratijas. Santa Cruz saludó y se dispuso a salir en busca de un regalo para su hija.

—Señor Gonzalo —exclamó doña Ariadna—. ¡¡Señor Gonzalo!! —Solo a la segunda recordó Santa Cruz que había facilitado a la patrona el nombre de su padre. La anciana, con delicada coquetería, se insertó en el cabello, por detrás de la oreja, un ramito de nardos—. ¿Os presenté ya a mi pequeño Sixto? Los hijos son la sal de la tierra —declaró poniendo unos ojos sufridos en su retoño, que tenía en una mano un vasito de aguardiente—. Mirad si no, ¡qué artículos maravillosos pone a la venta mi Sixto!

El quincallero, sin soltar el vaso de aguardiente, se atragantó y después de toser un poco, enderezó el cajón. Santa Cruz, por pura cortesía, se acercó a echar una ojeada.

Era doña Ariadna una vieja menuda con el rostro muy tostado por el sol. Tenía el aspecto de una niña vieja como no se encuentra una entre mil, y el cabello, que llevaba recogido en un moño, era blanco como podía esperarse de quien se hubiese echado medio saco de harina por la cabeza.

—¡Y mirad las medallas! ¡Mirad que lindas, don Gonzalo!

—¿Son de plata? —preguntó Santa Cruz, a cuyos ojos expertos no pasaba inadvertido el ínfimo porcentaje de plata del género.

—¡Y cómo no van a serlo! —se apresuró a decir doña Ariadna—. Todo lo que vende mi Sixto es puro y de ley. ¿No es verdad, Sixto? —preguntó desviando la mirada hacia el barrigudo, que asintió con la cabeza no muy convencido—. ¡Qué bonita medalla es esta para una hija! —Y cogiendo una medalla con su cadenita se la

mostró al huésped—. Vos, ¿tenéis hijos?

—Una niña.

—¡Bendito sea el Dios de los hombres! —exclamó eufórica—. ¡Una niña siempre vale más que un niño, don Gonzalo! Se diga lo que se diga, siempre es más... sensible —dijo mirando con reprobación al quincallero de su hijo, que cerró los ojos y se golpeó el pecho con el puño para hacer pasar el aguardiente—. Yo tengo seis hijos y una hija, pero mi niña vale por los otros seis. Y la vuestra, ¿qué edad tiene?

—Nueve años.

—¡Qué ángel bendito! ¿Cómo se llama?

—María —replicó Santa Cruz, que comenzaba a sentirse incómodo.

En ese instante el quincallero, que no perdía de vista las reacciones de la madre, abandonó su espíritu mercantil y metiendo una mano en un bolsillo extrajo una medallita de oro auténtico.

—Mamá... —dijo y mordió la medalla con los incisivos—. El caballero va a preferir esta otra. Es una medalla de Nuestra Señora de la Almudena. ¡Oro puro!

La vieja cogió la medallita, y aún tuvo tiempo para apretar los labios y mirar de modo reprobatorio a su Sixto. Luego, la depositó muy suavemente en la palma del huésped. La medallita estaba fría al tacto.

—¡María! —suspiró enternecida la vieja—, ¡qué hermoso nombre! Como Nuestra Señora. —Y entrelazó las manos mientras miraba por turno la medallita y a Santa Cruz—. Un regalo digno de una niña que lleve ese nombre. Ninguna niña, señor, con el nombre más hermoso puede no ser hermosa por dentro.

—Mañana celebra su primera comunión —dijo Santa Cruz un poco azorado, y rozó la medalla de oro puro con el dedo índice como temiendo fundirla.

—¿Su primera comunión? ¡Pero bueno! ¿Cómo no me lo habéis dicho antes? —preguntó la vieja, que lo examinaba con ojos inescrutables. Santa Cruz alzó la vista, y de repente, desprovisto de palabras, bajó la cabeza y se quedó absorto mirando la medallita—. ¿A qué estáis esperando, pues? Es vuestra, don Gonzalo —susurró la vieja en un tono íntimo. Una voz singularmente acariciante, una voz que era como un arrullo. Con una sonrisa de expectación, el hijo contuvo el aliento mientras la madre cogía la mano izquierda de Santa Cruz y, cerrándola sobre la medallita, decía—: Es un regalo... Un regalo para María. —Y fue como si por un breve instante el rostro de la vieja hubiese rejuvenecido.

UN MIRLO ENTRE AZUCENAS

DEJÓ QUE SUS PASOS LO LLEVASEN de acá para allá. Embozado, durante horas y más horas paseó como un hombre libre, aunque sabía que ni era libre ni tampoco era lo más indicado dejarse ver. Deambuló por calles llenas de hoyos y desniveles. Se reencontró con el bullicio de su ciudad, la misma ciudad que lo hechizaba de crío, cuando su padre lo llevaba a horcajadas en los hombros y no había recuerdos que lo embargasen de amargura.

Un pícaro con buenas piernas arrebató el sombrero de fieltro a un tipo con golilla y empaque de hidalgo. El caballero se puso a gesticular a voces. Hubo carcajadas, pero nadie salió corriendo en pos del ladrón. Había olvidado la multitud de vagabundos, forasteros y anteojos que proliferaban en Madrid, anteojos que según era moda, ni siquiera disponían de lentes. Un viejo pasó tirando de la correa de una acémila cargada hasta arriba y proclamó a voz en grito aguardientes, mermeladas y confituras. Un poco más lejos, un ciego canturreaba una suerte de letanía. Aprovechando la cuesta, alguien echó a rodar varias barricas calle abajo. Al fondo, una silla de manos se acercaba precedida de un lacayo que llevaba a hombros las pértigas delanteras.

Por todas partes había insultos, risotadas, charlas como disputas y la efusión de las despedidas apenas se diferenciaba de los arrebatos de cólera. La gente iba y venía y su aliento era visible como el humo. El cierzo arrastraba nubes desde más allá del horizonte.

Comprendió entonces lo que ya sabía desde el principio: que odiaba su patria, una tierra donde la envidia y la mentira eran monedas de curso legal, donde un pícaro levantaba más adhesiones que un político decente, el talento era humillado y los mediocres triunfaban. Comprendió que la detestaba con toda su alma por la misma razón que se odiaba a sí mismo, y que siempre sería así. De no haber estado la pequeña de por medio, nunca se habría atrevido a regresar a España.

Se puso a llover mientras paseaba por la calle de Toledo y desembocaba en la plaza Mayor. Siguió por la calle Nueva, dejó atrás la puerta de Guadalajara y enfiló la calle de las Fuentes. De repente, le vino a la cabeza la advertencia del Duque y la posible adopción de su hija por ese conde de Veraguas, de quien ni siquiera había oído hablar, y se sintió abrasado por los celos. ¿Era posible que perdiese a su hija? Y en ese caso, ¿qué era preferible para evitar que así fuese? Desesperado, palpó la bolsa de las monedas, y de improviso, algunos síntomas familiares hicieron su aparición.

Primero notó sudores fríos, luego vino el ardor que le recorrió la piel en oleadas, y por último, el deseo inaplazable de palpar una baraja de cartas se apoderó de él. Necesitaba consumirse en la emoción del juego como un amante anhela extinguirse en el cuerpo del otro. El demonio que llevaba dentro lo exigía. Todo su ser suplicaba

con sorda furia, con deseo atormentado, hasta con dolor físico, igual que se reclama el sexo, la carne, la piel del otro; con temblores, ardiendo. Hubiera aceptado condenarse solo por satisfacer su privación, coger una baraja, palpar los naipes, adivinar el pensamiento del otro, enmascarar sus propias intenciones, apostar, pasar, arriesgarse, abandonar, levantar la carta y ganarlo o perderlo todo solamente con un gesto, un gallardo gesto de desdén.

De muy joven había comenzado a jugar, pero no por vicio como otros muchos, sino por necesidad, porque nadie daba trabajo a un inválido y su madre y él vivían en la miseria. Sin embargo, después, la sucia pasión del juego lo dominó y por rachas se apropió de su voluntad. Daba la exacta medida de su carácter eternamente apasionado, del fuego que lo consumía por dentro. Un fuego que era más grande que la vida y más impetuoso que la voluntad de un solo hombre. Si a pesar de todas sus dulzuras, un día se atreviera a imponerse a él... Pero ese día era evidente que no llegaba. Al menos, hoy no se trataba de ese día.

Así que una vez más se entregó sin reservas.

Atardecía, y un resplandor iluminó la calle con un fulgor lacerante. Casi en el acto, resonó un estruendo. Como el sonámbulo que era, bajo la lluvia, tomó hacia la Cava Baja de San Francisco y, empapado como estaba, entró en uno de los muchos mesones. La tarde declinaba con rapidez, y hasta el día siguiente (esperaba, por lo menos, que el Duque no hubiese mentido con respecto a la primera comunión de su hija) había resuelto no ver a su pequeña. Con dinero fresco, pasar el rato en un garito clandestino era una opción tan válida como cualquiera.

Dentro todo era júbilo y griterío. Las paredes del mesón estaban decoradas con cabezas de toro y los licores teñían el serrín del suelo de color sangre. En el mostrador, el vino desbordaba los cuencos de barro. Una mujer de vida alegre, que coqueteaba con otro, se zafó de sus atenciones y le salió al paso a Santa Cruz. Era morena y llevaba un mantón oscuro sobre los hombros. Hacía tantos meses que no probaba una mujer que le ciñó el talle sin mucha ceremonia y la besó en la boca. La chica, honrada por ese hombretón, lo tomó de la mano para sacarlo del garito, pero fue en balde. Santa Cruz no habría accedido a salir de allí por nada de este mundo.

La ramera, a petición de él, lo cogió del brazo y lo acompañó a la planta baja. Santa Cruz apretó entre los dedos la medallita de oro de la Almudena, le dio un beso frágil antes de guardársela para que le diera suerte y luego, la ramera, el tiempo, la capa profunda de su memoria, el dolor y el coraje en los que reposaba su dignidad, todo lo que era real y tenía verdadera sustancia para un hombre como él, dejó de existir para el capitán Santa Cruz.

Antes de ser consciente, ya estaba sentado a una mesa rústica de madera carcomida, plagada de muescas y melladuras de cuchillo, y rodeado de seis jugadores con pinta de fulleros. Con su mano buena, tanteó las cartas para verificar que no estaban marcadas. A su alrededor otras cuatro mesas de características similares, con ojeadores y público arracimados en torno a ellas. En la planta baja, que no tenía

ventilación alguna, la nube de humo era aún más compacta que en la de arriba. Sobre la mesa, varias botellas de vino mediadas y un vaso para cada jugador.

Comenzaron por juegos medianos. Primero el faraón, luego los quince, y por último, el reinado. Al principio las cosas se desarrollaron razonablemente bien. Las cartas no eran buenas, pero su habilidad para detectar los engaños y anticiparse a los otros aceleró tanto su ritmo de ganancias como el número de curiosos que se arremolinaban.

Eso fue al principio. Luego, a medida que fue ganando confianza, empezó a infundir temores y desconfianza en el juego de sus contrincantes. Las cartas fueron mejorando y las rachas buenas se sucedieron. La ramera desapareció del escenario. Dos jugadores se levantaron de la mesa al cabo de tres horas. Fueron reemplazados y las cosas siguieron su curso.

Ya era de madrugada cuando el ambiente se distendió. Si se hubiera levantado ahí todo habría sido ganancia. Sus compañeros se retiraron desplumados, tenía un fondo en reales que superaba con mucho sus previsiones y había colmado tan a sus anchas los apetitos de su demonio que sonaba lógico dar la noche por acabada. Pero fue ahí cuando un par de tipos, que hasta ahora solo habían estado presenciando la última partida, le hicieron otra clase de proposición.

El cansancio se dejaba traslucir en los rostros y solo quedaban en pie los tahúres. Los dos tipos vestían con atuendos de hidalgo, y uno de ellos lucía una peluca rizada. El hecho es que trataron de persuadirle para que se prestase a jugar fuerte. Se trataba pues de juegos ilegales, juegos de apostar a carta tapada, en los que los riesgos eran más evidentes, pero las ganancias también eran más sustanciosas. Naturalmente, aceptó. Otra pareja se sumó a ellos. A partir de ahí, la suerte estaba echada.

Se establecieron las reglas. Acordaron que las apuestas no estarían limitadas por un máximo establecido. Pasó una hora, y luego otra más. Cada vez quedaba menos gente. Ya solo había una mesa jugando. Y él, que por méritos propios se había erigido en el favorito, poco a poco fue perdiendo la condición de predilecto de la diosa Fortuna.

Aun así, durante una hora y media, incluso dos horas, aguantó. Una racha mala, se dijo; pero más tarde, conforme aumentaron las apuestas, en pocas manos perdió la mitad de lo que había ganado en toda la noche. En el local reinaba un silencio absoluto. Para entonces, no habría más que unas veinte o veinticinco personas.

Notó cómo el cansancio se extendía por su cuerpo como una segunda piel, más húmeda. Llevaba más de doce horas jugando. Tenía los ojos enrojecidos. Probó el alcohol y bebió su primer vaso. Si hubiera estado en sus cabales, habría sabido que los espías que se venden a un buen postor abundan en las mesas de juego, y en torno a ellas.

Cuando la madrugada dio paso al alba sin que ninguno de los presentes tuviese el menor atisbo de ello, la situación llevaba camino de ser desesperada. Apostó sus últimos reales con la ciega confianza de sus mejores horas y se puso en manos del

azar.

Se repartieron dos cartas por jugador. Cada uno de los cinco eligió cuál de sus cartas quedaría tapada y cuál destapada, y se inició la primera ronda de envites. Dos jugadores, a la vista de sus cartas, se retiraron. Quedó la pareja de caballeros y Santa Cruz. Ambos caballeros apostaron fuerte y Santa Cruz, jugándose el todo por el todo, apostó una cantidad superior. El dinero acumulado fue a parar al centro de la mesa.

Luego se repartió una tercera carta a cada uno de los tres apostantes, y seguidamente se repartió una cuarta y una quinta. Todas quedaron bocarriba; de tal modo que cada uno de ellos solo tenía una carta tapada o bocabajo. Las apuestas aumentaron en cada una de las rondas. Por último, en la ronda final, apostó todo lo que tenía. De su reciente fortuna no le quedaba ni un solo maravedí. Una vez igualadas las apuestas, los jugadores descubrieron la carta que tenían tapada.

Primero, con una sonrisa irónica, lo hizo uno de los caballeros. Acto seguido, el caballero de la peluca de bucles confirmó que la de él era más alta. Santa Cruz, cuyo semblante estaba pálido como un lienzo, sin intención de prolongar el suspense, puso la suya bocarriba.

Entre los presentes hubo un grito común que respondió a las tensiones acumuladas. El caballero de la peluca se puso a reír como loco mientras rebañaba con ambos brazos hasta la última moneda.

—¡Aguardad! —habló con voz ronca Santa Cruz. Tenía la frente perlada de gotitas de sudor—. Aún no hemos terminado.

—Por mi parte, seguro que sí —dijo el hidalgo perdedor—. Me ha dejado tieso.

—Y vos, ¿no habíais dicho que estabais en las últimas? —preguntó a Santa Cruz el de la peluca rizada.

—Aún me queda algo. ¿Aceptaríais... —preguntó metiendo la mano en el bolsillo— esto? —Y en la mano apareció la medallita de Nuestra Señora de la Almudena—. Es de oro puro.

Los otros dos cruzaron una mirada. El caballero de la peluca de bucles, con aires de suficiencia, hizo un mudo gesto de asentimiento con la cabeza; pero Santa Cruz ya estaba lejos de allí, lejos de todo para apreciar su significado. Al igual que si habiendo condenado su alma, lo demás no le concerniera.

Algunos mechones le caían por los ojos. Se los apartó y con la mirada impasible de los ausentes, cogió el mazo de cartas y barajó antes de repartir.

—Por Barrabás, ¡estás deseando perdernos de vista! ¡Hijo ingrato! —se quejó haciendo pucheros una mujer flaca, de pronunciadas ojeras y pelo gris recogido en dos rodetes laterales, desde la balaustrada de un primer piso.

Aquel primer piso era, con diferencia, el más vistoso de la corrala. Estaba lleno de flores y exhibía el mayor número de macetas con plantas colgantes del vecindario.

Abajo, en el patio recién seco, un jinete espigado con un bigote muy fino, hoyuelo

en la barbilla y sombrero de ala corta, sujetaba firme las riendas de una yegua negra como el azabache. La montura caracoleó un poco. Alonso le pasó la mano por el pescuezo y le dijo unas palabras al oído. El cielo estaba limpio de nubes, el viento arreciaba.

—Sevilla es una amante tiránica, madre querida. Me voy con el corazón roto, pero qué remedio.

—¡Lo que eres es un culo inquieto! ¡Y yo estoy harta de tanta Sevilla! ¡Ay, cuándo dejarás de trabajar para la Casa de la Contratación! Esos pendejos, aunque paguen bien, me roban a mi único hijo.

—Juro que estaré de vuelta antes de lo que pensáis —dijo el jinete descubriéndose ante la señora de la balaustrada.

—¡Calla de una vez, bribón! No entiendo cómo no estás casado a tu edad. Y con lo guapo que eres. —La madre hizo un ligero mohín de desencanto.

—Cualquier hombre que tuviese el amor de ocho hermanas y una madre sería dichoso como un rey. Pedir más sería hacerme acreedor a todas las torturas del infierno, madre.

—¡Oh, vaya! —exclamó ella espantando con una mano el orgullo que zumbaba a su alrededor—. Pero ¡qué lengua tienes! ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Eres un poco más canalla de lo que era tu padre, que ya es decir!

De repente, una damita de ojos maravillados aplastó la nariz contra los cristales de una ventana, exhaló un poco de vaho y limpió el vidrio con una manga. Al ver a su hermano en el patio, a lomos de la cabalgadura, su rostro se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja, y casi enseguida la damita apareció en la terraza sin resuello.

—¡Alonso! ¡Alonso! ¿Ya te vas?

—Sí, hermanita. Me estaba yendo...

—¡Alonso! —gritó una segunda hermana mucho más rolliza que la otra—. ¡¡Hermano!! —aulló una tercera—. ¡¡Alonso, Alonsito!! —gritaba otra muy zalamera. Y así hasta ocho, muy excitadas, expectantes y pizpiretas fueron apareciendo, con faldas, jubones y vestidos de tamaños y colores muy alegres y variopintos. Apoyándose en el pasamanos, se inclinaban todas hacia delante y sus risas llenaban el aire como el sol de la mañana. Ante semejante alboroto, en otros pisos varias caras enfurruñadas hicieron irrupción, e *ipso facto* se evaporaron. En otras, se cerraron de golpe las contraventanas y en la mayoría los vecinos de la corrala, habituados como estaban a la misma escena que desde hacía años protagonizaban las ocho hermanas pequeñas de Alonso de Valdivia, optaron por desentenderse del barullo.

—A ver, hermanitas. Por orden riguroso.

—¿En serio se va a Sevilla? —dijo la última en llegar, que tenía aspecto de ser la más despistada y flacucha, a otra al oído.

—¡Ay, calla, María del Rocío! Las cosas que tienes. Pues a dónde se va a ir si no.

—¡¡Yo quiero una peineta de plata!! —gritó una que inclinándose otro poco hacia

delante, flexionó una pierna hacia atrás y levantó el talón en alto.

—Una peineta de plata. —Tomó nota mentalmente Alonso.

—Yo, un abanico del color de una noche estrellada. ¡Ah! —y esta se pasó la punta de la lengua por el labio superior—, de seda, nácar y con incrustaciones de marfil.

—¿Para decorar, o para abanicarte? —Hubo unas cuantas risas aunque no demasiado estentóreas, pues la mayoría aún estaba muy concentrada recapacitando sobre sus peticiones.

—Uhhh —dijo la hermana del abanico mordiéndose una uña.

—¡Por Barrabás! Date prisa. Que ahora me toca a mí —dijo la siguiente tirándole de la trenza.

—Tú —ordenó la madre señalándola con el dedo—, cállate y enjuaga esa boca por la que escupes sapos y culebras.

Y como Alonso viese que la hermana del abanico no acertaba a decidirse, añadió por su cuenta y riesgo:

—¡Ya lo tengo! Te traeré uno para decorar y otro para abanicarte. ¡La siguiente!

—Yo quiero un mantón con bordados de hilo de oro.

—Yo quiero un cajón de chocolate de América y los dulces más exquisitos de toda Andalucía —dijo la más rolliza de todas.

—Pues yo quiero unos manguitos de piel.

—Yo... —dijo la siguiente inflando el pecho, como si no se atreviera a soltarlo o estuviera cogiendo carrerilla. Y luego, muy presurosa, arrojándose al vacío—: ¡Yo quiero un vestido de encajes negros, como en Francia! —gritó poniéndose como un tomate, y las demás se echaron a reír.

—¿Y tú, María del Rocío? ¿Qué le gustaría a mi carita de flor? —preguntó Alonso dirigiéndose a la menos agraciada, con mucho, de sus hermanas.

—A mí, tráeme un novio. —Y como estalló un coro de carcajadas nerviosas en la terraza, María del Rocío estimulada por el éxito, alzó cuanto pudo su voz atiplada para decir—: ¡¡Y que sea tan guapo como tú!!

En cuanto las ocho hicieron sus peticiones, Alonso se despidió brazo en alto, volvió grupas y con un rictus amargo, picó espuelas con suavidad.

Hasta ahí todo transcurrió como siempre que Alonso, harto de Madrid, cansado de aburrirse en tierra firme, mentía a su familia anunciando un viaje a la ciudad de la Giralda. La verdad es que no había tal viaje a Sevilla, ni le esperaba trabajo en la Casa de la Contratación. Todo eso había acabado hacía tiempo. De ahí que tuviera sus apaños. Saldría por la puerta y luego cabalgaría hasta hacer noche en la casa de su penúltima conquista. Porque él era Alonso de Valdivia, y fiel a su código de honor, se vanagloriaba de no desplumar a las mujeres antes de conquistar sus lechos.

Pues bien, esa mañana, cuando atravesaba el portón volvió los ojos hacia un mendigo sentado en el poyete de piedra junto a la pared, a unos pasos de la entrada, y por primera vez en años las cosas tomaron un cariz diferente.

El hombre lo miró por encima del sombrero, y tal fue la sorpresa de Alonso que al reconocer sus facciones le dio un vuelco el corazón.

—¿Santa Cruz? —Tras echar pie a tierra, se acercó al hombre vestido de negro que acababa de levantarse. Le estrechó los brazos sin levantar la voz—. ¿Es cierto lo que ven mis ojos? ¿Eres tú? ¡Estás temblando!

La facha de su amigo delataba a un hombre con quien la noche se ha ensañado, alguien que está más allá de la humillación.

—No es frío. Es el demonio del juego, que ya no respeta nada.

—¡Por todas las tormentas! ¿De dónde sales tú, amigo mío? ¿Te fugaste?

—Acabo de perderlo todo —dijo Santa Cruz. Alonso lo miró incrédulo.

—¿Qué quieres decir con todo?

—También la medalla de la Almudena. Y era un regalo para mi hija —añadió abatido.

—¿Cuánto necesitas?

Santa Cruz puso las manos en sus hombros con franca calidez.

—Nada que no deba encontrar por mí mismo.

—¡Oh, amigo mío! Podrías ser rico como Midas si no fuera por los naipes.

—Juro por mi alma que no volveré a jugar —masculló Santa Cruz.

—Pero ¡por mil demonios! ¡Estás vivo! ¡Y libre! Y todos te dábamos por muerto. Se corrió la voz de que te colgarían.

—A estas horas ya debería estar en el infierno.

—Y, sin embargo... —dijo Alonso mirando con disimulo a su alrededor.

—Es una larga historia y ahora debo marcharme. Te estoy comprometiendo.

—¡Por todos...! ¡Que me cuelguen si tengo oídos para escuchar según qué cosas!

—Blasfemas como un pirata.

—No lo suficiente, todavía. Voy a acompañarte. Tenemos mucho de qué hablar. Y estás sin dinero.

—Otros momentos habrá para entablar charlas, Alonso. Debo ver a mi hija.

—Pienso acompañarte.

—Ahora no —zanjó Santa Cruz dándose la vuelta.

—Íñigo. —Alonso lo cogió por el brazo con una mirada resplandeciente—. ¿Te acuerdas de aquellos tiempos? ¿Recuerdas? Porque fueron buenos tiempos, ¿no es verdad?

—Ni somos tan viejos ni hace tantos años, me parece —dijo Santa Cruz.

—Para un pirata, cada año que pasa en tierra vale por cien años en la mar. —Santa Cruz bajó la vista—. ¿Tan pronto te has olvidado de las cosas buenas? El oro, las mujeres. El viento y la espuma en la cara, el sol de las Antillas... ¡La libertad, Íñigo, la libertad!

—Eres incorregible. ¿La libertad es colgar de una cuerda y no ver a una hija en más de tres años? —replicó Santa Cruz con voz severa—. Además —prosiguió en un tono menos bronco—, tú ya no pilotas buques, ¿recuerdas? Tu madre y tus hermanas

te necesitan.

El joven levantó la barbilla. De improviso, miró hacia la balaustrada con ojos de sabia fatiga y replicó:

—Estoy harto de mentirles. Ya no puedo soportarlo por más tiempo.

—¿Y qué necesidad tienes de mentir ahora?

—¡Oh, por Barrabás! —dijo Alonso remedando el tono de su madre—. Nada es tan sencillo. ¡¡Está en mi naturaleza!!

Enmudecieron durante un breve lapso ambos con cara risueña, como dos chiquillos que hubieran dejado caer un jarrón y se detuviesen a mirar los pedazos.

—Eras el mejor entre los mejores —dijo Santa Cruz pinzando la mejilla de su amigo.

—Y lo sigo siendo, ¡maldita sea! —estalló Alonso desprendiéndose de la pinza—. No hay perro inglés que conozca los derroteros y las rutas de las Indias como un piloto de la Casa de la Contratación de Sevilla.

—Bueno —repuso Santa Cruz con ironía—, siempre y cuando pertenezca a la escuela de pilotos de la Casa.

—Aunque me echasen, mira lo que te digo, y por mucho que les duela, yo pertencí a la Casa de la Contratación. Encima, no veo qué pecado hay en vender un libro de ruta a un armador podrido de cuartos.

—¿Aunque el armador podrido de cuartos sea inglés, y aunque el libro de ruta sea uno de los secretos más guardados de la Casa de la Contratación? —Y ambos se echaron a reír igual que si compartieran el secreto de una travesura—. Tampoco yo veo ningún pecado, amigo mío. Y que hiciesen de ti un fuera de la ley, un motivo más de orgullo. Pero eso, Alonso, es parte de un pasado que nos llevó en el mismo buque —dijo pasándole una mano por el cuello antes de dar media vuelta.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Alonso mientras obligaba a su amigo a coger un puñado de monedas.

Santa Cruz se mordió el labio inferior. Las monedas tintineaban. A continuación, con voz compungida, repuso mientras tomaba el dinero:

—Mala estrella sería la que nos alejara a ti y a mí para siempre.

El rostro de Alonso había cobrado vida gradualmente, había cabrilleado de entusiasmo y ahora, al ver cómo su amigo, terciando la capa, se alejaba de allí a grandes pasos, lo miró como se mira a quien tiene un crédito ilimitado con uno. Junto a él, la ilusión fluía por las venas de Alonso como sangre alborotada, pues Íñigo Santa Cruz era la única persona a quien habría sido incapaz de mentir.

—Te estaré esperando. No me moveré de Madrid —dijo Alonso cuando el otro ya le daba la espalda—. ¿Me oyes? ¡No me moveré de Madrid!

UN OSCURO SACRAMENTO

CON UNA SACUDIDA, el carruaje que conducía a la pequeña y a su madre arrancó en dirección al templo. Era una fresca mañana de principios de junio de 1670, al año de haberse dado fin a las obras de la capilla de San Isidro, contigua a la parroquia de San Andrés.

Por la expresión desolada de la niña, nadie habría dicho que a sus nueve años a punto estaba de ver cumplido uno de sus más fervorosos sueños.

Durante días se había familiarizado con los detalles del protocolo y ahora, llegado el momento, ni le flaqueaban las piernas, ni se le ponía la piel de gallina, ni se le pintaba la sonrisa en el rostro, ni nada de nada. De modo que si esos eran los indicios de la felicidad, entonces ella, sencillamente, no era feliz. Y además, odiaba el vestido que llevaba.

La hora grande de su primera comunión se acercaba tan lenta e irremisiblemente como lo hacía el carruaje a la capilla de San Isidro, con un vaivén molesto, con un zarandeo tenaz, y María odiaba al conde de Veraguas por haber pagado los gastos y, por supuesto, el vestido.

—¿Estás nerviosa? —preguntó la madre con desgana—. También yo lo estaba el día de mi primera comunión.

—Sí, madre —dijo ella por decir.

Al contrario que otros padres, el suyo no acudiría a la iglesia. Eso era una verdad tan absoluta como que estaba en el cielo, viéndolo todo desde allí. Y aunque la niña luchaba por preservar su imagen, a veces se le enredaban tanto los sentimientos como los rasgos de la cara de aquel hombre, y le venía la idea de que el rostro querido no era más que el producto de una imaginación de chiquilla. Entonces, la dominaba una pena que lo eclipsaba todo.

Porque ella tenía el deber de amar a su madre. Sí, ya lo sabía; pero ¿la amaba de veras o, que Dios la perdonase, era otra cosa lo que sentía? Con su padre, sin embargo, hubiera sido tan distinto... Con su padre sencillamente se habría divertido.

Y eso que su madre se había cansado de repetirle que él había sido un mal esposo (que había sido un mal padre, eso se sobreentendía), un presidiario, un malhechor y que el mar había hecho justicia con él. Todo lo relativo a la vida y a la muerte de su padre flotaba entre brumas y, sin embargo, los pocos recuerdos que guardaba de él eran maravillosos. Algo le decía que con él no habría tenido necesidad de explicarse, o de justificar sus diabluras, que sus corazones se habrían comprendido, habrían viajado juntos. Era como si ella lo supiera todo de su padre sin haber llegado a conocerlo a fondo. Se lo imaginaba cogiéndola en los brazos mientras le decía: «Debemos cuidar el uno del otro, pequeña. El uno del otro». Y pensar eso la consolaba.

—Oye, ¿te ocurre algo? —le preguntó la madre—. Tienes los ojos húmedos.

—Estoy muy nerviosa, madre —mentía ella para que callase.

—Es extraño que el conde no se haya presentado aún. Seguro que nos espera en la iglesia. ¿No te apetece ver al conde? Se ha gastado mucho en todo esto —decía su madre.

—Claro.

Después de todo, el conde de Veraguas era el último que pasaba por la cama de su madre, y qué más podía decir ella, con el odio que le tenía.

A esa misma hora, nervioso como pocos, sobrecogido de miedo, Santa Cruz se dirigía a la capilla de San Isidro.

Después de más de tres años de ausencia, la mayor parte en el Caribe, cuando ya era carne de horca y prevalecía en él la idea de que no volvería a ver a su hijita, se había obrado el milagro. Se embozó en la capa, apretó el paso y, mucho antes de lo que esperaba, tenía a la vista la parroquia de San Andrés.

La cera goteaba del cirio y se secaba al instante. A María le dolían las manos de sujetarlo con firmeza. Junto a ella, seis niños y cinco niñas se habían acercado al altar para recibir el sacramento. Luego, se arrodillaron en los reclinatorios, frente al retablo de mármoles y pan de oro. La capilla estaba repleta de fieles.

Todo el tiempo los niños siguieron de rodillas. Un cura orondo, de piel grasienta y pelo escaso, tomó la palabra y, en latín, dio comienzo a las oraciones. Seguidamente, farfulló algo en castellano y encaminó sus pasos hacia los reclinatorios donde estaban los pequeños de rodillas.

Hacia el fondo, un hombre cuya apostura era tan innegable como su aspecto vencido, se descubrió, y por un lateral menos iluminado que el resto fue aproximándose al altar lo más discretamente que pudo.

—Este es el día de vuestro matrimonio con el Espíritu. —La emprendió el cura con aquellos infelices, paseándose por delante de los reclinatorios—. ¿Aún tenéis, pecadores, el alma completamente endurecida? —Y le pasó la mano por la cabeza a una de las niñas.

—A los ojos del Señor somos pecadores; pero como nos ama, nuestra alma se irá purificando —replicaron todos a una.

Santa Cruz avanzó sin detenerse. No era fácil admitir qué le revolvía más el estómago, si la noche que había pasado jugando a los naipes o las palabras del cura. Por un instante, se preguntó si estaría en la iglesia el hombre que pretendía adoptar a su hija.

—¿Os dais cuenta de que, hasta ahora, sois desdichados, ciegos ante la luz del Señor Todopoderoso? —preguntó el cura. Su piel grasienta relumbraba bajo las llamas de los cirios. Tomó las manos de uno de los chiquillos, que entre temblores sujetaba la vela como una pesada cruz.

—Sí. Nos damos cuenta —repusieron al unísono.

—¿Y que en ninguna parte obtendréis el favor del Señor si no es por intercesión de la Santa Madre Iglesia Católica? —interrogó posando las dos gruesas manos en la cabeza de otro niño.

—Sí. Estamos seguros.

Arropado por la penumbra, Santa Cruz había llegado a distinguir los perfiles de algunos niños. Como poseído por una fiebre ardiente, se puso a buscarla con la vista.

—¿Así pues, estáis arrepentidos de vuestra vida impura? —porfió el sacerdote.

—Sí, estamos.

—Que el Señor Todopoderoso perdone vuestros pecados, amén.

—¡Amén! —murmuró por detrás el eco grave de los fieles.

¿Cuál era su hija? No resultaba fácil distinguir las facciones de todos; si bien, Santa Cruz estaba lo bastante cerca para ver cómo el aliento de los chiquillos hacía oscilar las llamas. Y mientras la buscaba, de modo tan súbito que a él mismo lo tomó por sorpresa, la reconoció. Un soplo de viento helado le recorrió una por una todas las vértebras.

Era la segunda de las niñas que estaba más próxima a él. Estaba seguro. La del cabello castaño. Le colgaba una larga trenza y sus ojos eran tan negros como los suyos. Se abismó en su contemplación y pensó que ella, el sol de su vida, el lucero que había guiado sus pasos de vuelta a casa, le dolía más que cualquier herida que le hubieran infligido en combate, y de repente, supo que estaba equivocado desde el principio. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza presentarse así, con esta facha de jugador borracho? ¿Acaso quería que se avergonzase de él?

Estaba tan cerca y, sin embargo, por dignidad no podía darse a conocer, no debía hacerlo. No de este modo. Y lo sabía. Y, por primera vez desde que el Duque le había hecho la oferta, se preguntó si antes de abrazar a su hija, no debía expiar sus propios pecados. Se preguntó si no merecía este suplicio, esta cruel penitencia, estar junto a la niña y no poder decirle tan siquiera: «Hija, ya estoy contigo y no volveré a irme de tu lado. Te lo prometo».

De pronto, todo esto se le antojaba un castigo justo, sí, pero también insuficiente. ¿Qué clase de padre había sido él para merecerla? ¿Qué dolores le había evitado? ¿Dónde estaba él cuando lo necesitaba? Y de forma insensible, como un corolario de sus pensamientos, pensó si no debería aceptar la oferta del Duque, a pesar suyo, si no debería embarcarse de nuevo para hacer de su hija una joven acaudalada e independiente que pudiera hacer realidad todos sus sueños. Quiso comprar la libertad de su hija a cualquier precio, ya que había perdido la suya.

Fue ahí cuando, como en respuesta a las incertidumbres de Santa Cruz, el sacerdote, ante los ojos atónitos del pirata, se paró frente a la segunda niña. La del cabello castaño, la única que llevaba una trenza. El cura sacó del bolsillo de la sobrepelliz una cadena con una medallita de oro que relumbró a la luz de los cirios. La sostuvo en el aire un momento, el tiempo justo para que Santa Cruz reconociese,

con un estremecimiento de espanto, la medalla que había perdido anoche en la mesa de juego, la medallita de Nuestra Señora de la Almudena.

El cura abrió discretamente la palma a la niña y la dejó caer en ella, antes de ponerle sus manos grasientas, sudorosas, a ambos lados del cuello.

La niña lo miró recelosa, con una especie de invencible orgullo, y en un acto reflejo de rebeldía, desvió la cara a fin de evitar el tacto de ese hombre.

Aún pasó un buen rato hasta que Santa Cruz se precipitó al encuentro del cura. Este, con una ligereza del todo sospechosa, se había esfumado del altar no bien hubo finalizado la ceremonia. Santa Cruz abrió de golpe la puerta de la sacristía. El sacerdote, que acababa de despojarse de la casulla, se volvió hacia él con cara de pánico y se aferró al crucifijo que le colgaba del cuello.

—Estáis profanando la Sagrada Morada —tartamudeó mientras retrocedía hacia la pared. Una vez allí se quedó inmóvil, temblando como un azogado bajo una enorme cruz latina de tamaño natural.

Santa Cruz lo alcanzó en dos zancadas, y con solo la mano izquierda, lo cogió al tiempo por la sobrepelliz y la sotana y lo puso de puntillas contra la pared.

—El único profanador que veo por aquí —dijo Santa Cruz sin exasperarse— sois vos, saco de grasa. Y ahora, decid, ¿cómo ha llegado a vuestro poder la medalla? Hablad, vive Dios, o no tendréis tiempo para reconciliaros con él.

—El Señor me perdone. Yo no tuve ninguna culpa. —Al sacerdote le costaba hacerse entender—. Me vi obligado a aceptarla.

—¿Quién os mandó! ¿El Duque? —El cura asintió repetidamente con la cabeza—. Habéis pecado contra la virtud que decís representar. No sois digno de ella. —Y así diciendo, tomó el crucifijo en un puño, desenvainó el cuchillo, rasgó la cinta de cuero y lo arrojó al empedrado.

—¿Santa Madre bendita! —exclamó el cura haciéndose cruces.

—¿No queréis redimiros, o preferís hacer el último viaje en pecado mortal?

—Clemencia, por el amor de Dios. Clemencia para un pobre siervo. —Entrelazó las manos en ademán de oración—. No soy más que un pecador. Decidme lo que deseáis que haga. Lo que sea. Y quedaréis tan satisfecho como podáis concebir.

—Hacedle llegar este mensaje a vuestro amo —dijo, y envainó el cuchillo—. Que estoy dispuesto a hacer lo que dice; pero si llega a mis oídos que la niña sufre algún daño, en ese caso, el trabajo quedará a medio terminar e iré a por él. Decidle que iré a por él. Decidle que yo, Lefthand, removeré cielo y tierra hasta arrancarle el corazón. ¿Necesitáis que os lo repita?

—¿Oh, no, Señor! —El sudor le bañaba el rostro—. Haré que se lo hagan llegar.

—Se lo haréis llegar —acercó el oído del cura— vos mismo, en persona.

—No perdáis cuidado. Se hará exactamente como decís —masculló con los ojos cerrados.

Acababa de expresarse cumplidamente el siervo de Dios, cuando en el vano de la puerta apareció una dama con un pañuelo de seda púrpura a modo de tocado y una estola de armiño que apenas encubría su amplio escote. Unos mechones de color castaño sobresalían del pañuelo. La dama rondaría la mediana edad, y tomando en consideración no solo su atuendo sino su rostro blanquecino, era lo que cabalmente se entendía por una dama interesante.

El cura volvió los ojos hacia ella como un náufrago hacia una tabla de salvación. Por su parte, Santa Cruz se tomó su tiempo, sacudió con delicadeza no exenta de ironía la sobrepelliz del cura y se volvió.

La dama, al ver a Santa Cruz, como movida por un resorte misterioso, se ruborizó hasta la raíz de los cabellos y su pecho empezó a palpar acelerado. En cuanto al cura, aprovechó para escabullirse por una portezuela.

—¡Mírate! —dijo la mujer—. ¡Sucio y desaliñado! —añadió con vehemencia, y lo inspeccionó con ojos frenéticos—. Pareces un mendigo. Ni siquiera has tenido la gentileza de vestirte para la ocasión.

Inadvertidamente Santa Cruz se echó un vistazo. Después de la noche en vela, pasaba por todo menos por un caballero. Una ola de vergüenza lo abrumó advirtiéndole que había estado a punto de presentarse así, como un mendigo, ante su hija querida. Solo ahora era consciente del olor infecto que desprendían sus ropas mojadas por la lluvia del día anterior, secadas al aire.

—En la cárcel no me han sobrado oportunidades, señora.

—Si permites que la niña te vea, le contaré todo.

—¿Viene contigo? —preguntó él horrorizado.

—Oh, desde luego que no. Ya no pregunta por su padre. Se me dio a entender que te ahorcarían.

—Pues quienes te dieron a entender eso ya ves que se equivocaron. Sobreviviré a todas las prisiones para ver crecer a mi hija.

—¿Ver crecer a tu hija? —preguntó ella frotándose una mano contra otra—. Va para cuatro años. ¿Dónde estuviste antes de que te prendiesen? ¿En las Américas? —dijo en un tono tal de reproche y con tal vehemencia que parecía lamentarse de no haberlo acompañado.

—Hace mucho, Ana, que tú y yo no nos debemos explicaciones. Tan solo he venido a ver a la niña.

—Ella te cree muerto. Sabe que su padre fue un canalla, un hombre que dio mala vida a su esposa y que tuvo la muerte que se merecía; pero aún podría contarle mucho más. Puede que así dejase de pensar que estás en el cielo. —Tragó saliva, y retorciéndose las manos, prosiguió—: Desengaña ahora y te odiará para siempre. Se sentirá traicionada, engañada, como su madre. No imaginarás que María se parece más a ti que a mí, ¿verdad?

—Es la primera vez que te veo preocupada por ella —ironizó Santa Cruz.

—No estoy preocupada, querido —y enfatizando las palabras, agregó—: Sé muy

bien lo que siente mi hija.

Mientras él cruzaba la sacristía resonaron las espuelas. La dama se interpuso. Se quedaron cara a cara, a un palmo de distancia uno del otro. Santa Cruz apreció los efectos irresistibles del tiempo en su esposa. Los dos surcos a ambos lados de la nariz se pronunciaban más ahora que antes, lo mismo que las líneas que demarcaban el entrecejo. Las pestañas sugerían el efecto de pesarle demasiado a los párpados para sostenerlas.

—¿Quién traicionó a quién, Ana? ¿Quién se dedicó a calentar la cama con unos y con otros?

—No debí casarme contigo —dijo ella—, pero era joven.

—Las ruinas familiares son malas consejeras.

Por toda réplica, la mujer abofeteó a Santa Cruz, que le aferró la muñeca cuando retiraba la mano.

—Cómo te atreves —dijo ella colgando un racimo de pasiones en un hilo de voz—. Me casé por amor; pero tú me engañaste. Me hiciste creer que tu profesión era la mar, que eras capitán de navío, un oficial, no un... pirata. —Escupió desdeñosamente—. Deberías saber que en este país siempre hay alguien que te abre los ojos a la verdad.

—No vuelvas a hacer eso nunca —dijo él—. Mientras te rodeé de joyas no hubo quejas. Ni preguntaste de dónde venían.

—¡Suéltame! —levantó la voz, zafando la muñeca—. ¿Qué sabrás tú de las necesidades de una mujer?

Percibía el aliento dulce de Ana Mendoza. El pecho de ella subía y bajaba. Reparó en el collar de perlas negras que pendía de su cuello. Un obsequio primoroso teñido de recuerdos. A su esposa la mirada no le pasó inadvertida.

—Si al menos no hubieras estado ausente tanto tiempo, quién sabe —dijo ella dulcificando el tono—. ¿Por qué las cosas tienen que ser así? ¿Te acuerdas de aquellas primeras noches, cuando me rondabas al pie de la celosía y te deslizabas en mi aposento? —Y se rozó el collar con las uñas—. ¿Recuerdas los billetes secretos, Íñigo?

—Apártate de mí. Ni tú ni yo somos ya los de entonces —repuso bajando la vista. Y le dio tiempo a preguntarse si la había amado alguna vez antes de advertir que la codicia era lo único que la alimentaba, o la había odiado siempre por devolverle el peor reflejo de sí mismo: un hombre voraz, en quien las incandescencias de la pasión ardían inextinguibles porque eran la expresión misma de su ser. Un hombre que sin pasión, percibía la vida con una palidez agónica.

—¡Oh, eso! —dijo ella con voz tenue, casi en un susurro, cogiéndose a las solapas de su casaca—. Mírame, Íñigo. Dímelo otra vez mirándome a los ojos.

—Déjame pasar, mujer —dijo él apartándola con el brazo.

Aquellas palabras nublaron las facciones de su esposa.

—¡Ves como tengo razón! ¡Lo ves! Sigues siendo el mismo bruto, el mismo

canalla. —Endureció el tono—. No permitirás que tu hija te vuelva a ver, ¿a que no? ¿Quieres que se avergüence de ti? ¿De un sucio mendigo? Porque ella se avergonzaría. ¿Me estás oyendo? —Santa Cruz la escuchó hastiado. La fatiga de toda la noche lo abatió de repente, dejándolo a merced de sus palabras. Pero ella, apurando un último y decisivo argumento, añadió—: Además, hay otro hombre en nuestras vidas. Alguien que está decidido a cuidarnos. ¡Un hombre con todo lo que hay que tener!

Santa Cruz, en quien se había operado un cambio en apariencia imperceptible, pero repentino, titubeó antes de cogerla del cuello con una mano, suavemente. Ella se dejó hacer y hasta alzó la barbilla con orgullo.

—¿El conde de Veraguas? ¿Es ese el que pretende reemplazarme en el corazón de mi hija? —Y, como ella no replicase, alzó la voz—: ¡Habla de una vez! ¡Bruja! ¿Te refieres al conde de Veraguas?

Ella se desprendió de su mano con un gesto de rabia, y fue como si el racimo de emociones se hubiera desprendido, como si esparciéndose todas, se hubieran echado a rodar una tras otra. Exclamó fuera de sí:

—¿Y por qué no? ¡El conde de Veraguas! ¡Escúchalo bien! ¡El conde de Veraguas! —Santa Cruz se abrió camino rozándola con el cuerpo—. Te odio. ¿Me estás oyendo? ¡Te odio! —gritó su esposa con los ojos desbordantes de lágrimas—. ¡Te voy a odiar siempre!

Llevaba el sombrero sobre el rostro, la cabeza baja, los ojos hundiéndose en el empedrado. Y nadie o muy pocos habrían reconocido esa sombra en la penumbra del templo. En rigor, y aparte de su esposa, solo dos hombres lo siguieron con la vista desde un discreto rincón de la nave. Los dos que anoche estaban entre el público que le había visto apostar una medallita de oro en cierto mesón de la Cava Baja de San Francisco.

Salió a la calle. Echó a andar sin rumbo. Tendría que sobreponerse a sí mismo. Tendría que hacerlo, pero se sentía ganado por una fatiga invencible y, no por casualidad, afluyó a su memoria el sueño, la misma pesadilla recurrente: el zafarrancho de combate, la batalla en el mar, el comodoro inglés casado con una dama española... y su padre... aquel sueño febril que lo atormentaba desde hacía años y que, por desgracia, era algo más que un sueño, era el origen de todo.

Notó que las fuerzas le fallaban; resbaló y dio con su cuerpo en tierra. Algunos lo miraron desde arriba, pero nadie se atrevió a auxiliar a ese hombre cubierto de barro, con aspecto de mendigo. Apoyándose en una pierna, ayudándose de la mano sana, se levantó despacio, con mucha dificultad. Se embozó en la capa sucia, rota, y cojeando, dolorido, ebrio de amargura, el hombre de la negra estampa se confundió con la gente.

«VIVIR Y MORIR POR LA ESPADA»

SUPO QUE LA HORA CRUCIAL, el momento de salir y demostrarle a su padre que ya no era un niño había llegado. Fue cuando lo vio desenvainar el acero en el puente del alcázar y empuñarlo con firmeza, cuando oyó las voces de los ingleses cada vez más cerca.

Arriesgándolo todo, se dispuso a salir de su refugio. A la caída de la tarde el firmamento, cubierto de nubes cenicientas, se oscureció de repente. ¿Le quedaba a la flota española alguna oportunidad de vencer?, se preguntó.

Hasta entonces había asistido al zafarrancho de combate desde el interior del tonel. Allí se había refugiado, bajo la apariencia de uno de los grumetes que servían la pólvora, después de pasar los últimos días escondido en el pañol de los víveres. Y desde allí fue testigo de las órdenes que el segundo impartía a voz en grito. Sintió los pies desnudos pateando las tablas. Vio cómo los hombres baldeaban la cubierta y cómo después la enarenaban, cómo vertían calderos de agua sobre los costados del barco para que, por si acaso, no se propagasen las llamas. Oyó cómo el segundo daba orden de derribar los mamparos, apagar todos los fuegos, colocar los cañones en batería y avisar a los hombres de las cubiertas inferiores. Luego experimentó en propia carne cómo las andanadas hacían retemblar la nave, y después, el aire se llenó de gritos y quejidos, de olor a alquitrán y a pólvora y a brea y a madera enmohecida.

Vio volar astillas por todas partes. Las balas de cañón laceraban el aire, pasaban silbando, y cuando se trataba de balas incandescentes, hacían estragos en la tablazón del navío. El ruido era estruendoso. Y ahora que el cielo se oscurecía, vio cómo su padre, el capitán del buque, el hombre que vestía siempre de negro, empuñaba el sable templado por el maestro Rui Giotto. Su padre, que miraba a sus dos hombres de confianza como si de ellos dependiera algo más grande que la suerte en el combate: el orgullo de un pueblo indomable. A la derecha de su padre, el maestro armero, Rui Giotto, y a su izquierda, Guzmán Yáñez, el segundo. ¿Qué cara habrían puesto uno y otro si supieran que el hijo de su capitán estaba en el barco?

La derrota estaba próxima pues, según tenía entendido, la flota inglesa superaba a la española en una proporción de dos contra uno. Además, la nave contra la que se batían era la mejor artillada del enemigo, el buque insignia de la Royal Navy; sin embargo, los hombres peleaban con bravura. La fe en su capitán los espoleaba.

Ahora llovía con fuerza. Rui Giotto y Guzmán Yáñez se lanzaron a la lucha. El niño empujó hacia arriba la tapa del tonel y corrió hacia su padre. La cubierta estaba sembrada de cadáveres y empapada de sangre a pesar del agua y de la arena. Escuchó decir que la flota española estaba perdida, que el combate se decantaba del lado inglés, que Dios estaba con el hereje. La lluvia arreciaba y la tripulación era impotente para contener al enemigo, que abordaba el buque español por oleadas.

El capitán, que se mantenía erguido en el alcázar, permanecía atento a las maniobras. Solo cuando, presa del desconcierto, reconoció a su hijo en el grumete que subía las escaleras del puente, solo cuando lo vio acercarse con una sonrisa, vaciló sobre sus pies, helado de espanto, y su rostro fue la viva imagen de alguien que contempla el horror cara a cara.

—¡Por Dios bendito! —se lamentó cogiéndolo por los hombros—. ¿Tú... qué estás haciendo en el barco... Íñigo? Estás empapado. Te dije que no podías venir, que aún eras muy pequeño —dijo mirando a su alrededor.

—Quiero luchar a tu lado, padre.

—Hay otros modos, Íñigo. Tú servirás a la patria con la inteligencia —repuso con voz ardiente—. ¡Rápido! En la bodega estarás seguro, hijo mío.

Se lo dijo en el exacto instante en que tres marineros ingleses le cortaron el paso. En dos zancadas subieron al alcázar, ebrios de sangre. Blandían espadas y machetes. Con un brazo, el padre arrastró al hijo a su espalda, lo protegió con su cuerpo, desenvainó el sable y encaró a los tres con la misma resolución con que habría encarado a un ejército entero.

El tiempo pareció discurrir más despacio. El futuro se cernió como una sombra impenetrable. Aunque era una lucha desigual, su padre se batió hasta que lo desarmaron. Luego, el niño advirtió con horror que un oficial de tricornio y casaca azul marino estaba subiendo las escaleras del puente.

Era el comodoro inglés. El niño había oído que estaba casado con una dama española. Sus hombres le llamaron *milord*. Sin inmutarse, el inglés recogió la espada de su padre, leyó la inscripción que figuraba en su filo y, seguidamente, el resto se grabó a fuego en la memoria del muchacho.

El niño resbaló. Los ingleses impidieron que su padre le prestara ayuda, y cuando iba a levantarse, el comodoro llevó la punta de la espada de su padre, que había recogido del suelo, a la muñeca derecha del niño y empujó.

—Por piedad. Os lo suplico —dijo el capitán Gonzalo Santa Cruz, que puso toda la fe que le quedaba en ese ruego—. No le hagáis ningún daño. Es muy pequeño todavía.

Pero el inglés sonrió y, dirigiéndose al muchacho en un español muy correcto, dijo:

—¿Qué darías por la vida de tu padre? —Un hilo de sangre brotó de la muñeca y se confundió con el agua. El dolor se le antojó al niño tan insoportable que de repente dejó de sentirlo. Sus nervios parecían haberse embotado—. ¿Darías la mano derecha por él? —El inglés, sobre quien hubiera podido afirmarse que disfrutaba, disminuyó la presión, alzó la espada, y en un acto reflejo, el niño retiró la mano.

El comodoro, con una sonrisa heladora, dijo:

—¿Te tembló el pulso, hijo, o te faltó el coraje?

Y sin pensárselo dos veces, se volvió hacia el padre y le hundió el acero a la altura del corazón. El niño profirió un gemido cuando el comodoro tiró la espada a un

lado, manchada de sangre, y aquel cuerpo amado, poco antes tan firme, se desmoronó entre convulsiones.

Temblando, el pequeño gateó, se arrodilló junto a él bajo la lluvia. Las lágrimas le ahogaban. Tomó una de sus manos entre las suyas y con voz quebrada, dijo:

—Padre, padre. Es por mi culpa. Es por mi culpa.

El capitán hizo acopio de fuerzas y tratando de hacerse entender, murmuró:

—Tú no tienes la culpa, hijo mío. —La lluvia azotaba su rostro. Daba la impresión de ahogarse en su propia sangre—. Haz... que tu madre se sienta orgullosa de ti.

Y alrededor del chiquillo el mundo se disolvió bajo una cortina de agua.

Sin aliento casi, Santa Cruz se despertó del mismo sueño, la misma y horrible pesadilla de siempre. El carruaje acababa de entrar en Toledo.

Hacía calor. Era como regresar de las profundidades del tiempo, cuando la vida era nueva y él zanganeaba por aquellas callejas empinadas. Desde entonces no había vuelto a poner el pie en la ciudad en donde una vez fuera joven.

Y eso que no había llegado a conocer la época gloriosa de Toledo. Incluso Rui Giotto, el más misterioso maestro espadero, el místico del hierro y el acero, el que recitaba oraciones secretas para medir el tiempo que duraba la inmersión de las hojas en el agua a fin de templarlas, el señor de la forja, el amo de la dureza y la flexibilidad del sable, el único que conocía a fondo las virtudes de las aguas y las arenas del río Tajo, el más eximio espadero que habían dado las Españas, y el más desconocido; incluso él, más que una celebridad, era una rareza oscura en un mundo en donde la hegemonía de las armas de fuego se hacía cada vez más visible.

Al llegar a su destino, vio que el taller ya no existía y que el bajo lo ocupaba una taberna. La fachada estaba sucia; la piedra, gastada. Con los años todo se había arrugado a la misma velocidad que los hombres que fueron jóvenes un día. Un letrero de madera colgaba de dos humildes cadenas herrumbrosas. Con cada ráfaga de viento, el letrero se balanceaba entre chirridos.

«Alma de hierro», se leía en el rótulo. Lo que, de modo superficial, resumía el secreto de los grandes espaderos toledanos. Por debajo figuraba una sentencia en latín, grabada con punzón: *Ab ense vivere morique*. «Vivir y morir por la espada».

Empujó la puerta. Entró en el garito. Estaba oscuro y el aire era espeso y olía a camarote. Había conocido ese lugar mucho antes de que fuese una taberna y le resultaba tan afín a sus gustos como su propio barco. Se quedó de pie, sin moverse, pegado a la puerta.

Había unas cuantas mesitas redondas de madera y algunos taburetes en torno a cada mesita. Sentados a una de ellas, dos paisanos empinaban el codo sin decir nada. Lo miraron. Detrás del mostrador un mozo secaba recipientes. A su espalda, el enorme espejo de la pared estaba sucio, y su azogue deteriorado.

Santa Cruz se acercó a la barra. El mozo tenía flequillo, unos ojos vivísimos y dos orejas muy separadas. Flaco como un huso, se movía como afectado por el mal de los nervios. No tendría más de quince o dieciséis años.

—¿Qué deseáis? —preguntó con un timbre agudo el mozalbete. Tenía los incisivos separados y prominentes.

—¿Dónde está Rui Giotto?

—El señor Rui Giotto está descabezando un sueño, excelencia —repuso el joven.

—Pues me temo que tendré que despertarlo.

Por toda réplica, el joven hizo aparecer de la nada un sable que relampagueó en el aire, y con un gesto que Santa Cruz no había visto ejecutar con tanta precisión en muchos años, viró hábilmente la muñeca, bajó la punta de la hoja en dirección a la tirada, extendió el brazo y se tiró adelante. Una vez hecho, arrojó el sable hacia arriba, este giró en el aire, hizo varios tirabuzones y se posó en sus manos como una paloma mansa.

—Lamento contradeciros, excelencia. El señor Rui Giotto no está para nadie.

—¡¡Gracián!! —Se oyó una voz colérica de viejo—. ¡¡El aguardiente!! ¡¡Gracián!! ¡¡Maldito tú y la madre que te parió!! ¡¡Grandísimo vago!! ¡¡No hay pícaro más grande en este asqueroso país!! —Se oyó una risa que de pronto se atragantó, y la voz de ultratumba pareció ahogarse confundándose con una tos ronca—. ¿No ves que me estoy muriendo?

—¿Muriendo? —dijo el mozo en voz baja a Santa Cruz—. Siempre que se despierta se muere de ganas de echarse un trago al coletto. ¡Ya voy, maestro! ¡Ya voooooy! —Y de nuevo en voz muy baja—: Está siempre diciendo que se muere. Que si esto, que si lo otro, pero, bah. De un ataque de gota nadie se va al otro barrio.

—¿Qué murmuras, bestia cruel? ¿Me quieres dejar morir sobrio, hijo de una perra sucia? ¡Por tus huesos que, o vienes al punto con la medicina, o te persigo a la pata coja y la empreno a bastonazos con tu cabeza!

—¡Ya estoy ahí, maestro! ¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo Gracián, y haciendo un mohín de conformidad, sacó una botella de abajo, se desplazó hasta el final de la barra y salió por una puerta interior.

El mostrador quedó vacío, y casi enseguida, se oyó de nuevo al viejo rezongar.

—¡Zascandil! Deja de llamarme eso que me llamas o te caliento las orejas.

—¡Ave María, maestro! ¿Qué decís que os llamo? —Se oyó decir al mozo—. ¡Ay, ay, ay! ¡Eso no! ¡Eso sí que no, por mi padre! ¡Que ya tengo las orejas bastante grandes, maestro!

—¡Que dejes de llamarme maestro, mal cristiano!

Santa Cruz respiró hondo y se dirigió hacia el final de la barra. Sin quitarse el sombrero, empujó suave y la puerta se abrió lentamente.

Era un cuarto sombrío que iluminaba solo el fuego del hogar. Si en tiempos no tan remotos había tenido otros usos, quién lo hubiera dicho.

El viejo y Santa Cruz se miraron a los ojos. Santa Cruz se descubrió.

—Hola, Rui Giotto.

El viejo estaba sentado en una butaca de felpa astrosa, con la botella en la mano y un bastón en la otra. Tenía un pie envuelto en vendas de un color más sucio que blanco y la pierna reposaba extendida sobre una silla de enea.

—Ve a atender a los clientes —ordenó el viejo a Gracián en un tono que no admitía réplica. El mozo soltó un resoplido y salió cruzando la mirada con el forastero. A continuación, este se acercó a Rui Giotto.

Eran sus ojos achinados como dos ranuras, y el pelo, que tiraba a blanco, raleaba por arriba y según bajaba iba ganando en espesor, de tal modo que a la altura de los hombros era compacto como la estopa y vistoso como las pelucas francesas. Aquel hombre de rasgos ascéticos tenía bigote y una densa perilla.

—¡Tú! —exclamó dividido entre la cólera y la incredulidad—: Así que era cierto lo que dijeron.

—Hace falta algo más que un calabozo mugriento para rematarme.

—No eres bienvenido —declaró el viejo y, desviando la vista, sacó el corcho de la botella con los dientes, lo escupió a un lado y bebió antes de añadir—: ¿Lo sabes?

—He venido solo a por una espada.

Rui Giotto prorrumpió en una risa grave que se tradujo en una tos débil. Se limpió la boca con el dorso de la mano y jadeó.

—Pues buscas en mal sitio esa espada.

Ambos se miraron con ojos insondables.

—No si este es el sitio donde se oxida y enmohece.

—Mide bien tus palabras —dijo Rui Giotto sin levantar la voz—. Aunque tuviera ese sable no te lo entregaría. Un pirata sería el último en merecer el sable de Gonzalo Santa Cruz.

—Nunca pensé en reclamar lo que era mío.

—¡Era el sable de un patriota! —profirió—. Alguien que lo usó para defender las Españas, no para avergonzar a su país. Tu padre era un hombre honrado. Y lo único en lo que te pareces a él es en que vistes de negro. Pero ¿por quién llevas luto tú, si puede saberse? ¿Por tus muertos, por los que cayeron defendiendo la nación, como tu padre?

—El sable me pertenece, Rui Giotto. Lo sabes.

—¿Te pertenece, piojoso? —dijo el maestro armero, y penosamente, apoyándose en el bastón, se puso en pie—. Fue forjada con tiempo, con amor. La oración con la que se templó su hoja es ignorada por todos los espaderos de España. Por fuera es de acero puro, pero su interior, su «alma», es de hierro. No ha habido hoja en estas tierras con un temple semejante. Era la espada digna de tu padre.

—Si así lo deseas, te la devolveré a mi regreso.

Rui Giotto, ayudándose del bastón, se aproximó a Santa Cruz cojeando.

—¿Después de matar? ¿Después de robar? ¿Después de verter sangre para cubrir tus deudas de jugador? ¿Cuándo piensas devolverme un sable que no obra en mi

poder? Además —añadió torciendo el gesto—, no necesito que me devuelvan lo que no es mío.

—No es para eso por lo que quiero la espada de mi padre.

—¿Ah no? ¿Para qué la quieres? Di, ¿qué sabes hacer aparte de eso, Lefthand?

Y, tras un instante de titubeo, replicó:

—Es para proteger a mi hija.

Rui Giotto se apoyó en el bastón, los brazos rectos, una mano trémula sobre la otra, y se quedó mirándolo fijamente un largo rato.

—Estás mintiendo.

—¿Desde cuándo, Rui Giotto, mi palabra no es digna de crédito? Aunque esté empapada en sangre, mi palabra es todo cuanto me queda.

Rui Giotto bajó los ojos y meneó la cabeza a derecha e izquierda, como tratando de apresar un recuerdo tan frágil como el humo.

—En aquel tiempo eras solo un chiquillo, y parece que haga mil años —dijo Rui Giotto serenándose—. ¿En qué nos equivocamos, Íñigo? Di, ¿en qué nos equivocamos?

—La vida es solo un malentendido —repuso Santa Cruz con sequedad.

El viejo levantó la vista y con la mirada ausente prosiguió.

—¡Oh, sí! Horas antes, nadie habría dado un solo maravedí por nuestra flota, ¿recuerdas? —Y sus ojos por vez primera sonrieron. Clavó la vista en Santa Cruz—. Se decía que el comodoro inglés estaba casado con una dama de aquí, y que por eso nos conocía tan bien a los españoles. ¡Maldito perro! Lo peor es que nos superaba en barcos. Eso era lo grave, no que estuviera casado con una española. Pero nosotros nos batíamos con honor. Porque el honor tenía nombre, Íñigo. Era nuestros padres e hijos, era nuestros hermanos y mujeres, nuestra tierra, una tierra en la que creíamos. Y, sin embargo, nos esperaba la muerte. Quién de nosotros no lo sabía. Hasta que aconteció algo impensable, algo milagroso, algo que...

»Sí —continuó—, la batalla estaba perdida, ¿lo recuerdas, Íñigo? —preguntó en tono de reproche, como queriendo exorcizar los demonios de Santa Cruz. Este aguantó firme. Se cuidó muy mucho de replicarle que a menudo, desde hacía más de veinte años, soñaba con eso, revivía la tragedia. Hoy mismo, sin ir más lejos, su pesadilla—. ¡Ah, entiendo! No quieres recordar. —Y tomó asiento fatigosamente en la butaca—. En tu lugar, también yo haría lo mismo. —Sí, se cuidó muy mucho de decirle a Rui Giotto que cada sueño repetido era una astilla que se le clavaba en lo más hondo de su ser, y que ni siquiera veinte años habían logrado borrar una sola imagen de la batalla. Le hubiese gustado decirle que, de haber podido, se habría arrancado la memoria para no volver a soñar.

»Pero te ahorraré los detalles. Te voy a contar solo el final. Hubo un milagro, porque fue un milagro de Dios, y el buque insignia contra el que combatíamos rindió sus armas. El comodoro inglés, aquel mal nacido, había dejado el pellejo a manos de un héroe. —Miró fijamente a Santa Cruz—. La noticia se propagó de barco en barco.

Los nuestros, bañados en sangre, aullaban de júbilo. La victoria era nuestra. Mientras los hombres alzaban el cuerpo aún tibio de tu padre, yo tomé su espada. Tomé la espada del capitán Gonzalo Santa Cruz y se la ofrecí al héroe a quien pertenecía. ¿Recuerdas ahora? —Hizo una pausa y echó un largo trago. Hasta las llamas del hogar crepitaban con respeto.

»Has pecado mil veces, Íñigo. Puede que hayas expiado tus crímenes, o puede que no. Un pecador no es quién para juzgar a otro. Solo respóndeme a esto: ¿qué ha cambiado para que aceptes ahora lo que una vez rechazaste?

Santa Cruz apretó el puño sano. Transcurrió un tiempo. A la postre, bajó la cabeza y dijo, como un hombre que goza humillándose:

—Es por mi hija.

Poco después, Rui Giotto aulló:

—¡¡Gracián!! ¡¡Falso cristiano!! ¡¡Gracián!!

Acudió el mozo. Por orden de Rui Giotto, apartó la alfombra, tiró de una arandela y abrió pesadamente la trampilla del suelo. Luego, encendió un candelabro y descendió por una escalera polvorienta. Enseguida se adentró Rui Giotto, que rechazó la ayuda de Santa Cruz y emprendió la bajada a costa de agudos dolores. Una vez en el sótano Gracián encendió varias velas y, de repente, ante los ojos de Santa Cruz brotó una imagen de su infancia.

Docenas y docenas de espadas colgaban de las paredes en círculos radiales. A la luz de las velas, relumbraban. El frío sótano era la única dependencia que representaba un pasado perdurable. El tiempo no había transcurrido por él.

Calladamente, el joven Gracián se acercó a una de aquellas espadas. La cogió con una devoción casi mística y apoyó ambos extremos de la hoja en sus palmas. Así, con ella a la altura de la cara, se la ofrendó a Rui Giotto, que la tomó de igual forma y, volviéndose hacia Santa Cruz, dijo:

—¿Oyes cómo te habla el acero? —Y tras un largo intervalo, añadió—: Siendo niño, te ofrecí esta espada. Tuya era, como lo fue siempre después, y como antes fue de tu padre. Si era para defender una causa noble mucho tiempo has dejado enmohecería. Dale, pues, un uso honorable y ella te servirá siempre con lealtad.

Y entonces, con su mano izquierda, Santa Cruz se atrevió a empuñar el sable único, la espada más singular que nunca saliera del taller de Rui Giotto, mientras, entregado a un sentimiento que estaba más allá de las palabras, leía la inscripción que figuraba impresa en su filo:

Pertenezco al Caballero de la negra estampa

LA CASA DE LA MISERICORDIA

UNA BRISA CON OLOR A SAL MARINA se levantó del oeste. A esas horas de la mañana, la plaza de Cádiz bullía de agitación.

A un lado, la fuente monumental estaba seca. Un hombre de calidad, que vestía gorguera de encaje y tenía una barba puntiaguda, gesticulaba dirigiéndose a otro al que la punta del estoque levantaba un poco hacia atrás la capa. Los aguadores venían desde el pozo de la Jara con cántaros y calderos de agua. Pasó uno que soportaba una pértiga de la que pendían varios calderos, y poco faltó para que tropezase con un mendigo. El mendigo vomitó una blasfemia. Dos esclavos negros transportaban un palanquín encortinado y, a su paso, relinchó una montura irguiéndose sobre sus patas.

El día era soleado. Dos mujeres pasaron cimbreado con mantillas de encaje. La más morena manejó el abanico con un arte tal que Alonso de Valdivia no tuvo más remedio que darse la vuelta.

—¿Has visto qué ojos tenía la damita? —preguntó a Santa Cruz.

Tomaron por la calle de Boquete, siguieron por Sobernais, dejaron atrás el convento de Santo Domingo, la calle de la Merced, y, al poco, estaban a las puertas de la ermita de Santa Elena, junto a las murallas de la villa, donde comenzaba la ciudad. Allí, adosada a la ermita de Santa Elena estaba la Casa de la Misericordia, hospicio para mendigos, muertos de hambre y desheredados de la buena fortuna. La Casa de la Misericordia, donde según el maestro Rui Giotto, languidecía, desengañado de España y olvidado de Dios, Guzmán Yáñez, el que fuera segundo de su padre.

Una monja regordeta, de mejillas coloradas, que vestía un hábito blanco y un largo velo negro con una toca ajustada, les hizo esperar mientras hacía sus pesquisas. La monjita se tomó su tiempo, pero al final les franqueó la puerta y los condujo a través de un patio desnudo, con pilastras llenas de desconchones. En los soportales, las vigas de madera de los techos estaban tan podridas que parecían al borde mismo de romperse. Una rata, al verlos avanzar por los pórticos, se escabulló con un chillido. La impresión era de una humildad sobrecogedora.

Pero si el patio los impresionó, el olor a miseria que emanaba de la sala de acogida los dejó con el alma en vilo. Hicieron la transición de la luz matinal al ambiente lúgubre de la sala con dificultades, y tan pronto la vista se hubo adaptado, surgió una infinidad de jergones ordenados de pared a pared. Los pasillos por donde discurrían las monjas se cruzaban en forma de cuadrícula. Por uno de ellos se puso a guiarlos la religiosa.

Fuera porque lo cogió de improviso, o por lo que quiera que fuese, Santa Cruz no se había imaginado aquel ambiente descorazonador. La Casa de la Misericordia le recordaba la enfermería del sollado de un barco, porque aquí se respiraba un

desconsuelo similar. Pero este era un desconsuelo sabio, sin lamentos, como un murmullo o una desesperanza fatigada que se abría paso lenta pero de manera irremediable hacia el fin, igual que un río de lava. El vivo retrato de la resignación.

Porque aquí, abandonados a su suerte, estaban los más débiles, los vencidos y arruinados, los envejecidos y humillados, los olvidados de una nación que se resistía a morder el polvo, a sucumbir bajo la bota de las potencias enemigas, pero que olvidaba a sus hombres y a sus mujeres, a sus héroes y heroínas, y permitía que unos y otras se consumieran de hambre, sin la menor satisfacción o gratitud. Sintió que este era el final de un camino que para los españoles era forzoso recorrer, como una penitencia por haber ambicionado, tal vez, demasiado. Y eso le parecía imperdonable. ¿Qué clase de justicia era esa? ¿Qué camino de perdición conducía a sitios así?

La monjita, casi adivinando los pensamientos de Santa Cruz, susurró:

—Nuestros recursos apenas nos dan para sostenernos. —Y a modo de explicación —: El Estado está siempre en quiebra y los donantes son cada vez menos. Tendremos que cerrar el hospicio, si el Señor no lo remedia.

—¿Y toda esta gente? —preguntó Santa Cruz. La monjita suspiró.

—¡Ay, necesitaríamos tanto dinero!

—Pero la Iglesia...

—Tiene misiones más altas, me temo, señor Santa Cruz —cortó por lo sano la monja, que con una sonrisa, se abrochó los labios con los dedos.

Alonso, que seguía a Santa Cruz, al ver cómo su amigo se descubría, cogió el tricornio y se lo puso bajo el brazo. A continuación se pararon junto a un viejo a cuyo lado había una monja. La monja se inclinó sobre él, cogió la mantita de tela basta y la extendió por encima de su cabeza. Luego se santiguó y se puso a rezar de rodillas.

Siguieron pasillo adelante. A su izquierda un tipo hablaba con otro.

—¿Qué apuestas? —preguntó al de la cama contigua, un hombre con indicios de desnutrición que tenía una baraja en la mano. El brazo derecho de la roída casaca colgaba vacío—. ¿Apuestas la comida de hoy?

La monjita miró hacia otro lado y, viendo los naipes, a Santa Cruz le recorrieron sudores fríos.

—Trato hecho. El que gane hoy va a comer hasta reventar —dijo entre risas flojas el compañero de juego, que tenía la cabeza vendada y se incorporó penosamente.

Siguieron andando. A veces, la monja se detenía para acompañar su ritmo al paso de los forasteros.

Cuando doblaban para enfilear otro pasillo, justo en la esquina, vieron un grupito de seis o siete de pie, formando un círculo. Estaban esqueléticos y con ropas harapientas. Unos con la cabeza vendada o con brazos en cabestrillo y muletas, y otros envueltos en la misma mantita de tela basta que compartían todos los residentes. Uno de ellos, el que estaba en el centro, iba provisto de gafas. Se esforzaba tanto como podía en descifrar un papel mientras el resto le prestaba una atención inusitada. Santa Cruz y Alonso hicieron un alto. La monja miró hacia atrás y se detuvo.

—«... De todas formas... no os preocupéis, padre. Estamos bien de salud mi esposo y yo, pero cinco bocas que alimentar son muchas. Cuando podamos os llevaré los nietos, y así les contaréis en persona las batallas y las grandes gestas en las que obtuvisteis gloria y honores, para que se sientan orgullosos de quién fue su abuelo...»
—leyó un viejo tuerto al que le temblaba la voz. Bajó el papel hasta el regazo, se quitó los lentes. Su ojo bueno irradiaba una suerte de amarga felicidad que alumbraba a su audiencia. Un ojo que parecía decir: «¿Qué os parece? ¿No os lo había dicho yo?». Alguien le pasó un brazo por la espalda, y un mutismo solidario se adueñó de todos.

Docenas y docenas de jergones habían rebasado cuando la monja aminoró la marcha y de pronto se detuvo. Justo delante estaba postrado un chiquillo absorto en la lectura de un libro grueso. Un costurón le atravesaba la frente de parte a parte, y tosía sin descanso. Le temblaban los brazos de tal modo que era digno de mérito que leyera media línea; sin embargo, el niño humedecía el dedo con la lengua como iba pudiendo y pasaba páginas con avidez.

Santa Cruz aguzó la vista para distinguir el título, y leyó en letras doradas: Santa Biblia.

—Este es el hombre que busca vuestra merced —dijo la monja a Santa Cruz.

—¿Este? —preguntó el pirata boquiabierto y señalando al chiquillo.

—No. Este otro.

En el jergón contiguo al del chico yacía un bulto de costado envuelto en la mantita. El bulto subía y bajaba entre ronquidos irregulares.

—No hay peligro de que despierte —explicó el chico, que semincorporado humedeció el dedo en la lengua—. Tiene un sueño profundo.

La monja cambió una mirada con Santa Cruz y señalando su propia boca con el pulgar, dijo:

—Llega cuando cierran las tabernas y duerme como un leño durante toda la mañana.

A continuación, se acercó al bulto y lo tocó con suavidad. Entretanto el chiquillo, que esperó a que Alonso pusiera sus ojos en él, dijo:

—¿Le importaría leerme algún versículo, excelencia? Aunque dicen que tratándose de la palabra de Dios las letras son lo de menos, me haría tanta ilusión...

—¡Guzmán! ¡Guzmán! —musitó la monjita sacudiendo al durmiente—. ¡Despierta, Guzmán!

Alonso tomó asiento en la cama del chiquillo, le sonrió, cogió la Biblia y sin quitar ojo a la cama de al lado, leyó al azar:

—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos».

El hombre de cara abotargada y ojos de sueño levantó la cabeza. Tenía el cabello revuelto. Se quedó mirando a la monja con cara de estupor.

—«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

—Vamos. Tienes visita, Guzmán. Este caballero desea hablar contigo —dijo la monja.

Santa Cruz se acercó. El tipo se apoyó en el codo y se pasó una mano por la cara. Tendría unos sesenta años, barba de varios días, nariz bulbosa y violácea y ojos acuosos y surcados de venillas rojas. Respiraba pesadamente. Si este era el hombre que buscaba, si este era Guzmán Yáñez, jamás habría reconocido en él al segundo de a bordo de su padre. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Gonzalo Santa Cruz, el maestro Rui Giotto y Guzmán Yáñez eran inseparables? ¿Adónde se habían ido aquellos tiempos perdidos, adónde aquellos corazones valerosos que preferían una muerte con orgullo a una vida sin honor?

—«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra».

—¿Por qué me despiertas, hija de cabra? —preguntó el tipo con voz pastosa. A su lado, el chiquillo prorrumpió en una tos seca. La monja se enderezó y mirando a Santa Cruz hizo el ya familiar gesto de llevarse la mano a los labios y abrocharse la boca.

—¿Sois vos Guzmán Yáñez? —preguntó Santa Cruz.

—«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados».

El tipo se aclaró la garganta y se incorporó con un leve balanceo.

—Así solían llamarme —dijo—. Pero mi memoria es infiel como una mujerzuela.

—Soy el hijo de Gonzalo Santa Cruz. Y he venido a buscaros.

—«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

El borracho, que a medias arrebujaado en la manta se había sentado en el jergón, se balanceó otro poco y dijo:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿El hijo de quién? ¿Y para eso me despiertas tú, monja? ¿Se puede saber por qué todo el mundo miente? ¿Tanto os avergüenza la verdad?

—Hijo mío —dijo la monja benignamente—, este hombre está diciendo la verdad.

—«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

—¿La verdad? —dijo el borracho—. La verdad es como las palabras de los hombres: vale tan poco como una miga de pan en este asqueroso hospicio. Pero yo no temo la verdad. Quien como yo convive con ella día tras día no puede temerla.

—«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios».

Y sin más, Santa Cruz, muy despacio, desenvainó el sable de su padre y lo puso ante su vista. Algunas cabezas incrédulas se volvieron para admirar el arma.

—Mi nombre es Íñigo Santa Cruz —insistió en voz apagada—. Y he venido a llevaros conmigo.

—«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos».

De repente la resaca no era más que un recuerdo, y el hombre, mortalmente pálido, con manchas de vino en las ropas, sacó las piernas fuera del jergón. Con

delicadeza, como quienes temen que los sueños se desvanezcan, dejó que la hoja se posara en sus manos, leyó la inscripción del filo y sus ojos se encendieron con un fulgor extraño. Transcurrió un lapso interminable, pasado el cual, los ojos de aquel hombre que tanto habían visto se llenaron de lágrimas. Con un gesto de orgullo, el hombre se apresuró a secárselas antes de que se escurrieran y, en voz tan baja que apenas fue audible, dijo:

—Demasiado tarde. Ya no espero nada de la vida.

—Entonces —dijo Santa Cruz—, lo que hay que hacer lo haremos juntos, Guzmán Yáñez.

—«Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa será grande... en los cielos».

Y muy suavemente, Alonso cerró la Biblia y dio fin a la lectura.

En el curso de los siguientes días, Santa Cruz y Alonso, como estaba previsto, siguieron caminos opuestos.

Alonso, por su parte, se quedó explorando las tabernas de Cádiz para reclutar hombres. Y no era ese un asunto fácil, pues requería de secretismo extremo, discreción y mano izquierda. Un negocio en el que los contactos se esfumaban sin previo aviso y en el que los hombres con experiencia escaseaban. Además, disponían de muy pocos días, y el mayor temor de Santa Cruz era que no diesen con suficiente carne de horca, prófugos de la justicia o esclavos con hambre de botín. En cuanto a él, tenía que partir hacia el Algarve, y cuanto hubiera avanzado Alonso hasta su regreso era tiempo que ganaban.

De modo que Santa Cruz alquiló un coche de postas y se dirigió a la Albufeira, donde llegó al día siguiente. Una vez allí, hacerse con una montura fue bastante menos enredoso que dar con la dichosa cala. Pasaron horas antes de que acertase a conducir a su caballo por el sitio bueno. Dio vueltas y más vueltas, y para cuando se hubo orientado en los montes de aquella costa extraña, reconoció que las palabras del Duque no carecían de lógica y prudencia. «Que sea en territorio portugués, y en un lugar poco accesible por tierra», había dicho.

Y era, en efecto, un lugar recóndito, al abrigo de miradas indiscretas, idóneo para carenar y llevar a cabo las reparaciones de un buque en las condiciones más favorables. En leguas a la redonda no había ni una casa, solo maleza, monte bajo, zarzales y pinos por todos lados.

Trató de bajar por un camino serpenteante, pero las piedras rodaban cuesta abajo y era peligroso. El caballo resoplaba bajo el sol. Los cascos levantaban nubes de polvo. Buscó un sendero más despejado para acceder a un lugar que tanto se resistía a dejarse descubrir, y mientras se debatía entre la vegetación, los sudores y la fatiga, apareció la cala, escondida, diminuta. E instantáneamente, sintió una punzada en el pecho.

Descendió como pudo y, a medida que se fue acercando, vio que lo esperaban. Al

llegar abajo, un tipo con apariencia de pescador se aproximó.

—¿Sodes vos el capitán Santa Cruz? —preguntó el tipo en una mezcla de portugués y español. Asintiendo, Santa Cruz echó pie a tierra—. *Non falta moito* para que *cheguen* las armas y las provisiones, *meu senhor*.

Pero él estaba absorto. A unos cien pies el *Príncipe del mar*, su patria añorada, su libertad, lo aguardaba descansando sobre la quilla, varado en seco como un cachalote muerto. Hizo a pie la distancia que los separaba. Sus botas se hundían en la fina arena, y el sudor se le iba metiendo en los ojos y le escocía.

Alrededor del barco se afanaban dos o tres docenas de hombres llevando y trayendo jarcias, velas y demás pertrechos, reparando averías, limpiando los bajos del buque. Aunque el revestimiento de cobre lo hacía más rápido que muchos navíos, había que carenarlo para que recuperase su mayor virtud.

Y ahí estaba. Sus achaques eran los propios de la vejez, sí, pero él no había sabido protegerlo. Había dejado que lo apresaran, y con él a toda su tripulación. Y ahora que lo tenía otra vez frente a él, al principio, apenas si se atrevió a rozarlo. ¿Es que acaso había pagado a su amigo con la misma fidelidad que él le había demostrado siempre?

Primero le pasó una mano por el nombre, en el testero de popa. Una por una, acarició sus letras. Los portugueses se apartaron, con temor o con respeto. A continuación lo fue recorriendo de popa a proa. Pasó la mano por toda la quilla, por la chapa de cobre, recorrió los nudos de las tablas hasta llegar al palo del bauprés, y luego hasta el mascarón de proa, que representaba a una diosa coronada. Y allí, junto al mascarón, le dijo en un susurro: «Ya estamos juntos, viejo amigo. Tú y yo».

Los hombres permanecieron circunspectos. Y él, sin mirar a nadie salvo a su barco, sintió que le embargaba una paz nueva y consoladora, y desde las aguas color turquesa empezó a soplar una suave brisa.

Cuando Santa Cruz regresó del Algarve, se dirigieron a la posada del Tiburón, donde Alonso quería reclutar algunos hombres.

El sol se había puesto horas antes, y aunque en las proximidades del muelle había refrescado, dentro de la posada el ambiente era sofocante. Nadie los había visto entrar, excepto un tipo escurrido de peludas cejas. Estaba detrás de una barra en la que había un sinfín de platos de comida enfriándose. Fauces de escualos decoraban todos los rincones.

Los parroquianos, la mayoría tocados con monteras o pañuelos de colores anudados a la nuca, estaban de pie y rodeaban una mesa observando un silencio casi religioso. Muchos fumaban en pipa; otros bebían de sus jarras. Del centro del círculo salía una humareda irrespirable.

Cuando se acercaron, los dos amigos distinguieron, sentados a la mesa, a una mujer de complexión robusta que mascaba tabaco y a un coloso que sudaba profusamente. Ambos estaban echando un pulso.

—Esa es la cocinera de la que te hablé —masculló Alonso.

—Apuesta por ella. —Dejó entrever una sonrisa enigmática—. Si aún estás a tiempo.

El coloso estaba escarlata. Tenía un brazo grueso como un yunque. Cada vez que en un arranque de furia se ayudaba del cuerpo para ir doblegando a la mujer, las cabezas de alrededor bajaban del lado del coloso, y cada vez que la mujer recuperaba de golpe la posición, las mismas cabezas recuperaban de golpe la verticalidad como si algo les hubiera dado de lleno en la nariz.

Y así siguió la cosa hasta que, con una rapidez del demonio, la mujer asestó un par de latigazos y, antes de lo que se tarda en decirlo, el coloso estaba con el antebrazo hecho trizas.

—¡Voto a tal, muchachos! —tronó el tipo de la barra con una voz grave como Santa Cruz no había escuchado otra—. ¡Me juego la otra pierna a que algún día perderá! ¡Ya veréis como sí! —dijo cruzando los dedos por la espalda—. Y ahora, ¡cada uno a su cena! ¡Vamos, vamos! ¡Id pasando! ¡¡Soltad los dineros, ratas sarnosas!! —Y el tipo se fue embolsando sus buenos reales producto de las apuestas.

—¡La cena! ¡Qué fácil lo dice ese! —dijo uno—. Para cuatro dientes que le quedan, como él no tiene que masticar... —Y se echaron a reír a más no poder.

Parte de la parroquia regresaba a la barra; el resto tomaba asiento en las mesas. Al cabo de unos segundos, al desencanto siguió una algarabía formidable.

—¡Una botella! —gritó alguien desde una mesa.

—¡¡Que sean dos!!

—¡¡Y otras dos!!

—¡¡Vascaaa!! —gritó otro desde la barra—. ¡Así guisaras como echas pulsos, y te cambiaba yo por mi suegra! —Se sucedieron las carcajadas.

—¡Y yo por la hija de mi suegra! —No dudó en admitir uno que estaba sentado.

—Ese es temerario como Drake —intervino otro de la facción que estaba de pie—. ¡Se ve que no has probado las bazofias de la vasca! —Y prosiguió el jolgorio.

Ahí fue cuando la cocinera, que aún no había reparado ni en Santa Cruz ni en Alonso, llegó hasta la barra, y escupiendo un chorro de jugo de tabaco por encima de ella, se acercó al último que había hablado. El vuelo de una mosca se habría oído en el instante en que, sin mediar palabra, cogió un plato de comida y se lo estampó en el rostro al bocazas.

—¿Y pues? Vas ahora y vomitas a la puta que te parió —dijo, y la más estentórea de las carcajadas siguió a la expresión risueña de la mujer.

Santa Cruz y Alonso se sentaron en la mesa más sombría y esquinada del local, cerca del entablado, no sin que antes Alonso llamase la atención de la cocinera.

—Cien como esa y nos hacíamos con Jamaica —dijo Alonso a Santa Cruz.

—Te dije que apostases.

La cocinera se acercó con dos jarras. Las puso en la mesa y, dirigiéndose a Alonso, dijo sin alzar la voz:

—Bueno, guapito —y siguió mascando—, tengo algunos hombres; pero no demasiados. Corren malos tiempos para los caballeros de fortuna. —Era una mujer gruesa, hecha de grasa y músculo, pelo corto y muy rizado. Aunque joven, la grasa le ponía diez o quince años más encima. Santa Cruz llevaba el sombrero calado hasta las cejas—. Y a este perro, ¿qué le pasa? ¿Le cuesta mirar a los ojos?

—Si son tan bravos como los tuyos —dijo Santa Cruz y levantó tranquilamente la cabeza—, puedes jurarlo, Amadora.

La cocinera dejó de mascar por un momento y se quedó mirándolo con una sonrisa leve que le colgaba de los labios. Por fin, balbuceó:

—¡Íñigo Santa Cruz! Bravos o mansos, ¿me engañan, o eres tú, que vuelves del infierno, amigo mío?

—Ni te engañan ni yo he salido nunca de allí.

Alonso, sumido en la perplejidad, volvió la cara a uno y a otro. La cocinera se sentó en el banco y tomó las manos de Santa Cruz entre las suyas.

Detrás de unas cortinas confeccionadas con abalorios de madera, una muchacha vestida de gitana espiaba sin cuidado.

—Creí que te habían colgado. Mucho lloré por ti —dijo la mujer.

—Estuvieron a punto. Me metieron entre rejas y me fugué. Lo que ahora necesito es una nueva tripulación, y pronto. ¿Crees que podrás ayudarme?

—Una vida no es suficiente para saldar mi deuda contigo. —Y volviendo a mascar tomó las dos jarras—. Brindemos. ¡Por que tus planes tengan éxito! Y tú, guapito de cara, no te enceles —dijo con un mohín de burla y levantó la jarra ante la nariz de Alonso, que la miró de arriba abajo—, que me cuelguen si no sobra vino esta noche para salir todos de aquí gateando.

Un tipo con aspecto de zíngaro, moreno como el cacao, con melena de rizos y una camisa de chorrera que pasaba por blanca, salió al entablado con una guitarra y una silla de mimbre. Tomó asiento y se lanzó a tocar unos acordes.

—¿De cuántos hombres hablamos? —preguntó Alonso.

Haciendo caso omiso a la pregunta, Amadora hizo un gesto al tipo escurrido de la barra, que casi en el acto, se acercó a la mesa con más bebida. El hombre se hizo cruces tres veces, y solo después dejó las jarras en la mesa. Tenía una pierna de madera y unos ojos vigilantes que bailaban alrededor de sus órbitas como contando chiribitas. Muy satisfecho de sí mismo, esperó hasta ver que nadie se cuidaba de él y volvió sobre sus pasos.

—Es el posadero —explicó Amadora—. Sabe del oficio. Y es uno de los que está por enrolarse. Daría la otra pata por perder de vista a la parienta y hacer fortuna.

—¿El de la pata de palo? —preguntó Alonso. La mujer echó un buen sorbo—. ¿El que se santiguó tres veces?

—Le dan mal fario los guapitos. Como a mí —aclaró Amadora sonriendo a Santa Cruz. Y seguidamente le preguntó—: Y este, ¿conoce las supersticiones de los hombres de mar?

—¡Más a fondo que una cocinera lengua larga! —dijo Alonso.

La muchacha vestida de gitana movió inadvertidamente las cortinas y se agazapó en la oscuridad.

Arriba, en el entablado, el que pasaría por zíngaro rasgueaba una canción triste y se puso a acompañarla de un cante dolorido. La posada fue cayendo en una especie de sopor emocionado.

—Y ese de arriba, otro. Es de Sevilla —afirmó la cocinera refiriéndose al guitarrista.

—¿Ese? —preguntó Alonso.

—Y el catalán que está apoyado en la barra, con cara de buen comedor, otro más —dijo refiriéndose a uno tocado con barretina de color rojo y un chaleco que, de ceñido, casi reventaba.

—Parece un cura —dijo Alonso.

—Sí, Mateu fue un hombre de Dios —dijo la cocinera con sorna—. Y el licenciado Padilla —dijo refiriéndose a un tipo de entre cuarenta y cincuenta años que era todo lentes y nariz—. Un intelectual muerto de hambre. Ese también.

—Pero, voto a bríos, ¿qué piratas son estos? —dijo Alonso mirando a su amigo.

La cocinera se encaró muy seria con Alonso.

—¿Y pues? Son hombres con lo que hay que tener, guapito. Nada les sobra; no como a otros —dijo mirando el chaleco de moaré y la camisa guarnecida con puntas de Flandes de Alonso—. En estos tiempos, eso ya es mucho pedir. —Y dirigiendo su atención a Santa Cruz—: En España no es buen momento ni siquiera para el corso. Y con tanta prisa... en fin, no esperes mucho lobo de mar. Los huesos de los más grandes se pudren colgando en sus jaulas de hierro. Algunos de estos son gente de tierra, sí; pero son de fiar. Sus corazones son nobles —dijo cerrando el puño a la altura del pecho—, y sus brazos valerosos.

—Será una empresa arriesgada —dijo Santa Cruz.

—¿Arriesgada solo, prenda? —dijo Amadora—. Los negocios del Caribe deben ser enredosos como los primeros amores. ¿No es cierto, Lefthand?

Pero Santa Cruz tenía la respuesta ágil.

—Hay mucho botín en juego, Amadora. Puerto Príncipe, Portobello, Maracaibo. Esos no son más que los últimos saqueos. Y se dice que lo próximo hará que muchos de los piratas de Morgan se retiren con la bolsa llena —dijo alzando la jarra—. Y por la sangre de los míos que yo estaré ahí.

—Hum. Tú sabrás lo que haces, compañero.

El humo del tabaco lo envolvía todo. El guitarrista dio fin a la tonada y la gente estalló en aplausos y berridos. Otra vez las cortinas se agitaron y al instante, apareció arriba, en el entablado, corriendo en la punta de los pies desnudos, con mucha gracia, una joven en la flor de la edad.

Guapa era poco, se trataba de una beldad desconcertante, hermosa hasta el límite de la decencia, cabello negro y ensortijado que le bajaba por los hombros y unos ojos

verdes pero indómitos como la mar de Cádiz. Iba vestida igual que una gitana, con grandes pendientes de aro que relucían como el sol, mantilla de encaje y falda de volantes.

Cuando callaron los últimos borrachos y sonaron los primeros acordes de la guitarra, la joven compuso una figura solemne, arrogante, los brazos cruzados por encima de la cabeza, la cara vuelta hacia la mesa de Santa Cruz con una expresión mezcla de orgullo y melancolía, que cortaba el resuello.

Desde el principio, la joven arrancó a bailar sin reservarse y cien palmas viriles la acompañaron todo el tiempo. ¿Quién era esa joven soberbia? ¿Sería verdad que miraba hacia la mesa?, se preguntó Santa Cruz embelesado hasta las entrañas.

Se pellizcaba la falda y la alzaba lo justo, a derecha e izquierda, con un temple que encogía el corazón; a veces con la vista baja, como si diera muletazos al aire. Siguieron pateos dulces y fieros, movimientos de cadera, quiebros de cintura, desplantes certeros, la melena negra derramada sobre los hombros morenos de la gitana. Mientras duró, fue su cuerpo la imagen de la plenitud de la vida; su juventud como un insulto y también como un obsequio. Algunos mechones se le venían por la cara, el sudor hacía brillar su piel cobriza y Santa Cruz, incapaz de desviar los ojos de ella, perdió la noción del tiempo, hasta que de pronto las palmas se convirtieron en aplausos y los vítores siguieron a la joven, que desapareció del entablado sudorosa, reluciente, tímida como un animal herido.

—¡Por Belcebú! ¡Qué cuerpo prometedor! —dijo Alonso, que se había puesto en pie para aplaudir entre el alboroto general—. ¿Quién es?

—Nadie que tú merezcas —dijo la cocinera guiñando un ojo a Santa Cruz.

—Ah, pues tendréis que presentármela —replicó Alonso encendido—. ¡Qué sería de ella si no me conociese! ¡Dónde iría a descubrir el regusto del amor!

Justo ahí, una pareja entró en la posada. Un hombre de patillas blancas y rizadas unidas al bigote, con una pipa humeante en la boca y aire inequívoco de viejo lobo de mar y un muchacho que pasaría por su nieto, con una flauta metida en un bolsillo del chaquetón. Santa Cruz miró en el acto hacia la puerta, pero volvió la vista defraudado.

—Y ahí entran Pablet, el valenciano, y el viejo Andrade. ¡Guapito! ¡Apúntate dos más! —dijo con guasa la cocinera poniéndose de pie.

—¿Esos? —dijo Alonso sin dejar de aplaudir.

—Con que tengan hambre de oro, basta —dijo Santa Cruz.

—La tienen. Son desesperados —remató Amadora.

—¡Escoria de tierra adentro! —apostrofó Alonso, con las palmas doloridas.

Pero la cocinera no alcanzó a oír el comentario; además, antes de que cesaran los aplausos ya dirigía su atención a Santa Cruz, y lo que dijo sonó como una súplica:

—¿Hay sitio en tu barco para una cocinera mediocre?

—Mucho has tardado en pedírmelo —repuso él levantando la vista—. Era el único puesto que tenía reservado para una mujer de pulso firme —y añadió señalando

hacia las cortinas con un gesto de cabeza—: Y dile a la gitana que espíe con más tiento.

—No es gitana, Íñigo —dijo Amadora con ojos resplandecientes.

—¿Ah, no?

—Es un don del cielo.

Los aplausos y el griterío aún no habían cesado cuando una figura renqueante, con trazas de haber acabado de afeitarse, entró en la posada. En cada surco de su piel quemada se leía una historia de mar. El hombre echó un vistazo entre la clientela y, al distinguir a Santa Cruz, se acercó a la mesa y tomó la palabra:

—¿No hay un mal trago... para un hombre seco?

—Tendréis que subir a bordo, Guzmán Yáñez —dijo Santa Cruz, que lo esperaba de un momento a otro. El hombre tosió y sacudió la cabeza.

—Brrrr —resopló—, si no hay otro remedio —dijo arrastrando un taburete.

Un poco más allá, las cortinas de madera volvieron a agitarse pero como la cocinera ya estaba muy pendiente, se apresuró a acudir y entró por ellas como un toro.

—¿Estás tocada del ala? —preguntó a la bailarina y escupió el tabaco—. ¿Qué quieres, poner sobre aviso a toda la taberna?

—¿Ese es el que va a unirse a Henry Morgan, Amadora? —preguntó la chica entre jadeos. Amadora suspiró, procuró conservar el rictus serio pero se le escapó una sonrisa.

—Ese es nuestro hombre, Elena —dijo.

—¡El *Ganymede*! —suspiró la joven.

—Sí, Elena Exquemelin —dijo Amadora con resignación—. El *Ganymede*. El *Ganymede*.

TODOS CONTRA TODOS

EL PRÍNCIPE DEL MAR HIZO LA MAYOR parte de la travesía como un barco fantasma. En el mastelero no ondeaba ningún pabellón; ni nacional ni tampoco uno de los muchos pabellones con la calavera. Cualquiera que fuese el pabellón del capitán, era un misterio. Un capitán, por si fuera poco, que no se dejaba ver por sus hombres. Se hablaba de que algunos le habían echado la vista encima en la posada del Tiburón, pero no eran más que habladurías, y si los que más hablaban hubieran tenido que describirlo, no habrían sabido por dónde empezar. Lo único que la tripulación tenía claro es que estaba hambrienta de botín y que navegaba hacia Tortuga para unirse a los filibusteros. Y también que, en el colmo de la falta de respeto hacia las supersticiones marineras, había una mujer a bordo, a quien muchos apreciaban, sí, pero que cocinaba como el diablo.

En suma, todo ello tuvo a unos hombres que ya estaban mal dispuestos entre sí, primero desconcertados y, por último, con ganas de buscar camorra a la menor oportunidad. El músico tocaba poco y a disgusto, y a nadie se le pasaba por la cabeza animar al prójimo. Incluso Alonso, el piloto, un hombre siempre inclinado a ver el lado favorable, sabía que una empresa en el Caribe no podía afrontarse con semejante hatajo de fracasados. Vascos, catalanes, gallegos, castellanos, andaluces, algún que otro asturiano... ¿Qué unía a esos hombres entre sí? Unos estaban contra los otros, más que compañeros, eran enemigos y cada cual tenía su propia patria. Ciertamente había excepciones, como el viejo Andrade y Pablet, el valenciano; o como ese de pelo corto, ojos claros y maneras delicadas, que se había hecho íntimo de la cocinera y que a Alonso le resultaba una cara conocida; o como esos tres pazguatos, Melquíades Blas y Ginés, que si había que hacer caso de sus juramentos, venían de Madrid solo para enrolarse, a sabiendas de que el capitán los tendría siempre por mercenarios del Duque.

Todo eso era evidente a todas horas, pero sobre todo a la caída de la tarde, cuando se procedía al reparto del ron para uno de los turnos, después del adiestramiento con las velas, las armas y los cañones. Un adiestramiento que era más férreo aún que en la armada. ¿Quién se creía el capitán, ese hombre con las ínfulas de un dios, que se escondía de todos los ojos y reclamaba una fe y una obediencia sin reservas?, se preguntaban muchos de ellos.

Porque no menos alarmante era el comportamiento del capitán. Hasta al propio Alonso le inspiraba dudas, y se guardaba para sí la idea de que la cárcel y el patíbulo le habían afectado a sus cabales; pues, ¿cómo si no se explicaba que aún no se hubiese revelado a los hombres con su verdadero nombre, su apodo, Lefthand, el único por el que era conocido y temido en los cuatro mares? ¿O es que acaso se avergonzaba de ser quien era?

Y así transcurrieron semanas. Y entretanto, el *Príncipe del mar* no cobró ni una presa. No hubo ni un solo zafarrancho, ni un solo abordaje. Hubo tan solo simulacros y adiestramiento por turnos. Día tras día, noche tras noche.

La instrucción con los cañones, bajo la supervisión del segundo de a bordo, Guzmán Yáñez, que asimismo hacía las veces de contramaestre, corría a cargo del gallego Téllez, un tipo tan animoso para el trabajo como mustio para todo lo demás, con aretes en las orejas y un ojo que miraba esquinado. El gallego Téllez había servido como artillero en un galeón. Y si algo fue cierto desde el principio es que los artilleros del *Príncipe del mar* iban a diferenciarse de las indisciplinadas tripulaciones piratas.

Los servidores se ejercitaron en disparos rasantes, dirigidos a la línea de flotación, en descargas de munición pequeña con sacas de perdigones y, sobre todo, en disparos en movimiento ascendente, es decir, cuando una ola alzaba el barco y se presentaba la ocasión de disparar con balas encadenadas. Como algunos sabían, este era un modo insuperable de desarbolar al enemigo y evitar que se escabullera.

Aprendieron a reducir la cantidad exacta de pólvora para que el proyectil viajara más lento, o a disparar con balas más pesadas empleando cargas reducidas, para que el proyectil perforase solo un costado del barco y rebotase en el interior de la cubierta. Aprendieron a afinar la puntería a distancias considerables y a familiarizarse con las balas asesinas, capaces de limpiar los entrepuentes de adversarios y desmontar los cañones que asomaban por las portas.

Se adiestró a los gavieros en el manejo de las velas. Y el segundo insistió hasta exasperarse en los cambios de bordada, y en la maniobra de virar por avante, que hacía girar el barco de modo más veloz, pero también más complejo que virando por redondo y que exigía una destreza y una coordinación muy notables para que el viento no detuviese el avance.

Y todo eso estaba muy bien. El gran problema era que los hombres se entendían cada vez peor.

Una mañana las cosas estuvieron a punto de precipitarse. Ocurrió el vigésimo octavo día de navegación, exactamente doce horas antes del temporal.

Estarían muy cerca, a unas cinco millas, de las primeras islas de Sotavento, en las pequeñas Antillas, en donde el segundo había ordenado fondear para hacer una aguada. Hacía tiempo que el vigía había dado las voces desde la cofa. El sol caía sobre el barco e iluminaba la estela de espuma. El manso mar estaba como tapizado de escamas y la sombra de la nave se proyectaba en él.

Un viejo, con los codos apoyados en la borda, pipa humeante y blancas patillas rizadas y unidas al bigote, charlaba con un muchacho. El joven jugueteaba con una flauta entre las manos.

—Si abres bien los ojos, verás cosas maravillosas —dijo el viejo.

—Dios lo quiera, Andrade. Pero, y vos, ¿qué esperáis?

—¿Yo? Dar un último golpe, muchacho. Comprar un terrenito en Asturias,

levantar una casa con estas manos arrugadas y ofrecérsela a mi vieja como regalo de novios.

—Debe de ser maravilloso estar enamorado —dijo el mozalbete, que suspiró rascándose la cabeza.

—Ya veremos, ya —dijo el viejo con una mirada traviesa—. ¿Y si ella no me corresponde, Pablet?

El muchacho se puso solemne.

—Pero ¿aún no os habéis declarado? —Y como viera que Andrade negaba con la cabeza, se lanzó a recitar:

Yo juro a Dios y a esta cruz
que has de andar tras de mí
como el alba tras la luz.

»Para que la doncella se rinda a los pies de uno, hay que declamar esta fórmula delante de una buena jarra de ron, Andrade. Surte siempre los efectos deseados.

—Ya —dijo Andrade, y conteniendo la risa aspiró una bocanada—. Pero ¿y si mi vieja no fuera una doncella?

Y viendo que el mozalbete se quedaba mudo, el viejo Andrade rompió a reír a carcajadas.

Detrás de ellos, un sujeto pelirrojo se aferraba al cañoncito que había subido a bordo entre sus pertenencias. Decían que era navarro y, cuando menos, unas cuantas cosas eran obvias: tenía cara de malas pulgas y era poco locuaz, pero pasaba por ser un tipo de carácter noble. A Pata de palo, el dueño de la posada del Tiburón, que cada cierto tiempo se hacía cruces y soltaba algún improperio con su voz rota, le seguía por todo el barco el músico, un gitano que guardaba la guitarra como oro en paño.

La costa quebrada de la primera isla se fue agrandando a ojos de los tripulantes. El barco fue bordeándola. De sopetón, detrás de una punta rocosa, un saliente que se adentraba en el mar, apareció un navío. Navegaba a trompicones, medio desarbolado. El velamen estaba hecho trizas, y su color oscuro probaba que había estado expuesto al viento y a la lluvia, al sol y al salitre, al sebo de los cabos y a la suciedad de las vergas, que había corrido mundo y cruzado mares a lomos de mil galernas.

De las velas que quedaban, unas estaban hechas jirones y otras salpicadas de agujeros de proyectiles. Iniciaba el viraje a estribor, rumbo hacia una ensenada que empezaba a vislumbrarse.

—¡Pobriña! —dijo el gallego Téllez sin perder de vista la fragata—. ¡Pobriña! Debe de haber un cementerio por aquí cerca.

—Ya está llorando el gallego —repuso el licenciado Padilla, a quien pocas veces se le veía en sus ratos de ocio sin un libro entre las manos, y volvió a sumergirse en las páginas.

—Se nota que no está casado, el gallego. Si fueras cornudo como yo, te ibas a quedar seco. —Y hubo un coro de risas.

—¡Téllez, que esa nave es una ramera vieja, y no vale ni un real!

—¡No lloro! —protestó Téllez cada vez más serio—. ¡Pero tampoco me burlo! En Galicia somos gente sentida, no como vosotros, mulas sucias. ¡Asnos de tierra adentro! ¿Qué sabréis de barcos vosotros?

—¡Eh, tristón! ¡Habla por otros! Como la vasca no hay nación que entienda de buques en Europa. Así que, ¿por qué no vas a llorar al sollado, animal?

—¿Nación como la vasca? —berreó alguien que se escondió en el anonimato—. ¿¿A qué nación se refiere el palurdo??

—¿Que está vieja? —siguió el gallego Téllez, sordo para esa clase de disputas—. También vosotros llegaréis a viejos, con suerte. Y cuando os llegue la hora, no quiera el cielo que os traten con este desprecio. —Hizo otra pausa y por vez primera sus compañeros se abstuvieron de hacer comentarios—. Y, encima, el diablo sabe cuál es su historia y de cuántas aventuras guardarán memoria sus tablas. ¡Qué de anécdotas de valor se perderán con ella!

—De embarcaciones sabréis mucho los vascos —saltó uno de cabello engrasado, que masticaba a dos carrillos y no mostraba interés por el discurso del gallego—. Pero ¡así cuelguen de la verga mayor a todas las vascas! ¿A su edad y aún no sabe ahumar carne de cerdo esta cocinera grasienta?

—¡Y de puercos aún sabéis más los extremeños! —Y unos cuantos se echaron a reír con desdén.

—¡Rayos! ¡En eso el especialista es el capellán! ¿No viene de Barcelona?

De repente las velas gualdrapearon de arriba abajo, se oyó un fragor en toda la arboladura y el trapo entero se llenó con el golpe del viento. El barco cabeceó y salió impulsado hacia adelante.

Antes de doblar un promontorio, saltó a la vista una buena parte de la rada. Avistaron lo que aparentaba ser el resto de un naufragio, y luego otro; y más adelante otro par de barcos asomó varado de costado. A la fragata con el velamen hecho jirones poco le faltaba para embarrancar. Las gaviotas gañían planeando sobre restos de lo que un día fueron navíos orgullosos, ahora destripados. Y paulatinamente, ante los ojos de la tripulación fue surgiendo un cementerio de naves, con docenas y más docenas de navíos de tamaños y formas diversas, unos averiados, y otros vencidos por el natural paso del tiempo. Los había a medio desguazar y desguazados del todo. A esos, que eran como osamentas de animales prehistóricos, del casco no les quedaba más que los curvatones, los puntales y las cuadernas; aquellos, sin embargo, no eran más que amazonas sin forma; y a la mayoría de los que aún estaban enteros, los recubría el guano por todas partes, pues montones de gaviotas habían hecho sus casas en los restos de las arboladuras.

Los gañidos de una gaviota sonaron con fuerza. Varios hombres levantaron la vista, pero Ginés, acercándose a su hermano Blas, le hizo ver que no era el momento propicio para hacer imitaciones.

—Pues, como mínimo, podría hablar español, ¿o no? —dijo uno.

—¿Quién?

—Quién va a ser. ¡El capellán!

—¡Deja en paz al capellán! ¡Que habla cinco idiomas! —dijo uno socarronamente.

—¿Cinco idiomas?

Mateu Verdagué se puso como una amapola, se sacó la barretina y la sacudió.

—No soy capellán —corrigió—, sino apóstata. Y menos pecador que muchos.

—¡¡La culpa es de Madrid!! —saltó uno con acento catalán—, ¡¡Madrid, que lo ensucia todo con su olor a ajo!! ¡¡Madrid es España!! ¡¡Es la única España real!! ¡¡Así se pudra!!

Algunos hombres, bien es cierto que con aire distraído, echaron mano a sus cuchillos.

—Melquíades —preguntó confidencialmente Ginés a su hermano mayor, que sentado en una barrica limpiaba absorto su pistola—. ¿Qué tiene de malo ser de Madrid?

—Eso, ¿qué tiene de malo? —repitió Blas.

—¡Chitón! —dijo Melquíades—. ¡No seremos de Madrid mientras yo no diga lo contrario! ¿Está entendido, sesos de grulla?

El viejo Andrade, intervino *in extremis*:

—Os equivocáis, compañeros. España es mucho más que Madrid. ¿Y sabéis por qué? Porque Madrid no es casi nada. Porque no hay una España, sino veinte. Por eso no es España, sino las Españas. ¿O es que la Mezquita es menos nuestra que el Escorial?

—Tú eres como todos, Andrade —saltó uno—. Amas más al país fuera que dentro.

—Puede ser, compañero, puede ser —replicó Andrade—. Para amar hace falta mucho temple, y franqueza de sentimientos, y valor. Más aún, debe hacer falta mucha fe para amar de veras. Es necesario no ser político para amar. Y nosotros, ¿es que tenemos fe en este bendito país? Mejor dicho, ¿tenemos fe en algo? Los españoles no nos creemos los cuentos, ni las historias de superación ni las leyendas; los españoles aprendimos a burlarnos pues el estómago nos ocupa todo el tiempo. Por eso olvidamos tan inmerecidamente a nuestros héroes.

—¡¡Filósofo!! —gritó uno, al que secundaron unas pocas risas.

—Ahí lleva razón Andrade —opinó el Pelirrojo, que de manera muy inquietante le pasaba la mano a su cañoncito de delante atrás—. Lo único que nos tomamos a pecho es la jarana. ¡Con la jarana, ni un chiste!

Pese a las buenas intenciones de Andrade, los ánimos estaban muy tensos. Tal vez por eso, porque presentía el desastre, el licenciado Padilla, llevado por un raro ímpetu en un hombre que era el colmo del despiste, saltó:

—¿Queréis que os diga yo lo que es España? —Y cerrando el libro se quitó los lentes de metal—. Os lo voy a decir. —Se puso en pie, se acercó hasta la amura de

estribor y señalando con el brazo extendido hacia el cementerio de barcos, gritó—: ¡Miradla bien! ¡Eso de ahí es España!

Y con pocas palabras el erudito evitó que la disputa llegara más lejos.

En fin, muchos decían que había malos augurios y que el diablo sabría qué desgracia acechaba a su capitán. Así las cosas, era de temer que a los descontentos no les quedase más que amotinarse, o tripular hasta el infierno un barco maldito, un barco que navegaba sin bandera.

EL SALVAMENTO

CONQUE ASÍ MARCHABA TODO CUANDO, unas horas después, partieron del cementerio de los barcos. Era la tarde del 25 de julio, e iba a suceder algo que nadie en el buque habría juzgado posible.

Todo comenzó con unas ráfagas de sudoeste, fuertes pero no singularmente alarmantes. Se suspendió el adiestramiento. El segundo, en previsión de que el viento no amainase y la mar se picara demasiado, ordenó que se arriaran algunas velas y se aferrasen del mejor modo. Nubes grises cruzaban un cielo que se encapotaba. Pasaban de las ocho de la tarde y aún no había caído una sola gota, pero el mar ya estaba bastante alborotado. En cubierta, los últimos hombres en cenar arremetían de palabra contra la ausente cocinera. Abajo, en el camarote del capitán, cenaban este, Alonso y Guzmán Yáñez.

—Dudo, dudo mucho, hip, que se pueda hacer algo de provecho con esa tropa de inútiles —dijo Guzmán Yáñez, que vació la jarra de peltre. Estaba bastante achispado y observaba con semblante confuso cómo los platos se movían por la mesa.

—O no andáis muy fino, o sois, por ventura, la encarnación del optimismo, Yáñez —repuso Alonso, que veía con preocupación cómo el capitán se encerraba cada vez más en sí mismo.

En efecto, Santa Cruz, que sujetaba su jarra para que no se desplazase, permanecía pensativo, o atento a algo que escapaba a sus invitados.

—¿Borracho? No me descubris, hip, nada que no sepa —dijo el segundo, cuyos ojos reflejaban la verdad que reposaba en el fondo de la jarra—. Pero repito que esos vagabundos no valen media moneda de vellón, y encima, están amargados porque ni tienen bandera ni conocen a su capitán. Y por si fuera poco, se odian entre sí los malditos hijos de perra.

—La bandera —dijo Alonso haciendo un tímido intento— tiene fácil solución. En cuanto el capitán se muestre favorable...

Arriba, donde algunos hombres se desperdigaban por cubierta, apenas si había corrillos. Nadie jugaba a las cartas ni a los dados y la música brillaba por su ausencia. Uno vociferó contra las nubes; otro brindaba al aire con una jarra de cuerno. Algunos estaban sentados en barreños dados la vuelta, en cajas o toneles, con el tedio pintado en sus caras; los demás, sentados con la espalda apoyada contra los mástiles hasta que un cabeceo algo más vivo encogió los estómagos.

Abajo, en el camarote, Santa Cruz puso fin a la cuestión.

—No se izará la bandera.

Alonso, que también acusaba los efectos del ron, iba a replicarle cuando Guzmán Yáñez se le anticipó.

—Seréis buen piloto, Alonso, no digo yo que no, hip, pero sois joven aún. No hay

necesidad de acribillar con preguntas a nuestro capitán. ¿Queréis verdades evidentes para un zorro viejo? Pues bien, no habrá bandera, hip, porque esta tripulación no se ha ganado ninguna. Las banderas son para las tripulaciones que se respetan —afirmó, y dejando la jarra sobre la mesa, se quedó mirando su fondo como alguien a quien se le ha venido el cansancio de repente—. ¿Bandera? No nos merecemos ninguna. ¿Quién podría respetar a quienes no se respetan?

Mientras, arriba se había operado un cambio inquietante y las cosas iban de mal en peor. El mar daba saltos y la proa, que solo media hora antes levantaba espuma y provocaba rocío, rompía contra olas que a menudo barrían la cubierta. Las nubes descargaron con fuerza, y ahora el viento silbaba y rechinaba en las jarcias con la decidida obstinación de un enemigo. Aún quedaban bastantes hombres, todos empapados, pero su atención estaba por entero abismada en uno solo, un joven valenciano en cuya cara, que nadie distinguía desde abajo, se retrataba el terror.

—¡Apuesto a que se rompe la crisma! —aulló uno.

—¡Vamos, pimpollo! A ver si es cierto que tienen redaños los de Valencia —gritó otro.

Un tipo, de cuya barba espesa se escurrían hilos de agua, asistía al espectáculo borracho como una cuba. Estaba cogido al palo mayor, y no solo era el que más gritaba sino el que se había ofrecido a guardar el dinero y había alentado a los apostantes. Él mismo había apostado en contra del chico y, a tenor de cómo se desarrollaba todo, ya veía su parte quintuplicada al próximo golpe de mar.

—Señor Yáñez, señor Valdivia —dijo Santa Cruz, que levantándose dio la cena por terminada— será menester marchar arriba. El barco se mueve demasiado.

Cuando el segundo y el piloto llegaron a cubierta, Guzmán Yáñez poco menos que haciendo eses, lo último que ambos podían imaginarse fue lo que vieron.

Ahora tenían la mar de costado, el fragor iba en aumento y la mar picada originaba un zarandeo peligroso, pero lo escalofriante, lo inaudito no era la tormenta, sino el grupo de borrachos que, calados hasta los pies y cogidos a lo que tenían más a mano, cruzaba apuestas con la vista en las jarcias del palo de trinquete. A su vez, Alonso y Guzmán Yáñez miraron hacia arriba, y en el exacto instante en que un resplandor iluminaba el cielo, vieron a un hombre encumbrado allí, a unos sesenta pies de cubierta, aferrándose a la lona empapada.

La lluvia goteaba por las velas, azotaba sin cuartel el agua y se abatía a chorros sobre los hombres. Como pudo, Guzmán Yáñez se acercó al indeseable de las barbas. A gritos le ordenó que diese el nombre del estúpido que se jugaba la piel y del tipo de quien había partido la idea.

—Pablet, el de Valencia —dijo el bellaco con una sonrisa tan vil que dejó a Guzmán Yáñez sin saber cómo actuar—. O desliga el juanete del trinquete, o pierde —explicó haciendo tintinear unas monedas en el chaquetón empapado.

Como hienas al olor de la sangre, unos cuantos hombres fueron apareciendo en cubierta.

—¿Quién está dispuesto a subir y ayudar al muchacho? —preguntó a voces Guzmán Yáñez a los veinte o treinta que había reunidos—. ¿¿Quién piensa subir?? —Él, que tanta gloria y miseria había vivido en la mar, no había tenido la desdicha de hacer frente a una tripulación de cobardes sin metas, sin principios, sin destino. Y esos hombres, en quienes se cebaba el desaliento y para quienes la derrota era el fin de un viaje hacia la nada, esos hombres que miraban al cielo como lo hacen solo aquellos que no confían más que en las fuerzas de la noche y del azar, eran fracasados como él. Comprendía y detestaba a esa basura, porque en eso había llegado a convertirse él mismo, pero había algo que aún lo diferenciaba de ellos: él sabía llamar a las cosas por su nombre. Bastó que mirase en torno suyo para que le viniera una arcada de horror. Se sintió paralizado.

Lejos de estar en condiciones, miró de nuevo hacia arriba, donde aquel pobre muchacho seguía aferrado a la lona, inmóvil, casi desfallecido. El viento ululaba. Una caída habría aplastado sin remedio al chico, pero los vapores del alcohol, que en parte volvían más lúcido a Guzmán Yáñez, le impedían pensar derecho, le impedían moverse, dar órdenes, reaccionar como era su deber. Sin esperar más, el piloto tomó la iniciativa y se acercó a él dando tumbos.

Tenía la melena empapada y adherida a la cabeza, pero los ojos de Alonso eran como carbones encendidos bajo toneladas de agua. Aferrándose al palo mayor, cogió al tipo de las barbas por el cuello y le gritó:

—¿Qué barco creías que era este, carroña? ¡Es el *Príncipe del mar*! ¿Y acaso no sabes quién lo gobierna con puño de hierro? ¿Ignoras que por mucho menos Lefthand hizo pasar por la quilla a más de uno, que no hay un solo pirata que no tiemble al escuchar su nombre? —Soltándolo de un empujón y dirigiéndose al resto, repitió la pregunta de Guzmán Yáñez—. ¿Quién está dispuesto a subir, perros cobardes? ¡¡Quién!!

El viejo Andrade, que por las ropas resultaba evidente que acababa de llegar, se adelantó un paso y dijo con voz resuelta:

—Yo subiré, señor.

—¿¿Ninguno más?? —gritó Alonso—. ¡Malditos! ¿¿Ninguno más??

—¡En nombre de Dios! ¡Miradme, señor! —porfió el viejo, sabedor de que la caída del chico solo era cuestión de tiempo—. Permitidme subir. Yo estoy dispuesto. ¡Os lo juro por estas!

El viejo miraba también hacia arriba, guiñando los ojos al cielo que rodaba sobre ellos, pero había un asomo de fe en su mirada llena de coraje, una mirada de aquellas que está reservada solo a los fuertes. La cortina de agua le bañaba el rostro y nunca antes la tripulación lo había visto sin su pipa. Nunca antes lo habían visto temblar así.

En un santiamén, sin que nadie le hubiese dado la orden, el viejo Andrade se fue hacia el palo de trinquete y se aferró a un obenque. La nave dio un bandazo, el viento rugía e hinchaba peligrosamente la lona, los aparejos gemían. Los hombres se cogieron a lo que tenían más cerca, algunos rodaron por cubierta empapados en agua

salada. El pobre viejo afianzó sus dedos deformados por el reuma y, cuando ya iba a trepar por los flechastes, una mano musculosa lo agarró por el hombro.

—Vuelve a tu trabajo, viejo. —Oyó que decía una voz grave por detrás. Andrade se dio la vuelta e, impotente, sintió que lo apartaban con una firmeza casi dolorosa.

Aquel episodio al que asistieron los hombres, cuyo número iba creciendo, fue el origen de lo que durante los días siguientes habría de pasar de boca en boca. Por eso nadie, salvo los propios testigos, puede estar seguro de lo que pasó.

El barco cabeceó y allí, a la vista de los presentes, un hombre alto, moreno, de melena oscura, recio de espaldas, y a quien la tripulación no había visto antes, un tipo cuyos ojos echaban lumbre, dijeron algunos más tarde, se encaramó a los flechastes rápido como el pensamiento. Dijeron otros que su mano derecha estaba inválida y, de esos otros, la mayoría convino en que era imposible para un hombre así trepar con ese aplomo, cuando a los demás les costaba Dios y ayuda conservar el equilibrio.

El hecho fue que, antes de lo que se dice, Santa Cruz estaba junto al muchacho. El tiempo que invirtió auxiliándole arriba, mientras la nave no paraba de dar bandazos, fue mayor que el que había empleado en subir. Luego el descenso, flechaste a flechaste, fue lento pero firme, y los hombres se frotaban los ojos de incredulidad. El desconocido, que bajaba con Pablet cara a cara, rodeaba su cintura con un brazo y daba la impresión de llevarlo en volandas.

Llegaron abajo exhaustos. Pablet, casi desvanecido y con el rostro desencajado. De un modo u otro, para los allí reunidos fue obvio que ese hombre, cuya mirada todos rehuían, se trataba del capitán. Tan obvio como que, para desgracia de quienes habían apostado dinero, no se trataba de un hombre corriente.

Santa Cruz mandó que los hombres fueran a las bombas de achique y desapareció de cubierta.

Por la mañana, la tormenta había amainado y soplaba un viento flojo. Se despacharon las órdenes y observaron los castigos. El capitán mandó que a los pocos que habían apostado dinero se les aplicasen veinte azotes con el gato de nueve colas, y que después de cada castigo se utilizase un látigo nuevo. Finalmente, se les colgó de los pulgares durante horas.

El responsable de la apuesta, a más de ser azotado y soportar la tortura de los pulgares, fue abandonado a su suerte en la primera isla que se avistó, pues el temporal los había desplazado de su rumbo y hecho correr bastantes millas. El propio Guzmán Yáñez, que pocas veces se había sentido tan inútil, tan ruin, pidió ser relevado de sus cargos de segundo y contraestre, y expresó su deseo de dejar la nave; pero el capitán, sin inmutarse, le replicó:

—Este es un bajel pirata, señor Yáñez; no un navío de su majestad. Permaneceréis en el puesto hasta que yo lo diga. Retiraos y cumplid con vuestras obligaciones —y así diciendo, le dio la espalda.

A medianoche, tras un día infernal para una tripulación que, aparte de asistir a los castigos, tuvo que reparar los desperfectos del temporal, el mar estaba en calma. Había luna llena, un manto de estrellas tapizaba el cielo y el barco se mecía con las olas en medio de una fosforescencia sigilosa. En cubierta, el rechinar del aparejo, sin viento que lo mantuviese firme, era lo único que se dejaba sentir. Por primera vez en mucho tiempo, se habían formado unos cuantos corrillos. Simultáneamente, en el sollado, una de las cubiertas inferiores, una pareja charlaba en susurros.

Allí crujían los tablones, por causa del agua, y entre las sombras, se oían los ruidos de las ratas. Dos farolillos se bamboleaban colgando de los baos. El calor era sofocante, y el olor a cerrado consistía en una mezcla rancia de olores a brea, cáñamo, alquitrán y madera podrida. Había tal abundancia de cables, cajas, hierros, cordajes y barricas que resultaba un lugar muy propicio para esconderse.

—¿Doy el pego? —preguntó alguien en un soplo de voz.

—Si no supiera quién eres, yo misma te arruinaría la virtud.

—Por Dios, pero ¿era necesario?

—Dicen que las mujeres a bordo atraen las tempestades —expuso Amadora, la cocinera, mascando tabaco—. Ay de ti, hijita, si supieran cómo eres, en realidad. Te arrancarían los pétalos como a una flor. Sobre todo el piloto. Mira que es vanidoso. Alonso se llama, ¿no?

—Pero ¿y tú?

—¡Bah! ¡Eso es distinto! ¡Para los hombres yo no soy una mujer! —dijo Amadora con una pizca de amargura—. ¿Qué tal van tus mareos?

—Bueno —dijo la joven, y enseguida—. El muy canalla, ¡hizo que les desollasen la espalda con el látigo! ¡Y a cada uno con un látigo nuevo!

—¡Mi cándida niña! Porque las cuerdas ensangrentadas provocan infecciones.

—Ya. Pero luego los colgó de las vergas. ¿También eso es para evitar infecciones? ¡Y nos obligó a todos a asistir al escarmiento! No sé cómo pude no desmayarme.

—Porque yo te cogí a tiempo, paloma.

—¿Cómo puedes defender a ese buitre sin entrañas? —preguntó la muchacha, que se iba exaltando cada vez más.

—Chissssss, baja la voz, que aquí hasta los gorgojos están al acecho —dijo Amadora acomodándose entre las cuerdas. Incluso a esas horas era de prever alguna visita inoportuna. No en vano, en la misma cubierta, tras una puerta siempre cerrada con llave, estaba la santabárbara, con los dos pañoles de pólvora, y también las dependencias del cirujano, un barbero aragonés con fama de borracho—. Es nuestro capitán.

—Un capitán que es de la misma ralea que Henry Morgan, un asesino despreciable —dijo la joven.

—¡Ah, no!

—¡Ah, sí!

Amadora oprimió una de sus manos entre las suyas y dijo en voz muy baja:

—No seas tan fogosa, Elena Exquemelin, y escúchame. ¿Y pues? ¿Quién diría que tú no eres el atractivo adolescente que pareces? No, aguarda pequeña, ahora deja hablar a Amadora —dijo dándole una palmadita en la mano que tenía cogida—. ¿Quién diría que no eres la gitana por la que pasabas todas las noches en la taberna del Tiburón, sino la hija de dos payos? ¿Quién diría, Elena, que bailabas en un tablao para pagarte la travesía al Nuevo Mundo, para liberar a tu padre de su raptor?

—Lo que dices no tiene nada que ver con esto.

—No te confundas, hijita —dijo Amadora—. Lefthand es un pirata, su barco es *Príncipe del mar*, y esta tripulación, una banda de piojosos.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—¡Bah, olvídalo! —dijo la cocinera soltando la mano de la chica—. Empiezo a arrepentirme de haber sido la causa de que algunos se enrolasen.

—Es un cobarde que abusa de su autoridad y...

—¡Rayos y truenos! —musitó la cocinera haciendo esfuerzos por no hablar en voz alta—. Te contaré algo que no he contado a nadie. —Y mirando con el rabillo del ojo hacia la escotilla, continuó—: Pero júrame que lo guardarás como secreto durante toda tu vida. —La joven asintió y, cruzando los dedos sobre los labios, los besó—. Hace mucho, tanto que no sé si lo diré a derechas, también yo fui una niña. Y por cierto, que era una hermosa niña, Elena. ¿Ves este pelo de rata? —preguntó tironeándose del corto cabello—. Pues era dorado como las espigas en agosto, y tenía la piel tan tersa y rosada como un lechón. No siempre fui la mujer que tienes delante. —Elena se dispuso a intervenir, pero la cocinera hizo un expresivo ademán con la mano, echó otro fugaz vistazo a la trampilla y prosiguió—: Yo ya iba a lo de las tabernas, a servir y todo eso, ¿sabes? La vida no era ni mejor ni peor que ahora, porque ya trabajaba como una mula, pero había noches en que el olor a azahar y la brisa salada del puerto me hacían tan feliz que solo me daban ganas de gritar.

»Mi madre ya había muerto, y como mi padre siempre andaba enrolado, me dejaba al cuidado de unos parientes. Claro que yo prefería reventarme de sol a sol a estar en la casa de unos envidiosos como aquellos. Porque, fuera de eso, yo me desenvolvía muy bien con la clientela. A los catorce, ya era una niña fuerte y saludable.

»Pero una noche, uno de esos que prefieren a las niñas porque no se atreven con las mujeres hechas y derechas, me acompañó a casa. Por el camino me hacía reír. El cerdo aquel había empinado bien el codo en la taberna. Total, me arrinconó en un callejón. No pasó ni esto hasta que me derribó y se echó sobre mí, me tapó la boca y... bueno desde esa noche, odio las lágrimas con todas mis fuerzas.

—Ya basta, Amadora —dijo la muchacha, que tomó su mano entre las suyas—. Ya basta.

—Déjame seguir —dijo la cocinera, que retiró la mano bruscamente y se la pasó por los ojos—. Pues eso, cuando ya sabía lo que me esperaba... alguien fue y agarró

al borrachín por detrás. En ese callejón, maldito lo que se veía, pero distinguí una sombra alta, envuelta en una capa negra. Se enzarzaron lo que se dice un momento, el borrachín vino a tambalearse, relumbraron las espadas y... ¡zas! Mi salvador lo dejó tieso allí mismo.

—¿Era él? —preguntó Elena, llevada por una repentina intuición.

Amadora asintió con la cabeza y continuó con visible esfuerzo.

—Cuando se acercó y vi la cara del joven... ¡Ay!, aún puedo ver su mano izquierda empapada en la sangre de aquel puerco. Y, ¿sabes qué, mi niña? Pues que Amadora se juró que —dijo golpeándose suavemente en el pecho con el puño—, así pasaran muchos años, no descansaría hasta pagarle.

Enfurrñada, Elena fue la primera en salir al fresco. Solo Dios sabe a qué se debía exactamente su disgusto. Si era la amarga historia que le había relatado la cocinera, o el proceder de ese infame que no respetaba reglas, el mismo al que Amadora llamaba Lefthand. Porque, para ser sincera, en su fuero interno no podía variar la opinión sobre un hombre al que odiaba, alguien del mismo pelaje que Henry Morgan.

Se deslizó hasta el castillo de proa y tomó asiento en un rincón del maderamen, junto a las balaustres del puente. A veces, por las noches, le gustaba estar allí, enroscada en la oscuridad y sola, porque nunca solía haber nadie. La mayor parte de los hombres dormía en los coys que colgaban de los baos de las entrecubiertas. Además, esta era una noche cálida como pocas y el aire estaba quieto.

Se quitó el pañuelo de la cabeza, que le daba aún más seguridad de pasar inadvertida. José, el guitarrista, siempre tan prudente, era el único que la había reconocido nada más verla y jamás la traicionaría. Con actitud nostálgica, se acarició los bucles. Permaneció así, con un íntimo disgusto que respondía a muchas razones y a ninguna en concreto y, cuál no sería su sorpresa cuando, al volver la vista hacia el alcázar, lo vio.

Algo similar a la indignación hizo presa en ella. Mecida por un estremecimiento, se rodeó las piernas con los brazos, encogiéndose, procurando hacerse pequeña para no llamar su atención. Se preguntó cuánto tiempo llevaría ahí, junto al tonel lleno de agua y, de repente, se levantó un poco de brisa.

Vestía un pantalón negro holgado y remetido por dentro de las botas, chaleco del mismo tono, camisa negra y un fajín, también negro, cuyos extremos le llegaban a la rodilla. Llevaba la melena recogida en una coleta.

Dos hombres que pasaron a su lado agacharon la cabeza y lo saludaron con un «buenas noches, capitán» rápido y sumiso. Acto seguido, abrió el tonel de agua destinado a que la tripulación se refrescase, y con naturalidad, se despojó del chaleco, del fajín y de la camisa y, se quedó con el torso desnudo. Luego se desató el lazo, se liberó la melena que le llegaba hasta los hombros y el pirata hundió las manos en el agua haciendo cuenco con ellas.

La joven, como fascinada por él, se quedó mirando ese cuerpo. Un cuerpo lo suficientemente abundante como para representar un lugar de consuelo, y lo

suficientemente cruel como para intimidarla.

La piel se ofrecía a sus ojos reluciente, bañada en sudor, y había allí una violencia turbia, una brutalidad misteriosa que se alimentaba de sí misma. Como un exceso de vida que palpitase en cada una de sus fibras, casi a punto de rebosar. Si pudiese explicárselo, ella hubiera dicho que esa energía brutal no tenía pleno dominio de sí, que bajo esa piel tan tersa, tan suave, tan vulnerable, latía una amenaza masculina capaz de desatarse en un segundo, y que en lo más hondo de ese pecho no cabían las razones, sino la pasión irreflexiva por la fuerza, la aventura y el dolor.

Con movimientos lentos, se echó agua por encima. La luna arrancaba destellos plateados a las gotas que discurrían en hilos hasta perderse en la cadera, la carne abultada de esos brazos, hechos para la guerra y el combate, exhibía algunas cicatrices. Sus anchas espaldas contrastaban con una cintura estrecha y los hombros de bronce terminaban en músculos duros, redondeados. El torso, abombado igual que el peto de un centurión, se adornaba con un poco de vello y se hinchaba y deshinchaba como si el flujo de vida que corría por sus venas se acompasara al ritmo apacible del barco, como si a los dos, el barco y él, los llevase el mismo y cálido viento que empujaba hacia el oeste.

Sacudió el pelo con dos movimientos bruscos de cabeza y apoyó los brazos estirados en la borda. Así, como estaba, dejó que la brisa secase su piel húmeda y curtida por el sol, y se quedó mirando hacia la noche con aire abstraído, toda la tristeza del mundo en sus ojos. Y, por un momento, Elena supo que su deseo era más fuerte, más intenso que cualquier amor que hubiera sentido hasta entonces, y se odió a sí misma por dejarse absorber por él, porque experimentaba la sensación nueva de que nunca se cansaría de mirar a ese hombre, y porque necesitaba de su fuerza y de su crueldad para llegar hasta su padre.

El pirata comenzó a vestirse. Sin volver ni una sola vez la cabeza hacia donde estaba la joven, abandonó el alcázar y ella, fundida con sus angustias y temores, se quedó a solas con ellos.

BANDERA DE PATRIOTAS

PUEDE QUE LO DEL JOVEN PABLET influyese en el presumible cambio de planes; o que Santa Cruz ya lo tuviese previsto de antemano. El caso es que al día siguiente, con los primeros resplandores del alba, el capitán dio orden al piloto de que fijase un nuevo rumbo. Insinuó que perder dos días no significaba mucho a la vista de lo que esperaba ganar; de manera que Alonso calculó la derrota y fijó el rumbo hacia la Martinica.

Poco más tarde, la tripulación fue convocada en el combés. Desde el puente, Guzmán Yáñez explicó paso a paso la treta del capitán. Subrayó que era preciso el concurso de todos los hombres y que emprenderían esta única acción antes de fondear en Tortuga, pero que si el plan tenía éxito, se harían con un botín sustancioso.

Se trataba de engañar a la empresa francesa que estaba instalada en la isla de la Martinica, la Compañía de las islas de América. Y el ardid consistía en hacerse pasar por una de las naves que procedían de las costas de Guinea. Así que Guzmán Yáñez impartió las órdenes para camuflarse bajo la identidad de uno de los mercantes holandeses, cuya arribada, a tenor de las noticias que manejaba el capitán, esperaban los franceses.

Eliminaron de su indumentaria las prendas más llamativas, cerraron las portas de los cañones e izaron banderas holandesas. Se arrizó una parte de las velas para disfrazar el barco de mercante lento e inofensivo. Siempre por orden del capitán, se colgaron de la galería de popa cables con montones de ollas pesadas y colchones para que al remolcar tanto lastre el barco fuera perdiendo velocidad.

El segundo le preguntó al músico:

—¿Tu nombre?

—José, señor.

—De Sevilla, ¿no es cierto?

—*Siertísimo y verdá*, señor.

—¿Serías capaz de tocar alguna canción holandesa?

—A la orden, señor.

Y al cabo de un rato, tuvo lugar una de esas casualidades que son parte de la buena estrella.

Como Santa Cruz no estaba seguro de los códigos que regían los transportes de la Martinica, pensaba jugársela. Era un golpe de audacia muy propio de él. Pero he aquí que el segundo fue a quejarse de un tipo cuyo despiste no dejaba de ser una pesada rémora. Se trataba del licenciado Padilla. Siempre estaba leyendo. Y en este caso, en sus propias narices, ¡se le había caído un libraco que llevaba escondido bajo la casaca!

—¿Y cómo se titulaba el libro, señor Yáñez? —preguntó el capitán con voz

neutra.

—*Los transportes por mar en el Nuevo Mundo*. ¡Maldita ralea de intelectuales! ¿No le basta con ver el Nuevo Mundo que además tiene que «leerlo»?

Santa Cruz mandó a Guzmán Yáñez que lo hiciera llamar a su presencia, y ahí acabó todo, por ahora.

A primeras horas de la tarde, el barco estaba en la bocana del puerto de la Martinica, con el lastre pendiendo de la galería de popa. Cada uno ocupaba su sitio tan disciplinadamente como en los simulacros. El ambiente era húmedo, y una neblina molesta se infiltraba en el aire y descendía sobre el mar.

El licenciado Padilla, en las amuradas de estribor y con una bandera en cada mano, hacía las señales de las naves holandesas que tomaban la ruta de Guinea con las bodegas llenas de esclavos. Cuando menos, esto se rumoreaba en cubierta, pues nadie allí, excepto el licenciado y su libro conocían de pe a pa los códigos de los transportes de la Martinica.

En el alcázar estaba el capitán. Miraba a través de su catalejo. La neblina, aunque tenue, no tenía trazas de disiparse, y Santa Cruz no juzgaba prudente esperar más a riesgo de que el verdadero mercante coincidiese con ellos.

Pasaron dos horas en una calma tensa y, durante ese intervalo, no solo no aclaró sino que la niebla se fue espesando más y más. El capitán mandó que encendieran los fanales de popa y que tañesen la campana cada treinta segundos.

Pasó otra media hora sin más ruido que el tañer de la campana, los chirridos de las poleas y el flameo de las gavias. De pronto Melquíades, que hacía las veces de vigía, anunció por señas que se acercaba una nave procedente del muelle con las luces encendidas. A un gesto del capitán, el músico empezó a tocar con su guitarra una canción holandesa.

—Toca con alegría —le había dicho Guzmán Yáñez—, porque una niebla como esta amortigua los sonidos.

Santa Cruz, en el puente del alcázar, seguía pegado al catalejo, con Guzmán Yáñez a su lado. Los hombres contenían el aliento.

—Debe de ser un pequeño balandro. Pero va demasiado prudente —murmuró Santa Cruz.

—¿Creéis que sospecharán? —preguntó Guzmán Yáñez.

—Lo veremos.

Alonso dejó al segundo piloto a cargo del timón, se acercó al puente y se quedó vigilante a la izquierda de su capitán. La niebla se había cerrado sobre esa parte de la isla. Las gotas colgaban de los bigotes y las barbas de los hombres y la humedad se les metía en los huesos. Uno tras otro transcurrían los minutos. Al amparo de la bruma, la embarcación fantasma tañó su campana de advertencia.

—Ni una voz en el barco —ordenó el capitán al segundo—. Han de acercarse más. Si nos oyen hablar español, virarán de bordo.

Tras quince largos minutos, cuando aún no se perfilaba la silueta de la

embarcación, pero el menos sagaz habría jurado que su bauprés iba a rasgar la bruma, se apagaron sus luces, la campana dejó de tañer y se perdió todo rastro de la nave.

Al poco, una voz francesa tronó amplificada por la bocina:

—*Comment ça va, capitaine??*

—Asquerosos franchutes —murmuró para sí Guzmán Yáñez.

—No las tienen todas consigo —dijo Santa Cruz—. ¿Hay alguien que hable bien francés?

—El capellán domina cinco idiomas —terció Alonso.

—Traedlo aquí enseguida, señor Yáñez.

—*Comment ça va, capitaine??* —El tono era una pizca más impaciente.

Santa Cruz hizo entrega al capellán de una bocina de cobre y afirmó con la cabeza.

—*Ça va très bien. Très bien. Mais ce brouillard nous empêche naviguer* —repuso Mateu, el capellán, tomando aliento—. *Et il semble qu'il empire.*

—*Peut être. Mais, rassurez-vous. Nous déjà sommes avec vous* —replicaron los franceses, y al cabo de un rato, a unas veinte brazas por estribor, se materializó un balandro de un solo mástil.

Sin dudar un instante, Santa Cruz alzó la voz para ser oído por sus hombres.

—¡Abajo las portas! ¡Fuera los cañones de estribor! —Y dirigiéndose al balandro francés sin ayudarse de la bocina, pero en un castellano tan firme que ni el mismísimo Hechizado hubiese tenido que afanarse en entenderlo—: ¡Capitán, si pretendéis huir o hacéis alguna señal de socorro, mandaré a pique vuestro barco y mataré a toda la tripulación!

Obedientemente, los franceses botaron una lancha con un puñado de hombres. La lancha se aproximó a un costado del *Príncipe del mar*.

Desde el navío le echaron una guindaleza con la que se amarraron los cofres y se fueron subiendo uno tras otro. Una vez a bordo, fueron revisados hasta la última moneda de plata. Hasta aquí, todo transcurrió sin incidentes, observando el protocolo habitual para los barcos de esclavos, pues según era costumbre, percibían el producto de las ventas de la remesa anterior antes de atracar y descargar a los negros. A la vista del jaleo a que daba lugar el desembarco, la idea era evitar posibles robos con las ganancias de la trata.

Los franceses ya izaban su chalupa. El *Príncipe del mar* le daba la popa al balandro, y algunos hombres, eufóricos, halaban de las escotas para cazar las velas que faltaban por desplegarse. Cuando dos pistoletazos sonaron en el balandro francés.

—¡Disparos de aviso! —exclamó Santa Cruz—. Señor Yáñez. Fuego desde los cañones de popa —ordenó viendo cómo el balandro se adentraba en la niebla.

—No nos dará tiempo, capitán.

—¡Permiso para disparar, señor! —gritó desde la popa el Pelirrojo, que tenía su cañoncito preparado y una mecha a punto.

—Adelante, muchacho —dijo Santa Cruz.

Se oyó el estruendo del pequeño cañón, y uno de los franceses en cubierta, el que apuntaba al aire con la pistola, cayó derribado justo antes de que el balandro se internase en las brumas.

En el *Príncipe del mar* hubo gritos de alborozo cuando, de modo súbito, desde la cofa resonó la voz de Melquíades:

—¡¡Buque a babor!! ¡¡Buque a babor!!

Santa Cruz apuntó el catalejo y vislumbró dos luces que penetraban en la niebla.

—Al timón, señor Valdivia —ordenó sin despegarse del catalejo—. Proa a alta mar. Ordene cortar el lastre de popa, señor Yáñez, y que alguien despliegue de una vez la mayor. Lo que se nos viene no es precisamente un balandro.

Por desgracia, en la galería de popa, los encargados de cortar los cables de los que colgaba el pesado lastre forcejeaban con ellos, y se aturullaron de tal modo que pasaban los segundos sin que el buque ganase velocidad. De pronto, dos resplandores anaranjados salieron de la niebla seguidos de dos detonaciones. Santa Cruz dispuso apenas del tiempo imprescindible para advertir a sus hombres:

—¡Balas de cañón! ¡Al suelo todos! ¡Al suelo! —gritó previniendo de los disparos en enfilada. Casi enseguida, en medio de un estrépito de maderas que crujen, dos balas de cañón perforaron la popa y barrieron la cubierta provocando un torbellino de astillas a su paso—. Señor Yáñez, ¿qué ocurre con ese lastre? Y la mayor, ¿por qué no se despliega? —gritó el capitán al segundo, que permanecía en pie, a su lado.

—Está enganchada, capitán. ¡Gaveros! ¡Arriba! ¡Al trapo! —gritó el segundo—. ¡Desplegad la mayor!

Se oían los gemidos de un hombre herido en cubierta. Entretanto, quiso la suerte que los gemelos Blas y Ginés acudieran a la galería de popa. Ginés escupió en las manos y luego se las frotó, lo mismo hizo Blas y con la fuerza de diez osos, se pusieron a tirar de los cables. Izaron a pulso todo el lastre que impedía al navío coger velocidad. Colchones, ollas y barras de hierro chorreantes fueron izados a bordo para ganar tiempo. Por su parte, el pequeño Melquíades, célebre por la agilidad con que se desenvolvía en la arboladura, trepó como un simio hasta la verga del palo mayor y desplegó la vela que se había quedado enganchada.

Una nueva bala, esta vez producto de un disparo corto, hizo brotar un surtidor al caer cerca de la popa con un chapoteo. El *Príncipe del mar* estaba saliendo de la niebla y pronto se insinuarían los contornos imprecisos de su perseguidor.

En cubierta, el gallego Téllez se preparaba para disparar desde el cañón giratorio de babor, cuando una segunda bala procedente de la proa enemiga alcanzó de pleno el cañón. El arma se desmontó y, al perder el equilibrio, se vino con todo su peso sobre uno de los artilleros más jóvenes.

Entre varios se la sacaron de encima y el gallego Téllez recogió al herido en los brazos. Era solo un muchacho. Se desangraba a ojos vista por una brecha abierta en el cráneo.

—Téllez, Téllez... ¿me reencarnaré en una gaviota? —murmuraba exánime el muchacho.

—Ssshhh, no hables. Tú aguanta y te prometo que volverás al hogar —dijo el gallego sujetando su cabeza como podía.

—Mi hogar... Téllez —suspiró el chico con una especie de mueca—, este barco es lo más parecido que he tenido a un hogar. Dime, ¿tú crees que me reencarnaré en...?

—Pues claro, chico —dijo Téllez—. En las gaviotas se reencarnan todos los marinos valientes.

Y el muchacho expiró en los brazos del maestro artillero.

—Téllez, ¡por mil demonios! —dijo otro de los artilleros—. ¡Mira tu pie! ¡Baja de una vez a la enfermería!

El gallego, que estaba empapado en la sangre del chico, vio el dedo gordo colgando de un pequeño trozo de piel. Luego, miró el barco temible, el buque de guerra que había salido de la bruma y les iba ganando terreno y, armándose de valor, sacó una navaja, la abrió y dijo al otro:

—¡Rebáname ese pellejo de piel, y acabemos!

Santa Cruz enfocó el navío con el catalejo. Era, en efecto, un buque de guerra. Lo menos un cincuenta cañones de dos puentes, que les doblaría en armas y en hombres. Años atrás, su barco le habría aventajado en velocidad, pero ahora saltaba a la vista que enfrentado a un buque tan bien aparejado y situado en su estela, el *Príncipe del mar* llevaba las de perder. No era extraño que la distancia se fuese acortando.

En ese preciso instante, del barco perseguidor partió una voz que bramaba por una bocina.

—¡Jitanos! ¡Pejos Ladjones! ¡Espagnoles! ¡Jendíos u os enviamos a pique!

—Ganan terreno —dijo Guzmán Yáñez al capitán.

—No es un navío de la Armada francesa, señor Yáñez —dijo Santa Cruz bajando el catalejo—. Es un corsario francés.

Y con la conciencia liberada de un peso, Guzmán Yáñez repuso:

—¡Nos viene de perlas! Hablaremos el mismo idioma que esos cerdos.

—No os equivoquéis, señor Yáñez —rectificó Santa Cruz—. Nosotros hablaremos nuestro propio idioma.

El buque estaba a menos de un cable. A simple vista ya se veía la tripulación de cubierta, gozando a sus anchas. Aunque el *Príncipe del mar* estaba a tiro, los franceses parecían muy seguros de sí. Tanto que su capitán, como consintiendo en prolongar la caza, no había vuelto a poner en acción la batería de proa. Así pues, ¿fue su propia confianza o fue el desprecio hacia los españoles lo que les llevó a actuar como lo hicieron?

Sí, el *Príncipe del mar* estaba viejo y cansado. Sus velas, sucias y remendadas después de una larga travesía de un mes expuesto a todos los vientos, y su dotación no se distinguía por ser la más diestra. Algunas de sus ropas estaban hechas andrajos.

El barco francés, en cambio, lucía impecable y sus hombres, como si de repente hubieran contemplado el auténtico rostro de su enemigo, se cebaron en él, dejaron de tenerle respeto.

El buque corsario ya no amenazaba con enviar a pique la nave española, ya no ordenaba su rendición. Tan solo la perseguía.

Para los franceses, la caza había devenido en un juego encarnizado. En el castillo de proa, bien a la vista, unos cuantos coreados por todos los demás, se pusieron a insultar a los españoles. Gesticulaban haciendo chanzas entre sonoras y ultrajantes risotadas. Y lo hacían poseídos por tal rabia que sus burlas dejaban traslucir un desprecio antiguo. Era un modo chusco de decirles que demoraban el ataque, que no pensaban aceptar su rendición porque no eran adversarios dignos, ni siquiera eran hombres dignos de respeto.

La impotencia hacía mella en los españoles y, de un momento a otro, el silencio se fue adueñando de los tripulantes del *Príncipe del mar*. A muchos de esos hombres, enmudecidos, avergonzados, como cogidos en falta, les flaqueaban los ánimos. Conscientes tal vez de que habían ido mucho más lejos de lo que sus fuerzas les permitían, empezaban a acusar la audacia de creerse lo que no eran y, en lo más profundo, empezaban a sentir que las cosas se presentaban ahora bajo su verdadera luz. Porque, ¿acaso no se estaba acercando el fin para todos ellos?

Solo Santa Cruz, a quien se le revolvió la sangre en las venas, permaneció inexpresivo, con una leve palidez en el rostro que revelaba su agitación, y supo que la baza final estaba a punto de jugarse.

—¡¡Músico!! —Rompió el silencio el capitán, para desconcierto de todos—. ¡Toca algo de nuestro país!

El guitarrista gitano compareció con su guitarra en el combés. Tomó asiento muy resueltamente en una barrica y se puso a tocar una canción. Era una melodía que todos, en los hogares y en las tabernas, en tiempo de paz y de guerra, dentro y fuera de las fronteras del país que los había visto nacer, habían tarareado en alguna oportunidad.

Casi al instante Pablet, el valenciano, que estaba sentado con las piernas cruzadas, los ojos bajos, brillantes y llorosos, empezó a tocar con su flauta la misma bendita canción que hacía sonar la guitarra. Súbitamente, alguien lo cogió del brazo, lo puso en pie, otro lo empujó muy suave mientras los demás le iban flanqueando el paso en dirección al guitarrista. Cuando llegó se quedó a su lado, sin sentarse y sin parar de tocar.

Enseguida unos redobles de tambor salieron de alguna parte.

Era Amadora, la cocinera, que se destacó entre el resto. Los hombres se apartaron y ella se fue acercando al combés. Concentrada y muy seria, la frente alta, desafiante, Amadora siguió marcando el ritmo de la tonada con un pequeño tambor.

Aún se oían las burlas de los franceses desde el barco enemigo; pero cada vez menos. Porque la canción los amortiguaba, y porque esta era una canción de la tierra.

Era una canción de todas las tierras de España. Una canción que evocaba los dorados campos de Castilla, pero también el olor a jazmín y la hierbabuena, el buen vino de la Mancha y los crepúsculos gallegos de Finisterre, la arena volcánica de las islas que llamaron Afortunadas no menos que los jardines y las fuentes de la Alhambra mora. Era una canción que evocaba los frondosos bosques de Asturias, pero también los catalanes peñascos de Montserrat, el agua cálida de Levante lo mismo que el mar bravo de Cantabria.

¡Ah, la frase melódica ya resonaba de cubierta en cubierta! Los elevaba con su ritmo grácil, hinchaba sus desfallecientes corazones, por todos los rincones del *Príncipe del mar* resonaba. Llegaba hasta las velas y los masteleros, y a buen seguro, también alcanzaba los oídos de los desconcertados franceses. En especial, cuando a uno de los tripulantes del *Príncipe del mar* se le ocurrió silbar la melodía, y luego otro, espontáneamente, lo siguió. Y así, uno tras otro, estos se fueron sumando a aquellos hasta que todos, arriba en las jarcias, y abajo en las entrecubiertas del viejo barco, se pusieron a silbar aquella melodía fervorosa.

E incluso el mismo viento que empujaba la nave se diría que silbaba la canción, pues cada una de aquellas notas iba arrancando de todos ellos algo valioso, algo que merecía la pena preservarse.

Porque con la canción de la tierra, otra vez volvía a la memoria de esos tipos fracasados las horas de juventud radiantes y perdidas, el paso de un tiempo que se fue, los verdes valles que una vez dejaron para hacerse hombres, la estepa adusta pero sobria que ya nunca jamás habría de volver, el sol y el cielo azul y la brisa y el mar de una tierra sujeta a la opresión, digna de ser amada, la costa agreste de su infancia cuyas aguas mecieron tantos sueños de amores y aventuras.

No había allí hombre ni mujer, joven o viejo, valiente o cobarde a quien la emoción de esas notas no hubiera acompañado alguna vez. Y entre la gente que habían dejado en tierra, entre los vivos y los muertos, cuántas madres y cuántos hijos la habían escuchado con orgullo, y con el corazón estremecido, habían ahogado tiernas lágrimas llenas de sentimiento.

Sonaba la flauta de Pablet y el rasgueo de la guitarra y también el pequeño tambor de Amadora, y como telón de fondo, un silbido común.

Silbaban al principio unos pocos, tímidamente, y luego ya sin rubor y sin vergüenza, se fueron sumando todos. Y otra vez volvían a escuchar las viejas voces de los tiempos felices, y entonces, y solo entonces, con sus pechos inundados de gratitud, supieron que esto era algo que jamás volvería a repetirse.

Porque, ahora lo sabían. Si algo tenían en común todos ellos, aparte del fracaso, aparte de la música y del país que estaba tan lejos, si había algo que los distinguía de los que se quedaron en tierra, era el coraje de ignorar las advertencias de sus padres y el valor de cambiar el destino de sus hijos.

Santa Cruz, que estaba pendiente de las evoluciones del corsario, dio la última orden a Guzmán Yáñez.

—No hay otra opción —terminó diciendo—. O nos dará caza.

El buque seguía la estela del *Príncipe del mar*. Guzmán Yáñez, atento a la cadena de mando, despachó las órdenes de Santa Cruz. La idea era que los hombres se las fueran transmitiendo sin dejar de silbar, para no levantar sospechas en el corsario. Y así mismo sucedió. Durante el tiempo imprescindible para comunicarse entre ellos, los pocos que dejaban de silbar nunca eran los mismos.

Y mientras en el navío corsario resultaba insospechable lo que se estaba cocinando en el viejo barco, a la hora en que los franceses se mofaban de la canción que resonaba en mil cables a la redonda, las consignas fueron corriendo de boca en boca en el *Príncipe del mar*. Y hasta el último hombre de su tripulación, con el pecho inflamado por un caudal de emociones pero la cabeza fría, se preparó para una acción temeraria.

Hacía mucho que los dos barcos habían salido de la niebla. Navegaban, uno y otro, ciñendo el viento por la amura de babor, con el *Príncipe del mar* manteniendo el tipo, aunque saltaba a la vista que la distancia se acortaba sin remedio.

Abajo, en la entrecubierta, los artilleros cargaron los cañones con la única munición que podía salvarles la piel; arriba, los gavieros tensaban sus músculos, listos para soltar las escotas en el momento exacto, porque hacerlo un segundo antes o después, supondría quedar a merced del viento y de un buque mejor artillado. Unos y otros aguardaban con paciencia a que Santa Cruz diese la orden de entrar en acción.

Y entretanto, la canción se oía por toda la nave.

—¿Todos en sus puestos? —preguntó Santa Cruz al segundo.

—Sí, mi capitán —replicó Guzmán Yáñez, a quien le brillaban los ojos como en sus más tremebundas borracheras.

—Más nos vale. Porque tendremos una sola oportunidad.

En el instante previo, consciente de que sus hombres aguzaban el oído, muy atentos, Santa Cruz miró hacia atrás, al barco corsario que lo perseguía implacable, a la caza.

Contempló a los gavieros, que ni siquiera le echaban los ojos encima para evitar que a través de los catalejos enemigos cundiera la alarma. Luego se aferró con las dos manos al puente y, fijando la vista en las olas, miró hacia el mar de las pesadillas, las concesiones y las súplicas, ese mar que conocía desde niño, y en cuyos secretos se había iniciado con dolor; el mismo mar que había visto morir impasible a su padre, el mismo al que había rogado fervorosamente por su alma, y, mascullando, dijo, con la fe honda de los que un día se volvieron descreídos:

—¡Me lo debes! ¡Tú, me lo debes!

Y al veredicto del mar se encomendó, a él recurrió, al arbitrio de las olas dejó la vida de sus hombres.

A continuación, los miró brevemente y gritó a voz en cuello:

—¡¡Ahora!!

La tripulación cesó de silbar y al instante, de manera imprevisible para el francés

y con una agilidad endiablada, resultado de muchas horas de adiestramiento, los gavieros soltaron escotas. Alonso puso todo a babor y el barco orzó como si iniciase una maniobra de virada por avante, torciendo el rumbo con la proa contra el viento. Y tan veloz, tan audaz e inesperada resultó su ejecución, que antes de que los franceses reaccionasen, el viejo barco estaba casi a proa con el viento y empezó a disminuir la arrancada por avante. En ese punto, si algo había cierto para el capitán corsario es que estaba ante una maniobra de un temple suicida, y que debía enfrentarse a un loco que iba delante y que ofrecía a su proa el costado de babor, con las portas abiertas y toda una batería de cañones apuntando directamente a su velamen.

—¡¡Fuego!! —ordenó Santa Cruz.

El *Príncipe del mar* soltó la primera andanada desde la banda de babor y el estruendo y el humo de la pólvora llenaron el aire y se elevaron hasta el cielo. El barco se estremeció de proa a popa cuando más de doce cañones, disparados uno tras otro, arrojaron su cargamento de balas encadenadas con dirección a las jarcias del francés.

Pronto se vio que todos, o la mayoría de los proyectiles, habían hecho impacto en la arboladura del buque corsario causando desperfectos muy visibles. Algunos franceses gritaban en cubierta.

—¡¡Gavieros!! ¡¡Preparados!! —ordenó Santa Cruz.

Tras reponerse del primer asombro, el francés intentó meter la proa a favor del viento, justo al lado contrario de su enemigo. La idea era contraatacar con su batería de babor, lo que hubiera dejado a las dos naves paralelas a menos de medio cable de distancia. Pero con parte del velamen dañado, la maniobra del francés resultó muy lenta. Además, Santa Cruz, que ya había previsto esta como la más probable, se anticipó suspendiendo la suya, y los gavieros hacía rato que habían cambiado de bordada para que la nave torciese a estribor dócilmente, en la misma dirección que su adversario. A la ventaja que confería la sorpresa, Santa Cruz sumaba ahora la ventaja de anticiparse a la réplica del otro.

Tronaron los dos cañones de proa del buque francés. Uno de ellos, que había apuntado demasiado bajo, disparó un proyectil que barrió la superficie de las olas y se perdió; la otra bala no causó destrozos de importancia en cubierta.

Entretanto, el gallego Téllez, al mando de los equipos de babor, espoleaba a sus hombres. Limpiaron los cañones, los recargaron de nuevo con balas encadenadas. En menos de un minuto, todos los equipos habían logrado una proeza al alcance solo de los servidores más diestros.

—¡Rápido, muchachos! ¡Apuntad! ¡Apuntad! ¡Y ojo con el retroceso! —gritaba el gallego Téllez—. ¡Esperad la orden!

Allí abajo, en el entrepuente, en medio de la confusión de la batalla, medio cegados por la oscuridad y el humo acre y blanquecino, con ojos llorosos, tiznados de pólvora, protegiéndose los oídos con pañuelos atados a la cabeza, estaban algunos como Mateu, el capellán, desnudo hasta la cintura, solo con su barretina y

blasfemando y maldiciendo a todos los diablos salidos de debajo de la tierra. Y junto a él, el Pelirrojo, codo con codo, y pegado a su inseparable cañoncito, por si acaso. O Pata de palo, o Blas y Ginés, que entre los dos casi halaban de las poleas de un cañón de treinta libras. Guzmán Yáñez, que se había echado entre pecho y espalda un buen trago de ron, bajó a la entrecubierta para animar a sus hombres.

Apuntaron con ayuda de palancas, esperaron a que una buena ola elevase el barco y a que el gallego Téllez gritase con su vozarrón:

—¡Duro con ellos!

Y de repente, soplaron las mechas en la oscuridad.

Rugió la segunda andanada cuando el francés asomaba su costado amenazante y cuando el *Príncipe del mar* aún no le daba la popa. Pronto se vio que, fuese por la pericia de los artilleros, o por la posición transitoriamente favorable, esta andanada había sido aún más certera que la otra. El palo de trinquete del corsario, partido por la mitad y con el velacho hecho trizas, empezó a caer hacia atrás de forma aparatosa arrastrando en su caída al palo mayor, cuya gavia colgaba en jirones.

Casi desarbolado, el buque francés perdió toda maniobrabilidad y se quedó a merced de las corrientes. Sin embargo, debido a la inercia de la maniobra, una parte de su batería de babor tenía al *Príncipe del mar* a tiro, y en un último intento por saldar deudas, hizo fuego con todo lo que pudo.

Sonó el estruendo de varias piezas de artillería, pero el buque español ya le daba la popa y los daños fueron escasos para lo que el propio Santa Cruz había previsto.

La temida andanada no llegó a existir. Y mientras el *Príncipe del mar*, con el botín de la trata de negros a buen recaudo, huía dejando un reguero de espuma, el buque francés se quedaba parado, sin posibilidad de perseguir a su enemigo.

Por todo el barco se desató el entusiasmo. Los hombres gritaban y, abrazándose, lloraban algunos de alegría. Irrumpiendo en pleno jolgorio, uno de los grumetes apareció en cubierta con un estandarte negro. Sin decir nada, izó la bandera hasta el mastelero, donde la tripulación nunca la había visto ondear hasta ahora.

El estandarte, sobre el clásico fondo negro de la piratería, consistía en las tibias y la calavera y, por debajo, una mano que empuñaba un sable y una palabra, el apodo por el que los ingleses conocían al capitán Santa Cruz.

Por un instante, se apaciguaron las demostraciones de euforia y los hombres volvieron sus ojos al puente con una mezcla de pudor, temor y respeto.

—Les habéis tocado la fibra sensible, capitán —observó Guzmán Yáñez conmovido.

Pero Santa Cruz, sin devolverle la mirada y con voz hosca, repuso:

—Proa a Tortuga, señor Yáñez. Que los filibusteros sepan quiénes son los hombres de Lefthand. —Y en su cabeza ya no hubo sitio más que para el hombre de quien dependía el futuro de su hija, el filibustero más temido por España, el almirante de los Hermanos de la Costa.

SEGUNDA PARTE

LA ISLA DE TORTUGA

LA PEQUEÑA ISLA DE TORTUGA, situada al noroeste de la Española, a lo largo del tiempo había cambiado de manos con frecuencia. Ciertamente que en la actualidad era el refugio de los filibusteros en el Caribe; pero no siempre había sido así.

Aunque los franceses habían hecho de ella una fortaleza inexpugnable, España la reconquistó en 1654. Se mantuvo una guarnición y, aún más, se normalizaron las relaciones con la isla Española, importante colonia del Imperio; pero tal fue la presión inglesa por todo el Caribe que los ejércitos imperiales tuvieron que replegarse. El 26 de junio de 1655, con el pretexto de defender la Española, se dio orden de abandonar y dismantelar Tortuga.

Pocos años después, Francia se enseñoreaba de nuevo de ella, con un agravante que simbolizaba todos los males de España: como los soldados, en su precipitado abandono de la isla, no habían arrasado las fortificaciones, ni retirado la artillería, Tortuga se convirtió en el mayor bastión de la piratería del Caribe.

Sin embargo, en los últimos tiempos un nuevo espíritu amenazaba con cambiar el estado de las cosas. El progreso llegaba a Tortuga. En consecuencia, los filibusteros empezaron a aburguesarse. Y el hecho de que el filibusterismo de la isla se convirtiera en una especie de mafia dirigida con mano férrea por el Consejo de Ancianos, era el mejor ejemplo de ese nuevo espíritu burgués.

Atardecía en la isla.

De un golpe, y en medio del barullo reinante, una mano sucia y bronceada clavó en la puerta un cartel arrugado que rezaba como sigue:

1. No a los prejuicios de nacionalidad o de religión.
2. No a la propiedad individual.
3. La Hermandad no interviene en la libertad de cada uno.
4. Si un hermano abandona la Hermandad, no será perseguido.
5. No se admiten mujeres.

Poco después otra mano, con las uñas pintadas y provista de un pequeño tizón, tachaba el punto número cinco.

Allá al fondo, colgado de una cuerda por el cuello, que a su vez estaba atada a una gruesa rama de sándalo, oscilaba un cadáver con la hinchada lengua hacia un lado. De su pecho pendía un cartel con una mancha de sangre seca en forma de aspa.

En lo que llevaban de agosto ya era el tercer ahorcado con la advertencia del aspa roja colgando. Todos en Tortuga sabían qué significaba el aspa roja, de dónde

provenía y por qué. Todos sabían que se trataba de una advertencia o una marca del siniestro Consejo de Ancianos, y que tales advertencias o marcas eran frecuentes. Por lo demás, cualquier pirata que adeudase dinero al Consejo podía sentirse a salvo siempre y cuando pagase puntualmente los favores.

Aun así, la verdadera causa por la que el cadáver no era el centro de las miradas se debía a la inauguración del teatro, así como a la noticia de que el almirante había desembarcado y acudiría en persona a la representación. Todo eso hacía que una riada de hombres y mujeres afluyese por la puerta principal, flanqueada por dos antorchas humeantes.

Había negros y negras, blancos y blancas y hasta amarillos, y entremedias, cualquier tono de piel tostada y cuarteada que sea dable imaginar. El oro relumbraba en algunas manos y orejas. Había collares de dientes de tiburón, pañuelos ceñidos al cráneo y al cuello, casacas de piel zurcidas, fajines y cinturones más o menos grasientos, chalecos de colores chillones, tatuajes en los brazos, largas melenas y barbas de tamaños y diseños personalísimos y, sobre todo... muy pocas armas. Y la mayoría era propiedad de los piratas que iban desparejados.

En el patio interior, como no había asientos, el público estaba de pie. Junto a una pared, cuatro o cinco grandes mesas arrinconadas con manjares y bebidas. Arriba no había más que piratas con posibles. Reinaba una gran animación y ningún testigo imparcial habría jurado que esa ingobernable comunidad de burgueses chabacanos, vestida con libérrimo gusto, de hombres respetuosos con sus mujeres pero singularmente irrespetuosos con las leyes, que esa tropa plagada de contradicciones era, o había sido, el ejército de piratas más sanguinario de los dos hemisferios.

De súbito, la masa agolpada en la entrada fue abriendo paso a un pequeño grupo que venía empujando por detrás.

—¡Paso al almirante! ¡Paso al almirante! —se oía decir a unos y a otros.

Los empujones se sucedieron y los «oh» asombrados de ellos y los «ay» indignados de ellas se sofocaron para dejar vía libre al más célebre de los Hermanos, el almirante de la Cofradía de la Costa. Un ser sin corazón, decían, o de corazón helado como la desdicha y cuyo nombre era pasto de cuentos inmemoriales. Hasta el violinista de la puerta se asomó para ver entrar aquella presencia escénica.

De ojos saltones y vientre abultado, con su ya legendario tricornio, los pendientes dorados y las guías de sus bigotes apuntando hacia arriba, Henry Morgan, a quien precedían unos cuantos centuriones, avanzaba por entre la multitud investido de una opulencia viril. De vez en cuando se paraba ante alguien, ponía las grandes y oscuras manos adornadas con sortijas de oro sobre sus hombros, clavaba en ellos muy suavemente las sucias uñas, intercambiaba los dos formales besos de rigor y, tras despedirse, dejaba al pirata abrumado por el privilegio. El público le hacía pasillo con una admiración rayana en la reverencia, y él buscaba con la vista entre el tumulto.

Después de cruzar y subir las escaleras, se acomodó en el palco. Como de costumbre, le acompañaba su médico personal, un viejo de ojos verdes a quien le

unían sólidos lazos, según decían los que no ignoraban la hipocondría del almirante.

—Exquemelin —dijo Morgan removiéndose en la silla—, vengo notando un dolor en el pecho, roe que te roe.

—¿Roe como el de la semana pasada, señor? —preguntó hastiado el viejo médico, que tomó asiento detrás de él.

—Pues no del todo. ¡Rayos! —replicó Morgan con retintín—. ¿Dónde están vuestros ideales humanitarios? ¿No os compadecéis de mí? —Y se llevó la mano al pecho—. ¿Veis? ¡Ya estoy jadeando! ¿Consideráis que es un síntoma grave? —dijo sacando una guinea de un bolsillo y sopesándola en la mano.

Por todo el teatro se oyeron pateos y manotazos rítmicos, risas y voces desahoradas. La mitad de los hombres bramaba para que la obra diese comienzo, y la otra mitad suspiraba por deshacerse en bramidos, pero se abstenía para no contrariar a sus mujeres. El ambiente se cargaba de humo.

Se izaron con gruesos cabos las dos gigantescas lámparas de velas, que se mantuvieron encendidas. Un pirata sin un solo pelo en la calva, un aro en el lóbulo y un tajo que le cruzaba la mejilla, aprovechó para pasarse la punta del cuchillo por entre los dientes. La mujer que estaba a su lado le echó una mirada de censura tal que el filibustero devolvió el cuchillo a la vaina, sonrojado. Alguien disparó un tiro al aire. Del techo se desprendió un poco de polvo. Varias mujeres gritaron exigiendo formalidad.

Arriba, en el primer palco de la segunda planta, Henry Morgan estaba absorto en sus achaques. O se había olvidado de la persona que buscaba con la vista, o tal vez fuera que el espectáculo más excéntrico que había tenido lugar en la isla de Tortuga, una obra de teatro, apenas suscitaba su interés.

—No creo que revista gravedad, pero a juzgar por lo que empináis el codo, con vuestros años, yo no me quejaría —prosiguió Exquemelin.

—¿A mis años? ¿Acaso treinta y cinco os parecen muchos? —preguntó lanzando al aire la guinea sin perderla de vista—. Y, ¿creéis que me excedo bebiendo? —Cogió la guinea y le dio la vuelta en el dorso de la mano contraria.

—Os excedéis como pocos.

—¡Loados sean todos los demonios! —exclamó reanimado al tiempo que mostraba la moneda al médico—. ¡Menos mal que tengo la fortuna de cara!

Se levantó el telón. Cesaron los pateos y los golpes. Estalló un aplauso cerrado, con acompañamiento de silbidos. En escena, aparecieron las tres brujas de *Macbeth*.

Quince minutos más tarde, en el ambiente cundía la inquietud.

Entretanto, Macbeth hablaba por boca de uno de los actores menos cualificados del Caribe, y un pirata emitió un prolongado y muy sonoro bostezo. Hubo abundantes risotadas. De nuevo, algunas mujeres alzaron la voz para exigir buenos modales. Acto seguido, fue un visto y no visto, para zozobra y espanto del primer actor.

Un siseo casi inaudible rasgó el aire, sonó un golpe seco y un cuchillo clavó los bajos de la túnica de Macbeth en un aparador que formaba parte del *atrezzo*. El infeliz

quedó inmovilizado y la sangre huyó de su rostro. Simultáneamente, la imponente sombra del primer palco en el segundo piso se irguió cuan larga era, dejó caer ambas manos en la barandilla, y saliendo a la luz, Henry Morgan tronó:

—¡¡Actor de pacotilla!! ¡¡Puerca preñada!! ¡¡Embustero!! ¿Y para eso convocan a lo más ilustre de la piratería? ¿Para escuchar cuatro versos mal declamados? ¡Esperad, que voy a recoger mi cuchillo! ¡Os voy a estirar tanto el gaznate que no volveréis a hacer de Macbeth!

Y Henry Morgan desapareció del palco. Se desataron ovaciones entre muchos filibusteros. Macbeth aún, permanecía clavado, blanco como la cal y sin arrestos siquiera para liberarse.

A despecho de las damas, los espectadores de platea abrieron paso al almirante, que de un salto se plantó en el proscenio. Se descubrió, y haciendo un molinete con el tricornio, se inclinó ante su público. El teatro entero se venía abajo. Al ver la mueca de ferocidad que le dedicó Morgan, el primer actor, cabello erizado, dio un tirón formidable, la túnica se desgarró a la vista de todos, y con las canijas piernas al aire, Macbeth puso pies en polvorosa ante la carcajada general.

—¡¡Hijos míos!! ¡¡Por Júpiter!! —gritó Morgan henchido de su propia importancia. Abarcó todo el patio con un poderoso abrazo. Los vítores eran ensordecedores—. ¡Quién os ha visto y quién os ve! Hace solo unos años esta isla pasó a manos de Francia... Y vosotros, los piratas más temidos del Caribe, os pusisteis a traficar como mercachifles y a engordar como cerdos burgueses. Claro que... ¡Era el signo de los tiempos!... —Hizo una pausa histriónica y, abriendo los brazos en un gesto de resignada comprensión, lanzó en un tono más grave—: ¡¡Y nosotros lo comprendimos!! —Estallaron, crepitantes, los aplausos.

»Más tarde —prosiguió elevando el tono y entrecerrando los ojos para distinguir a aquel que buscaba entre el público— los franceses parcelaron la isla. Comenzaron a asignaros tierras. Os trataron como malditos súbditos del poder. ¡Súbditos vosotros, hijos del diablo! ¡Patriotas vosotros, Hermanos de la Costa! ¡Vosotros, que erais la carroña de la tierra y el terror de los mares! Claro que... era el signo de los tiempos... ¡¡Y nosotros lo comprendimos!! —La ovación fue tal, que Morgan hizo varias reverencias al respetable con molinetes de tricornio incluidos.

»Luego se quebrantó la norma de traer mujeres blancas, y ¡mil rayos!... pues ese sí fue un gran día para todos. ¿Verdad, muchachos? —preguntó sin cesar de buscar ávidamente en el patio a su hombre—. Os hallabais solos, demasiado solos, y libres, demasiado libres como para no rendiros a los secretos deleites de la carne, cuando, ¡oh milagro de milagros!, un galeón procedente de Francia fondeó en la cala de Basse Terre con cincuenta mujeres blancas de vida... digamos, nómada, en aquel tiempo, y ahora... de vida formal, muy formal y muy sedentaria, tanto que se han convertido en vuestras esposas. ¿Recordáis, filibusteros? ¿No habréis de recordarlo si hace solo cuatro años de aquello? Solo cuatro años... y muchas de esas mujeres, y aún más, están hoy aquí, entre nosotros. Pero, siendo tan dichosos, ¿por qué habéis sido tan

desagradecidos? ¿Por qué cuando se os convocó no acudisteis a mi llamada? ¡Me partisteis el corazón! Y no creo que al diablo le hiciese tampoco ninguna gracia. Claro que... era el signo de los tiempos y... —Habiéndose despachado a gusto, hizo un alto y muchos corearon la frase—: ¡¡Nosotros lo comprendimos!! —Nuevos aplausos.

»Peeero... —y cruzando las manos por la espalda, aquel hombre de mudables y criminales convicciones se puso a medir con sus pasos la longitud del proscenio—, he aquí que el poder os trata ni más ni menos que de ignorantes, os toma por tontos, trata de educaros con obras de teatro... ¡A vosotros, que sabéis más que todos esos políticos juntos porque habéis vivido más que cualquiera de ellos! ¡Caaaa! ¡Eso sí que no! —Se elevó en el aire un «¡Hum!» de franca e indignada consternación—. ¡Sí, hijos míos, sí! —Deteniéndose, enfrentó al auditorio—. Los políticos os tratan de ignorantes. ¿Que cómo? Pues levantando un teatro de mala muerte a cuya inauguración, con actores de pacotilla, no viene ni el padre del invento. —Se oyó un «¡Ah!» de neta comprensión—. ¡Y eso sí que no! Que el poder se burle de nosotros, ¡eso sí que no lo comprendemos! —De nuevo aplausos y gritos enfervorizados.

»¡A callar, hijos míos! ¡Serenaos! —dijo plantándose con los brazos extendidos y las palmas hacia el público—. Y ahora, ¡oídmeme bien! ¿No somos una «familia»? Y la «familia», ¿no es lo primero? Así pues, ¡rayos y truenos!, si el viejo Morgan os pidiera un pequeño gesto —preguntó aproximando en alto los dedos índice y pulgar— de amistad y gratitud, ¿no ibais a concedérselo, ratas de mar? Y vuestras mujeres, a ver, ¿no se iban a sentir más felices con un futuro resuelto que ahora, cuando os veis obligados a recortar gastos? —La respuesta fue un rotundo sí colectivo, que no incluía ni una sola voz de mujer; y de pronto, Morgan distinguió entre el público a la persona que buscaba desde el principio—. ¡Por Júpiter! ¡¡Ahí está!! —Se le escapó.

»Por eso yo os digo, hijos míos, cuando os convoque para una nueva expedición —se atropelló de pronto como un mal actor que escupe su réplica—, que esté en vosotros elegir con sabiduría, como hombres libres, y no como súbditos del poder. ¿Me habéis entendido? ¡No como súbditos del poder! —Tenía la cabeza en otra parte, pero habiéndose percatado él mismo de su precipitación, se descubrió con mucho empaque, hizo una profunda reverencia hasta casi rozar el pie con la punta del tricordio y exclamó—: ¡He dicho!

El alboroto fue tal que los palcos retemblaban. El calor era asfixiante. Corrió el ron, a un brindis sucedió otro y la jarana se desbocó. Hasta el violinista que había tocado en la puerta, emocionado en lo más íntimo, se animó a rasgar las cuerdas como herido por un rayo. Porque esta noche no era como las demás noches. Alguien les había recordado a los Hermanos de la Costa cuál era su lugar y qué se esperaba de ellos. Y el resultado estaba ahí, bien a la vista. Durante unas pocas horas, volvían a saber quiénes eran.

Los secuaces de Morgan hicieron sitio al almirante a empellones, pues los filibusteros se empeñaban en abrazar a ese padre que no les daba la espalda. Morgan

recorrió el patio saludando a unos y a otros. De vez en cuando, como era costumbre, volvía a detenerse para cumplir dando dos besos formales con algún miembro destacado de la «familia», hasta que, de un modo aparentemente casual, se dio de bruces con Lefthand.

El español estaba junto a una de las mesas y era el centro de dos muchachas de vida alegre a las que abrazaba por la cintura.

—Buen discurso, capitán Morgan —dijo el español en un inglés irreprochable, pero con lengua estropajosa. Una de las chicas sostenía en una mano una botella; a la otra se la veía profundamente intimidada por el almirante.

—Bien está si bien os parece, ¿Lefthand? —replicó Morgan exhibiendo un colmillo de oro en una sonrisa torcida.

—Así me llaman. —Y dejó que la muchacha le hiciese beber de la botella.

Mientras en el palco, Exquemelin, el viejo médico de Morgan, no se movía del asiento. Se cruzó de brazos. Ese rostro de mirada consumida no era más que el reflejo de su estado de ánimo. Aunque representaba un alivio descansar de las enfermedades de Morgan, no era menos cierto que le convenía no demorarse. Pues bien, ya se disponía a ir al encuentro del pirata cuando alguien abrió la puerta del palco. El viejo se volvió sin prisas. Si la techumbre del edificio se hubiese desplomado, no se habría quedado más sobrecogido.

En el patio, Morgan fue rotundo. Sus secuaces cerraban filas en torno a él y Lefthand.

—¡Diablos! No suelo brindar con alguien que no pertenece a la Cofradía —dijo el almirante, que aceptando el ofrecimiento del español, buscó con la vista su mano inválida. Los comensales que rodeaban la mesa, todos de pie, ya estaban demasiado eufóricos como para concentrarse en algo distinto al ron—, excepto si es un pirata y tiene lo que hay que tener —añadió estudiando cada uno de sus movimientos.

—En eso no somos distintos, capitán Morgan —repuso Lefthand, y en un empuño por dejar sentado que no hablaba por hablar, se desprendió de la chica, empuñó su espada con la mano izquierda y la alzó en horizontal.

—Magnífico sable, ¡por Júpiter! —dijo Morgan elogiosamente.

Y muy poco después, apuntando sin prisa, Lefthand la arrojó hacia el escenario con todas sus fuerzas. La espada voló como una ráfaga de plata y se fue a clavar en el aparador de madera, justo donde se había clavado el cuchillo de Morgan. Su hoja se quedó vibrando unos segundos, flexible, reluciente. El jolgorio se aplacó por momentos. Muchos volvieron sus ojos hacia el pirata español cuyo apodo era bien conocido; pero casi inmediatamente, se reanudó la escandalera.

El almirante sostuvo la sonrisa unos segundos y de modo imprevisto, estalló en una carcajada. ¿Sería posible que esa insolencia le recordase la suya, tan solo diez años antes? Brindó mirándole a los ojos y echó un largo trago. Luego, le pasó la jarra a uno de sus centuriones.

—Hum, hum. Veo que estáis bien acompañado —dijo mirando a las dos alegres

muchachas—, no como esos burgueses cornudos. Y decidme, ¿puedo contar con vos en lo sucesivo, o debo pensar que habéis venido solo para sentar la cabeza, como todos estos? —dijo haciendo un gesto significativo con los ojos.

—Bien sabéis por qué estoy aquí —dijo Lefthand que daba la sensación de haberse despejado.

—Sabia respuesta, ¡por Júpiter! —dijo Morgan sin perder el humor—. La vida es corta de más y el mundo demasiado ancho para echar barriga. —Y se palmoteó la suya—. Y luego que, por lo que llega a mis oídos, u os empuja la suerte o soplan vientos favorables para huir de las cárceles españolas.

—De no ser por vos, estaría colgando de una soga.

Morgan hizo una pausa, se afiló una guía del bigote y continuó.

—Siendo así, seguro que podrá interesaros cierta empresa en la que ando metido. Claro que tenéis un defecto visible, Lefthand: sois español. ¿Estaréis a la altura cuando se trate de arrasar posesiones de vuestra patria? —dijo con astucia, y vio cómo la mano inválida del otro estaba impedida para coger a una de las rameras por el talle.

—¡Vaya! ¡Español! —exclamó Lefthand, que procuró recuperar el tono festivo—. Mucho han oído hablar las mujeres de mis defectos, capitán Morgan, y que se sepa, ese no es uno de ellos, ¿verdad? —preguntó entre risas mirando a las dos jóvenes—. ¡Diablos! Si así fuera, no me habrían condenado los españoles a la horca. —Y recordando que tenía enfrente al hombre que podía asegurar el futuro de su hija, el alcohol le permitió ir más allá y dijo, poniéndose mortalmente serio—: ¿Español? Mi nombre es Lefthand. Estoy al mando del *Príncipe del mar* y podría despellejar a mi propio padre si sus huesos no estuvieran pudriéndose bajo tierra.

Arriba en el palco, el asombro del viejo Exquemelin no estaba hecho de palabras. Se levantó de la silla y, acercándose a la joven que había irrumpido un momento antes, tan solo acertó a balbucir:

—¡Pobre hija mía! ¡Te has cortado la melena! —dijo guiñando los ojos para ver más claro.

La joven cerró la puerta a su espalda y susurró:

—Padre, tranquilizaos. Volved a vuestro asiento o llamaremos la atención. He venido a rescataros.

—Pero ¿eres tú de verdad? —preguntó con voz trémula Exquemelin. La tomó de las manos—. Después de estos largos meses, ¿eres tú la que están viendo estos ojos de viejo?

—Estoy con vos. Os repito que he venido a rescataros.

—¿A rescatarme? —dijo y volviendo las manos de Elena, miró las palmas encallecidas, pasó los pulgares por la piel rugosa y cubierta de heridas, muchas de ellas recientes, con profundas cicatrices—. ¿Y tus manos, hija mía? ¿Qué te ha pasado en las manos? ¡Hay que curarlas enseguida!

—Encontraré la manera de liberaros. Estoy enrolada en el buque de Lefthand, el

español.

—Hija de mi vida. ¡Tú! ¡Enrolada con esos facinerosos! —dijo sin soltarle las manos.

—Tranquilizaos. Tengo amigos.

—Corres un serio peligro. ¿Y si te descubrieran? ¿Y si averiguasen quién eres?

De repente llamaron a la puerta.

—¡Médico! ¡El almirante te llama! ¡Baja de una vez! —La chica aguardó a que los pasos dejaran de oírse antes de abrir la puerta y decir a su padre—: No lo olvidéis. No os perderé de vista. Os doy mi palabra.

Abajo, Henry Morgan echó mano al bolsillo de la casaca y sacó una guinea. Lefthand había despedido a las dos jóvenes y ahora estaban uno frente al otro.

—Esta es mi moneda de la suerte —explicó muy complacido de cómo se estaban desarrollando las cosas, y entre dos dedos de uñas grandes y sucias en los que lucían sendos anillos relumbrantes de oro, se la mostró al español—. Vos, ¿confiáis en el azar?

—Confiar en el azar es mi destino —contestó el otro, que por un breve instante sintió el tacto de una baraja y cómo su sangre se aceleraba.

—Pues preguntemos a mi guinea si sois bueno en los negocios de la mar, o es que solo tenéis afilada la lengua.

—Me atengo a mi reputación, capitán Morgan.

—¡Y que todos conocen, por Júpiter! Pero dejemos que hable el azar —repuso el inglés con una sonrisa—. Por qué íbamos a hacer caso de lo que dice la gente, ¿no? ¿Cara o cruz? —Lefthand eligió lo que más se avenía con su apellido y Morgan arrojó al aire la guinea. Esta relumbró una décima de segundo y cayó en la palma del filibustero, que enseguida la volteó contra el dorso de la otra mano. Pero ante la sorpresa de Lefthand, Morgan, sin el más mínimo reparo, la destapó para él solo y exclamó—: ¡¡Cruz!! ¡Buen tino, muchacho! Según esto, sois un tipo de fiar. Os quedaréis por aquí durante los próximos días, ¿estamos?

—Eso haré, capitán Morgan.

—Excelente —dijo bajando la voz—. Porque estoy planeando algo muy gordo y quiero a los mejores —dijo palmeándole la cara.

Con la moneda agarrada, el almirante dio medio vuelta seguido de sus leales, y no fue hasta que salió de allí cuando abrió la mano. Se paró a mirar con expresión preocupada su guinea de la suerte y estuvo así muy quieto, con los ojos fijos, sin comprender del todo por qué había salido cara y no cruz, y por qué había preferido mentir.

DESENGAÑO

—¡AY, MELQUÍADES! Esto es muy peligroso. Es peligroso de cojones —se desahogó Ginés resoplando.

—Habla con finura, chisgarabís —repuso Melquíades.

—Peligroso de carajo. ¿Y si resbalamos? ¿Por qué no vas un poco más lento?

—Eso, voto a Dios —adujo Blas, cubierto de sudores—. Peligroso de carajo.

Delante Melquíades, la avanzadilla del trío, masculló algo incomprensible por toda réplica, levantó la cabeza y dirigió la vista hacia el tramo que les quedaba.

—Oye —preguntó Ginés para centrarse en algo que lo distrajera del miedo—, si hay festejo seguramente habrá comida, ¿o no?

—Eso —dijo Blas—. Un poco de comida, ya que hay festejo.

—¡Por las barbas de...! ¡Cierra el pico! ¡Y tú también! —reprendió Melquíades sin volverse—. ¡No habrá comida, zampabollos! Y, ¡maldición! —murmuró para sí—, tampoco va a haber mujeres. ¿Cómo tengo que deciros que se trata de una celebración formal?

—¿Y qué celebramos, Melquíades? —preguntó Ginés.

Melquíades se paró, tomó aire, giró sobre sus talones y empuñando el sombrero bajó unos pasos, se puso de puntillas y golpeó alternativamente a uno y otro. Rodaban guijarros por la cuesta.

—¡No pienso repetirlo! ¿Es que no tenéis más que seso de grulla dentro de esas cabezotas? ¿Qué diantres hizo mamá cuando repartió el poco que tenía? —Los gemelos se protegían como iban pudiendo—. No creeréis que me apetece sumarme a ese puñetero aniversario...

—Melquíades, escucha —dijo Ginés, que sin bajar la guardia, exploraba un último recurso para aplacar a su hermano mayor—. ¿Cuándo montaremos el prostíbulo?

—¡Eso! ¡Cuándo! —suspiró Blas.

—¿El qué? —Se detuvo Melquíades como por arte de magia—. ¡Aaah, ya! ¡El prostíbulo! ¡Un prostíbulo exótico, elegante, el prostíbulo de los sueños! —dijo calándose el sombrero y dirigiendo una mirada ensoñadora hacia el oeste bermellón—. ¡Qué felicidad asiática! ¡Como un prostíbulo babilónico sería! ¿Os habéis fijado en lo tórridas que son las mujeres estas? ¡¡Por los clavos de Cristo!!

—¿Con buena comida y bebida? —preguntaron al unísono los gemelos cambiando miradas.

De la cima llegaba un clamor lejano que turbó un redoble de tambores, a continuación sonaron los cuernos. Una bandada de pájaros echó a volar entre chillidos. Melquíades apretó el paso y arrastró a Blas y Ginés cuesta arriba. El camino era tan angosto que tenían que subir los tres de uno en uno. Desde esta altura

se veía la falda del monte y más allá los bosques de mangos. El mar cálido y turquesa envolvía los acantilados verticales. A lo lejos, susurraban las palmeras en las playas de arenas blancas y finas.

Cuando llegaron arriba, sudorosos y jadeantes, vieron que el acto solemne acababa de dar comienzo.

La cima del monte era una planicie situada entre las ruinas del viejo fortín español y los espesos bosques de las inmediaciones. El fortín se ubicaba en los peñascos, desde donde se dominaba un buen pedazo de litoral. Años atrás los españoles, por razones defensivas, habían talado gran número de árboles en esta región de la isla que, si por algo se caracterizaba, era por su vegetación frondosa. Pues bien, allí mismo, en la planicie que se abría a los restos de la fortificación, hormigueaban cientos de piratas y Melquíades y sus hermanos fueron a mezclarse con ellos.

En el medio de aquella turba, rodeados de franceses e ingleses, estaban los hombres de Lefthand.

Podía verse al viejo Andrade con su pipa, como siempre junto a Pablet, el valenciano, a quien de un tiempo para acá lo pillaban a menudo paseando con una joven muy pintarrajeada. Estaba Mateu, el capellán, con su barretina, y Pata de palo, haciéndose cruces y el Pelirrojo, sorprendentemente sin su cañoncito bajo el brazo, el guitarrista y el gallego Téllez, y el licenciado Padilla, con un libro entre las manos, Amadora, la cocinera, y ese muchacho de ojos verdes, que era la discreción en persona, y por supuesto, Guzmán Yáñez y Alonso de Valdivia y, a la cabeza de todos, Lefthand.

De un lado estaban los filibusteros franceses, comandados por el célebre bucanero Michel le Basque, con una muleta y más cicatrices encima que una tripulación al completo; y de otro los ingleses. Como en el último instante Morgan había tenido que embarcar rumbo a Jamaica para entrevistarse con *sir* Modyford, a la cabeza de los piratas ingleses estaba Joseph Bradley.

Cesaron los tambores. La luz declinaba. Se encendieron antorchas entre unos y otros. La llanura se fue iluminando. Al resplandor de las antorchas, las caras de los piratas brillaban en tonos anaranjados. En el bando de los franceses dos hombres se peleaban a mamporro limpio. Un pequeño grupo los rodeaba. Y en eso, alguien que llevaba meses sin dar señales de vida apareció en la linde del bosque; alguien que no debía estar en Tortuga sino rumbo a Panamá y con quien casi nadie contaba, alguien que no tenía interés en mezclarse: John el Duque.

El pirata que más secretos guardaba en las Antillas permanecía invisible, camuflado en la oscuridad. De natural distinguido, vestía una levita de terciopelo rojo y un gran tricornio coronado de plumas. Cuando empezaron a prenderse las antorchas, uno se escabulló entre el revuelo y se dirigió hacia los árboles, al encuentro del Duque.

Al cabo de un rato, un filibustero inglés se adelantó a los demás. De mejillas

hundidas, pómulos salientes y greñas hasta el pecho, llevaba en la mano un rollo anudado con un cordón. Avanzó resueltamente hacia las ruinas del fortín, en la zona más alta de la llanura. La pelea en el bando francés cesó tan pronto como había comenzado. El greñado se colocó delante de donde había estado la entrada del fuerte, desenrolló el pliego y dijo con voz firme:

—Hermanos todos de la Cofradía de la Costa. ¡Salud! Ejem. Siendo como somos hombres de acción y no de palabras, ¡rayos y truenos!, más que breve seré como un relámpago. —Y acercándose el pliego a los ojos, arrancó a leer titubeando:

»Ha-hace hoy quince años, tras ser abandonada esta isla por el último regimiento español, el hermano Elias Watt de-desenterró los cañones que el enemigo no había podido llevarse. ¡Así es! El hermano Elias Watt y sus hombres (al-al-gunos de ellos aquí presentes), arries-arriesgando la vida, pues ignoraban si los españoles tenían o no intención de regresar, reconstruyeron los fortines piratas. Entre esos fortines —dijo mirando hacia atrás—, este que aún queda en pie, era el más importante de aquellos tiempos de gloria. —Hizo un alto, miró de reajo a su auditorio y siguió adelante con voz aún más firme—: ¡Sí, Hermanos! Hoy, como todos los ocho de septiembre, se cumple el aniversario de la salida de los últimos soldados del Imperio. Los españoles, vencidos por la furia conjunta de ingleses, franceses y filibusteros de todas las nacionalidades, huyeron con el rabo entre las piernas para no volver a plantar un sucio pie en Tortuga. Y como todos los años, nos reunimos aquí además de para conmemorar que le pateamos el culo al Imperio, para, ejem, para ofrecer, como se dice, te-testimonio de-soli de-soli de solidaridad como miembros que somos de la Cofradía.

Hubo exclamaciones de «¡Viva la isla de Tortuga!» y «¡Muera el Imperio español!», y la proclama siguió este hilo durante un rato.

Simultáneamente, en la linde del bosque, el pirata que había aprovechado para escabullirse de la multitud, recibía de manos del Duque una bandera doblada. El pirata la cogió, hizo una respetuosa inclinación de cabeza y volvió sobre sus pasos cuando el breve discurso se deslizaba hacia su final.

Con la bandera en la mano, se abrió paso entre la multitud, tomó prestada una antorcha y se dirigió hacia el pirata que terminaba de leer. Al llegar a su altura, le dijo algo al oído y se puso a su lado. El otro carraspeó, enrolló el pliego y antes de cerrar el discurso, dijo:

—Ejem, este año, Hermanos de la Costa. ¡Demonios! A ver si lo digo... tenemos para vosotros un muy agradable presente. En este simbólico lugar, a la puerta de este último fortín y en recuerdo de aquellos días lejanos... va-vamos a, o sea, requerimos la presencia del capitán Santa Cruz, también conocido como Lefthand, para cerrar esta solemne con-conmemoración. —El pirata se aclaró la voz, echó una ojeada fugaz a su compañero, que sostenía en una mano la antorcha y en la otra el estandarte a guisa de bandeja, y dijo en voz alta—: ¡¡Que me aspen si hay otro más indicado que él, ya que no pertenece a la Hermandad!!

El sol ya se ocultaba cuando los murmullos recorrieron casi toda la llanura. Casi toda, pues quedó un pequeño espacio, un reducto, una lengua de terreno ocupada por los hombres del *Príncipe del mar* donde no llegaron. Un espasmo de sorpresa traspasó a cada uno de esos hombres a quienes rodeaban filibusteros de todas las nacionalidades mientras, oculto tras los primeros árboles del bosque, amparado por las sombras, el Duque miraba sin parpadear.

Lefthand, consciente de que todos sus movimientos llegarían a oídos de Morgan, se acercó a los dos hombres. Su gesto era tan imperturbable que nadie habría podido decir si le complacía o le mortificaba participar en aquella ceremonia.

El pirata que había terminado de hablar tomó la bandera de manos del otro, y desplegándola en alto por los bordes, hizo aparecer allí, a la vista de las hordas filibusteras, una bandera del Reino de España. A continuación, el segundo filibustero alargó el brazo hacia Lefthand y le ofreció la antorcha con una intención evidente.

La expectación mantenía a cientos de piratas circunspectos; en particular a los españoles, que estaban como sumidos en un trance. Y durante ese lapso indescriptible, entre que el filibustero pasó la antorcha a Lefthand y este la tomó con pulso firme, si alguien se hubiera aproximado a los tripulantes del *Príncipe del mar*, habría oído latir sus corazones. Nada le debían a España, una tierra de la que muchos habían huido porque se morían de hambre; pero una emoción, un chispazo de angustia sacudió sus ánimos y encogió sus entrañas, pues no era una bandera lo que veían desplegado ante sus ojos, sino la tierra misma bajo la que yacían sepultados sus padres y el cielo bajo el que verían crecer en paz a sus hijos.

Donde comenzaba el bosque, aquel hombre oculto, acostumbrado a actuar en la sombra, presenciaba la escena de brazos cruzados y esperaba. Y cuando apretando los dientes, frente a los hombres de Tortuga y a sus propios hombres, Lefthand aplicó por fin la llama de la antorcha a la bandera de las Españas, aquel hombre esbozó una sonrisa de íntimo gozo y suspiró.

La bandera ardía tan rápido que el pirata inglés se vio obligado a soltarla, y el trapo cayó a sus pies para morir hecho cenizas.

Los españoles se quedaron desconcertados, rendidos a la evidencia. Después de todo, ¿qué importancia tenía ese trapo ardiendo para un caballero de fortuna? Y sin embargo, algo en su interior se removía y lamentaba, como si lo que se quemase no fuera un mero trapo, sino el vestido de una madre, de una hija, de una novia cuyo solo recuerdo empañaba los ojos.

Pablet, el valenciano, bajó la cabeza y el viejo Andrade lo tomó por la cintura, como se toma a un chiquillo que está en la obligación de comportarse como un hombre. Elena se pasó un pañuelo arrugado por el rostro y a su lado, Amadora le echó una mirada de madrastra. Y en cuanto al resto, quien más y quien menos se sumió en la incredulidad, cuando no en el desánimo. Tenían hambre de todo, por eso en modo alguno podían sentirse patriotas, ni tampoco traicionados por su capitán; pero ese hombre que estaba quemando la bandera, unas semanas antes los había

conmovido con la misma emoción que ahora se revelaba falsa como el demonio. ¿Podía suceder algo más incomprensible que eso?

Pues bien, mientras los españoles miraban aturdidos cómo terminaba de arder, sobrevino algo aún más incomprensible. Alonso de Valdivia gritó a voz en cuello, con un entusiasmo que venía en auxilio de Lefthand:

—¡Muera España! ¡Viva la isla de Tortuga! ¡Viva la Cofradía de la Hermandad Libre!

El estupor de algunos, entre los que se contaba Guzmán Yáñez, no tuvo límites y la Hermandad de la Costa prorrumpió en «vivas» y «muertas» exaltados. Y la bulla consiguiente no hizo más que anticipar el jolgorio de la noche.

A esa misma hora, a bastantes millas de allí, exactamente a medio camino entre Tortuga y Jamaica, Henry Morgan se paseaba arriba y abajo por la cubierta del *Ganymede*. El almirante se preguntaba para qué le había hecho llamar *sir* Modyford, gobernador de Jamaica y reconocido protector de los filibusteros ingleses. Y aunque las noticias de Europa tardaban casi dos meses en llegar al Caribe, lo que bajo ninguna circunstancia esperaba era que el 18 de julio se hubiera firmado un tratado en Madrid por el que se ponía fin a la guerra que enfrentaba a Inglaterra y España.

La noche se quedó calurosa y el aire estaba tan quieto como las estrellas en lo alto. Se oyó un chapoteo. Pablet corrió hacia la borda y se puso a mirar a derecha e izquierda, pero solo vio algunos peces brincando.

—¿Buscas alguna sirena, muchacho? —dijo uno.

—¡Ojo con las mujeres, que son muy arpías! —Los del corro se carcajearon de buena gana.

—¡Diantre! ¡Que me parta un rayo si miento! —continuó el viejo Andrade, y le dio una chupada a su pipa antes de proseguir—. Os digo que algunas sirenas viven entre nosotros. ¡Hum! Pero son tímidas y cuando abandonan las aguas es solo por amor. Dejan atrás su mundo y en la cola se les ponen dos hermosas piernas de mujer. ¡Hum! —asintió con la cabeza llevándose de nuevo la pipa a los labios.

—¡Bah! ¡Cuentos para niños! Pásame el ron —dijo Amadora, que echó un buen trago de una botella revestida con una cubierta de paja.

—El viejo no miente —dijo Téllez, que esperaba con ansia su turno con el brazo extendido hacia Amadora—. Cualquiera gallego sabe que las sirenas existen.

—¿Y son bellas como mujeres babilónicas? —preguntó Melquíades.

El Pelirrojo abrazaba el cañoncito como a un perro abandonado.

Por su parte, el licenciado Padilla levantó la vista del libraco que descansaba sobre sus piernas cruzadas. Venteó el aire. Los anteojos en la punta de la nariz, su extrema delgadez y el cabello despeinado hacia delante le daban un aire de hombre sin edad.

—Cuando Colón llegó a las Américas —dijo—, cuenta la leyenda que tres sirenas

le dieron la bienvenida, pero al parecer Colón vio que eran mudas y no muy agraciadas, por lo que dijo: «Parecen echar de menos a los hombres».

—¿Mudas? Bueno, eso no es mala cosa —dijo Melquíades. Blas y Ginés se le quedaron mirando—. Pero ¿feas?

Pasaban de las cuatro de la madrugada. Desde el *Príncipe del mar* aún se oía el griterío. Algunos piratas ingleses y franceses se habían acercado hasta el muelle. Seguían conmemorando el aniversario.

Con respecto a la tripulación española, bastantes hombres se habían quedado en la nave. Tampoco es que hubiese mucho que dilapidar, pues el botín de la trata de negros se había evaporado en las tabernas de Tortuga y, por lo demás, sentían el buque como una casa común, un cobijo frente al mundo.

Sentados, haciendo corro en el combés, con un farol en el medio, unos cuantos charlaban dándole a la botella.

—¿Y cómo se las reconoce? —preguntó Pablet, que desde la borda dejó vagar los ojos por el agua.

—Bueno —continuó diciendo el viejo Andrade y dio una larga chupada a la pipa. Elena habría jurado que su mirada se posó un poco más en ella que en los otros—, algunos dicen que tienen un lunar en forma de pez; aunque lo cierto es que el mar es el único que conoce su secreto.

Se hizo una larga pausa. La botella seguía pasando de mano en mano.

—Hablas de la mar como de Dios, Andrade —dijo Mateu, el capellán—. Y Dios no existe más que en los sueños de los hombres.

Pata de palo se hizo cruces enseguida.

—¡Que el diablo nos valga! —murmuró.

—Yo creo que la mar se parece a un capitán, no al buen Dios, Mateu —dijo tranquilamente el viejo Andrade—. Se equivoca; pero no engaña —dijo señalando con la pipa más allá de la cubierta—. Hay que dejarle hacer su trabajo. Hay que confiar en ella. Como en un capitán.

—¿Confiar? —intervino Elena impostando la voz, como hacía siempre que hablaba con alguien que no fuese Amadora—. Pues mirad el nuestro. Si alguien confiaba en nuestro capitán, ahora ya sabe que es un tipo egoísta al que solo le importa el botín.

—¿Y te parece poco, bergante? —habló por vez primera el Pelirrojo, tomando la botella que le pasaban—. ¿Por qué estás aquí si no? Nada más debe importar a un pirata. Eso y proteger a sus hombres.

—Proteger a sus hombres... Proteger a sus hombres... —replicó Elena. Amadora estaba cada vez más inquieta—. ¿Como esta tarde? ¡Valiente manera de proteger a sus hombres!

—Cuidado. El capitán está a bordo —dijo en voz baja el gallego Téllez.

—No pienso callarme —insistió la joven fuera de sí.

Se oían los ruidos del buque en medio de la noche tibia. De vez en cuando, a lo

lejos, aún llegaban las voces de algún pirata borracho. Abrieron otra botella. Amadora notó que la chica estaba un poco achispada y se asustó, le entró pánico de que se traicionara de un modo tan torpe.

Por otro lado, también ella había bebido y pensó que debía intervenir de alguna forma, que debía desviar la atención sobre la joven. De pronto, sintió que gravitaba sobre sí una anécdota que los distraería. Pensó que quizás valía la pena relatarla, y que si había algún momento idóneo para hacerlo, era este.

Hasta ahora nunca se había atrevido, pues era una pequeña historia capaz de enternecer los corazones más duros, y Amadora odiaba llorar. Además, todo lo que se contaba en la historia había transcurrido... más o menos... de esa manera. Es decir; no era así como había pasado exactamente, pero era así como se contaba. Tal vez no hacía bien desempolvando la anécdota, el secreto de Lefthand; pero ya que algunos seguramente la conocían, se dejó ir y su voz sonó por encima de las otras voces.

En efecto, a más de uno le resultaba familiar, porque se había hecho célebre en España hacía casi veinte años, antes de perderse en el olvido. La anécdota relataba una hazaña que había tenido lugar entonces, se decía, y el héroe era un niño que viajaba de incógnito en un barco de guerra español, del que su padre era el capitán.

Mientras Amadora hablaba y hablaba, Elena alzó de repente los ojos y lo vio. Él estaba allí, en la otra punta del buque. Donde un rato antes no había nadie, ahora estaba Lefthand, apartado, ausente como un espectro, la mirada perdida en un punto impreciso de la noche. Como era imposible que no estuviera escuchando a Amadora, Elena se quedó mirándolo fascinada.

La anécdota refería que la flota inglesa superaba a la nuestra en una proporción de dos contra uno. Decía que el buque insignia enemigo había abordado la nave en la que viajaba de incógnito el niño. Decía que el comodoro inglés, que estaba casado con una dama española, había herido de muerte al capitán. Y por último, decía que el niño se había interpuesto entre su padre y el comodoro que, apuntándole con la espada, le preguntó: «¿Darías la mano derecha por tu padre?».

Súbitamente, el rostro sombrío de Lefthand se volvió hacia ellos, hacia el lugar de donde partía la voz de Amadora, y sus ojos se encontraron con los de Elena.

Los integrantes del corro escuchaban conmovidos. El viejo Andrade conservaba la pipa en la boca y asentía con la cabeza a las palabras de Amadora. El niño, contaba esta, consintiendo en ello, ofreció una mano temblorosa.

—Y el comodoro —agregó— alzó la espada y de un tajo se la cortó.

Los ojos de Elena seguían fijos en él, que la miraba desde muy lejos como alguien que vuelve de la muerte.

Contaba Amadora que ese acto de arrojo no pudo salvar a su padre, pero no pasó, en cambio, inadvertido a ningún hombre en el buque. La noticia espoleó a los españoles, levantó sus ánimos, les dio una nueva razón para luchar. Después se fue filtrando de un buque a otro y ahí empezó a ganarse la batalla, terminó diciendo, pues ni un solo hombre bien nacido iba a permitir que ese rasgo de coraje se perdiera.

Elena, desolada, desvió la vista hacia Amadora, porque el silencio había seguido a sus palabras. Luego volvió los ojos hacia donde estaba él y, con alivio y desencanto, vio que Lefthand había desaparecido.

In extremis

COMO EL VENTANAL ESTABA ENTREABIERTO, la fragancia del jardín inundaba el gabinete. Desde allí el paisaje era de un verdor soberbio, aterciopelado. Un paraíso boscoso, habitado por toda clase de pájaros exóticos, rodeaba el palacio del gobernador de Jamaica.

Morgan se retiró del ventanal y se encaró otra vez con *sir* Modyford, que permanecía hundido detrás del escritorio de palisandro, en una silla tapizada con un tafetán de florones carmesí.

—¡Por Júpiter! Al menos, podríais haberme dicho que se negociaba un tratado de paz entre Inglaterra y España —dijo echando hacia atrás el tricornio—. Vos mejor que nadie, *milord*, sabéis cómo me rasco la cabeza para espabilar a los bucaneros.

Sir Modyford apoyó el codo en el reposabrazos y se acarició la barbilla. En la otra mano tenía una cajita de rapé. Montó una pierna sobre la otra. La escena parecía regocijarle. Estrenaba una imponente peluca de bucles que se derramaba por encima de los hombros en cascada. Se rascó el nacimiento del pelo con disimulo, sin segundas intenciones.

—Descubríos, Henry, descubríos —decretó con aire benigno *sir* Modyford—. Es lo que cumple en presencia del poder.

Morgan, tocado en lo más vivo pero rápido de reflejos, repuso.

—De mil amores, *milord*. —Y se colocó el tricornio bajo la axila.

—El tratado se firmó en Madrid el 18 de julio —explicó *sir* Modyford—. Ni dos meses han transcurrido. Entended que su excelencia el secretario de Estado, *lord* Arlington, se ha dignado hacérmelo llegar cuanto antes.

—Pero, *milord*, el punto IV del tratado me deja con el culo al aire.

—¡¡Henry!! —se impuso *sir* Modyford—. No pienso permitir esos modos agrestes.

—No hay peor cosa que un pirata, *milord*, al que no le salen las cuentas. —Y desplegando la misiva de *lord* Arlington al gobernador de Jamaica, se puso a releerla en voz alta—: «Ambos reyes cuidarán de que sus súbditos se abstengan de toda actividad hostil, y deberán abandonar la concesión de comisiones o patentes de corso y las represalias, así como castigar a los ofensores obligándoles a una reparación». —Levantó la vista de la carta—. Y por si no fuera suficiente, ¡el secretario va y os notifica que el rey en persona ordena que cese toda hostilidad contra los españoles! Y ahora, ¡por todas las tormentas!, *milord*, decidme dónde encaja la Hermandad Libre y dónde encajan los planes de Henry Morgan.

—Un carácter borrascoso el vuestro, amigo mío, pero sí —dijo el gobernador, que abrió la caja y aspiró una pulgaradita de rapé por cada orificio—, no cabe duda. El tratado es un gran triunfo para Inglaterra. ¡Qué ignominia para esa gentuza española

reconocer las posesiones inglesas en América!

—Pero ¡si ni siquiera se dice cuáles son las posesiones inglesas, *milord!*

—Perded cuidado —dijo *sir* Modyford entrelazando los dedos—. Lo que España reconoce es la soberanía de nuestro monarca sobre las islas y colonias en nuestra posesión. Os traduzco: Inglaterra comerciará libremente con las colonias sin verse amenazada.

—Todo eso, *milord*, es meter en cintura a los filibusteros del Caribe —dijo Morgan, que dejó la carta sobre el escritorio.

—Sed razonable. —El gobernador extrajo un pañuelo de la manga que desplegó en el aire—. La piratería a gran escala tiene los días contados, qué pensabais si no. El futuro y el progreso incumben al poder de los estados, y al derecho. Ahora bien, Henry, una cosa es el futuro, y otra muy distinta el presente... inmediato.

—¿Me estáis toreando, *milord*? Vos siempre me disteis carta blanca para dar su merecido a los españoles.

—¡Ay, Henry, Henry! La política es un arte delicado, no una sucesión de zafarranchos. —Hizo una pausa y se llevó el pañuelo a los labios antes de proseguir—: El Tratado de Madrid, que tanto os consterna, no entrará en vigor, dicho de otro modo, no estaremos obligados a respetarlo, hasta que no se publique, ¿me seguís?

—Nunca he bebido ron como bebo las palabras de vuestra señoría —dijo Morgan, que continuaba de pie y con los brazos cruzados sobre pecho.

—William Godolphin, nuestro embajador en Madrid, ha conducido las negociaciones con brillantez —dijo guardándose el pañuelo en la manga—: *sir* Godolphin incluyó un término de publicación de ocho meses desde la ratificación del tratado. ¿Entendéis?

—Debo de estar corto de entendederas —dijo Morgan desconcertado.

—Significa que el tratado no entrará en vigor hasta pasados ocho meses, como mínimo. Y que se ha hecho así para ganar tiempo. Y que se pretende ganar tiempo para que vos, Henry Morgan, ejecutéis vuestra empresa de castigo «con total impunidad» —subrayó—. ¿Veis ahora claro?

—¡Rayos, *milord!* ¡Amanece un nuevo día! ¿Tengo, pues, la protección de Inglaterra para atacar colonias españolas?

El gobernador se quedó pensativo unos instantes.

—Oficialmente, debo ordenaros que observéis estas órdenes. Ahora bien, personalmente os deseo todo el éxito. Es más, os garantizo que no se tomarán represalias. Toda Inglaterra está pendiente de vuestras proezas. Y si me creéis, desde la canalla hasta las personas de alcurnia, todos ruegan por que acabéis de humillar al Imperio.

—*Milord* —dijo Morgan, a quien la satisfacción le redondeaba las facciones—, no solo amanece un nuevo día, sino que el sol se ha puesto en el cénit, y ¡resplandece! —E hizo una profunda reverencia, para acabar poniéndose el tricornio—. Vuestra señoría debe excusar mis necesidades. La política es demasiado enrevesada

para mi mollera.

—Una última cosa —dijo *sir* Modyford con una cierta ansiedad mal disimulada—. ¿Ya tenéis decidido cuál será la ciudad que atacéis? Si mal no recuerdo, eran tres los objetivos que habíais puesto sobre la mesa: Cartagena de Indias, Panamá y...

—Veracruz —completó Morgan—. Bien quisiera yo, *milord*, pero la elección no corre de mi cuenta.

—¿Ah no? —preguntó el gobernador francamente sorprendido.

—Será al Consejo de Ancianos a quien le toque resolver.

—¿Y Henry Morgan permitirá que ese Consejo de Ancianos decida por él? —Y de súbito, el político se quitó la máscara y añadió—: ¿Qué as tenéis guardado en la manga, viejo zorro?

—¡Por Júpiter, *milord*! Los principales capitanes están divididos y celosos unos de otros —dijo Morgan sin soltar prenda—. Se empeñan en apelar al Consejo de Ancianos, que es la última instancia, y la primera. Ni Henry Morgan puede oponerse a la «familia», *milord*. No estaría bien visto —dijo pasándose una mano por el cuello—. Desde luego que no estaría bien visto.

El gobernador levantó la mano, hizo un leve gesto de despedida y añadió:

—En ese caso, buena suerte, Henry. Y recordad esto: antes que el almirante de la Hermandad Libre, sois un corsario de Inglaterra. E Inglaterra lo espera todo de vuestro prestigio y valor.

Y Morgan, descubriéndose, hizo una nueva reverencia.

Unos días después tuvo lugar una circunstancia impensable, algo que en Tortuga, y tratándose de quien se trataba, tenía un alcance difícil de pasar por alto.

Ocurrió exactamente a las dos y cuarto de la madrugada. O, como poco, empezó a ocurrir a esa hora.

Era una noche sin luna. En el *Príncipe del mar* la tripulación que podía permitirse dormir lo hacía a pierna suelta. Había sido un día de duro ajetreo, de reparaciones y estiba, a fin de pertrechar el buque para la próxima caza. En tanto los planes concretos de Morgan no salieran a la luz, lo más aconsejable era hacer como muchos otros filibusteros, seguir con la rutina o con las incursiones ocasionales.

Lefthand, incapaz de conciliar el sueño, pensaba en su hija, como le sucedía a menudo. La pequeña estaba siempre en su cabeza, aleteando con la levedad de una culpa antigua, siempre presente. Algunas noches eran casi un suplicio.

Se levantó del jergón y salió a cubierta a respirar.

Arriba tan solo dos hombres amodorrados montaban guardia, pero la llegada del capitán los despejó al momento. Lefthand se acercó hasta el castillo de proa, se apoyó en la barandilla del puente. Estuvo así un buen rato, respirando el aire húmedo de la madrugada.

Por casualidad, dirigió la vista hacia el *Ganymede*, el buque insignia de Morgan,

fondeado no lejos del suyo, meciéndose sobre las tersas ondulaciones del agua. A pesar del mal fario que daba cambiar el nombre de un buque, tiempo atrás Morgan había ordenado rebautizarlo con todos los honores, pues se trataba de una presa española. Una luz débil titilaba en la cabina del capitán y se proyectaba desde las cristaleras de popa. A Lefthand ni siquiera le sorprendió que el camarote de Morgan estuviera iluminado a esas horas. También las preocupaciones estarían haciendo mella en el almirante.

Lefthand se preguntó por qué aún no le habría explicado sin tapujos lo relativo al tesoro de la Dama del mar y al famoso mapa que obraba en su poder. ¿No le había hecho venir para eso? Sin duda, Morgan era sagaz como una comadreja y prefería alimentar rumores y crear expectación a mostrar sus cartas desde el principio. Aunque puede que no confiase en él del todo. Desde luego, ahora la prioridad de Morgan era convocar a los más eminentes capitanes del Caribe y para eso se pasaba días fuera de Tortuga. Incluso, bien que le constaba, había estado en Jamaica, entrevistándose con *sir* Modyford.

Por si fuera poco, se oían cosas, como que la incursión que planeaba el almirante tenía como objetivo una de estas tres ciudades: Cartagena de Indias, Panamá o Veracruz. Y también se decía que el Consejo de Ancianos iba a decidir cuál era la más adecuada. Luego, si las piezas encajaban, Morgan creía que en una de ellas estaba el tesoro, pero ¿y si, después de todo, el Consejo no se decantaba por la única ciudad en la que Morgan tenía auténtico interés?

El asunto se complicaba, así que dejó de darle vueltas. Por ahora, consideraba que el futuro de su hija dependía de la buena estrella del almirante, y eso lo unía a él más que a nadie sobre la faz de la tierra.

Lefthand bostezó y se envolvió aún más en la capa. Se sentía entumecido. Septiembre era el mes de las lluvias. Después de llover durante el día, había refrescado de manera considerable. El puerto estaba tranquilo. La oscuridad de los trópicos reinaba sobre la tierra. Al volverse para regresar al camarote, echó un último vistazo al *Ganymede*. La luz continuaba encendida. Y entonces sucedió.

Fue casi imperceptible, y solo alguien tan insomne como Lefthand le habría prestado atención. Un tenue destello, un cabrilleo a flor de agua, junto al timón del *Ganymede*, pero tan breve, tan fugaz que no le dio ninguna importancia. Pensó que se trataba de un reflejo de la luz procedente del camarote; sin embargo esa luz era demasiado débil para provocar cabrilleos.

Permaneció inmóvil unos segundos, deseoso de que algo, lo que fuera, lo obligara a salirse de sí mismo. Y de repente, otro más. Ya no abrigaba dudas. Esta vez era un destello cuyo origen creía adivinar, y aparte de eso, a popa del *Ganymede*, las aguas negras hacían rizos muy poco naturales, impropios del suave vaivén del barco. Acto seguido creyó vislumbrar una sombra. Aguzó la vista y con dificultad vio que trepaba por la popa del navío. Imposible distinguir la cuerda que colgaba de la borda de la toldilla. En ese instante, otro destello le confirmó lo que ya intuía: que la sombra iba

provista de un arma blanca.

No había tiempo que perder. Se quitó la capa, se descalzó, pasó ambas piernas por encima de la borda y con extremo sigilo, para no alertar al turno de guardia que estaba a proa, se descolgó por los brandales hasta la mesa de guarnición. Desde ahí se zambulló con un chapoteo sordo.

Ya en el agua, vio cómo la sombra furtiva se colaba por la ventana del camarote de Morgan. Con el cuchillo entre los dientes, nadó suavemente hacia el *Ganymede* y se dejó absorber por la noche.

Cuando llegó al timón, no habían transcurrido más de cinco minutos. Le parecieron diez horas. En efecto, una cuerda colgaba desde la borda de la toldilla. No vio ni un solo hombre de guardia. Nada se oía. Se agarró a la cuerda, trepó despacio. Estaba mojada. Los ruidos característicos de una nave que se mece por las olas del puerto llenaban el aire. Apretó aún más los dientes en la hoja del cuchillo, y al llegar a la altura de la cristalera de popa, miró hacia dentro con disimulo.

Morgan yacía en su cama, sobre un costado. Sin duda, estaba dormido. Frente al jergón, un hombre vestido de negro, con pañuelo también negro ceñido a la cabeza, rebuscaba en los cajones del escritorio. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par. No tenía facha de caballero de fortuna.

Sobre la mesa había un cabo de vela rodeado de goterones de cera. El intruso abrió el segundo cajón. Por su cara, se diría vencido por la ansiedad. Sus ojos tenían un brillo febril. Hurgaba hábilmente entre papeles. Abrió el tercer cajón y, por último, sacó un papel blanco, lo puso sobre el escritorio, desenvainó un cuchillo y se hizo un tajo en la palma de una mano. Luego, dejó que la sangre goteara sobre el pliego.

Sometido a una violenta tensión nerviosa, el hombre no dejaba de echarle ojeadas al almirante. De pronto, este se dio la vuelta en el colchón. Por un momento, el intruso se quedó mirándolo muy quieto. Debió de pensar que se había despertado, o que estaba a punto de hacerlo, tal vez se alarmó excesivamente. Fuera lo que fuese, se vendó la mano con el pañuelo de la cabeza, cogió el cuchillo y se fue hacia el jergón con pies de plomo.

Sin pensárselo dos veces, Lefthand empleó la cuerda para darse impulso, y de un solo golpe impactó contra la ventana. La cristalera estalló en miles de fragmentos con estrépito y Lefthand aterrizó violentamente dentro del camarote.

Morgan se incorporó justo cuando el tipo, a quien se le había ido la sangre del rostro, se volvió hacia el español y blandió su cuchillo, dispuesto a plantarle cara; pero Lefthand, que ni siquiera se había puesto en pie, se anticipó arrojando el suyo, que traspasó limpiamente el pescuezo de su adversario. El tipo se desplomó sin soltar ni un gemido.

Morgan se levantó tambaleándose, con un pistolón en cada mano. Se acercó al moribundo, lo volteó de un puntapié, lo dejó bocarriba. Con los ojos abiertos, la vida se le escapaba al tipo a borbotones. La madera estaba encharcada de sangre. El almirante fijó en Lefthand una mirada que tanto podía significar una cosa como otra.

Guiñó un ojo, como cuando sonreía o las certezas lo abandonaban.

Abrió la puerta del camarote. Dos de sus hombres de confianza dormían la mona con sendas botellas a cada lado.

Ya se oían voces por todo el buque y también carreras. Morgan cerró la puerta, se metió las pistolas en el cinturón y, acercándose a Lefthand, dijo con voz resacosa:

—¿Es este el precio de la traición o es el precio del descuido? ¿Vos que pensáis? —Y miró al cuerpo ensangrentado.

—No sé mucho más que vos. Lo vi desde mi barco y fui tras él.

—¿Os echasteis al agua? —preguntó admirándose. El otro asintió con un gesto. Los cristales crujían bajo los pies—. ¿Por qué lo hicisteis?

—Vi que llevaba un cuchillo. Me enseñaron a sospechar de quien lleva un arma entre los dientes y entra por la puerta de atrás.

El filibustero soltó una risa seca y volvió a mirar al tipo.

—Que a estas alturas me deje sorprender por una sabandija como esta... —dijo pisando con su bota la cara del cadáver—. Pero no es a mí a quien sorprendieron, sino al ron. ¡Por cien tormentas que no pasa de mañana sin que se alarguen los pescuezos de esos bergantes de ahí! —declaró ladeando la cabeza hacia la puerta.

Luego se dirigió al escritorio, cogió el papel manchado de sangre y lo miró con expresión atenta.

—¿Qué significa esto, capitán Morgan? —dijo Lefthand al ver que la mancha de sangre tenía forma de aspa.

Morgan cerró los ojos e inspiró hondo antes de responder.

—Es una advertencia, muchacho. El aspa roja es un aviso de que a uno lo vigilan, de que no lo pierden de vista para que cumpla con su deuda. Esa carroña de ahí buscaba el dinero que debe Henry Morgan al Consejo de Ancianos, pero Henry Morgan no tiene más que su guinea de la suerte. Jo, jo, jo.

—¿Una deuda?

Morgan posó una mano sobre el hombro del joven y, exhibiendo su colmillo de oro, dijo:

—La traición solo compra voluntades que están mal pagadas, o enemigos; jamás compró a un amigo, Lefthand. Y yo pago bien a mis hombres.

—Será que os sobran los enemigos, capitán Morgan.

—Y que me faltan los amigos. —Llamaron a la puerta con golpes frenéticos—. ¡¡Inútiles!! ¡¡Gandules!! ¡Fuera de aquí, o mando que os cuelguen a todos! —tronó Morgan y se volvió de nuevo hacia el español—. Tortuga ya no es lo que era. La piratería se muere, muchacho. —Y soltando el aspa roja, cogió del armario un capote sucio y se lo puso sobre los hombros. Apartó algunos cristales con la bota—. ¡Llega la hora de los cerdos burgueses, del crimen organizado, de las «familias»! Sí, Tortuga es una asquerosa «familia»... que apesta... Y el Consejo de Ancianos es la cabeza de la «familia». Está en todas partes y en ninguna. Viéndolo todo. Vigilándolo todo. Para él ninguno somos de fiar.

»Aquí y allí —dijo cogiendo de un perchero su tricornio, que se encasquetó. Las mangas del capote se balanceaban vacías—, da lo mismo, todos buscan seguridad, que otros les solucionen sus problemas, tener caliente a la mujer. Por eso recurren al Consejo. Y encima, ¡Por Júpiter! La vida es larga. ¿Quién que se precie de hombre no se endeuda alguna vez, eh? —Y le puso una manaza en el hombro—. Sois valiente. Tened paciencia y la Dama del mar nos hará de oro, muchacho. Y ¡basta, por ahora! —dijo harto de hablar más de lo necesario—. Vayamos a que Exquemelin os cure esas heridas de la cara.

Y con eso, lo guio hasta la puerta y lo dejó pasar primero.

EL CONSEJO DE ANCIANOS

LA NOTICIA SE DIFUNDIÓ en pocas horas por Tortuga, y alrededor del muerto se hizo la oscuridad. Estaba claro que no pertenecía a la Cofradía, y que si bien todos a los que se preguntó afirmaron que no les sonaba su cara, ni uno solo desconocía el significado del aspa roja.

Cierto que Henry Morgan era el almirante de la Cofradía, y que como tal, aún era el capitán de guerra más célebre, el filibustero en quien más confiaban los hombres para los saqueos más audaces; sin embargo, las grandes expediciones no abundaban y había una instancia más alta o más temible que Morgan, y que cada vez se mezclaba más en la vida diaria de los piratas: el Consejo de Ancianos.

A partir de ahí, se doblaron las guardias en el *Ganymede* y a su capitán no fue fácil verlo, ni de día ni de noche, sin sus perros de presa con el ojo bien abierto.

Así las cosas, ni que decir tiene que para nadie fue una sorpresa que la vista del Consejo se anticipase. Una vista que tuvo lugar al cabo de una semana, al amanecer.

La bruma aún estaba pegada al suelo cuando el sol casi despuntaba en el horizonte, y ya todos los capitanes esperaban con los suyos a la entrada de la gruta. En la isla era un hecho sabido que los Ancianos, si algo no toleraban era que los hicieran esperar.

La gruta del Consejo estaba ubicada hacia el norte, en donde se abría la región más despoblada de Tortuga, y por donde los acantilados hacían la isla inaccesible por mar. Aquel era el dominio de los Ancianos, los más viejos a quienes se recurría en supuestos conflictivos, o en caso de necesidades económicas o de ofensas graves. La tierra donde abundaban los riscos, las montañas y los bosques de Palo Santo.

Un atajo mítico de varias leguas conducía de la zona más poblada de la isla, la Tierra baja, a la región de los Ancianos. El atajo era un camino de exuberancias infinitas que sobrevolaban palomas torcaces en bandadas y jalonaban papagayos de colores fastuosos, una ruta de olores y un verdor tales que solo quien la hubiera recorrido podría decir, con conocimiento de causa: «Yo sé lo que es el paraíso».

Qué Hermano de la Costa, alguna vez en su vida, no había cubierto esa distancia. A quién, que perteneciese a la Cofradía, no se le había ocurrido alguna vez apelar a ellos para pedir prestado, o para acabar con un mal nacido, o para buscar, por vía civilizada, un desagravio a unos cuernos. A nadie. Como nadie había tampoco que no se mostrase agradecido a sus favores, y aterrado, porque los favores había siempre que pagarlos, o exponerse a recibir el aspa roja.

Cuando llegó Morgan, acompañado de su escolta, seguido de Edgard van Holdt, el holandés, y un par de hombres derrengados que llevaban un cofre voluminoso, el resto hacía tiempo que esperaba el primer rayo de sol, la hora maga en la que el Consejo recibía.

Allí estaban, acompañados de sus gregarios, todos los capitanes que tenían algo que decir en la Cofradía y que se disputaban el honor de ser lo más fieros y crueles. Estaba Laurent de Graff, también llamado el Lorencillo, por su corta estatura (lo que no alteraba el hecho de que fuera uno de los más temidos). A su lado, François de Granmont, más conocido como el capitán Sonda. No faltaba tampoco Rock el Brasileño, tan oscuro de tez como de alma, o Avery el Cojo, o Erik Brazo de hierro, o el francés Michel le Basque, o Bart el Sucio, que a muy pocos permitía bromas sobre su aspecto mugriento, o Joseph Bradley, también apodado el Feroz, porque su tortura predilecta era destripar lentamente a sus enemigos. Un poco más lejos, estaba Lefthand, y a su lado su fiel Alonso de Valdivia, y detrás de ellos Melquíades, Blas y Ginés.

Justo antes de entrar en la gruta, y a la vista de todos, el almirante de los Hermanos de la Costa alzó la voz:

—Lefthand, prestadme dos de vuestros hombres para llevar el cofre. Por lo que se ve, mis porteadores son flojos como damas de sociedad.

Algunos se echaron a reír, Santa Cruz hizo una seña y Blas y Ginés, ágilmente, tomaron el cofre por las arandelas. A continuación entraron todos los capitanes, con los porteadores cerrando la comitiva. El resto de los hombres aguardó fuera, como en estos casos rezaba la costumbre.

Avanzaron en línea recta por un pasadizo natural muy pedregoso. El pasadizo estaba iluminado por antorchas. A la cabeza iba Morgan y luego, en fila de a uno, una larga procesión que cerraban Blas y Ginés con el cofre. El pasadizo se hacía cada vez más amplio. El último tramo se volvió un poco serpenteante, hubo un giro brusco al final y de repente, apareció la gruta del Consejo.

Era una caverna espaciosa, de techos con formas irregulares y chocantes. Algunas teas bastaban para iluminarlos. El ambiente era muy húmedo, pues el agua se filtraba de las paredes de roca y multitud de pequeños regueros se escurrían por ellas. Algunos tramos de las paredes, que emitían destellos dorados por causa de las llamas, lucían recubiertas de conchas gigantes incrustadas. Las conchas podrían tener miles de años, pero sus colores eran vivos e irisados como la madreperla. El suelo, también de roca, era poco abrupto y lo sembraban piezas de navíos y reliquias dispuestas sin orden ni concierto. Aquel se diría el refugio donde toda una generación de piratas había venido a esconderse de la muerte.

Por aquí un mascarón de proa, por allá un timón, un ancla herrumbrosa, un fragmento del espejo de popa con el nombre de un navío legendario, un rezón, sables mellados, cofres antiquísimos con los herrajes recubiertos de óxido... Y sobre todo, frente a la comitiva pero separados de ella por las incontables reliquias, apoltronados en cinco siales de piedra que estaban como esculpidos en la roca, había cinco viejos ruinosos que integraban el famoso Consejo de Ancianos.

Eran los más viejos y los más sabios de Tortuga (se decía que hablaban latín); pero también los más temidos. Se rumoreaba que eran riquísimos, que podían

comprarlo todo y a todos, y que sus fortunas estaban escondidas por toda la zona norte de la isla.

—Antes de comenzar, este es mi donativo para vos —dijo Morgan haciendo una reverencia con el tricornio. Atendiendo a sus órdenes, Blas y Ginés dejaron el cofre en el medio de los vestigios.

En el sitio del centro había un Anciano apergaminado como una momia. Llevaba un sombrero de ala ancha con plumas muy deslucidas. El pañuelo a lunares, anudado por debajo, le caía sobre una ceja. Se incrustó una trompetilla oxidada en el oído y aulló:

—¿¿Eeeeeh??

—¡¡Para los cinco!! —vociferó Morgan extendiendo los brazos hacia ellos con las palmas hacia arriba. ¡¡Un pequeño obsequio para los cinco!!

Tres de los Ancianos restantes entrecerraron los ojos y asintieron gravemente en señal de aceptarlo o comprenderlo. El cuarto, al asentir con la cabeza, dio la impresión de atragantarse, puso una mano temblona bajo la barbilla, abrió la boca con calma y, ante el suspense de todos, dejó caer una muela en la mano. El vejestorio del centro miró en torno suyo con la trompetilla calada, y dijo:

—Siempre tan atento, capitán Morgan. Mal pagador... pero atento. —Cambió de oreja la trompetilla y continuó—: Sabemos lo que ha traído aquí, de *bona fides*, a los más grandes de Tortuga (y de fuera de Tortuga), pero antes de reunirnos para deliberar, oiremos los argumentos de los portavoces.

Durante los minutos siguientes, los capitanes expusieron sus razones para elegir Cartagena de Indias, Panamá o Veracruz. El Lorencillo, como portavoz de los holandeses, aliado desde el principio con el francés François de Granmont, opinaba que Veracruz era el objetivo más accesible; Bart el Sucio y Rock el Brasileño preferían Cartagena, aun con ser una de las ciudades mejor defendidas de las Indias occidentales, y así se fue viendo que los gustos estaban bastante repartidos. Puesto que Morgan le había dicho a Lefthand que hablase, aunque no era miembro de la Hermandad, cuando le llegó el turno, dijo:

—Cualquiera me va bien, si hay botín. Pero a la vista de las últimas conquistas no me importa decirlo: me fío del capitán Morgan y de su experiencia en las Antillas, y mi elección —dijo echando un vistazo rápido a Morgan— será la misma que la suya.

El almirante fue el último de los portavoces. Argumentó por qué Panamá era la opción más provechosa. Lefthand era todo oídos. De modo que, rumió en su fuero interno, ¿era Panamá a donde conducía el mapa del tesoro? ¿Creía Morgan que allí estaba enterrado el oro de la Dama del mar?

Las reacciones no se hicieron esperar.

—Que me aspen, ¿estáis chiflados o qué? —dijo Rock el Brasileño mirando a los capitanes—. Panamá es un baluarte inaccesible. ¡Demasiado peligroso!

—Sería un suicidio, Morgan —dijo Bart el Sucio—. Nadie lo ha logrado. Jamás saldríamos de allí.

—¡Por mil barriles de ron! Nunca ha sido conquistada —se sumó el Lorencillo.

—¡Los españoles nos arrancarán el pellejo! —añadió Erik, Brazo de hierro.

Pero Morgan debía de haberlo previsto todo, porque sin inmutarse replicó:

—Precisamente por eso hay que ir. Porque no nos esperan.

Enseguida, los Ancianos dieron orden de que salieran de la gruta y volvieran solo cuando el sol alcanzase el punto más alto.

Así lo hicieron. Y a mediodía estaban de nuevo todos reunidos.

El Anciano de la trompetilla miró con ojos picaros a sus compinches y carraspeando, dijo:

—¡¡Muchachos!! ¡*Gaudeamus!* ¡Listos para levar anclas y poner proa al istmo! ¡*Delenda est Cartago!* —Se caló la trompetilla hasta el fondo, se volvió hacia el viejo de la izquierda, que le dijo algo, y rectificó—: ¡Cartago no! ¡*Delenda est Panama!* —Y escupió como pudo ante el sobresalto de su compañero, que apartó la pierna—. Panamá es aún el puerto principal del tesoro en la costa del Pacífico. El lugar escogido por los cerdos españoles. Allí almacenan el oro y la plata del Perú y Potosí. Esto es un *casus belli*.

»Y aun así, ¿qué hijo de Tortuga conquistó nunca a esa zorra? Nadie se atreve. ¡Por las pezuñas de Satán! *Errare humanum est*. —El resto del Consejo asentía con la cabeza—. Por eso yo os digo, ¡llegó la hora de abrir en canal ese pellejo de tesoros! Panamá solo tiene diez mil almas, y la mayoría son almas de esclavos negros. Y luego, si el abordaje es rápido y por tierra... *Dominus vobiscum*.

—¿¿Por tierra??? —interrumpió escandalizado Bart el Sucio.

—¡¡Nadie se ha atrevido a eso!! —gritó el Rock el Brasileño—. ¡Qué chaladura!

—¡¡Por Satanás!! —aulló el portavoz del Consejo airado como un demonio—. ¡¡Silencio en cubierta!! ¿O es que venís a hacernos perder el tiempo? —La salida fue tan áspera y repentina que ni un solo capitán osó abrir la boca. Al cabo de un rato el sordo continuó—: Sí, hay que hacer saltar el cerrojo de Panamá por tierra. Eso es lo inesperado. Tiene razón el almirante.

»Por tierra, los cerdos españoles se creen inexpugnables; pero no por mar. Que me cuelguen del palo mayor si esperan que alguien les meta el garfio por tierra. Sin embargo, si dobláis por el cabo de Hornos y entráis por el Pacífico... *requiescat in pace*. Si vais por delante os liquidan rápido. Pero por el istmo sí que no. Por ahí no esperan ataques. Si os aguantan las tripas, dadles duro por detrás y será el *non plus ultra*. Y que me parta un rayo si ese gobernador, Pérez de Guzmán, no es un tipo al que le pierde la confianza. —Aquí, el Anciano tomó aire, miró en derredor a los otros, que se removieron en sus siales y dijo más calmado—: Se apoya, pues, la elección del capitán Morgan. ¡*Delenda est Panama!* —y sobre la marcha agregó—: Aún hay algo más. En cuanto al capitán español, llamado Lefthand, nosotros decimos que no debe ir. —El sordo se detuvo a mirar a derecha e izquierda, se quitó la trompetilla y se la cambió de oído—. Primero, porque Lefthand es *rara avis in terris* y no pertenece a la Cofradía. No es hombre de fiar. Segundo, porque es español, y en

un asalto a las posesiones españolas... *vade retro*. ¿Cómo fiarnos de que actúe con el honor de un Hermano de la Costa?

De momento, Bart el Sucio y Rock el Brasileño se sintieron un poco compensados por su derrota. Lefthand se mantuvo impassible, pero la procesión iba por dentro, cuando el almirante alzó la voz para decir:

—¡Por Júpiter! Aquí donde todos me veis —dijo metiendo los pulgares en el cinturón y balanceándose sobre los talones—, siempre he dicho la verdad de lo que pensaba. Como vuelvo a decir que muchos os habéis vuelto blandos como damas de alcurnia. Por eso, ante el Consejo digo que el español es para mí uno más y que empeño mi honor de Hermano de la Costa por él.

El sordo se puso en pie, dejó de lado las locuciones latinas y, con una frialdad que hubiera estremecido al más valiente, dijo sin andarse con rodeos:

—Verdad con verdad se paga. Hasta ahora solo sois un mal pagador, Henry Morgan. Un mal pagador con demasiadas deudas. Pero de ahora en adelante si vuestro honor sale mal parado, si el español demuestra no ser de fiar, la que recibisteis hace una semana será la penúltima aspa roja. ¿Estáis de acuerdo? —preguntó el Anciano.

Si el asombro de Morgan fue o no grande, nadie salvo un observador sagaz lo hubiera dicho. Pero a ese observador no se le habría escapado el cambio leve en la expresión de alguien tan poco habituado a sorprenderse.

—¡Sea! —dijo con voz firme.

El sordo miró a derecha e izquierda, se caló de nuevo la trompetilla y dijo:

—*Alea iacta est*, capitán Morgan. *Alea iacta est*.

Cuando se daban la vuelta para irse, Morgan cruzó la vista con el español y una leve duda ensombreció su rostro. Metió la mano en el chaleco y cogió su guinea de la suerte. ¿Por qué le venía a la memoria la noche del teatro, cuando Lefthand escogió cruz y falló clamorosamente en su elección?

Al día siguiente, como al cirujano del *Príncipe del mar* era difícil verlo sobrio, el almirante envió a Lefthand a su médico personal para que atendiera a un hombre herido al caerse de la botavara.

El aire era transparente y el sol lucía en lo alto. El médico de Morgan, cuyo nombre completo, Alexander Olivier Exquemelin, pocos conocían, era francés de origen pero hablaba muy bien el español. Al ver que las heridas no revestían ninguna gravedad, dijo que se disponía a atender al infeliz en cubierta.

En un determinado momento, Exquemelin mencionó algo, una medicina que por mala pata no llevaba en su maletín, y dijo a Lefthand que el cirujano debía de guardar algunas reservas en el buque. Lefthand le permitió comprobarlo por sí mismo, y hasta había designado a un hombre para que lo acompañase a la enfermería, pero el médico persistió en ir solo y desapareció por la escala hacia el sollado.

Hasta aquí no había nada raro. Era el médico de Morgan y los barcos le eran tan familiares como a cualquiera. Y tampoco nada raro habría sucedido si poco después Lefthand no hubiese ido a su encuentro para cambiar impresiones sobre el herido.

Bajó sin prisas, la puerta no estaba atrancada y se oían voces susurrantes. Quién sabe por qué se quedó allí, en la penumbra del sollado, inmóvil, cuando de pronto, cayó en la cuenta de que la segunda voz le resultaba del todo desconocida: era la voz de una mujer, en su propio buque. Y esa mujer no era Amadora, la cocinera.

—... Pero no puedo huir. ¿No te das cuenta, Elena? —decía Exquemelin—. Es una operación muy grande. Cientos de piratas se sumarán como chinches. Si no voy, nos matarán a los dos, hija mía. Si huyese, el mismísimo Morgan mandaría a buscarme. Sería capaz de secuestrarme otra vez, como ya hizo en Cádiz hace casi un año.

—Pero ¿por qué a vos, padre? Si no fuera porque en Cádiz hubo testigos que vieron cómo os metían en su nave, quizá no habríamos vuelto a encontrarnos. Cómo olvidar ese nombre horrible: el *Ganymede*. Creí morir cuando me lo dijeron. Que os llevaban en el *Ganymede*.

—Fue la fatalidad, Elenita. Morgan se había quedado sin médico cuando el *Ganymede* hizo escala en Cádiz. Luego fuimos a Inglaterra. A Devonshire, en la costa Jurásica, me acuerdo bien, y finalmente al Caribe. Pero, enseñame las manos. ¿Te estás poniendo la pomada que te di?

—No me habléis de fatalidad —dijo Elena que, desoyendo a su padre, retiró las manos—. En Cádiz, todos esperan vuestro regreso. ¿Qué os pasa? Antes erais un hombre idealista y animoso.

—Estoy cansado, hija mía. —Y volviéndose hacia la pequeña alacena de las medicinas, cogió un frasco, se lo acercó hasta casi rozar las pestañas y guiñó los ojos esforzándose en leer la etiqueta. Elena lo miró preocupada. Al percatarse de la expresión de su hija, el viejo lo alejó de sí con toda naturalidad y se lo guardó.

—Tienes que marcharte, Elenita. Vete de aquí cuanto antes. No ves que desde lo del aspa roja redoblaron la vigilancia en todos los buques... —Lefthand se acercó cuidadosamente a la abertura de la puerta. Oculto en la penumbra, vio cómo el viejo posaba las manos en la cara de un joven vestido con ropas de pirata, pero el joven estaba vuelto de espaldas—. Nadie sabe quién eres. Aún estamos a tiempo. Cada hora que pasa pongo más en peligro tu vida. Yo soy un anciano, pero ¿y tú? Tienes una vida por delante. Dios te bendiga, hija mía.

—Si os obligan a ir os seguiré hasta el final, padre. —Y su voz le sonó a Lefthand como la de un auténtico pirata, pero ¿de quién era? ¿De quién podía ser esa voz desconocida de mujer que le recordaba a la voz de un muchacho?

—Cuando esto termine, volveré a casa, te lo prometo. Te dejarás crecer la melena y yo te peinaré, como siempre. —Sin exponerse demasiado, Lefthand se colocó en un ángulo más propicio y reconoció al joven de ojos verdes que estaba bajo su mando—. ¿Aún bailas tan bien como cuando eras niña, Elena?

—¿Qué, padre? —Y la pregunta la pilló tan desprevenida que le salió un soplo de voz.

—¿Aún bailas tan bien como antes?

—No sé, padre. Hace mucho que no bailo. Bailaba solo para los míos, cuando era feliz —mintió Elena, y se arrepintió al instante, pues ningún pecado había en hacerle partícipe de cómo se ganaba la vida.

De repente, Lefthand vio al joven en quien apenas había reparado hasta ahora como lo que en realidad era. Y no solo eso. Conocía a esa muchacha. Llevaba el pelo corto pero tenía tan verdes los ojos como aquella vez en Cádiz, cuando la vio bailar en la posada del Tiburón. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado engañar así? ¿Cómo no lo había sospechado desde el principio?

—¿Y cuándo terminará esto, padre? —Elena cogió las manos del viejo y apoyó en ellas la mejilla—. ¿Cuándo? —dijo y a punto estuvo de estallar en sollozos, pero sobreponiéndose, se apretó contra su pecho. Exquemelin la abrazó y olió su cabello—. Ahora que por fin os he encontrado, ahora hallaré la manera de que estemos juntos, aunque tenga que vestirme con estas ropas mugrientas para siempre.

—Hija de mi vida. —Y pasó la mano por los cortos bucles de la muchacha—. Tienes el mismo pelo que tenía tu madre. Si algo te ocurriese... Si algo te ocurriese no me lo perdonaría nunca.

Lefthand retrocedió sigiloso, sin volverse. Ya en la escala subió peldaño a peldaño y por fin, al llegar a la trampilla, se deslizó fuera con rapidez.

LA TABERNA DEL GARFIO

LA CONVOCATORIA PARA UNA NUEVA incursión filibustera fue un éxito, y todos los días llegaban a Tortuga nuevos buques atraídos por la fama del almirante.

Esa noche, en la taberna del Garfio, cualquiera habría dicho que los hombres ya celebraban el botín. Y eso que Morgan, que se había presentado un rato antes y brindaba con Joseph Bradley en la mesa más tranquila, aún no había fijado fecha para llevar anclas rumbo a Panamá.

De todas formas se jugaba y trasegaba ron a grandes voces. Los piratas que no acaparaban las pocas mujeres, hacían corro alrededor de Amadora, que ganaba pulso tras pulso. Tras cada victoria, la cocinera, que no paraba de mascar tabaco, echaba una mirada de altivo desdén a Alonso de Valdivia. Este, en vista de lo escaso que andaba de dinero, si no se hubiera tratado de Amadora, gustosamente habría apostado en su favor. Elena estaba sentada al lado de ella y no perdía de vista a Lefthand, que acodado en el mostrador junto a su amigo, soportaba la tabarra del posadero.

—¡Por san Judas que parece increíble! ¿De veras que nunca llegasteis a cruzaros con John el Duque? —dijo el posadero secando las jarras.

—En mi vida he oído hablar de él —dijo Lefthand para tirarle de la lengua.

—Ya. Pues seguro que él sí ha oído hablar de vos. Vuestra fama es grande en Tortuga, capitán. Aunque no os hayáis dejado caer por aquí.

—Y, ¿decís que era el lugarteniente de Morgan? —preguntó Lefthand, astuto.

—Y un caballero de fortuna de los pies a la cabeza. Listo y ladino como una serpiente. Y elegante. No se le conocía un solo vicio, capitán. De esos que se hacen temer. Rodeado de secretos como la Tortuga rodeada de mar. Debía de tener vuestros años, pero muchos lo consideraban aún más grande que al mismísimo capitán Morgan.

En varias mesas se jugaba a las cartas. Lefthand experimentó algunos síntomas familiares, pero el juramento que había hecho al perder la medalla de su hija mantenía su demonio a raya. Incluso en cierta forma esta noche quería probarse. Por eso había accedido a acompañar a Alonso, quien por su lado, no perdía oportunidades y había echado el ojo a dos mujeres con aspecto de prostitutas, cercadas por un grupo de borrachos.

—¿Y dónde está ese hombre? —siguió preguntando Lefthand por saber más.

—Nadie lo sabe. Del día a la noche desapareció con su barco, el *Doce apóstoles*. Unos dicen que hizo una presa de las buenas y que por eso se largó. Otros, que algún día volverá convertido en el filibustero más rico de la Hermandad; y los hay que piensan que el capitán Morgan lo echó de su lado porque le hacía sombra. La verdad para el que la sepa. Y, ¡por cien cañones! —dijo arrimándose más a Lefthand—, que era un hombre de temple como hay pocos. Os hubierais llevado bien con él. ¡Ah! ¡Y

era español, como vos!

—¿Español? —Aparentó desconcierto—. Pero ¿no habéis dicho que se llamaba John?

—Sí, capitán. John el Duque, hijo de un marino inglés y de una dama española de renombre. Tenía la sangre mezclada, con lo mejor y lo peor de los dos pueblos. —Y se rio por lo bajo.

Lefthand se quedó pensativo.

—¿Hijo de un marino inglés y de una dama española?

—Sí, capitán. Eso he dicho.

—Y el capitán Morgan, ¿qué dice de las habladurías?

—El capitán Morgan no suele hablar de John el Duque.

En ese instante, una de las dos prostitutas que Alonso tenía en el punto de mira, con diferencia la más vistosa, se levantó, y dejando a los piratas con un palmo de narices, se dirigió hacia la barra con mucha desenvoltura. En la mesa de la esquina, Amadora tumbaba al cuarto forzado consecutivo ante el clamor de los apostantes y la frustración de Alonso. Elena no sacaba sus ojos de Lefthand.

La mujer se acercó a Alonso con desparpajo profesional y dijo:

—A mi compañera le gustaría conocer a tu amigo. —Era de piel cobriza, la pintura de la cara realzaba sus rasgos antillanos. Tenía una abundante melena de rizo diminuto, labios gruesos y dos grandes aros de madera en los lóbulos.

—Pues no creo que él esté por la labor —dijo Alonso mirando de reojo a Lefthand, a quien se le veía cada vez más enfrascado en la charla con el posadero, y descubriéndose añadió—: Pero yo estoy disponible para vos y también para vuestra amiga.

La mujer, que si se sintió halagada lo disimuló a las mil maravillas, continuó:

—Dile solo que si es aquel cuya hija está al otro lado del mar, mi compañera quiere conocerlo. —Y se fue por donde había venido. Alonso se lo transmitió a su capitán palabra por palabra, y aún no había terminado cuando Lefthand se abrió paso hacia la mesa.

—¿Qué queréis de mí? —dijo a la menos incitante de las dos mujeres y que tenía las facciones de india más pronunciadas.

Y sucedió lo que sigue. De la pandilla de piratas que se apretujaba contra ellas, unos cuantos agacharon la cabeza al ver a Lefthand, pero uno muy fornido, cubierto de negro vello y envalentonado por el ron, se puso en pie tambaleándose y arrancó a vociferar. Dijo que era indigno de un caballero de fortuna robar mujeres a otro caballero de fortuna, y salpicando de gotitas de saliva al español, dijo que un miembro de la Hermandad, a la que Lefthand no pertenecía, estaba en su derecho de no permitirlo.

Lefthand, que apenas prestó atención al filibustero, miraba de hito en hito a la prostituta que tenía enfrente, sentada a la mesa. Era una indígena pura. El pelo oscuro y liso no le llegaba a los hombros. Muy flaca, no era hermosa ni fea, joven ni vieja.

Ese fue el momento en que se oyó la voz de Alonso, que se puso junto a su amigo, hombro con hombro, y le dijo en inglés al monstruo velludo:

—¿Cómo te atreves a dirigirte así a Lefthand, hijo de cerda? ¿Quieres que te enseñe buenos modales?

El filibustero, que como poco veía doble o triple, no se arredró ante el número de Alonsos que le plantaban cara, pues en rigor, la envergadura de tres finos Alonsos era bastante similar a la suya. De modo que se arremangó entre hipidos y apretó los puños velludos como cocos para ponerse en guardia, pero antes de que lo viera venir, Alonso le colocó un derechazo en la barbilla y luego le golpeó con la zurda en el rostro. Lo siguiente que hizo fue sacudirse las manos de dolor. Había sido como golpear una campana de bronce.

Y el tipo estaba como si nada. Una pequeña brecha en el pómulo.

Los otros piratas se levantaron al punto de la mesa y se lanzaron sobre Alonso. Hubo un brevísimo forcejeo y, en un santiamén, lo inmovilizaron entre varios, pese a la resistencia que opuso el piloto. En la taberna no se oyó una sola voz cuando el pirata voluminoso, el causante de la bronca, desenvainó un cuchillo de grandes dimensiones.

—A ver si ahora bravuconear, *es-pa-ño-li-to* —enfaticó en la que no era su lengua.

Fue ahí cuando Lefthand, viendo que las cosas habían ido demasiado lejos, desenvainó su arma, y con escalofriante frialdad, acuchilló al tipo primero en una mejilla y luego en la otra, marcándolo con dos profundos tajos. El filibustero abrió la boca. La sangre escurrida brilló en sus dientes delanteros.

—Di a tus amigos que lo suelten o te abro en canal —ordenó Lefthand.

Los que tenían apresado a Alonso se precipitaron a soltarlo. Al titán le goteaba la sangre en la pechera de la camisa.

—¡Por los huesos del ahorcado! —Salió al paso Morgan—. ¿Será posible? ¿Es que no hay bastantes mujeres en Tortuga que hay que pelearse por ellas? —Elena tembló al escuchar las palabras de Morgan—. ¡Tú! ¡Jack el Negro! —gritó señalando con un dedo al eccehomo—. ¡Siéntate! ¡Siéntate de una vez, he dicho! ¿O es que la mujer no tiene derecho a elegir a su hombre? —El gigante titubeó y, fuese por la estampa del legendario Lefthand, cuchillo en ristre, fuese por el tono de Morgan, acabó por obedecer a regañadientes y los hombres volvieron a engolfarse en sus ocupaciones.

Las dos mujeres, seguidas de Lefthand y Alonso, se dirigieron a la salida y una ola de rabia incontenible inundó el pecho de Elena.

El desván de la prostituta india estaba a unas manzanas de allí. Alonso, que no había perdido el tiempo, iba delante abrazando a la más vistosa.

—¡Voto a bríos! ¿Qué secretismo es este? Y, ¿por qué mentasteis a mi hija? —preguntó Lefthand. Pero la india, que andaba con una pierna más corta que otra cojeando visiblemente, hizo gala de extraña dulzura en una voz que no adolecía de

falta de autoridad, y replicó:

—Todo a su tiempo, capitán. Tened paciencia.

Y en verdad fue necesaria paciencia, pues la buhardilla se le antojó a Lefthand que estaba en el quinto infierno, y cuando probaron a subir las escaleras, más que ascender parecía que trepaban. Los peldaños eran estrechos y empinados. Cuanto más subían, más chirriaba la baranda y más se iba angostando todo.

La pareja iba delante. A continuación, esa prostituta que estaba todo lo cerca de la serenidad que se podía estar y que inspiraba más respeto que un aparecido; por último, Lefthand. Si no fuera por lo que era, Lefthand, que tanteaba cada peldaño con mil precauciones, se habría dado media vuelta. Por su lado, ella subía casi de puntillas, ágil como un hada a pesar de la cojera, dando saltitos con habilidad extraordinaria. De cuando en cuando, se daba la vuelta para ver cómo iba el español y le decía con voz de chiquilla traviesa:

—¡Tranquilo, hijo, tranquilo! Solo hay que saber dónde se pisa.

Llegaron arriba. Entraron, y la prostituta coja encendió el fuego del hogar y varias velas. Sin muchas explicaciones, Alonso y su acompañante se metieron en un cuarto que se abría al salón y cerraron la puerta tras de sí.

Junto a la chimenea había dos sillas, una frente a la otra, y en medio una mesita. Por todas partes, velas y candelabros, y también jarrones con docenas y docenas de flores.

La buhardilla tenía un techo de madera en pendiente, y aunque era una estancia humilde, no podía estar más limpia de lo que estaba. La prostituta, con una lentitud ceremoniosa, se dedicó a ir encendiendo candelabros y las velas oscilaron alegremente. Frente al español, de una pared colgaba la mayor variedad de objetos exóticos que hubiera tenido ocasión de ver en su vida: talismanes de toda clase y tamaño, pipas de madera con formas inverosímiles, ruinosos catalejos o viejísimos pergaminos la ocupaban de arriba abajo.

—¿Por qué me habéis hecho venir? —preguntó Lefthand—. ¿Qué sabéis de mi hija?

—No sé más que lo que os dije —declaró ella apaciblemente—. Que tenéis una hija al otro lado del mar, como tantos otros. Y os he hecho venir para que miraseis con los ojos del corazón. Y ahora, ¿me haréis el honor de aceptar una copa de vino?

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La prostituta lo miró como si hubiese puesto una sabiduría antigua en esa mirada, y por un momento su rostro se cubrió con una máscara de arrugas y surcos. Tenía algunos tatuajes en las manos y el cuello. Incluso daba la sensación de que los tatuajes se prolongaban bajo las ropas, pero lo más contradictorio era el pudor que destilaba su presencia. Se estiraba los puños de las mangas como alguien que se avergüenza de su cuerpo.

Lefthand, sin saber qué pensar, tomó asiento en una de las sillas, frente al fuego.

—He tenido algunos amigos. Amigos que han viajado por todo el mundo y que me trajeron sus regalos —dijo ella, que tomó de un anaquel dos copas. Luego cogió

una damajuana, escanció en ellas, y acercándose al fuego las dejó en la mesita auxiliar. Poco después se dirigió a una repisa cercana, cogió dos cofrecillos revestidos de conchas de mar y regresó con ellos. Del primero sacó un puñado de hojas marchitas que vertió en una de las copas; del segundo, una porción de hongos secos, que a su vez, vertió en la copa de Lefthand—. Todo el mundo es un elegido. Solo hay que mirar con los ojos del corazón —afirmó sentándose. Hubo una pausa y la prostituta, que no estaba dispuesta a irse por las ramas, tomó la copa en la que había vertido los hongos y se la ofreció—. Y ahora debes estar alerta y sereno. Confía y brinda conmigo, de todas formas —dijo con un acento tal que resultaba cruel negarle nada y, a la vez, inútil desconfiar de ella—. Bebe —insistió—, bebe despacio y mira con atención.

Las copas eran voluminosas y altas, de cristal púrpura y pie labrado en plata. Lefthand cogió la suya con la mano izquierda y bebió. La prostituta, a su vez, apuró su trago y no pasó mucho antes de que las cosas tomaran un derrotero nuevo.

De pronto, un vértigo como aquellos que soportaba en sus primeras travesías se apoderó de él. Todo le daba vueltas. Un desgarrón de bruma apareció, fue creciendo y lo envolvió hasta empañarle la vista. Luego, el vértigo y la bruma se disolvieron, percibió cómo su conciencia daba un salto expulsándole hacia otro estado del ser y, entonces, todo lo demás empezó a abrirse a extrañas perspectivas.

Poco a poco fue sumiéndose en una suerte de paz que no tenía parangón con ninguna experimentada hasta entonces. Un mundo más luminoso reemplazaba a su viejo y obsoleto mundo de sombras. Un mundo sin dolor y sin heridas, un mundo en el que las cicatrices se borraban para siempre, los objetos resplandecían con colores deslumbrantes, las velas parpadeaban como antorchas y la lumbre crepitaba como las llamas de mi incendio. Hasta su mano inválida tenía la misma sensibilidad que la otra.

Mientras tanto, en ese preciso instante, el almirante de los Hermanos salía de la taberna del Garfio sin su escolta habitual. En raras ocasiones, después de los últimos acontecimientos, se le veía prescindir de sus esbirros, pero algunas veces estaba tan harto de la falta de intimidad, que los echaba con rajadas destempladas.

Así pues, salió solo y tras recorrer algunas callejas angostas, iba a desembocar en el muelle cuando oyó que lo llamaban por la espalda. Se llevó las manos al cinto y cogió las pistolas. Se dio media vuelta con lentitud. A raíz del aspa roja y de los últimos movimientos del Consejo de Ancianos, todo parecía posible con tal de intimidarlo. El caso era hacerle comprender que su deuda era innegociable y que la expedición en que se embarcaba era su última oportunidad.

—Por fin. Cada vez es más difícil veros solo, Henry —dijo en inglés, pero con leve acento español, una voz que salía de la oscuridad.

—¿John el Duque? ¿Sois vos, por mil sogas? —dijo Morgan avanzando. De la noche salió un hombre esbelto, con una larga trenza rubia y embreada. Vestía levita de terciopelo rojo y llevaba en la mano un sombrero de plumas. Sus ojos azules

centelleaban como el hielo—. Debería destriparos aquí mismo y echar vuestro hígado a los peces. ¿Por qué hicisteis quemar la bandera al español? —dijo guardando las pistolas—. ¿A qué vino esa estupidez?

—Había que poner a prueba su lealtad, ver si está dispuesto a enfrentarse a los suyos.

Muy pocos hombres tenían la virtud de poner nervioso a Morgan. Y entre ellos estaba el Duque. Que resultaba difícil sentirse cómodo con él, lo reconocía el propio Morgan. Ya había pasado un año desde que designara como su lugarteniente a aquel personaje solapado, y seguía siendo igual de inasequible, igual de inabordable.

—¿Queríais ponerlo a prueba, o es que lo odiáis? —preguntó el almirante—. Cualquiera diría que tratáis de mortificarlo. ¿Para eso lo habéis hecho venir?

—En vos, la perspicacia va demasiado lejos.

—¿Lo odiáis porque vuestro padre era un marino inglés, o porque vuestra madre era española?

—Ni una cosa ni la otra.

—Pues, ¡maldita sea! ¡Sacaos el antifaz que siempre lleváis puesto! —Se excitó Morgan—. ¡Dejad que os mire cara a cara!

—Ya os lo he dicho —repuso el Duque impasible—. No era más que una prueba.

—El caso es que ¡¡Yo decido las pruebas!! —gritó el almirante, y se quedó mirándolo al tiempo que lamentaba haber perdido los nervios frente a ese desconocido, su propio lugarteniente, y agregó—: Sois un hombre incomprensible, John el Duque. No bebéis, no fumáis, no jugáis, no se os ve con mujeres. ¡Por Júpiter! ¿Sois humano? ¿Corre sangre por esas venas?

Un ligero tic pareció asomar a uno de los párpados del Duque, y contestó con rotundidad insólita:

—Es un traidor, como todos los españoles; pero más le vale no atacarnos por la espalda.

Y habiendo descubierto un resquicio por donde escudriñar su verdadero rostro, Morgan profirió:

—Bien. Ahora parece que nos vamos entendiendo. Decidme, si eso es lo que pensáis de él, ¿por qué me convencisteis de que era el hombre que encajaba en la leyenda de la Dama del mar?

—«Solo un casco de plata de sangre limpia, solo el hijo que se sacrificó por su padre lo hará». —Recordó el Duque en voz alta.

—¡Eso es! ¡Eso es! Vos me convencisteis de que la historia de Lefthand era la de un niño que se sacrifica por su viejo. ¿Es cierto o no? ¿No es así como lo cuentan los españoles?

—Es lo que dicen, sí; pero quién sabe. Tal vez nunca llegó a sacrificarse, Henry. ¿Quién puede estar seguro? —dijo con flema.

—¿Que quién puede estar seguro? ¡Ojo con lo que decís! ¡Vos me convencisteis! —dijo Morgan enardecido—. Entonces, esa historia que se transmitió en España de

boca en boca...

—Os dije que podía ser él —replicó el Duque con frialdad—. De todos modos, según cuentan los españoles, ese niño también perdió la mano y como veis, aunque inútil, Lefthand aún conserva la suya. Puede que nos hayamos equivocado de hombre, o puede que no. La verdad no saldrá a la luz hasta el final, Henry. Pero ¿qué nos importa teniendo en nuestro poder el mapa del tesoro? Lo que cuenta es que lo necesitamos para atacar Panamá.

—¿Qué importa, decís? ¡Truenos! ¡Importa! ¡Y mucho! —dijo encolerizándose—. Y ahora escuchadme bien. Yo no soy un descreído, como vos. Yo creo, sí. Yo creo en la leyenda de la Dama del mar, como Duncan creía, ¿me oís? —dijo enrojeciendo hasta la coronilla—. ¿No será que lo envidiáis porque vos no cumplís los tres requisitos de la leyenda?

—Y vos, ¿no será que lo estáis favoreciendo con vuestra amistad?

La prostituta miraba a Lefthand desde muy lejos. Sus ojos eran como dos piedras negras resplandecientes.

—La amenaza proviene del pasado —declaró con voz hueca—. Proviene de la sangre derramada en el pasado —y al poco, se puso a recitar lo siguiente:

Un casco de plata
de sangre limpia
entrará donde
pocos se aventuraron.

Cuando llegue hasta donde
los caminos se bifurcan,
le orientará su fortaleza.

En la máquina del tiempo,
le orientará su debilidad
hasta el Treinta y cinco Búho
y hasta el Doce Caballo.

Y cuando esté
cara a cara con la muerte,
pondrá su vida en la mano de Dios.
Porque solo uno volvió.

»Recuérdalo. No debes olvidar jamás el poema. Ocurra lo que ocurra —dijo la mujer con la misma voz átona.

Pasó un tiempo que no podría medirse con los relojes, y cuando Lefthand abrió los ojos, las mismas velas seguían ardiendo en sus candelabros y los mismos troncos en el hogar. Se levantó como alguien a quien sacasen de un letargo, aunque solo habían transcurrido unos pocos minutos. Avivó el fuego y echó un nuevo tronco. Para despertar a la prostituta, le pasó una mano por el pelo, de delante atrás. Le hubiera gustado llamarla por su nombre, un nombre que ignoraba. La mujer entreabrió unos ojos legañosos.

—¿Cómo os llamáis, mujer?

—Nacatime —dijo la prostituta.

Morgan se acercó al Duque diciendo:

—Y, ¿qué hacéis en la isla? ¿No os dije que pusierais rumbo a Panamá desde España?

—Quería confirmar que el español había venido a Tortuga.

—¡Que me aspen si os entiendo!

—Parto mañana, Henry. Y haré cuanto esté en mi mano para que entréis en Panamá.

Eso tuvo un efecto balsámico sobre el almirante.

—Conozco bien vuestras mañas. Por eso os envío allí —dijo envolviéndose en el capote—. Cualquier información que me dé ventaja sobre los españoles será bienvenida. No lo olvidéis. —Inspiró profundamente la brisa húmeda y exhaló—. ¿Dónde está el *Doce apóstoles*?

—Al norte de la isla.

—Zarpad en buena hora. Doblar el cabo de las Tormentas no es cosa fácil, y menos remontar Sudamérica hasta Panamá. Y por muy hábil que seáis, os hará falta un tiempo para ganaros la confianza del gobernador —dijo Morgan, que no se atrevió a darle una palmada en el hombro.

El Duque hizo una inclinación de cabeza, se dio media vuelta y Morgan vio cómo su espalda desaparecía en la negrura de la noche.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó la prostituta—. ¿Esta coja aún puede ser útil, sí? Me alegraría tanto de que así fuese... Me alegraría tanto... —y, echando un vistazo al fondo de las copas, añadió—: Hay una gran diferencia entre mis hojas de hierba y tus hongos. Con los hongos, se viaja.

—¿Qué me habéis hecho? —preguntó él—. ¿Qué ha pasado, Nacatime?

Ella, que daba la sensación de resentirse con cada gesto, se levantó y, cogiendo algo de la pared recubierta de objetos exóticos, se lo entregó antes de volver a sentarse. Era un colgante que tenía la forma de una mano o de una pequeña estrella.

—Recuerda esto: las causalidades no existen —dijo con acento solemne—. Por esa razón, no debes perder este talismán. Es un objeto de poder, y es posible que llegue el día en que lo necesites. Su nombre es lo de menos, pues cada cultura lo llama con uno distinto, y créeme, ha recibido muchos nombres. —Hizo una larga pausa para tomar aliento—. Ahora vete, porque ya es hora de que esta inválida se quede a solas con sus recuerdos.

Lefthand dejó unas cuantas monedas de plata en la mesilla y, tras echar un vistazo a la puerta que ocultaba a Alonso y a su prostituta, salió de allí con la certeza de que el destino de Nacatime y el suyo jamás volverían a cruzarse.

LA DESESPERADA DECISIÓN DE GUZMÁN YÁÑEZ

UNA LUMINOSA MAÑANA, a mediados de diciembre de 1670, veinte navíos largaban amarras en el puerto de Tortuga, ante la expectación y el disgusto de los que se quedaban en tierra, mujeres la mayoría. Otros diecisiete aguardaban en la bocana. En total, treinta y siete pabellones negros concurrían ondeando contra el cielo. Unos procedentes de la isla Española, otros de Port Royal, Maracaibo, Nueva Inglaterra y hasta de Florida; pero, entre todos formaban la escuadra que emprendería la más grande expedición filibustera de la historia.

A las regiones más lejanas del mar de las Antillas había llegado la invitación de Henry Morgan, el sol de la piratería. Y como había tantos piratas que después de una vida de derroches, malvivían, y tantos que se negaban a desaprovechar la ocasión de hacerse ricos, pocos hubo que no rindieran culto al genio tenebroso del almirante y a su fama de hombre afortunado.

Y encima, Panamá no era solo un emporio de ensueño, el paraíso del oro y de la plata, era el nervio principal entre España y el Nuevo Mundo; en resumen, la ciudad más rica y floreciente de América. Y a ese predominio mercantil contribuía tanto el río Chagres, surcado por barcas repletas de artículos de lujo, como la explotación de las minas de Veraguas; tanto el Camino de Cruces y de Nombre de Dios por los que trasegaban recuas de mulas sobrecargadas, como la explotación de la isla de la Perla, que mantenía ocupados a decenas de bergantines, o el gran comercio de esclavos, que venía en apoyo de una opulencia nunca vista en el Nuevo Mundo.

Pero, el hecho que marcaba la diferencia entre Panamá y las capitales más ricas era que fuese depositaria de las remesas de metales preciosos de la ruta de la Plata, y en especial, de las reservas de Potosí. A bordo de los navíos españoles que integraban la Armada del mar del Sur, llegaba a Panamá la plata del Perú, envuelta en badana, a razón de treinta y cinco libras en cada piel, en grandes arcones forrados en cuero de suela, y permanecía en el istmo por espacio de meses.

Por si fuera poco, ninguno de los bucaneros que ahora se despedían de sus familias desde la cubierta de los barcos había estado allí. ¿Qué incauto había soñado hasta el momento con tomar Panamá, la esplendorosa?

De ella se hablaba de tal modo que parecía más cosa de leyenda que realidad. «Panamá»: el lugar de la buena pesca, en lengua nativa. Solo cuando le hubieran echado el ojo y viesan las suntuosas cúpulas de su catedral refulgiendo al sol del mediodía, o las barras de plata apiladas en el puerto para ser transportadas en carretones, o los oratorios de las capillas, cuyos retablos, según se rumoreaba, estaban ricamente enjoyados, solo entonces se vería quiénes soñaban despiertos y quiénes tenían el corazón más ardiente y valeroso.

Es cierto que se la consideraba virtualmente inexpugnable. Por un lado, estaba

defendida por el puerto y por el Pacífico (también llamado mar del Sur), adonde los piratas de las Antillas no osaban llegar, y por el otro, tenía murallas y la rodeaba en parte una laguna pantanosa; pero las principales defensas por ese lado eran la selva insalubre y densa de los trópicos, y el río Chagres, que desembocaba en el Caribe. Y aun antes de remontar el río con trabajos indecibles, había que denotar a los españoles en el castillo de San Lorenzo, que cerraba la desembocadura del Chagres como un bastión estratégico.

Por eso, porque a defensas semejantes jamás se habían enfrentado los Hermanos de la Costa, y porque desconocían el terreno hasta límites temerarios, Morgan había pensado en tomar la minúscula isla de Santa Catalina, a pocas millas del istmo y en posesión de los españoles. La razón era muy simple. La isla de la Catalina era el presidio de los malhechores de las Indias de España, y muchos de ellos conocían el istmo de Panamá como la palma de su mano.

Por de pronto, la flota ya salía victoriosa de Tortuga; o cuando menos, la flota principal. Unos días antes, Morgan había enviado una flotilla de tres barcos y cuatrocientos hombres escogidos al mando de uno de sus capitanes más leales, Joseph Bradley, a fin de apoderarse del castillo de San Lorenzo. Pues bien, hacía solo media hora, uno de esos tres barcos se había puesto a la vista y, haciendo señales con banderas, traía noticias de la victoria.

Desde el puente del *Ganymede*, saludando al gentío que despedía a los hombres en el muelle, Morgan levantaba el puño y apretaba su guinea de la suerte. En el cabrestante, los hombres viraban el cable del ancla.

El puerto olía a brea, a salitre, a salmuera. Los Hermanos de la Costa estaban exultantes. Los alaridos y las canciones llenaban los barcos, templaban los nervios ante las gestas que estaban por venir. Especialmente, en la cubierta del *Ganymede*, la algarabía, el optimismo por saquear y obtener gloria y fortuna a costa de los españoles impulsaban el barco por sí solos.

El *Príncipe del mar* estaba abarloado junto al *Ganymede* y era la siguiente nave en salir. Los gavieros fueron enviados a las vergas de las velas bajas y de las gavias para largar trapo. A excepción de algunos entusiastas, los semblantes eran sombríos, de ansiedad mal disimulada. Alguien diría que solo a bordo del barco español se era consciente de los mil peligros que acechaban, y de que las posibilidades de éxito eran realmente pequeñas. Y además, desde la llegada del barco anunciando la toma del castillo de San Lorenzo, flotaba sobre cubierta una bruma de incredulidad o de extrañeza que tenía a algunos hombres metidos en sí mismos y taciturnos.

—¡Mírala! ¡Ahí está! —dijo Pablet al viejo Andrade. Ambos se apoyaban en la borda de estribor, y el viejo fumaba su pipa con los brazos cruzados.

—¿Quién? —preguntó Andrade.

—¡Mi chica! —suspiró el muchacho señalando con el dedo a una joven de melena rubia, acicalada con mucho afeite y colorete. La joven estaba rodeada de otras con apariencia no menos vulgar, y una de ellas le propinó un codazo a la rubia que la

dejó sin respiración—. ¡Mi chica!

De pronto, una ráfaga de viento agitó la melena de la muchacha, y en la base del cuello, se volvió visible un gran lunar con forma de pez. Pablet se quedó mirándolo ofuscado.

—Andrade, Andrade —dijo con voz temblorosa—. Tiene la marca de las sirenas. —Incapaz de sacar los ojos de aquella luz deslumbrante, hizo bocina con las manos y gritó emocionadísimo—: ¡Volveré! ¡Espérame hasta que vuelva!

El viejo Andrade se irguió, midió con la vista a su joven amigo y pensó cuántos de estos que ni siquiera habían probado mujer regresarían para seguir viviendo y amando, y a quiénes sonreiría la fortuna. Vació la pipa contra la borda, le pasó una mano por el hombro al tipo más feliz bajo la cúpula del cielo y murmuró:

—Pero antes vamos a llenarnos los bolsillos de oro. Le debo una casa a mi vieja, si quiero que me acepte.

Un poco más allá, antes de reincorporarse a la faena, Melquíades, de puntillas, repartía besos desgañitándose.

—¡El protector de mujeres, el traficante de pasiones, el devoto de Babilonia! ¡¡A mi regreso, veréis!! ¡¡Me llamarán el Midas de las Putas!!

El público del muelle, la inmensa mayoría mujeres, lloraba. Unas con desconsuelo, y otras con disimulo, abrazándose a sus hijos. Algunos chiquillos desarrapados venían cogidos de la mano de sus madres para despedir a los piratas.

Blas y Ginés dirigieron la vista hacia su hermano mayor.

—¿Y cuándo volveremos? —preguntó Ginés.

—Eso —dijo Blas.

—Todos a sus puestos —dijo Lefthand a su segundo.

El *Ganymede* se movía y Henry Morgan, con sus dos zarcillos relucientes, su tricornio oscuro y el mostacho con las guías apuntando hacia arriba, era el centro de muchas miradas. En la mano aún apretaba su guinea de la suerte.

—¡¡Todos en sus puestos!! —gritó Guzmán Yáñez y poco después, dijo a media voz, con desprecio imposible de ocultar—: Bajo ese nombre, *Ganymede*, late un nombre de barco español. —Lefthand miró a su segundo y vio en sus ojos algo extraño, una emoción que no había visto desarrollarse hasta ahora en él y que eludía las miradas de los otros, que los dejaba fuera—. Necesito bajar al camarote —añadió Guzmán Yáñez, y abandonó en el puente al capitán y al piloto.

Casi al instante Lefthand bajó tras él. Abrió la puerta sin llamar y lo vio sentado a la mesa, con una botella de *whisky*, un vaso vacío y junto a él, una baqueta y una bala. Guzmán Yáñez, que apenas perdió tiempo en mirarlo, tenía su mosquete entre las piernas, bocarriba, y vaciaba la bolsita de pólvora en el cañón del arma.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Lefthand, y cerró la puerta.

—Lo que vos teníais que haber hecho hace meses. —Cogió la baqueta e introdujo la pólvora hasta el fondo del fusil—. Acabar con esa hiena y evitar que prenda fuego al mundo. —Sin apenas levantar la vista, se sirvió, cogió el vaso y lo apuró de un

trago.

—Así solo complicaréis más las cosas, Yáñez —dijo Lefthand cruzándose de brazos y sin moverse de la puerta. Por un momento, Guzmán Yáñez miró a su capitán a los ojos.

—Que esté desengañado de mi país no significa que no lo ame. No soy como vos —dijo, y cogiendo la bala de la mesa, la metió dentro del cañón, tomó de nuevo la baqueta, oprimió la bala contra la carga de pólvora, y con el mosquete en la mano se levantó y echó a andar hacia la puerta—. Vos sois el amigo de ese chacal. Yo nada le debo. —Se quedaron frente a frente. De forma impensable, Guzmán Yáñez echó mano a la espada de Lefthand y la desenvainó—. ¿De qué os sirve? —dijo blandiéndola en el aire—. ¿Cuándo habéis sido digno de llevarla encima? —Y la dejó caer al suelo.

Un dolor afilado, como un calambre, le recorrió el vientre a Lefthand.

—Serenaos, y bajad el fusil. —Se descruzó de brazos—. Sabíais que este era un barco pirata cuando subisteis a bordo.

Guzmán Yáñez retrocedió como para recuperar el resuello.

—¿Lo sabía? —dijo sin soltar el mosquete—. Sí, supongo que lo sabía. También los hombres lo sabían y por un tiempo les regalasteis una especie de fe. Se sintieron parte de algo más grande. Pensaron que erais distinto, de otra calaña. ¡Ah! —se rio—, ¡de otra calaña, el amigo de Morgan! ¿Acaso no quedó claro el día que quemasteis la bandera?

—¡Dejaos de monsergas! —dijo Lefthand cada vez más irritado—. ¡Lo que yo sea, queda entre el diablo y yo! Y ahora, bajad esa arma y olvidaré. —E hizo ademán de ir a su encuentro.

—¡Alto ahí! —dijo Guzmán Yáñez que, apuntándole, retrocedió otro poco—. Pienso matar a Morgan ahora. De cubierta a cubierta. Es un blanco fácil. Y eso hará trizas el plan de esa chusma. Será como descabezarla. No os interpongáis. No me obliguéis a abrirme paso.

—Adelante. Disparad —repuso Lefthand sin moverse—; pero una bala no hará más que ponerlo sobre aviso. —Guzmán Yáñez pareció sumirse en una duda imprevista—. Escuchad...

—Os lo advierto, no me retengáis —dijo sin cesar de apuntarle—. Pero ¿no veis lo que hicieron con el castillo de San Lorenzo? ¿Y si nadie ha podido huir de allí para avisar a Panamá? Y por lo que hace a los hombres de Santa Catalina, ¿debemos también permitir otra masacre? ¿Queréis que descarguemos los cañones contra nuestros compatriotas?

—Yáñez —dijo Lefthand—, las cosas no son tan simples. Hay algo que debéis saber.

Por toda respuesta, Guzmán Yáñez fue corriendo hacia el ventanuco. Desde allí, como suponía, aún era visible el *Ganymede*, que ya ganaba velocidad.

Divisó el puente del buque y a Morgan, solitario como el demonio. El blanco era

asequible y muy cercano. Se llevó al hombro la culata del mosquete, y ya Lefthand, aturdido por su rapidez de reflejos, se disponía a lanzarse sobre él, cuando prorrumpiendo en blasfemias, Guzmán Yáñez bajó el arma desesperado. Por muy poco, pero, en el momento más inoportuno, el puente del *Ganymede* salía de su ángulo visual.

Guzmán Yáñez se incorporó. Las venillas rojas que recubrían el blanco de sus ojos le daban un aspecto enfermizo a su mirada.

—Apartaos. Voy a subir a cubierta —dijo muy decidido.

—Bajad ese mosquete ahora, y haré como que no ha ocurrido nada —ordenó Lefthand. Algo incierto, como una duda que no hubiera quedado resuelta, hacía que la voluntad de Guzmán Yáñez flaquease—. Hay algo que debéis saber, antes de sacrificaros. La guarnición de la isla de Santa Catalina se entregará a la flota de Morgan a la orden de rendición.

—Si acabo con él no habrá orden de rendición. Por última vez, salid de la puerta.

—Está pactado, Yáñez. Entre los españoles de la isla y los filibusteros hay un acuerdo. ¿Lo estáis oyendo? Será todo una farsa, una comedia. Un simulacro de ataque.

—No es cierto. ¿Qué valor tiene la palabra de un pirata? —voceó con voz pastosa.

—Os lo juro por el eterno descanso del alma de mi padre. El gobernador de la isla llegó a un acuerdo con Morgan. Habrá un ataque, pero no habrá muertos, ni siquiera heridos. Cargaremos los cañones solo con pólvora y dispararemos contra el fuerte. Ellos harán lo mismo, responderán al fuego y más tarde arriarán la bandera española.

—No, no puede ser —repuso Guzmán Yáñez desconcertado.

—Si aun así no me creéis, llamad al maestro artillero. Preguntad al gallego Téllez cuáles son las órdenes cuando tengamos Santa Catalina a la vista. —Guzmán Yáñez paseó la vista a su alrededor. Fue como si de golpe todo el *whisky* le hubiera hecho efecto—. ¿Esa es la gente por la queréis sacrificaros?

Se fue hacia la mesa arrastrando los pies. Se dejó caer en la silla y soltó el arma de cualquier modo.

—No puede ser verdad —dijo cerrando los puños—. No puede ser. —Apoyó ambos codos en la mesa, gimió suavemente y, refugiando la cabeza entre los brazos, los apretó contra ella, alejándose de los hombres.

Lefthand recogió su espada del suelo y salió del camarote.

Esa noche, entre las tres y las cuatro de la madrugada, cuando los hombres fregaban la cubierta, Lefthand subió a refrescarse. Para él ya era casi una fórmula dormir a ratos, pues ni dormido ni despierto dejaba de pensar en su hija.

Los hombres se movían con calderos y cepillos desde la proa hasta el alcázar, pasando por el combés. Volvió la vista hacia la toldilla, la superficie más alta de la

cubierta, en la popa, y con asombro y turbación vio que ella, la muchacha, la bailarina que viajaba de incógnito, se encargaba de fregarla. Y estaba sola. Así que, ni corto ni perezoso, subió la escalera y se acercó.

Al principio, ella apenas se dio cuenta de nada. Como estaba de rodillas restregando con el cepillo, ni siquiera levantó la vista. Tenía dos grandes calderos, uno a cada lado; y tan necesario era el uno como el otro. En uno había agua con jabón, para refrotar a conciencia el maderamen, y en el otro agua limpia para baldear la cubierta previamente enjabonada. Lo aconsejable era enjabonar por partes y baldear después.

La muchacha estaba enjabonando un tramo de la toldilla cuando el capitán se puso a su lado. Al verlo, Elena dio un respingo y se levantó.

—Al menos, cuando la mar está en calma, fregar no se convierte en una tortura —dijo Lefthand mirando a los ojos de la chica. Eran un poco rasgados, y de muy cerca el verde era de un matiz tan indefinible que daba vértigo.

—Sí, capitán —dijo ella con el corazón brincándole en el pecho, y como de repente le entrase pánico de que la descubriera, bajó la vista y siguió a lo suyo. Ya había terminado de enjabonar el primer tramo de la toldilla—. No os preocupéis. Quedará tan pulcra como podáis desear.

Lefthand, con la intención de ayudarla, cogió el caldero de agua limpia, pero su aplomo no era el de otras veces y no se apercibió de que la joven había hecho un tímido gesto para hacerse con él. La chica quedó tan azorada al ver que Lefthand tenía el caldero, que se fue hacia el otro, y cogiéndolo, dejó el primer tramo sin baldear.

Se arrodilló y empezó a fregar con jabón el siguiente tramo. Lefthand, que aún no había caído en la cuenta, la seguía con el caldero de agua limpia como si nada.

—Hum —dijo él—. En realidad, no habría por qué limpiar la tablazón de la cubierta tan a menudo. Y menos aún la toldilla, que no está nada sucia.

—Pues más limpia se va a quedar, señor —dijo Elena, y pasado el primer instante de pánico, emergió de golpe en su memoria la imagen de Lefthand saliendo de la taberna del Garfio con las dos prostitutas.

Lefthand no supo qué decir. Se olvidó por completo de que tenía el caldero en la mano.

—Y, ¿nadie te ayuda? —preguntó finalmente—. Una toldilla entera es bastante para un muchacho solo, ¿o no? —Elena acabó de enjabonar el segundo trecho. Miró de reojo el caldero de agua limpia en manos de Lefthand. Casi llegó a alargar el brazo hacia él, pero se detuvo a medio camino y tampoco ahora se atrevió a decir nada. Se dedicó a enjabonar el tercer y último tramo.

—¿Acaso queréis decir que estoy enclenque, señor? —preguntó ella sin dejar de restregar con el cepillo.

—Oh, para nada quise decir eso —dijo él, y por momentos se le iba la vista hacia aquel cuerpo impetuoso que había visto bailar en Cádiz—. Solo que...

—¿Sí? —dijo ella, cada vez más osada, volviendo la cabeza para mirarlo.

—Solo que... eres joven. Y a tu edad hay que vigilar los excesos —dijo Lefthand, que pocas veces en su vida se había sentido tan estúpido.

—Con todo el respeto, capitán, no sé qué pensará sobre «vigilar los excesos» el contraмаestre —dijo Elena refiriéndose a Guzmán Yáñez, que además de su responsabilidad de segundo, asumía las funciones de contraмаestre—. Además, ya tengo veinte años y no soy tan joven como pensáis. Tengo ojos para ver lo que me disgusta y buenos brazos para arrancar la suciedad. —Y viendo que había terminado de enjabonarlo lodo y que la toldilla entera estaba sin baldear, se puso en pie resueltamente y echó mano al caldero de agua limpia.

Lefthand se lo dejó arrebatarse. Se quedó un poco violento y carraspeó.

—Hum, quizá debiera hablar con el contraмаestre, sí —dijo él—. Aunque está claro que eres hombre de recursos, jovencito.

—Y ahorrativo, capitán. Apenas gasto en prostitutas —respondió Elena sin pensar lo que decía. Y ahora sí, meditadamente, vació de una vez el cubo de agua limpia, que arrastró con fuerza el jabón de la toldilla.

Lefthand se quedó con la impresión de que la joven había insinuado aún más de lo que había dicho; pero sin saber cómo actuar ni qué decir, carraspeó de nuevo, y con las botas encharcadas y guarnecidas con espuma de jabón, dio las buenas noches y se volvió muy dignamente a su camarote.

BRINDIS EN EL CASTILLO DE SAN LORENZO

LA TOMA DE LA ISLA DE SANTA CATALINA, el presidio Español en las Indias, se desarrolló conforme Lefthand le había anunciado a Guzmán Yáñez. E incluso, como había previsto Morgan, el ejército de filibusteros se incrementó con algunos prófugos españoles, gente sin muchos escrúpulos y buenos conocedores del istmo de Panamá.

Bien abastecida, y aprovisionada con más de treinta mil libras de pólvora halladas en los depósitos de la fortaleza, la escuadra se hizo a la vela pocos días después con destino a la desembocadura del Chagres sin sucesos dignos de mención. Pero en la cuarta jornada de travesía (faltaban pocas millas para avistar la costa) tuvo lugar un incidente en el barco español muy comprometido para todos sus hombres.

Por suerte, la nave que seguía al *Príncipe del mar* estaba a una prudente distancia y nada llamó la atención de sus tripulantes. De no ser así, el incidente habría llegado a oídos del mismísimo Henry Morgan, que por mucho menos desconfiaba de sus leales.

Nadie supo bien cómo pasó. Lo que no se ignoraba en el barco es que desde hacía días, el segundo no era el mismo de antes. Jamás se había caracterizado Guzmán Yáñez por ser un hombre sociable, pero pocos marinos lo son; por otra parte, ningún marino le pide peras a los viejos olmos. Y Guzmán Yáñez era un olmo viejo. Ahora bien, esto era distinto. En cubierta lo veían solo lo imprescindible, apenas articulaba palabra como no fuera para dar una orden, y más de uno habría dicho que estaba casi todo el tiempo bebido.

Esa tarde soplaba un alisio constante que llenaba las velas. La mar estaba ligeramente picada y las nubes tenían todo el aspecto de descargar. El capitán y a su lado el piloto estaban en el puente. En el combés, Guzmán Yáñez se paseaba entre unos hombres que de un momento a otro esperaban oír la voz de Melquíades, el vigía, y con ello, el comienzo de una aventura de pronóstico impredecible. La tensión se mascaba en el aire.

Pero ¿cómo ocurrió? Unos dicen que se debió al nudo mal trenzado de un cabo; otros, que Guzmán Yáñez ordenó al chico una tarea que era competencia de los grumetes, y por último, los hay que dicen que no hubo razón y que el segundo solo tenía unas ganas locas de jaleo. La verdad que nadie discute es que Guzmán Yáñez se dirigió al muchacho con muy malos modos. En un tono que ni era propio de él, ni de la causa que lo originaba, cualquiera que fuese, le reprochó su actitud perezosa, su negligencia. Lo abroncó en voz alta delante de todos, con grandes aspavientos. Los hombres estaban mudos, aferrados a los estays, a los obenques, para evitar los zarandeos. En un rincón del combés, Amadora, la cocinera, mordiéndose los labios, no perdía detalle.

Al parecer, el joven de los ojos verdes, que si por algo se caracterizaba era por su diligencia, le dijo algo en voz tan baja a Guzmán Yáñez que nadie alcanzó a oírlo; pero con razón o sin ella, no se discutió que tenía que ver con el aliento a *whisky* del segundo.

Rompió a llover. Guzmán Yáñez ya no estaba alterado, lino pálido, y obedeciendo a un impulso muy corriente en los barcos, levantó el brazo y le asestó al joven un golpe tan brutal en la cara que lo derribó como un saco. Cualquiera que ahí hubiera visto la expresión de los hombres, habría dicho que el segundo había derribado a todos y cada uno de ellos y, lo que era aún peor, habría percibido que la cocinera estaba a un paso de saltar sin medirlas consecuencias. Si desde el principio de la travesía hubo ocasión de tomarse la justicia por la mano, fue esta.

No obstante, la reacción de Lefthand fue la más rápida de todas. Los hombres se volvieron hacia el puente cuando su capitán bajó la escalerilla y en dos zancadas se plantaba en el lugar del suceso.

Ahora la lluvia arreciaba. Caían chorros de agua sobre los hombres. El joven de los ojos verdes aún estaba en el suelo, incorporándose. Guzmán Yáñez lo miraba con una extraña expresión de aturdimiento. El agua goteaba por la cara del segundo, le hacía entrecerrar los ojos. Era un hombre ajeno al mundo que lo rodeaba. Lefthand, que notaba palpar las sienes con violencia, cogió al segundo por el cuello con su mano sana, lo puso en puntillas y acercándole la boca al oído, le dijo murmurando:

—Si no hubierais sido amigo de mi padre ya estaríais colgando de una verga. Pero tened esto presente, Yáñez, si vuelvo a veros bebido cuando no es menester, juro por mi vida que no habrá más veces, ni más padres, ni más perdón. —Y sin más, lo soltó con una furia tal que Guzmán Yáñez no dio por poco con sus huesos en tierra.

Luego, Lefthand alargó un brazo al joven de los ojos verdes, pero este hizo ademán de zafarse de su ayuda y se levantó por sus propios medios. Poco después, y a requerimiento del capitán, compareció en su camarote.

Lefthand en persona abrió la puerta y la hizo sentar. Con una jarra, vertió agua limpia en una jofaina. Cogió un pañuelo, lo mojó, y con él bien escurrido, se acercó a la joven inclinándose sobre ella. Se lo aplicó, al principio con alguna torpeza. Como la muchacha hiciera un gesto de dolor apenas perceptible, se ocupó en hacerlo más suavemente. Colocaba el pañuelo en las heridas, lo mantenía un poco, lo levantaba y volvía a ponerlo en el sitio justo, con esmero. Le preguntó qué es lo que había ocurrido, pero ella se negó a responder.

—Tu capitán te ha hecho una pregunta —dijo Lefthand.

La joven tenía una mejilla magullada y en la comisura del labio un corte que ya dejaba de sangrar. Él volvió a mojar el pañuelo y lo escurrió. Se inclinó sobre ella de nuevo. Limpió la mejilla y la comisura del labio con delicadeza. Era un labio generoso, hermosamente delineado, nacido para el amor. Y su mirada era fresca y brillante como el rocío.

—Habla. Dime qué fue lo que pasó —insistió Lefthand, con un poso de dulzura

esta vez.

Pese a la voluntad de Elena, un pequeño músculo de su rostro no dejaba de contraerse. Procuró mirar hacia delante, concentrarse en un punto fijo, resistirse a las lágrimas que afloraban mansamente a despecho de su valor. Se las secó como queriendo borrarlas, con una rabia que ningún hombre habría comprendido. Y, sin embargo, lo hubiera dado todo por tener la brutalidad ciega y la burda insensibilidad de un hombre.

Lefthand se inclinó aún más sobre la chica. Fue de forma inconsciente, apenas sin hablar. El aire estaba tejido de respiraciones entrecortadas. Era imposible no ver a la mujer que en cierta ocasión lo había hechizado en la joven que ahora arriesgaba la vida para salvar a su padre. Y Lefthand no sabía qué le resultaba más hermoso, si esa muestra de amor filial, o la piel, toda luz y tersura, que camuflaban las sucias ropas de pirata.

El corte del labio había parado de sangrar. La muchacha miraba al frente. Muy cerca, Lefthand aspiró su aliento cálido, su hermosura salvaje.

Su cuerpo traía consigo una fragancia húmeda como la brisa que sopla hacia tierra adentro, desde más allá de las posesiones de los hombres. Acercó sus labios a la comisura de la joven y su roce fue tan leve como el aleteo de una mariposa; de pronto, la puerta se abrió igual que si entrase por ella una estampida.

—¿Inig... —se oyó decir a alguien mientras Lefthand recuperaba precipitadamente la verticalidad. La joven miró hacia allí aterrorizada.

—¿Para qué están las puertas, señor Valdivia?

—Ejem... Señor... —titubeó Alonso bastante consternado por lo que había entrevisto—. El vigía acaba de avistar tierra.

¿Sería posible que no hubiese oído la voz del vigía?, se preguntó Lefthand.

—Informad al segundo de que ahora mismo subo.

—Sí, capitán —dijo Alonso, que cerró la puerta convencido de que su abstinencia forzosa le hacía ver cosas rarísimas.

Elena se levantó de un salto pero vaciló sobre sus pies. Lefthand la sujetó por los brazos.

—Con cuidado. Aún no estás recuperada.

La joven se preguntó si había oído bien. ¿Había dicho «recuperada»?

—Estoy perfectamente —dijo ella con voz insegura.

—De acuerdo, pues. —Cruzó las manos por la espalda y se dirigió a la ventana sin mirar a la chica—. Pero, antes de irte, ¿quieres que le dé algún recado a tu padre? —Muda de horror, la joven se esforzó en tragar saliva. Las heridas dejaron de dolerle y la luz de sus ojos cambió al sumirse otra vez en la incertidumbre del miedo. Lefthand la estaba mirando con fijeza—. No hace falta que disimules. Tu secreto está a salvo conmigo. —Y según lo decía, pensó en lo endiabladamente difícil que era transmitirle seguridad—. Debo ir a una reunión en el castillo de San Lorenzo. Es muy posible que allí esté tu padre. Como sabes, apenas puede despegarse de Morgan. —

Hizo una pausa y suavizando un poco la voz, dijo—: A él le gustaría saber que estás bien.

Algo en el rostro de ella pareció distenderse y, de alguna parte, sacó el coraje de los desesperados y se atrevió a decir:

—¿Le entregaríais una carta... por mí?

—De acuerdo —dijo Lefthand tras una pausa—. Pero no te demores en traerla.

No había más que muros ennegrecidos. Y ni rastro del pabellón español.

Días atrás la fortaleza de San Lorenzo, levantada por España para bloquear la desembocadura del Chagres, había caído, y de los trescientos catorce hombres que integraban la guarnición, habían muerto más de doscientos. La noticia había volado como el viento por el mar de las Antillas hasta llegar a Tortuga y había propiciado la salida de la flota.

Aquí no había habido pactos, ni farsas, ni componendas, como en Santa Catalina. La guarnición española se sostuvo a sangre y fuego. No pidió cuartel. Y de hecho, el modo milagroso en que fue tomado el castillo, y cuyo asalto costó la vida a más de cien piratas, ratificó la fama de hombre afortunado que precedía a su almirante.

El *Príncipe del mar* largaba el ancla en el fondeadero cuando Morgan apareció arriba, bien a la vista. Donde había ondeado la bandera española se sacó el tricornio y, con gran regocijo de sus casi dos mil hombres, se puso a agitarlo en el aire. Por las inmediaciones del castillo, entre latigazos y golpes, trasladaban a un nutrido grupo de prisioneros con las ropas hechas jirones.

Al cabo de dos horas, ya entrada la noche, los principales comandantes fueron citados por Morgan. El motivo era revisar el programa de los próximos días. Había que equipar y aprovisionar canoas, elegir los barcos con los que se remontaría el Chagres y sonsacar a los presos españoles de Santa Catalina las rutas idóneas para caer sobre Panamá por sorpresa. De modo que no había tiempo que perder.

A la hora prevista, Morgan estaba en una de las salas del rastillo junto a Exquemelin, el médico. Los dos de pie, frente a un gran espejo con molduras de pan de oro que tenía una fractura en el medio. En el centro de la estancia había una espaciosa mesa de roble con veinte asientos, el mismo número de copas y varias botellas de *brandy*. En una esquina, un lacayo sudaba lo suyo limpiando los restos de sangre que aún quedaban.

Morgan se miraba y remiraba en el espejo. Vestía un jubón de terciopelo con botones dorados y una corbata de encajes con un lazo portentoso. Exquemelin, serio como un cadáver, lo miraba de arriba abajo.

—Os digo que me está doliendo aquí —dijo Morgan, que poniéndose de perfil señaló la zona baja de la espalda.

—Dad un paso adelante —dijo Exquemelin.

—¡Ay!

—¿Os duele?

—No seáis becerro. ¿Qué diantre significa «ay» en inglés?

—Pues ni siquiera cojeáis.

—¡Por Júpiter que sois duro de caletre! ¿Es imprescindible que cojee para que me duela? —A continuación cambió de perfil—. Podéis ser franco conmigo. ¿Es grave?

—Lo dudo.

—¡Maldición! Así reviente, no le dais importancia a ninguna de mis dolencias. — Afuera en el corredor se oían voces cada vez más estrepitosas y carcajadas—. Ya están ahí esos perillanes. Servíos decidles que pasen —dijo palpándose con ambas manos el abdomen frente al espejo. Ladeó la cabeza—. Ah, Exquemelin —recordó al médico, sin mirarle—, no os vayáis muy lejos, por si os necesito.

Los capitanes fueron entrando. Delante, Bart el Sucio y Rock el Brasileño. Detrás iban Avery el Cojo, Michel le Basque, Eric Brazo de hierro, el Lorencillo y el resto.

Dos filibusteros pasaron por el corredor llevando a un infeliz en parihuelas. El herido, que tenía por piernas dos muñones mal vendados, se deshacía en lamentos.

—Por caridad... dejadme morir... —dijo el soldado en español. Y el grupo se alejó pasillo adelante.

Aprovechando la confusión y las voces, mientras el último de los capitanes se colaba en la sala, Lefthand sacó la carta de Elena y, en un visto y no visto, se la dio a su atónito padre, diciendo:

—Esta carta es de vuestra hija. —Y con esto, entró el último en la sala de reuniones.

Dentro, el lacayo se afanaba con la limpieza de las manchas de sangre.

—¡Rayos! —saltó Bart el Sucio—. ¿Tanto valor tiene la sangre española que hay que sacarle brillo? —Ocurrencia que dio pie a un sinfín de carcajadas por parte de los otros capitanes—. ¿Y a vos qué os parece Lefthand?

Este miró a los ojos a Bart el Sucio y con una mueca que poco tenía de sonrisa, repuso:

—Siendo cristiana, tanto vale una sangre como otra... siempre que esté limpia y no mugrienta como la vuestra. —En medio de un silencio sepulcral, Morgan echó una mirada al español en la que se mezclaba orgullo y astucia, y al ver que sus dos hombres tanteaban las armas, intervino.

—¡¡Caballeros!! ¡Quietas esas manos o no respondo!

—¡Rayos! —dijo Bart el Sucio con una sonrisa—. No pretenderéis ahora que me haga amigo de un español, por justa que sea su fama...

—Lejos están amistad y negocios —dijo Morgan. Sus facciones se endurecieron—. Y otra cosa, Bart, a nadie le gusta vivir como un puerco, ¿no es así?

Morgan dio orden al lacayo de que saliera. La reunión se prolongó por espacio de una hora bien larga y terminó con un brindis por el éxito final. Después, se abrió la puerta de doble hoja y los capitanes fueron saliendo hacia el corredor, muy ufanos y dándose palmadas. La fortuna sonreía al almirante y mientras así fuera, estaba

estipulado por escrito que también a ellos les sonreiría.

—¡Lefthand! —dijo Morgan—. Quedaos un minuto. ¡Por vida de! Hace tiempo que vos y yo no intercambiamos blasfemias.

Los últimos fueron Rock el Brasileño y Bart el Sucio, que cerraron la puerta al salir.

—Tomad asiento —ordenó Morgan cogiendo una botella de *brandy* y dos copas—. ¿Qué os pasa? Se os ve pensativo —dijo, y sirvió en abundancia—. Os conocí ebrio y dichoso, y ahora que viene lo bueno andáis sobrio y apenado.

—Nada que no remedie un cofre hasta arriba de doblones de a ocho.

—¡Por cien tormentas! —Y dejó escapar una risotada—. ¡Brindo por eso! —Entrechocaron las copas y bebieron. Morgan eructó sonoramente—. Sin embargo, a mí no me engañáis. Hay algo que os preocupa. Lo sé. Vamos, vamos.

¿Qué os apura, muchacho? Hacedme caso y soltadlo. Veréis cómo os alivia.

—Tengo una hija pequeña en España. Hace mucho que no la veo.

Morgan, aparentando sorpresa, lanzó un silbido prolongado.

—¡Por Júpiter! ¡Una hija! Luego, ¿estáis casado?

—Solo ante los ojos de la Iglesia, no ante los míos.

Afuera, el viento azotaba las ventanas.

—Ajá. ¿Y echáis de menos a vuestra hija?

—Cada minuto que pasa. Cada hora de cada día.

—No imagináis cómo os envidio. —Y tratando de animar al español prosiguió de este modo—: Sin embargo, pensad que después de Panamá haréis de ella una mujercita envidiada por todas y codiciada por todos.

Lefthand alzó los ojos de la copa y dijo:

—Si estoy aquí es para que pueda vivir con desahogo durante el resto de su vida, sin depender de ningún hombre.

Bebieron juntos.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Morgan.

—Ocho años, o quizás nueve. No sabría decir.

Pasó otro rato. El viento aullaba cada vez más fuerte. A Morgan le recordaba cierta noche en Devonshire, en un cementerio de la costa Jurásica, en la planicie del acantilado del muerto. Aquella noche era imposible entenderse con palabras, lo contrario que pasaba hoy con este hombre.

—Yo no tengo hijos. Mi mujer no puede concebir. Vive en Port Royal, pegándose la gran vida. Al menos, la vuestra os hizo el más grande de los regalos. Sois un hombre de suerte. —Sus ojos eran grandes, oscuros y un poco abultados, ligeramente caídos hacia la comisura, siempre húmedos. Dio un golpe en la mesa con el puño cerrado—. Oye, muchacho —dijo tuteándolo por primera vez. Escanció de nuevo en las copas—. Llámame por mi nombre de pila, ¿de acuerdo? Como hacen los amigos. —Y levantando la copa, echó un nuevo trago. Lefthand cogió la suya, la movió en círculos y se quedó contemplando los vaivenes del *brandy*—. Además, esta es una

noche de celebración y mis principales capitanes. ¡Dormirán hoy en blando! En aposentos con lechos de plumas, como los señorones.

—Razón de más para dormir poco, Henry.

Morgan se rio por lo bajo.

—Así se habla. El mundo no está hecho para los hombres quisquillosos —y tras un breve lapso le preguntó—: ¿Te contaron ya cómo se tomó esta fortaleza?

—Algo he oído.

—¡Pura casualidad! Uno de los nuestros enrolló algodón en una flecha y la disparó con el mosquete. Algún diablo quiso que la pólvora del arma inflamase el algodón y la flecha hizo estallar el polvorín del castillo.

—La fortuna suele acompañar al valor.

—¡Diantre! Es hermoso eso que dices, muchacho; pero no siempre es cierto.

Morgan bebió de nuevo.

—¿Qué tal se encuentra vuestro amigo Bradley, repuesto ya de sus heridas? —preguntó Lefthand.

Por un momento, el almirante cerró los ojos. Pareció buscar la respuesta acertada.

—Dejó la piel ayer mismo. Después de llevar a los nuestros a la victoria. Era un hombre valeroso Joseph Bradley, y como ves, poco afortunado.

—Lo lamento de veras.

—Si él estuviera aquí, te diría que los piratas de hoy no son más que cobardes y burgueses. Uno no puede fiarse de nadie en estos tiempos. Pero ¿qué puedo decirte a ti, que me salvaste la vida?

—Hacéis mal en desconfiar de todos. Los hombres os profesan admiración, Henry.

—Los hombres no son más que serpientes, muchacho. ¡Solos! ¡Estamos solos y rodeados de serpientes! Y para un amigo que hay... lo llevamos a la muerte, como el pobre Bradley —opinó con amargura—. ¡Los mejores me abandonan! —y enseguida, como un actor que cambia de registro—, menos tú. —Hizo una pausa—. Durante semanas y semanas has tenido paciencia. Eres prudente. He estado observándote. Dime —y bajó la voz hasta hacer de ella un susurro—, ¿ni una sola vez has tenido la tentación de preguntarme por nuestro pequeño secreto?

—Esperaba que vos daríais con el momento oportuno.

—Y el momento ha llegado, ¡por Júpiter! —Y sin más, echando todo el peso de su cuerpo sobre el tablero, aproximó su cara a la de Lefthand. Se tomó un gran trabajo para no alzar la voz—. Vamos tras el mayor tesoro de la historia. ¡El mayor! El oro de Panamá a su lado son baratijas. Como el Duque se encargó de decirte, el oro de Panamá solo fue una argucia para llegar hasta aquí. —Y recuperando su posición—: ¿Ya conoces la leyenda de la Dama del mar?

—Dudo que haya un solo marino a quien no le haya acompañado alguna vez.

Morgan se puso un dedo en la boca.

—¿Y si fuera algo más que una leyenda? Sabéis que tengo en mi poder el mapa

de *sir* Walter Duncan, ¿verdad? —murmuró casi inaudiblemente.

—El mapa del Corsario sin cabeza —afirmó Lefthand.

—El bueno de Duncan estaba enterrado en Devonshire. Con un nombre falso en su lápida.

—Para muchos —dijo el español tanteando el terreno—, el tesoro de la Dama del mar es tan imaginario como su leyenda. Al fin, después de buscar durante media vida, *sir* Duncan acabó chiflado.

—Y un tal Diego de Ursúa, paisano tuyo, ¿también acabó chiflado?

—No sé a quién os referís.

—Hace casi ciento cuarenta años, Ursúa fue el primero en anunciar que todos andaban equivocados y que el país de la Dama del mar no estaba en el Amazonas. A su costa, armó una expedición de soldados que lo buscó por las selvas del istmo. Pues nada, un buen día, Ursúa y casi todos sus hombres desaparecieron como el humo de un tabuco.

—De qué me estáis hablando, Henry. De hombres poseídos por una idea. ¿Qué demuestra eso? Además, si tan seguro estaba *sir* Duncan de que el país de la Dama del mar estaba aquí, en Panamá, decidme, ¿por qué no dio con él?

—Muy sencillo, muchacho. Porque él nunca estuvo en Panamá.

—¿Qué queréis decir con que nunca estuvo en Panamá?

—¡Por Júpiter! Qué voy a querer decir. Pues lo que he dicho. —Y movió con resignación la cabeza de un lado a otro—. *Sir* Duncan compró el mapa en Madrid cuando ya estaba casi en la ruina, justo antes de volver a Londres y de que el rey mandase detenerlo. Fue decapitado por piratería.

—Vaya un rompecabezas. Supongamos que sea cierto lo que decís. ¿Quién le vendió el mapa a *sir* Duncan?

—Esa es la pregunta clave, muchacho —sentenció sonriendo—. Esa es la pregunta clave. ¿No lo adivinas? —Cogió la botella y escanció de nuevo en las copas. Le pasó a Lefthand la copa hasta rebosar y se quedó mirándolo con ojos más húmedos que antes—. ¿Qué? ¿No lo adivinas?

—No tengo ni idea.

—El heredero del único hombre en el mundo que podía dibujar ese mapa. Un familiar del único soldado de la expedición de Ursúa que sobrevivió —dijo Morgan con una expresión cercana al éxtasis—. ¿Qué me dices?

—Otro que perdió la cabeza.

—¡Por Júpiter! ¡No ves más que chiflados!

—De acuerdo —dijo Lefthand—. Entonces, ¿por qué habéis esperado tanto si no tenéis ninguna duda?

Morgan rompió a reír a carcajadas. Un poco de *brandy* se le derramó por la casaca. Dejó la copa y estiró los brazos por encima de la mesa con las palmas hacia abajo, como marcando un territorio.

—¡Demonios, Lefthand! No espero menos de ti. Piensa —dijo, y llevándose un

dedo a la sien, afirmó—: ¡Porque el tesoro se halla dentro de los muros de Panamá... y yo soy inglés, no español! Había que atacar la ciudad, siempre con la protección de Inglaterra, naturalmente, y bajo el pretexto de que se trataba de una expedición de castigo. Conquistarla a todo trance, hacer picadillo a los españoles. Era el único medio de poder buscar a mis anchas el tesoro de la Dama del mar, ¿comprendes ahora?

—Astuto plan —dijo Lefthand, que, de repente, sintió un vacío desolador—. Y os agradezco la confianza que depositáis en mí; pero ¿por qué yo?

Morgan, como alguien que está preparado hace tiempo, se apresuró a responder.

—¿Por qué tú? Porque eres un hombre de fiar —dijo mortalmente serio y con los ojos muy abiertos—. La prueba es que me salvaste la vida, ¿o no? —Y el colmillo de oro relumbró por un instante. A continuación se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla. Se aferró a los reposabrazos. Lefthand percibió que se había puesto tenso de improviso—. ¡Necesito ese tesoro, muchacho! ¿Entiendes? ¡Lo necesito para pagarles a esas hienas del Consejo de Ancianos! —Morgan no gritaba, pero hasta ahora, jamás Lefthand lo había visto tan tenso—. Y tú eres el único en quien confío. ¿Hay algo más grande que la amistad entre dos caballeros de fortuna? —Y sin levantarse, se llevó la mano a la espalda—. Pero nos estamos poniendo sentimentales como doncellas. Y ya es hora de darle trabajo al bergante de mi médico. ¡¡Exquemelin!! ¡¡Truhán!! ¡¡Exquemelin!!

El médico asomó por la puerta.

—¡¡Me sigue doliendo aquí detrás!!

Exquemelin se acercó y, ya se inclinaba para ayudarlo a levantarse, cuando un papel doblado se le cayó del bolsillo, justo a los pies de Morgan. Lefthand reconoció consternado la carta de Elena, pero el médico, con gran sorpresa del español, no la vio caer. Era algo extraño para alguien con una vista normal.

—¡Voto a tal, medicucho! —dijo Morgan recogiendo la carta—. ¿Estáis ciego o qué? Algo se os ha caído. —Y abriéndola con semblante curioso, examinó su contenido.

Exquemelin cruzó una mirada de desaliento con Lefthand. Sin embargo, nada en el rostro un poco abotargado del almirante, nada en sus ojos húmedos y avejentados de alcohólico revelaba contrariedades. Al cabo de un rato enarcó las cejas y, con una sonrisa de perplejidad, sacudió la cabeza como si fuera demasiado incluso para Henry Morgan.

—Ni aunque me enseñaseis a leer, Exquemelin, entendería vuestras recetas —mintió el pirata con admirable naturalidad.

—Parece lógico, señor —dijo el otro ignorando tantas cosas de su amo—, siendo como es letra de médico.

LOS TORMENTOS DEL RÍO CHAGRES

AL DÍA SIGUIENTE, Lefthand abrió la ventana de su aposento antes de que amaneciera. Tan ajenos le resultaban los placeres de una cama con dosel que no pudo pegar ojo en toda la noche. Se la pasó dando vueltas en el amplio y mullido lecho. Afuera los hombres se emborrachaban, se oían las botellas al romperse y los berridos y las canciones resonaban por doquier.

Morgan se había encargado de asignarle uno de los más confortables aposentos, y como el castillo se erguía en la cumbre de una colina, el delta del Chagres se derramaba ante sus ojos con el esplendor de las primeras luces del alba. El cielo estaba limpio, bañado en tonos naranja. Se había levantado una fuerte brisa del norte, una de esas brisas que son características de los comienzos de la estación seca.

Nada resultaba casual en las elecciones de Morgan. El inicio de la estación era, más allá de cualquier duda razonable, la época idónea para dar vía libre a la empresa. A partir de abril, las lluvias habrían hecho imposible aventurarse en las espesuras del istmo.

A punto estaba de volverse cuando una figura frágil, ligeramente encorvada, con un saco al hombro, llamó poderosamente su atención. Bordeaba el baluarte. La siguió con una inquietud que rayaba el vértigo. Cuando la figura doblaba hacia el oeste y salía de su campo visual, cerró la ventana y con gran sigilo dejó el aposento y partió en su búsqueda.

En el patio, los restos de la francachela eran evidentes. Un pirata vencido por el ron dormía abrazado a su botella. Lefthand cruzó a toda prisa por delante y fue a dar al segundo patio, por donde, previsiblemente habría entrado la muchacha. Buscó con los ojos alguna pista, y viendo entreabierto el portón que conducía a las mazmorras, lo traspuso. El olor a humo revelaba que por allí había pasado hacía bien poco una antorcha. Empezó a bajar la escalera de caracol. Los peldaños de piedra estaban húmedos, resbaladizos.

Al llegar abajo, el olor infecto que reinaba en el pasillo y la atmósfera sombría no le impidió ver a Elena. La muchacha, empuñando una antorcha, repartía a derecha e izquierda vituallas entre los confinados. Estaban medio muertos de hambre, ateridos de frío y eran españoles. Todo eso saltaba a la vista, como también que la joven no escatimaba misericordia. Lo incomprensible, al menos para Lefthand, fue que ella estuviese jugándose la vida por algo irremediable.

No se oían voces. Tan solo gemidos sordos y el restallido de la antorcha a causa de las corrientes de aire. A ambos lados del corredor, algunos de esos desventurados a quienes deslumbraba el fuego se cubrían los ojos con el brazo, y otros sacaban las manos crispadas por las rejas.

—Por el amor de Dios, ¿qué estáis haciendo aquí? —murmuró Lefthand, que

instintivamente le dio el tratamiento propio de una dama—. ¿Habéis perdido el juicio?

Ella se volvió alarmadísima, guiñó los ojos y a la luz de la antorcha su rostro perdió toda expresión. Al ver que se trataba de su capitán, siguió en ello, distribuyendo comida. Tiritaba de frío.

—Cualquiera de estos hombres podría ser mi padre —la oyó decir él.

Sin hablar, Lefthand cogió la antorcha y la ayudó a repartir las últimas galletas del barco y las pastillas de sopa que quedaban, y después, la cogió de la mano y se la llevó escaleras arriba.

—Acompañadme —dijo, una vez en el patio, arrojando el saco y la antorcha apagada.

Cuando llegaron al aposento de Lefthand, este cerró la puerta con llave. La joven, entumecida, se abrazaba para entrar en calor. Él cogió una manta del lecho, se la puso por los hombros y la envolvió con la torpeza de alguien que teme hacer un uso inconveniente de su fuerza.

—Estás tiritando —dijo.

Pero ella se dejó hacer. El ambiente era confortable. Hasta había una cama de dosel de lujosas dimensiones y un pequeño hogar con brasas recientes. La belleza, aunque humilde, era indispensable, o eso opinaba la joven. Le costaba admitirlo, le avergonzaba saberlo, pero cómo había sufrido en estos meses rodeada de hombres brutales, invulnerables al encanto de la belleza.

Levantó la cara. Él estaba frente a ella, a tan solo unos palmos.

—Cómo pudisteis... cómo pudisteis... —farfulló la chica arrebujándose en la manta.

—¿También tú me lo reprochas? ¿Tanto significa un trapo quemado? ¿Acaso un país entero y la sangre de sus hijos cabe en una bandera, aunque sea la bandera de España? —se justificó Lefthand.

Pero la muchacha tenía los cinco sentidos en otra cosa.

—Cómo pudisteis iros con dos prostitutas... —dijo con resentimiento—. Os aprovechasteis de su desamparo. Son tan esclavas como los negros. Es... es humillante. Y, ¿qué necesidad teníais de humillarlas?

De momento, él se quedó desconcertado antes de reaccionar.

—¿Humillarlas? ¿Quién las humilló? —Y en el fondo abismal de esos ojos verdes, Lefthand supo que brillaban los celos como un tesoro escondido, y sonrió para sí. Viendo que no dejaba de tiritar, le quitó la manta de encima y dijo—: Pero ¡si estáis empapada!

—Vos. Vos las humillasteis. Vos, que tenéis el corazón seco como la ceniza. —La despojó del pañuelo, el chaleco y la camisa de cuadros. Lentamente, levantó sus brazos y empezó a sacarle la camiseta haciéndola resbalar por ellos—. Un bruto, un hombre cruel... —seguía diciendo. La camiseta terminaba de desprenderse— sin compasión, que abusa de su fuerza... —Despertó la emoción del pirata ver que tenía

el pecho vendado para que pasase inadvertido. La venda estaba tan sucia que no pudo reprimir una punzada de tristeza. De modo que la cogió por un extremo con un fondo de ternura tan viva como un dolor e, igual que si de un paso de baile se tratara, la volteó por encima de sus brazos varias veces—. Un déspota, un desconsiderado... —proseguía la muchacha—, autosuficiente, un egoísta... —Y como la venda aún no estaba del todo desenrollada, con un par de ágiles y sorprendivos movimientos, Lefthand se la pasó por la espalda, primero a él, y luego a la chica, hasta que ambos cuerpos quedaron ceñidos, el uno contra el otro, y enlazó las manos tras ella.

Elena lo miró tranquila. Como solo una mujer es capaz de mirar al hombre que ama, sin gota de arrepentimiento o de orgullo. Cruzó las manos alrededor de su nuca y se olvidó de su viejo padre y de por qué se había enrolado en el *Príncipe del mar*. Se abrazó a él y se dejó abrazar, puesto que nada bajo el sol revestía la más mínima importancia salvo esto. Entonces, Lefthand se inclinó sobre el rostro de Elena, y sus labios se fundieron en un largo, húmedo y cálido beso.

Amaneció en la desembocadura del Chagres, la luz de los trópicos cayó sobre el mundo y el color esmeralda hizo su aparición en la selva. Durante las siguientes horas, los hombres que antes estaban ebrios, ahora estaban solo resacosos y sus ánimos ondeaban tan arriba como los negros pabellones de sus buques. Al igual que un organismo vivo, la fortaleza fue entrando en calor poco a poco. Casi dos mil recios filibusteros, bien acostumbrados a reponerse a poco que les sonriera la fortuna, se pusieron manos a la obra, y con ello, comenzaron a oírse los primeros cánticos. Panamá los esperaba a todos ansiosa, sin discriminaciones ni preferencias, y cuanto antes remontasen el sinuoso Chagres, el río de los caimanes, antes sellarían su destino.

El sol brillaba muy por encima del horizonte, y en cierto aposento de la fortaleza, un hombre, desnudo hasta la cintura, se agachaba a los pies de una dama con los labios húmedos de sus besos.

Ella había tomado asiento al borde de la cama dejándose hacer por él, que la vestía respetuosamente, prenda a prenda. Daba la impresión de ser aquello una liturgia, un ritual que formaba parte de una ceremonia piadosa, o que, sencillamente, él estaba procediendo a vestirla con un disfraz lujoso, cuando la verdad es que se trataba de harapos mugrientos, pero de los cuales dependía tanto la vida de la joven como la tranquilidad del pirata.

Afuera cantaban los ingleses y los franceses.

Ella metió primero una pierna, después introdujo la otra en la segunda pernera. Él la cogió por el talle, la levantó tiernamente y le ajustó el pantalón sucio de sebo y brea. Ella lo dejó hacer. Sentía deseos de cantar de alegría, de bailar para él durante horas mientras Lefthand le ponía la camisa de cuadros, tan gastada que tenía varios remiendos y zurcidos, y luego el chaleco largo por encima y, por último, le ataba el

pañuelo al cuello. Agachándose, Lefthand cogió uno de sus pies. Tenía heridas recientes. Cuando lo introdujo en el zapato de hebilla, viejo y deslustrado, le dolió infinitamente más que si fuera suyo. A continuación, hizo lo mismo con el otro, antes de levantarse.

La joven rodeó su cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su ancho pecho desnudo. Lefthand le acarició el cabello corto y apelmazado por el salitre.

—Ni siquiera me has preguntado por la carta —preguntó él.

Ella se sobresaltó y, separando la mejilla, lo miró sin pestañear.

—¿Se la entregaste a mi padre?

—Puntualmente —dijo él con aire zumbón, y casi enseguida, en el mismo tono irónico—: Espero que no hubiese nada comprometido en ella.

—¿Por qué lo dices? —preguntó la joven poniendo espacio entre los dos—. Me estás asustando.

—Por nada. Pero nunca se sabe en manos de quién puede caer una carta, ¿no? —repuso Lefthand en tono apacible.

La joven confiaba en él, pero siguió con la cara muy seria y trató de recordar.

—Venía a decir que no se preocupase. Que nadie aquí conoce mi identidad. Y que no permitiré que se sienta solo, que su hija no lo abandonará a merced de Morgan. Algo así. —Él la tomó de las manos y le sonrió—. ¿Tú crees que hice mal escribiéndola?

—Esa carta te honra.

—De todos modos —añadió con entusiasmo—, tomé mis precauciones.

—¿Ah, sí? —dijo Lefthand—. Y, ¿qué precauciones son esas?

—Le decía que rompiese la carta después de leerla.

—Bueno, siendo así —murmuró muy serio—, no hay por qué preocuparse. Y ahora debes irte enseguida.

Lefthand se asomó al pasillo. Miró a un lado y a otro y, viendo que el horizonte estaba despejado, la besó en los labios y, con un vacío en el estómago, la dejó marchar.

Pocos días más tarde, el 18 de enero, Morgan y los suyos partieron río Chagres arriba, en dirección a Panamá. Cinco navíos de la flota y treinta y dos canoas de buen tamaño, incomparablemente artilladas pero con pocas provisiones, transportaban el grueso del ejército: mil doscientos piratas con hambre de oro y de gloria. El almirante dejó al resto en el castillo de San Lorenzo, como guarnición, preparando la retirada.

Según las indicaciones de los españoles renegados, los presos de Santa Catalina, algunos de los cuales abrigaban más codicia y ansias de venganza que los propios bucaneros, navegaron durante todo el primer día y parte del segundo. A su alrededor, árboles de frondas densas crecían casi pegados y las plantas trepadoras se enredaban de abajo arriba y pasaban de un tronco a otro. Masas de follaje envolvían a los

hombres, y toda la exuberancia de la selva llegaba hasta las mismas orillas del río Chagres mientras lo remontaban.

Al término del segundo día, arribaron a la aldea llamada Cruz de Juan Gallego, donde desembarcaron por necesidad. A causa de la estación seca, como ya habían augurado los presos, el caudal del Chagres no permitía seguir su curso, pero eso no fue lo peor. Las chozas de la aldea estaban quemadas y los plantíos devastados, algo que no tenía visos de ser ningún accidente. A los capitanes los desgarraba el malestar. ¿Por qué Morgan no había aprovisionado bien las canoas? ¿Por qué no se había dado cuenta de que la dureza de la jungla haría difícil la caza? Y sobre todo, ¿por qué no había previsto que bastaba un solo hombre huido del castillo de San Lorenzo, uno solo, para incitar a los españoles y a los indígenas a poner en práctica la estrategia de tierra quemada?

Morgan dejó a ciento sesenta piratas en Cruz de Juan Gallego, custodiando las embarcaciones, y a partir de ahí, se aventuraron en la selva tropical y el trayecto prosiguió a pie firme con tantas penurias como pueda imaginarse.

Durante días que se hicieron eternos continuaron la marcha, siempre hacia adelante, y el hambre hizo su aparición. El olor del fango, el calor y la humedad volvieron el ambiente irrespirable. Los chillidos de los monos negros, los gritos de los guacamayos (siempre de madrugada y al atardecer) y los gorjeos de los tucanes desorientaban sus sentidos. Los insectos hicieron de cada día que pasaba un tormento, y cuando acampaban, al caer la tarde, se hallaban demasiado exhaustos para temer a los peligros que acechaban detrás de cada helecho, y demasiado enfermos para pensar en la insalubridad de las ciénagas. Cada nuevo día traía no solo una victoria sobre el día de ayer, sino un castigo para llegar al día siguiente.

Con los renegados siempre a la cabeza, bordearon estribaciones y hondonadas, dieron con cenagales que salvaban como podían, con grandes escalones de roca y con estrechos desfiladeros. Los hombres que iban en vanguardia con machetes para cortar las plantas trepadoras, se relevaban cada poco. Racionaron la escasa comida que les quedaba y se quejaban cada vez más abiertamente. De no tratarse de Henry Morgan, el afortunado, cualquiera habría dicho que las noches se las pasaban hablando en un tono conspiratorio.

De cuando en cuando, hallaban alguna aldea perdida en un calvero, entre bosques o montañas, siempre calcinada. Con suerte, conseguían rebañar algunos sacos de trigo o de maíz seco, hutas, o unas botijas de vino, y entre eso y lo poco que iban cazando se alimentaban.

A menudo, cuando el terreno era propicio para emboscadas, Morgan enviaba un destacamento por delante, como avanzadilla, para reconocer el camino. Todos sabían que los observaban mil ojos pero también que los temían, y mientras así fuese y el nombre de Morgan zumbase por el aire, ningún indígena osaría combatirlos. Además, el propio Morgan daba un buen argumento para tranquilizar a sus hordas: aunque Panamá ya estuviera avisada, como se desprendía viendo los escombros de las aldeas,

ningún auxilio español llegaría a tiempo por el lado del Pacífico.

Lefthand procuraba no buscar con la vista a Elena. Sufría uniéndola cerca, y sobre todo temía comprometer a la chica. Por suerte, Morgan lo hacía llamar a su lado, y no era excepcional que el español pasara todo un día sin tan siquiera ver a sus hombres. Ahora bien, durante las últimas jornadas se le fueron metiendo en la cabeza ideas poco juiciosas. Una tarde, el octavo día de marcha, se preguntó si merecía la pena tanto sufrimiento y, con la ingenuidad de un loco, pensó en coger a la chica en brazos y desandar el camino. Eran ideas tan alucinadas que ni siquiera se paraba a considerarlas seriamente, pero esto da una idea de las penalidades que sufrían, desde el almirante hasta el último servidor.

Por fin, el noveno día de marcha, desde una cumbre, los guías avistaron el Pacífico y, por la tarde, lo que muchos consideraban un milagro sucedió: a lo lejos emergió el campanario de la catedral de Panamá, rodeado de montañas y de valles. Más de mil sombreros se arrojaron al aire, y hubo aclamaciones a Morgan que debieron de arredrar a los mismísimos caimanes de las ciénagas.

Esa tarde acamparon mucho antes de lo usual. Repusieron fuerzas con las últimas vituallas que les quedaban.

Atardecía. Henry Morgan, con Lefthand a su diestra, paseaba entre los hombres inspeccionando el estado de su ejército. Si había algo que aún asombraba al español del almirante es que a muchos los conocía no solo por su apodo, sino por su verdadero nombre.

—¿Cómo has pasado el día, Bob el Horcas? —preguntó el almirante parándose junto a uno que tenía el rostro de un color cetrino. Llevaba una gran horca tatuada en el antebrazo. El pirata crispó el gesto y trató de levantarse, pero Morgan lo contuvo con una mano en el hombro.

—¡Por cien patíbulos, capitán Morgan! —Los ojos febriles del pirata se animaron—. Mucho mejor que ayer y peor que mañana.

—Bien, bien —repuso el almirante sacando unas pocas vituallas del macuto que llevaba en bandolera—. Hártate cuanto puedas. Que te conozco, y si entras demasiado hambriento en Panamá, no nos dejarás ni las raspas. —Los hombres que componían el corro hicieron eco a las carcajadas del Horcas.

—Bravo muchacho ese —murmuró Morgan cuando lo sobrepasaron—. El diablo sabe qué porquerías se habrá echado a la boca. Si la fortuna nos es propicia mañana, tocará la gloria antes de dejar el pellejo.

El campamento se extendía por todo el claro del bosque y aún más. Los hombres se agrupaban siguiendo el criterio según el cual habían hecho más de treinta leguas desde el castillo del Chagres: por la pertenencia a sus barcos y a sus capitanes.

Morgan saludaba. A veces se paraba a hablar con alguno, o le hacía entrega de provisiones que sacaba del macuto. A unos, los ojos les comían la cara; a otros era evidente que les habían sentado mal las hierbas, el agua sucia o los alimentos podridos que se forzaban a ingerir para calmar el hambre.

—¿Y Lynch el Flecha?

—Murió anoche, capitán Morgan.

—Que nuestros pensamientos lo acompañen —dijo sacándose el tricornio, y se lo volvió a poner.

Sí, todos sabían que algunos hombres habían mordido el polvo durante la marcha, y que bastantes tenían molestias y hasta fiebre; pero a los caídos no había tiempo de enterrarlos, y en cuanto a los otros, sus corazones ardían como brasas, pero mañana se inflamarían con las llamas del infierno.

De forma esporádica, por aquí y por allá se oían disparos cada vez más frecuentes. Siguiendo un riguroso ritual del oficio, se limpiaban los mosquetes antes del combate. Se hacía un solo disparo de pólvora, sin bala, para no malgastar municiones. Cuando llegaron a la posición de los españoles, a Lefthand se le heló el alma.

Esos eran los hombres que le quedaban, sin contar los que había dejado en la desembocadura del Chagres, custodiando el *Príncipe del mar*. Eran en total unos cincuenta, y de no haber convivido con ellos durante largos meses le habría costado reconocerlos. Ahí estaban Mateu, el capellán, el gallego Téllez que, sin el dedo gordo de un pie, desplegaba tanto celo como el que más, Pata de palo, o el Pelirrojo, que por fuerza había tenido que separarse nueve días antes de su cañoncito, o Amadora, a quien los Hermanos de la Costa, aun después de ganar pulsos a todos sus campeones, no terminaban de ver como a una mujer, el viejo Andrade con su pipa, Pablet el valenciano, Melquíades y los dos gemelos, y por supuesto, Alonso de Valdivia y, a su lado Guzmán Yáñez; pero ¿dónde estaba ella?

—¡Que el valor os sostenga el brazo mañana, amigos míos! —dijo Morgan distraídamente. Por un momento, a Lefthand le pareció que Morgan buscaba a alguien entre sus hombres.

—No resucitéis al valor para esto, almirante, que hace tiempo que nos dejó de la mano, igual que Dios —observó Mateu, el capellán, limpiando su mosquete.

—Pues si el tuyo es tan firme como tu inglés, mañana serás un hombre rico, español —sentenció Morgan, deteniéndose un instante; y enseguida, dijo a Lefthand —: Ese es de los buenos. Combatirá sin cuartel. Que vaya delante, en la primera oleada.

Siguió buscándola con la vista. Finalmente la vio. Estaba en un rincón sombreado. En aquel pequeño vivac donde no había ni media docena de hombres, era difícil que no pasara desapercibida. Lefthand habría jurado que Morgan abrigaba su misma idea, que se había fijado en la chica, que iba en su dirección. Pero era imposible. ¿Estaría el hambre volviéndole loco? Sin embargo, ¿acaso no se encaminaban hacia allí?

—Tienes mala cara, muchacho —dijo Morgan dirigiéndose a Elena con voz menos bronca de lo que en él era habitual. Los demás hombres del vivac, que no entendían del todo el inglés, se miraron dubitativos. Pero el almirante, que por su

propia cuenta había hecho indagaciones, estaba convencido de que esta era la hija de Exquemelin, la autora de la carta que había caído en sus manos. Sin duda, los ojos la delataban. Eran los ojos de su padre. Lefthand aparentaba serenidad, pero su pecho se agitaba de emociones. ¿Tenía Elena tan mala cara? ¿No se abrazaba el estómago? ¿No hacía esfuerzos intolerables por contener las arcadas? La chica sufría; la verdad era esa. Su cara estaba sudorosa en un intento desesperado por aparentar normalidad. Y él se sentía impotente para aliviar aquel sufrimiento, aquella lenta agonía—. ¿Entiendes lo que digo? —preguntó Morgan.

—Sí, capitán Morgan —dijo ella en inglés, pero sonó como un quejido. Lefthand pensó que no podría refrenarse. Hubiera soportado un tormento para él, y lo hacía, pero tratándose de ella... A partir de este instante, se consagraría a cuidarla y alimentarla; robaría, si fuera preciso, se lo sacaría de la boca a los otros. Estaba dispuesto a cualquier cosa. Descubrirla o descubrirse tanto daba si podía ahorrarle una hora de trastornos. Tal vez el hambre favorecía su audacia, o su locura.

Pero Morgan parecía haber leído sus pensamientos. Le puso una mano en el antebrazo para detenerlo y se adelantó hasta ponerse al lado de la chica.

—Es el hambre, muchacho —dijo a Elena—. No tienes que preocuparte.

Y desprendiéndose del macuto se lo entregó a Elena con todas las vituallas que quedaban.

—En cuanto reponga fuerzas —dijo el almirante a Lefthand cuando reemprendían la caminata— el malestar desaparecerá y se sentirá en la gloria. Ya verás.

Lefthand procuró serenarse. También él sabía que era el hambre lo que atormentaba a la chica, que los alimentos la ayudarían a reponerse. La idea le sirvió de consuelo. Al acercarse al vivac de Morgan, antes de despedirse, le preguntó:

—¿Por qué le habéis dado a uno de mis hombres el resto de vuestras provisiones?

Morgan tardó en responder. Cuando lo hizo, no lo miró directamente a la cara.

—¿Te extraña? Poco me conoces aún, muchacho. Más vale un hombre vivo que veinte muertos.

—¿Y vos? ¿De qué os habéis alimentado en todo el día? ¿De raíces? —preguntó Lefthand, pues también en el menguante estómago de Morgan eran visibles los rigores de la marcha.

—Mi apetito es de otra naturaleza, más insaciable. —Y, cogiéndole los antebrazos con sus dos poderosas manos, terminó diciendo—: Te espero mañana, a primera hora.

Salvó el pequeño altozano que separaba el vivac de Morgan. Ya fuera de su vista, se quedó un rato pensativo contemplando el crepúsculo.

Al volverse para regresar, sin pretenderlo, oyó cómo el almirante llamaba a Exquemelin con voz quejumbrosa y, casi en el acto, cómo le daban arcadas y se ponía a vomitar. Igual que todos los que sufrían los trastornos derivados de la mala comida.

EL ESPAÑOL ARREPENTIDO

NO HABÍA PASADO UNA HORA y ya la noche teñía los cielos de Panamá. En el muelle, un barco que había echado amarras pocas semanas antes, se mecía rítmicamente. En su espejo de popa brillaba a la luz de la luna un nombre, en letras doradas: *Doce apóstoles*.

Por eso, entre otras razones, la mansión del gobernador, don Juan Pérez de Guzmán, estaba patas arriba. La servidumbre corría de un lado a otro preparando la cena. Y es que cenas y almuerzos constituían, para el gobernador de Panamá, el fundamento de su optimismo. De natural pusilánime, este hombre de ojos de pez y grasas temblorosas había aprendido a creer en dos verdades: la comida y el dinero.

En ese preciso instante, la puerta de su gabinete se abrió dejando paso a John el Duque, alias barón de Montenegro.

—De modo que, ¿cuento con vos para redactar el ultimátum después de la cena? —Sonó la voz aguda de don Juan Pérez de Guzmán, que se quedó en la puerta, retemblándole la papada. El Duque terminó de enfundarse los guantes de gamuza perfumados. El olor del ámbar llegó hasta el pasillo. Vestía altas medias de seda blanca y una casaca azul con forro encarnado y mangas subidas más arriba del codo, que dejaba sitio para los vuelos de encajes de la camisa. A pesar de haberse preparado mentalmente, aún le costaba Dios y ayuda atender al título de barón de Montenegro.

—Si ese es vuestro deseo —repuso el Duque—, me sentiré muy honrado.

—Pero si la idea ha sido vuestra, querido barón. Por lo demás, ¿os imagináis la cara que pondrá ese pirata inglés cuando lo lea? —dijo el gobernador, que no cabía en sí de dicha, recolocándose la peluca.

—Morgan no solo es inglés sino inconsciente, por provocar a la más selecta infantería de América.

—¡Oh, vaya! No exageréis —dijo el gobernador satisfecho como un pavo—. Aunque, visto así —añadió haciendo vibrar el dedo índice en alto—, tenemos también la más selecta caballería. ¡Superamos a esos desarrapados en cuatro contra uno, según los ojeadores! Y todo eso sin contar el «arma secreta». ¿Qué os parece?

—¿Y decís que exagero? El más torpe vería que esos bucaneros buscan la muerte. Así pues, ¿no es justo humillarlos antes de la batalla con un ultimátum? —dijo el Duque paladeando las sílabas.

—¡Cuánta razón tenéis, amigo mío!

—Y en cuanto al «arma secreta», como vos decís...

—No lo digo yo, permitidme —interrumpió el gobernador—. La llaman así los indígenas de por aquí.

—Luego, ¿se ha utilizado más veces?

—Y con efectos devastadores —dijo tratando de contener a duras penas la risa.

—Y, ¿creéis que funcionará en este caso?

El gobernador se restregó los párpados para secarse las lágrimas.

—Los nativos de las aldeas cercanas están haciendo los preparativos secretamente. Y yo, bueno, debo deciros que ya he visto en acción esa... esa táctica de combate.

—¿Y? —preguntó con ansiedad mal disimulada el Duque.

—Tan simple como genial.

—¡Están perdidos! —se le escapó al Duque—, si la suerte nos favorece. —Y el azul de sus ojos pareció consumirse en una especie de fuego sobrenatural.

—Siempre y cuando los piratas no nos sorprendan con un ataque relámpago, desde luego. Para que el «arma secreta» resulte efectiva, el ataque del enemigo habrá de ser convencional, cara a cara. Así nos dará tiempo de conocer más o menos su posición.

—¡Y aplastarlos!

—Qué duda cabe. ¡Y sin perder un solo hombre en el campo de batalla! Sin embargo —dijo el gobernador, que puso un dedo sobre el pecho del Duque bajando la voz—, lo ideal sería conocer de antemano el lugar exacto por donde piensan atacar.

—¿Y eso por qué?

—Para no darles tiempo a que reaccionen. Esos zarrapastrosos pueden lanzar el ataque en un radio de varias leguas. Lo que no favorece del todo el empleo del «arma secreta», ¿comprendéis?

—Lástima no tener algún espía entre esa chusma.

El gobernador prorrumpió en una desapacible carcajada.

—No os preocupéis. De un modo u otro, será la victoria más rápida de la historia.

Y el pirata se sumó a las carcajadas del otro puesto que, según las apariencias, la complicidad los hermanaba.

Cuando el Duque llegó a su alcoba con el pretexto de asearse antes de la cena, encendió un candelabro, lo puso en el escritorio y trató de pensar rápido. La decisión era arriesgada. Se jugaba la cabeza, pero ¿qué otras opciones le quedaban si no? Era indispensable avisar a Morgan. En caso contrario, los filibusteros marcharían hacia una trampa con los ojos vendados y él ya podía despedirse del oro de la Dama del mar. Dejaría pasar la ocasión. Perdería para siempre el tesoro de los tesoros.

Así pues, este era su momento. La pregunta, la única duda era cómo, cómo podría hacerse el intercambio.

Dentro el aire estaba tan enrarecido que abrió la ventana. Una fuerte ráfaga, una de esas brisas tan propias de la estación seca, hizo volar algunos papeles y casi apagó las velas. *In extremis*, el Duque protegió el candelabro y le faltó tiempo para cerrar la ventana cuando inesperadamente, cayó en la cuenta, y de forma providencial, encontró la solución.

Con una sonrisa de suficiencia, se acomodó en la silla y mojó la pluma en el tintero. Como la idea llevaba horas rondándole la cabeza, no tardó en dar con el

acento apropiado y arrancó a escribir:

Su infantería asciende a dos mil hombres y su caballería a cuatrocientos. Sobre todo, ha de ser un ataque rápido y por sorpresa, Henry. Atacad con todo y por donde menos lo espere el enemigo. Si es posible, dad pistas falsas para confundir a los españoles. Tienen preparada un «arma secreta» que consiste en lo siguiente...

Justo a esa misma hora, en el campamento de los piratas tenía lugar un episodio que iba a cambiar el curso de los acontecimientos.

Bocarriba, tumbado en la hierba, con el firmamento por toda protección, Guzmán Yáñez trataba de conciliar el sueño cuando, de repente, escuchó un leve crujido de ramas.

Se despabiló rápido. Al principio, pensó que era la brisa. Esta noche soplabla del norte, a ráfagas. Volvió la cabeza muy lentamente, aguzó el oído y enseguida se hizo cargo. Desde los matorrales, alguien reptaba hacia él.

La noche era clara. Pese a todo, nadie salvo alguien muy despierto se habría dado cuenta. Y Guzmán Yáñez lo estaba. A intervalos, el tipo proseguía su avance. Los crujidos se oían cada vez más cerca. Yáñez echó mano a la daga y se quedó así, bocarriba, esperando.

Transcurrió el tiempo. Cerró los ojos. Se concentró en el más leve roce. Ahora apenas se escuchaba nada, a diferencia de unos minutos antes, lo que le sirvió para cerciorarse de que el tipo estaba sobre él.

Abrió los ojos, lo apresó por el cuello y, ayudándose del otro brazo, con un gesto medido y brutal, lo volteó y se puso encima. Primero pensó que le había roto el cuello; al segundo, vio que el tipo boqueaba agitado. En sus ojos se reflejaba un pánico inexpresable. Guzmán Yáñez apoyó la punta de la daga en su gaxate.

—¿Deseabais algo? —murmuró. No le hizo falta más tiempo para identificar al tipo. Era un español renegado, uno de los prófugos de Santa Catalina que hacían de guías para Morgan, pues eran buenos conocedores del istmo. Lo miró con asco indecible.

El tipo despegó los labios y dijo:

—Vos... ¿sois Guzmán Yáñez, el segundo del capitán español a quien llaman Lefthand?

—Soy el que dices.

—¿Oiréis lo que tengo que hablar? ¿Se lo transmitiréis a él?

—Habla si no quieres que te rebane el cuello.

—Hay todavía una última oportunidad de salvar Panamá.

Media hora después de estos sucesos, o lo que es igual, pasada la cena, el gobernador de Panamá, a instancias del Duque, firmaba el ultimátum para el jefe de los piratas. En su gabinete de trabajo, su excelencia, don Juan Pérez de Guzmán, se relamía de contento.

—¡Brillante! ¿No os parece, querido amigo? —dijo el gobernador aproximando un poco más el candelabro a la carta—. ¡Brillante!

El Duque, que estaba de pie, a su lado, asintió y dijo:

—Morgan se quedará sin aliento en cuanto la lea.

—¿Vos pensáis? —preguntó el otro con la expresión radiante de un niño.

—Yo y cualquiera con dos dedos de frente, excelencia.

Don Juan respiró hondo, ladeó la cabeza y releyó su firma al pie del texto. Hacía tanto que alguien tan próximo a la realeza no valoraba en justicia sus méritos que se arrellanó en la silla y, de puro bienestar, contuvo los vapores de la digestión con la mano. Seguidamente, plegó la carta al modo usual y se dispuso a coger el lacre. El Duque intervino:

—Don Juan, ¿os importa que abra la ventana? Hace calor aquí dentro.

—Abrid, querido amigo, por favor.

El Duque dio un solo paso, pues la ventana estaba a espaldas de don Juan, y abrió las dos hojas. Al instante, una fuerte brisa se coló en la estancia, las velas del candelabro titilaron como espantadas y, con un tenue siseo, el gabinete se quedó a oscuras. El olor a humo se hizo más perceptible.

—Dispensad mi torpeza —dijo el pirata.

—Cómo se os ocurre decir eso, querido amigo. Nada hay que dispensar aquí como no sea mi falta de previsión por no tener dos candelabros —replicó el gobernador, que trastabillándose, logró llegar a la puerta.

En algún momento, después de que el gobernador saliese al pasillo y antes de que diese tres palmadas para llamar a la servidumbre, el Duque, amparado por las sombras, extrajo de un bolsillo interior de la casaca la misiva sin lacrar que había escrito en sus aposentos y la sustituyó por la carta del gobernador que, a su vez, guardó en el bolsillo.

Cuando el lacayo acudió a toda prisa con el nuevo candelabro y el gobernador tomó asiento de nuevo en la mesa, cuando este cogió el lacre rojo, le aplicó una llama y estampó sobre el lacre derretido su propio sello, lo último que podía imaginarse era que el ultimátum que estaba lacrando muy poco tenía que ver con el que acababa de firmar.

Entretanto, en el campamento de los piratas, a Guzmán Yáñez ya no le acompañaba solo el prófugo, sino también Alonso de Valdivia y el propio Lefthand. Los cuatro estaban tumbados en la hierba para no llamar la atención.

—Y ahora —dijo Guzmán Yáñez blandiendo su daga en el gáznate del renegado —, dile al capitán todo lo que me has dicho a mí, palabra por palabra.

El renegado, que a causa de las miradas aviesas de Guzmán Yáñez no las tenía todas consigo, repitió a Lefthand lo que acababa de decir al otro sin omitir ni una sola coma. Dijo que dada su condición de guía, había tenido ocasión de ver cómo las aldeas de los alrededores se estaban preparando. Dijo que, por experiencia, sabía que esos preparativos estaban orientados a utilizar el «arma secreta», como la llamaban los indígenas. Y a continuación, explicó en qué consistía ese arma y persistió en la idea de que si deseaban evitar la ruina de Panamá y la humillación de España, era

indispensable actuar.

Guzmán Yáñez se apresuró a intervenir.

—Hay algo que debéis saber, capitán. —Puso de relieve el segundo, cuyo rostro irradiaba el entusiasmo de la juventud—. Nuestros hombres estarían todos de acuerdo con este pájaro de cuenta.

Como dando la razón al segundo, el corrillo más cercano de españoles tenía los ojos puestos en Lefthand. Se diría que brillaban con una expectación salvaje.

Y por un momento, Lefthand dudó. Tal vez para muchos fuese una noble causa defender su país, como en su día para su padre; pero él tenía una hija pequeña, y su hijita un futuro incierto si él no lo remediaba. Y para remediarlo, ¿acaso no era imprescindible entrar sin compasión en Panamá? Guzmán Yáñez, sin dejar pasar el momento, volvió a la carga.

—Escuchadme, capitán, si lo que os preocupa es el botín —añadió con entusiasmo—, confiad en vuestros hombres. El oro antes que nada, de acuerdo. Pero, por qué no el oro a costa de Inglaterra, en vez de a costa de la sangre de los compatriotas. Y el ancho mar está lleno de presas enemigas. Y por encima, lo que pudiéramos cobrarnos aquí habría que repartirlo con todos esos; mientras que por nuestra cuenta, bien podríamos hacernos con cien botines y regresar a España ricos como príncipes. ¿No es más justo y equitativo el oro de diez buques ingleses que el oro de Panamá?

Tal vez Yáñez tenía razón, se dijo. ¿Qué más daba la procedencia de los botines con tal de que su barco regresase cargado? Porque, desde luego, él no creía en el tesoro de la Dama del mar. Así pues, ¿acaso no podía comprarle un futuro igual de venturoso a su hija robándole a Inglaterra antes que a España? Y sin proponérselo, le vino a la cabeza la música que toda la tripulación había silbado en el barco antes de combatir al corsario francés, y la bandera española que había quemado en Tortuga, delante de todos sus hombres, y la guarnición asesinada en el castillo de San Lorenzo y las burlas de los capitanes filibusteros. Se acordó de la reacción imprevisible de un niño frente al comodoro inglés que cambió el curso de una batalla, y aunque la historia, la anécdota que se contaba deformase la verdad de lo ocurrido, tuvo el presentimiento de que las cosas no pasaban en balde. Entonces, ¿a qué esperar? Sintió que pesaba sobre él la mirada de su padre, y que por nada de este mundo estaba dispuesto a fallarle de nuevo.

—¿Y vos que decís, amigo mío? —preguntó Lefthand a Alonso.

—Yo estoy a muerte con mi capitán.

Lefthand se volvió hacia el renegado.

—¿Y dices que el «arma secreta» solo es eficaz si se conoce el lugar exacto del ataque?

—Así es —dijo el prófugo—. Hay que llevarla hasta el lugar donde Morgan tiene intención de atacar. Los nativos saben bien de su eficacia, como también de sus carencias. Mucho celebrarán que nosotros cooperemos con ellos. —Y tragando saliva

se atrevió a decir—: Y ahora bien podríais quitarme la daga de encima, señor Yáñez.

El segundo se guardó la daga a un gesto de Lefthand, que preguntó al prófugo, como buscando en ese hombre sin principios una respuesta a sus dudas:

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué nos cuentas todo esto ahora?

—No sé, mi señor... —dijo el prófugo, atemorizado—. Responderé lo que vos queráis. ¿Porque soy un miserable cobarde? ¿Os parece bien?

—La verdad —dijo Lefthand secamente.

Se quedaron callados. Al fin, el prófugo repuso:

—También yo soy español, capitán.

El viento sopló del norte agitando las ramas de los árboles. Pasó un tiempo hasta que Lefthand volvió a hablar.

—Está bien. Pero tendrás que conducir a mis hombres. —Miró al prófugo, que mostró su aprobación con la cabeza—. Y aun por los atajos del bosque, serán horas de camino. Y nadie nos asegura el éxito. Alonso, guiaréis a un puñado de hombres que estén en las mejores condiciones físicas. Disponemos de unas diez o doce horas antes de que empiece a movilizarse el ejército. Vos ya sabéis por dónde se va a lanzar el ataque.

—Yo también voy —dijo Guzmán Yáñez conmovido.

—No —dijo Lefthand tajante—. Vos no estáis en condiciones de recorrer leguas a toda marcha.

—Pero... —Empezó Guzmán Yáñez, a quien la mera posibilidad de enfrentarse a soldados españoles cara a cara le provocaba náuseas.

—Y vos, ¿qué haréis? —preguntó Alonso.

Lefthand tardó en contestar.

—Me quedaré con Morgan —repuso. Y al instante—: En marcha, pues. Y vos, Alonso, aguardad un segundo.

Guzmán Yáñez y el renegado partieron. Alonso, que llevaba un buen rato estudiando la expresión de su amigo, se anticipó a él.

—Seguro que tuviste buenas razones para hacerte a la mar en lugar de quedarte con tu hija, como era tu intención —dijo—. No hace falta ser muy listo para darse cuenta, ¿no crees? Sí, ya sé que no soy licenciado en nada y que miento como el diablo; pero también sé que un padre no cambia de opinión de un día para otro, como te ocurrió en Madrid. Y maldita sea mi estrella si quiero conocer tus razones, Íñigo. Me basta con saber que las tienes.

Lefthand le puso una mano sobre el hombro.

—Déjame decirte solo esto. De una u otra manera, Alonso, volveremos a España cambiados.

—Sí —dijo el piloto incorporándose—. Íñigo, tendrás que ir con pies de plomo. Si el éxito nos sonrío, el peligro que afronten los que se queden con Morgan será enorme.

—Lo sé. Por eso quiero pedirte un favor. Llévate al muchacho de ojos verdes,

¿sabes a quién me refiero? El amigo de Amadora. No vale para luchar en campo abierto. Y es joven, y tiene los pies ligeros, ¿me entiendes?

—¿Ese muchacho? Hum, hum. ¿Dónde habré visto esa cara antes? —dijo Alonso sin un solo atisbo de sospecha—. Despreocúpate. Se hará como dices.

Se dieron la mano y Alonso se fue a despertar a los hombres que aún estaban dormidos con la mayor discreción que pudo, mientras Lefthand se quedaba con sus dudas reconcomiéndole el alma.

ULTIMÁTUM

AL DÍA SIGUIENTE, envuelto en las brumas de la mañana, un emisario acompañado de un auxiliar que enarbolaba bandera blanca, se acercó al campamento de los piratas. El emisario dijo que era portador de una misiva del gobernador de Panamá, don Juan Pérez de Guzmán, para entregar personalmente a Henry Morgan. Lo hicieron descabalar a él solo, y un grupo creciente de filibusteros lo escoltó hasta el vivac del almirante.

A lo largo del nada cómodo trecho, el emisario, empingorotado hasta la peluca, soportó estoicamente los escarnios y las burlas de los filibusteros; sin embargo, a medida que se aproximaba a su destino, la estética del petimetre empeoraba. Ahora llevaba varios manchurroneos en las ropas y de la peluca pendía un grumo de lodo, pero su pose era admirablemente idéntica a la del caballero que había descabalgado poco antes.

Había media docena de filibusteros de pie alrededor de Morgan. El almirante y Lefthand estaban sentados en unos tocones de árbol, junto a una fogata, rodeados de toda clase de fardos y armas. Se entretenían jugando al cuchillo veloz. La mano inválida de Lefthand acababa de salir indemne y ahora era el turno del almirante.

—Para haberte roto los tendones de una caída le das un buen uso a tu mano mala, muchacho. Pero ahora vas a saber lo que es bueno —dijo Morgan, y sin más, extendió la mano en el tocón y empezó a clavar su cuchillo entre dedo y dedo con una rapidez prodigiosa.

A su espalda, el grupo de piratas que acompañaba al emisario se detuvo sin decir esta boca es mía. La velocidad que Morgan imprimía al cuchillo hacía complicado seguir sus evoluciones. Todo el mundo guardaba silencio hasta que, abandonando cualquier actitud reservada, alguien se atrevió a hablar.

—Ejem, tengo una carta para vos de su excelencia, don Juan Pérez de Guzmán, gobernador de Panamá —dijo el emisario en voz alta.

El filo del cuchillo destelló en el aire, la punta se clavó donde no estaba previsto y una sangre oscura manó del dedo gordo.

—¡Valiente hijo de perra! ¿No podíais coserle la boca? —gritó Morgan, que desprendiéndose del tricornio, se quitó el pañuelo de la cabeza y se vendó la mano herida—. ¡Fuera de aquí todos! ¡Barbianes, mastuerzos, mentecatos! —gritó a la cuadrilla de filibusteros, y dirigiéndose al emisario dijo—: Y vos, ¿quién sois? ¿El que habla a destiempo?

—Un parlamentario de su excelencia, don Juan Pérez de Guzmán, gobierna...

—Pues vais hecho un asco —le interrumpió Morgan, y se quedó mirándolo de la peluca a los pies. Sacudió uno de los grumos de lodo que le colgaban de la peluca y sonrió con su característica mueca torcida, diciendo—: Excusad estas formas. Mis

hombres no son más que montaraces distraídos... y *boucaniers*. —Imitó el acento francés exhibiendo el colmillo de oro—. Y ahora, decidme, ¿a qué debo semejante honor de su excelencia?

—Vengo a traeros un ultimátum —dijo el emisario alargándole la carta.

—¡Un ultimátum! —dijo Morgan. A continuación tomó la carta y regresó junto a Lefthand, que no se había puesto en pie.

Era un pliego formalmente doblado y sellado con lacre. Rasgó el lacre y volvió la cabeza con un ojo entrecerrado. Sus esbirros, siempre en semicírculo, se inclinaban estirando el cuello en dirección a la carta.

—¿Es que no puede uno tener un momento de intimidad? —tronó dirigiéndose hacia ellos—. Cuando se os necesita no aparecéis, y cuando sobráis, alargáis los pescuezos como grullas en celo. ¡Fuera de aquí todos! —Ya más conforme, gruñó por lo bajo fijando la vista en el petimetre, que seguía igual de inexpresivo que antes, y con un gesto señorial de la mano, dijo—: Vos también, maese parlamentario. Servíos dejadnos solos un momento.

Los esbirros se apartaron llevándose consigo al emisario, que a distancia, no perdía de vista las reacciones de Morgan.

Ya iba a desdoblar la carta cuando inesperadamente recordó que Lefthand estaba convencido de que no sabía leer. Todo se le pasó por la cabeza a Morgan. Juzgó una ruindad que el español lo pillase en un renuncio tan barato. ¿Qué confianza, qué amistad podría inspirar en él si le descubría mintiendo en algo así, tan insignificante? Por no hablar de que, a raíz de la muerte de Joseph Bradley, no se había sentido tan solo en toda su vida, tan rodeado de serpientes, tan falto de verdaderos amigos. Conforme su gloria crecía, un halo de prestigio lo separaba de los hombres volviéndolo cada vez más suspicaz. Por otro lado, el contenido de un ultimátum era lo más previsible del mundo. Cualquier capitán de guerra conocía de sobra sus redacciones. Él mismo no paraba de redactar ultimátums.

El español apreció el leve desconcierto de Morgan, que contra todo pronóstico, se golpeó la frente con la mano vendada antes de decir:

—Amigo mío, ¿leerías la carta a este analfabeto?

Lefthand la cogió y desplegó. De un solo vistazo, con profunda sorpresa, vio quién la firmaba. No le hizo falta más para advertir la perfidia, el engaño. Tuvo que recurrir a toda su sangre fría para que la cara no dejase traslucir sus emociones. ¡El Duque! Pero ¿qué hacía aquí el lugarteniente de Morgan, dentro de Panamá? Y —se preguntó echando un vistazo al trozo de lacre que quedaba—, ¿qué buscaba escondiéndose bajo el sello del gobernador? Y para sí mismo, empezó a leer en inglés.

Su infantería asciende a dos mil hombres y su caballería a cuatrocientos. Sobre todo, ha de ser un ataque rápido y por sorpresa, Henry. Atacad con todo y por donde menos lo espere el enemigo. Si es posible, dad pistas falsas para confundir a los españoles. Tienen preparada un «arma secreta» que consiste en lo siguiente...

Como antes sus esbirros, Morgan estiró el cuello hacia la carta, enarcó las cejas y miró como por debajo de unos lentes. Lefthand, a su vez, fijó en él los ojos armándose de serenidad.

—¿Qué? —preguntó Morgan con impaciencia.

—¡Fantástica! —dijo Lefthand terminando de leer la carta.

—¿Ah, sí? ¿Fantástica?

—¡Su desfachatez!

Entretanto el emisario, dueño de sí mismo, no quitaba ojo a lo que pasaba en el vivac. Los esbirros de Morgan lo rodeaban, lo miraban, lo estudiaban igual que harían con una criatura tan exótica como un elefante de dos trompas. Desde los zapatos de hebilla, pasando por los puños de encaje y la barba muy recortada, hasta el último pelo de la peluca. De vez en cuando, lo rozaban con cuidado, como si temieran que los contaminase.

—¡Desfachatez española! ¡A eso estamos hechos! —trono Morgan—. Y ahora, amigo mío, por Júpiter que me tenéis en ascuas. ¿No podríais leerme siquiera un poquitín? —Lefthand lo vio con claridad meridiana. Era evidente que el Duque había sido infiltrado por Morgan en Panamá con el fin de facilitarle información valiosa. Y vaya si lo era—. ¡Eh, muchacho! —dijo Morgan muy sonriente—. ¿Qué te pasa? ¿Tan difícil es de leer un ultimátum?

Viendo que de esta información dependía la batalla contra España y el éxito o el fracaso del «arma secreta», que las vidas de Elena, Alonso y el puñado de hombres que había partido de madrugada estaban en riesgo; seguro, en fin, de que el plan se vendría abajo si Morgan se enteraba del contenido de la carta, Lefthand se arriesgó a todo.

—Es el típico ultimátum, Henry —dijo—. Pero me sorprenden la desfachatez y la ingenuidad de los españoles.

—Adelante, adelante. —Animaba con la mano un ávido Morgan.

Y ahí Lefthand omitió de cabo a rabo la palabra escrita y fingió leer el ultimátum modelo, la fórmula clásica que cualquier pirata se sabía de memoria. En cuanto terminó de leer; es decir, de simular que leía la carta, Morgan se levantó resueltamente. Lefthand lo siguió.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —dijo el almirante con una risa entrecortada—. O nos volvemos con el rabo entre las piernas, o los malnacidos nos borran del mapa, ¿no? ¿Con quién se creen que están tratando? —Y cogiendo la misiva de las manos del español, llamó al emisario—: ¡Barbilindo! ¡Pisaverde! —El emisario compareció de nuevo ante él—. ¿Veis este ultimátum de vuestro gobernador? —preguntó Morgan blandiéndolo en su nariz—. Esto es lo que hago yo con él. —Y recordando el procedimiento que se seguía en Tortuga con el aspa roja, cogió la carta por el reverso, permitió que su mano herida sangrase en abundancia sobre el blanco del papel y, a continuación, firmó con el dedo en su propia sangre—. Devolvédsela así, y decidle al gobernador que si la vida no me ha enseñado a leer, al menos me ha enseñado a

firmar.

El emisario recibió la carta como estaba, haciendo cuenco con las manos, y se marchó por donde había venido. Lefthand sonrió imaginando el más que incierto futuro del Duque y la cara del gobernador al ver el falso ultimátum.

—Prepárate para reunir a mi ejército, amigo mío. Quiero hablarles a todos antes de la hora de la verdad —ordenó Morgan.

Al fondo, entre el regocijo de una marea de filibusteros, el emisario fue socorrido por su auxiliar para subir al caballo. Después, auxiliar y emisario partieron dejando atrás un reguero de risas.

Dos horas más tarde, en el más lujoso salón de palacio, el gobernador de Panamá, don Juan Pérez de Guzmán, y el que atendía al título de barón de Montenegro esperaban ansiosos la respuesta al ultimátum. El emisario había partido con los primeros rayos del sol naciente, y horas después aún no se tenían noticias de su regreso.

Se oía solo el tictac del péndulo del reloj de pared. Aunque no lo reconocían, una mala corazonada les sellaba los labios. Flotaba allí un lujoso aire de fracaso, y por muy distintas razones, en su fuero interno, tanto el uno como el otro se preparaban para lo peor.

De pronto un sirviente anunció la presencia del emisario. Las carnes del gobernador retemblaron todas al levantarse y ordenó que lo hicieran pasar. El Duque se puso en pie pausadamente.

El emisario penetró en el salón palaciego con la misma dignidad con que había pisado el campamento. Si bien la inmundicia que recubría sus ropas daba fe de los suplicios que se había visto obligado a padecer, se mostraba impávido como el que más. La prueba del deber cumplido, la evidencia de haber llevado a término la misión yacía en las palmas de sus manos, repugnante.

—Pero ¿por qué habéis tardado tanto? —se quejó el gobernador, que pareció dar rienda suelta a una pataleta—. ¡Por san Cristóbal! ¿Os dais cuenta de lo asqueroso que estáis? ¿Es que os habéis pasado al otro bando?

—No ha sido una misión fácil, excelencia —repuso el emisario.

—¡Dios nos ampare! —exclamó el gobernador, que no sabía si indignarse o aterrorizarse—. Vergüenza debería daros. ¡Parecéis un auténtico pirata, señor! —Y aproximándose—: ¿Qué lleváis ahí? ¿Un regalo?

—El ultimátum, excelencia, firmado con la sangre del filibustero.

Al ver la carta en manos del emisario, el Duque vio en su lugar su propia cabeza.

—¿Sangre de Morgan? —preguntó el gobernador doblemente asqueado.

—Me encargó deciros —prosiguió el emisario— que si la vida no le había enseñado a leer, al menos le había enseñado a firmar.

—¡El ignorante! —apostrofó el gobernador.

La cara del Duque se ensombreció. ¿Que Morgan no había aprendido a leer? ¿Qué burda mentira era esa? Con toda la desenvoltura que pudo, se acercó al gobernador, que miraba y remiraba el ultimátum ensangrentado como se mira un bicho infecto, y trató de pensar rápido. Don Juan Pérez de Guzmán se recolocó la peluca y apretando los puños al nivel de las orejas, proclamó:

—¡Los detalles! ¡Quiero conocer los detalles! ¡Maldición!

En pocas palabras el emisario refirió su llegada al campamento pirata, el trato recibido y cómo, a distancia, pudo ver que alguien leía a Morgan el ultimátum.

—¿Y cómo era ese hombre, el que se la leyó? —preguntó impulsivamente el Duque, que se devanaba los sesos para salir airoso, pues la carta dirigida a Morgan, de su puño y letra, seguía a la vista del gobernador.

Con cara de aversión infinita, el gobernador fue acercando una de sus manos gordezuelas al papel. El Duque caviló a la desesperada.

—Vestía todo de negro. Alto y sucio, señor —dijo con asco el nada pulcro emisario—. Tenía una mano tullida y acento español.

—¿Español? —preguntó don Juan Pérez de Guzmán, que retrajo su mano al oírlo—. ¡Perro asqueroso! ¡¡A mí la guardia!!

—¡Conozco a ese hombre! —afirmó el Duque lanzado al abismo.

—¿Vos? —dijo el gobernador con espanto—, ¿conocéis a ese facineroso sin que os lo hayan presentado?

Los ojos de don Juan Pérez de Guzmán viajaban por turno del Duque al emisario y del emisario al Duque.

El pirata esbozó una sonrisa de comediante, cogió la carta ensangrentada, y que supuestamente contenía el ultimátum, la retorció entre los puños con una mezcla de emociones en la que puso todo el rencor y el desprecio que le inspiraba Lefthand, y dijo:

—¡Juro por mi reina que esta es la última vez que ese bastardo se cruza en los destinos de España! —Y besó el puño en el que tenía cogida la prueba de su delito.

—Pero... querido barón. ¡Estáis desconocido! —se explayó su excelencia fuera de sí—. ¿Qué es lo que estáis diciendo?

El Duque volvió la vista hacia él. El emisario permanecía inmovible, con las manos todavía en forma de cuenco.

—¡Se le conoce por Lefthand! El pirata español más buscado. Se fugó del presidio de Madrid hace meses. Se sospechó siempre que los Hermanos de la Costa lo habían ayudado a evadirse.

—¡¡Guardias!! ¡¡Nos atacan!! —gritó su excelencia, que se puso en acción de inmediato—. ¡Rápido! ¡Mis generales! ¿Están preparados los batallones? ¿La caballería? ¡Los mapas! ¡La estrategia! ¡Todas las armas! —habló a grito pelado recolocándose la peluca—. ¡Ay, querido amigo! —se lamentó con ojos dolientes que fueron a parar al Duque—. Estoy rodeado de ineptos e intrigantes.

Y el Duque apretó el puño en el que tenía la carta con la firmeza de un jinete que

aún no da por perdida la carrera.

En el claro del bosque donde había acampado el ejército de piratas, alrededor de ochocientos filibusteros se disponían a escuchar las palabras del almirante. Subido a un altozano, Morgan tenía a su derecha a Lefthand, y a su izquierda, al resto de capitanes.

El gran día había llegado, y atendiendo a las plegarias de muchos de ellos, era resplandeciente. Soplabla la brisa del norte. Era un miércoles 28 de enero de 1671. El día en que los filibusteros de Tortuga iban a enfrentarse al poder del Imperio de España.

—¡Hijos míos! —gritó Morgan—. *¡Boucaniers!* —Y un escándalo, una ovación ensordecedora recorrió el claro de bosque. Extendió los brazos hacia delante con las palmas en alto. Los anillos dorados refulgían al sol de la mañana—. ¡¡Mucho hemos esperado este día!! ¡¡Mucho hemos sufrido para llegar hasta aquí!! —Un clamor bronco y a la vez animoso, un «sí» de orgullo y de consuelo, un grito que era a la vez grito de guerra y desahogo partió de todas las gargantas. Los sombreros y tricornios, los mosquetes y demás armas, se agitaban al aire. Morgan reanudó el discurso:

»Pero ahora, ¡este, y no otro, es nuestro momento! ¿Acaso no estáis hambrientos de carne? ¿Acaso durante los últimos diez días no habéis comido todo cuanto era comestible y también cuanto no lo era? —Hizo una pausa. Cientos de ojos rapaces estaban clavados en él—. Pues ahora yo os digo que todo eso ha tocado a su fin. Os digo: ¡Allí la tenéis! —gritó señalando hacia donde estaba Panamá—. Allí podréis saciaros con sus viandas y sus licores y sus mujeres. Y cuando entréis por la fuerza de vuestros brazos, yo os digo que no habrá un solo español que, entre súplicas, no se canse de decir: «¡Voto a Satanás que estaban hambrientos estos demonios!». —Las palabras de Morgan llenaron los pechos de los piratas y fueron recibidas como un maná.

»Y... ¿acaso no estáis hambrientos de oro? —Los *boucaniers*, arrebatados como jamás caudillo alguno había logrado arrebatarse a nadie, afirmaron con voces enloquecidas—. Pues ahí mismo os espera la ciudad más próspera de América, el paraíso donde esos puercos lo guardan todo. ¿Queréis saciar vuestro apetito de tesoros, *boucaniers*? ¡Id a su encuentro, y yo os juro que vuestra indigestión será tan grave que unciréis que retiraros, enfermos de oro, para el resto de vuestras vidas!

Habría costado imaginar auditorio más palpitante y ansioso de las palabras de un orador que aquel. Si Morgan hubiese ordenado que los ochocientos se enfrentasen a un ejército de ocho mil, ni una sombra de duda habría cruzado por la mente de aquellos hombres rudos y andrajosos.

»Y, ¿acaso no estáis hambrientos de gloria? ¡Por Júpiter! —El auditorio rugió como un solo hombre—. Pues no permitáis que el poder os robe vuestros sueños. ¡Escuchad, os digo! —Y la bulla se fue aplacando—. Otros nos sucederán, y tened

por seguro que los ideales de la Hermandad Libre no tendrán fin. ¡Ah, pero este instante perdurará entre los hombres mientras quede sobre la tierra un sueño que cumplir! ¡¡*Boucaniers!!* ¿Me estáis oyendo? ¡¡Tenéis el privilegio de estar aquí!! ¡¡Seguidme, y yo os conduciré a la victoria!!

Y los gritos resonaron con tal ímpetu en el claro del bosque que parecía irremediable que sus ecos llegasen a Panamá.

LA BATALLA POR PANAMÁ

LOS ESPAÑOLES HABÍAN CAVADO TRINCHERAS y emplazado artillería en varios puntos del Camino Real, que era la ruta más directa a Panamá; pero como los guías ya habían llamado la atención de Morgan, sus hombres, según estaba previsto, atravesaron el bosque por los Altos de Toledo hasta situarse frente a la llanura de Matasnillo.

Morgan y los suyos tomaron posiciones en un cerro y desde allí, finalmente, tuvieron a la vista al ejército español, que con gran disgusto había abandonado sus defensas para ir al encuentro del enemigo.

Los soldados, dispuestos en tres regimientos de infantería y un cuerpo de caballería, triplicaban a los filibusteros en número. Más de dos mil hombres se fueron apostando en la llanura, frente al cerro que ocupaban los Hermanos de la Costa y el resto de los piratas. Sus uniformes deslumbraban.

—Por Júpiter, ¿y Exquemelin? ¿Has tomado disposiciones para que esté al resguardo? —preguntó Morgan a Lefthand mirando por su catalejo.

—Es nuestro mejor médico, Henry. Un hombre se queda con él —repuso el español que había tratado de aliviar en lo posible los padecimientos del padre de Elena.

Los bucaneros bajaron del cerro y formaron en tres batallones. Por delante, una tropa escogida de doscientos tiradores se situó ordenadamente en dos líneas con la misión de hacer fuego ininterrumpido. Lefthand había camuflado a Mateu, el capellán, entre el grueso del ejército, con el fin de que Morgan no reparase en él y lo mandase delante. La planicie era desigual y estaba embarrada, algo de lo que ya habían advertido los guías a Morgan, que permanecía a retaguardia, flanqueado por sus comandantes.

De repente, con acompañamiento de grandes gritos, el ala izquierda de la infantería española se lanzó a la carga, y con portentosa frialdad, la primera línea de tiradores, rodilla en tierra, abrió fuego. A continuación, todos a la vez destaparon los cuernos de pólvora para cargar y le tocó el turno a la segunda línea, que descargó sus mosquetes. Tanto se llenó el aire de humo de pólvora que hasta el mismo cielo pareció oscurecerse.

Pero eso era solo el principio. A los gritos de «¡Viva el rey!», la caballería española entró en liza apoyando a los infantes, que ahora avanzaban en masa; sin embargo, los doscientos tiradores seguían dando muestras de una puntería que no estaba al alcance de los españoles, por lo que se veía, todos muy jóvenes e inexpertos. Y lo que aún era más grave, el suelo de lodo cedió bajo los cascos de los caballos dificultando sus movimientos y se convirtió en una trampa.

Los alaridos, el fragor de los disparos y el humo; todo ello espantó a las

cabalgaduras, y como ahora los bucaneros apuntaban a los animales, muchos rodaron por tierra, desangrándose entre espasmos de horror e impidiendo el avance de los que venían detrás. En consecuencia, durante las primeras escaramuzas, fueron muy pocos los españoles que se acercaron a la doble línea de tiradores enemiga, dispuesta como un muro infranqueable.

Lefthand, junto a Morgan, ya había reparado en la juventud y bisoñez de los soldados. Y a eso que por sí solo ya era una desventaja para los defensores de Panamá, se unía la ligereza del gobernador al despreciar a un enemigo que si de algo andaba sobrado, era de experiencia en el combate y de hambre de victoria.

Con la caballería arruinada, pese a las numerosas bajas y al desconcierto de los primeros instantes, la infantería española empezó valerosamente a reagruparse. Los hombres vociferaban sin parar dándose ánimos. Frente a ellos, los estandartes piratas flameaban tenebrosos.

Lefthand, a la derecha de Morgan, no sacaba la vista de sus hombres, que se disponían a entrar en acción. No hacía falta ser un lince para advertir que la siguiente era una carga decisiva, y no dejaba de preguntarse dónde estarían Elena y Alonso, y si el «arma secreta» por la que arriesgaban la vida llegaría a tiempo de salvar Panamá.

Como esforzándose por estar a la altura de su fama, las últimas reservas españolas, la sangre más joven y ardiente fue lanzada contra los filibusteros a los gritos de «¡Vivan las Españas!».

Esta vez los soldados del Imperio parecían haber aprendido la lección. En medio de la carga de la infantería, sus tiradores abrieron fuego contra las líneas de los doscientos bucaneros, lo que infligió muchas bajas en los dos bandos y precipitó el cuerpo a cuerpo. Lefthand buscó con la vista a Guzmán Yáñez, que iba al encuentro de su destino con el temple de un viejo soldado.

Sí, avanzaba despacio hacia los jóvenes reclutas españoles. Y cuando uno de esos soldados bisoños, con cara de niño, llegaba hasta él espada en mano, Guzmán Yáñez procuraba derribarlo de un golpe para aturdido sin infligirle una herida grave. A costa de exponerse demasiado, sabía cuál era su deber; pero ¿quién era él para decidir por sus hombres? ¿Quién para ordenarles que, en pleno campo de batalla, no mirasen por su vida, o procurasen no matar a sus compatriotas y ganar tiempo hasta que llegase el «arma secreta»?

Demasiado tarde advirtió que un bucanero de Tortuga, de talla extraordinaria, un coloso con unas barbas que le llegaban al pecho y una ferocidad a prueba de coraje, hundía la espada y el machete en todo aquel que le salía al paso. Sus armas y ropas estaban teñidas en sangre. Oyó cómo sus voces enardecían a los demás bucaneros, vio cómo cada uno de sus gestos provocaba un tajo, una mutilación o una baja, y tal era el estrago que hacía entre las filas españolas, que ya estaba presto a llenar de plomo a ese diablo cuando una bala alcanzó al gigante en el pecho y cayó derribado.

La llanura se había convertido en un lodazal donde la sangre y el barro se

mezclaban. Por doquier había soldados muertos o agonizando y caballos despanzurrados. Guzmán Yáñez, que jamás en combate alguno había experimentado tan pocos deseos de defenderse, vio que un soldado arremetía contra él con todo el ímpetu. Paró el primer golpe y percibió que para golpear en plena carrera, o las fuerzas del soldado estaban mermadas o era de constitución muy endeble.

Por su parte, fue a descargar un cintarazo en la cabeza del soldado, pero este lo esquivó a medias y, de sopetón, Guzmán Yáñez se dio cuenta de que se trataba de un mocoso, casi un niño. No tendría más de dieciséis años o diecisiete, a lo sumo, y la expresión de su cara era la de un mártir a punto de inmolarse. Sus ojos relampagueaban aterrados, estremecidos por un fuego capaz de devorarse a sí mismo.

Alrededor de Guzmán Yáñez ardía el infierno, corría la sangre por la llanura. Los relinchos y los bufidos de los caballos muriéndose en el barro, el entrechocar de los aceros... todo ello significaba dolor, y, ¿cuánto dolor estaba preparado para soportar un hombre? Sobre todos flotaba el humo de las descargas de pólvora como jirones que el viento se iba llevando. Y él, Guzmán Yáñez, en aquella tierra salvaje y fértil, que estaba al otro lado del mundo, se vio frente a un niño cuya sangre era hermana de la suya y a quien no habría podido quitar la vida ni siquiera para salvarse.

El muchacho arremetió como solo arremete alguien muy desesperado, sin cuidar sus defensas, entregándolo todo en cada uno de sus golpes. Cargó con toda su fuerza, insuficiente para derrotar a un veterano, y una y otra vez sus golpes encontraron el sable de Guzmán Yáñez, que uno tras otro, fue bloqueando los mandobles del muchacho. Sin premeditación, sin un plan, ignorando qué haría no bien el chico, extenuado, bajase la guardia, fue retrocediendo poco a poco hasta que las embestidas cedieron, se fueron haciendo más débiles, más intermitentes, más previsibles dentro de lo previsibles que ya eran.

El muchacho jadeaba, chorreaba sudor por todo el rostro, corría a su perdición. Guzmán Yáñez dio un paso al frente, ahora que el joven procuraba reponerse. Se acercó sin saber qué hacer, cómo actuar. Le hubiese gustado decirle, hijo, yo no soy tu adversario ni tu enemigo, soy uno de los tuyos, y tú eres uno de los nuestros. No pienso matarte. No voy a matarte. No podría matarte ni aunque me lo propusiera.

Y en efecto, lo hubiese protegido. En pleno campo de batalla y el infierno alrededor. Sin embargo, lo hubiera hecho y habría muerto o vivido más feliz que hasta entonces. Ya iba hacia él, sordo al riesgo, pues, ¿qué hay sobre la faz de la tierra de más importancia que tener el valor de ir más allá? Pero, oscuros designios se confabulaban contra sus propósitos, y justo cuando había tomado la descabellada decisión de salvar al chico, este dejó caer la espada. La desesperación del rostro del niño se volvió perplejidad. Se llevó las manos al vientre, se lo miró con la boca abierta, con ojos incrédulos, y cayó como si le hubieran tronzado las piernas.

—¡No! —dijo para sí Guzmán Yáñez.

Fue hacia él mientras el mundo se desplomaba. El niño sangraba lenta y dolorosamente por un orificio en el estómago. Al final del camino, esperaba al

muchacho una muerte no menos lenta y dolorosa.

—¡¡Rebánale el pescuezo!! —gritó un pirata que sobrepasó a Guzmán Yáñez.

El niño respiraba agitadamente, igual que un viejo moribundo, la mirada más viva y ardorosa que durante la pelea. Guzmán Yáñez, que a duras penas contenía las lágrimas, cogió el sable con las dos manos, puso la punta en el pecho del mocoso y acercó la boca a su oído.

—Hijo, cierra los ojos. Será igual que si te durmieras.

El desdichado apretó las mandíbulas y gimió suave, pero no paró de mirar a Guzmán Yáñez. Tenía un velo de dolor en la mirada, una fe que sobrecogía y unos ojos que estaban llenos de esa fe. Acaso creía en Guzmán Yáñez y en nadie más cuando el segundo del *Príncipe del mar*, reuniendo las pocas energías que le quedaban, empujó el sable con todo el peso de su propio cuerpo y hundió la hoja en el corazón. El muchacho exhaló un gemido ronco y prolongado, y dejó de sufrir.

Levantó la cabeza como un hombre que sale de un pozo. Se puso en pie, tambaleándose y de repente, notó un impacto. Un dolor agudo y candente le perforó el pecho y le hizo dar con los huesos en tierra. Por un instante se sintió reconfortado y casi dichoso, con la impresión de que, por fin, se estaba haciendo justicia.

Lefthand vio cómo Guzmán Yáñez se derrumbaba. En esos momentos, la vanguardia del ejército español retrocedía y los filibusteros ganaban terreno. No miró a Morgan, no cruzó con nadie una sola palabra, corrió hacia donde había caído su hombre y se arrodilló junto a él.

Con tal rapidez habían adelantado sus líneas los piratas, que la refriega tenía lugar lejos de donde se desangraba Guzmán Yáñez.

—Yáñez, soy yo. ¿Me estáis oyendo?

—Y por qué no iba a oíros... ¿Acaso creéis que estoy sordo? —repuso la voz del coraje, si el coraje tuviera voz. No era ese un disparo espectacular. No estaba su pecho encharcado de sangre. Lefthand había visto centenares de disparos como ese; casi tantos como Guzmán Yáñez. Los desgarros y las hemorragias internas hacían un trabajo discreto.

Con una mano, le sostuvo la cabeza.

—Tenéis que aguantar. Os llevaré en brazos hasta Exquemelin.

—¡Dejaos de cuentos! —se lamentó el herido—. Verdad solo hay una, Santa Cruz. Y quien diga lo contrario, miente. Dejadme mirarla por última vez, cara a cara. Es todo cuanto deseo.

—Es preciso que luchéis.

—Queda poca lucha en este cuerpo maltrecho —dijo, y escupió sangre—. ¿Está perdida Panamá?

Y como en respuesta a Guzmán Yáñez, una convulsión, una sacudida recorrió la llanura de parte a parte. La tierra vibraba bajo los pies, y fuera cual fuese la causa, los temblores se iban haciendo cada vez más perceptibles. Era como el anuncio de un milagro o de un cataclismo, como el presagio de la victoria para unos y de la derrota

inevitable para los otros.

—¿Lo estáis oyendo, Yáñez? —dijo Lefthand con una sonrisa de júbilo—. Ya están ahí. Aún queda una posibilidad.

Entornaba los ojos el moribundo. Los labios estaban resecos y agrietados. Se ahogaba por momentos, devorado por las contracciones.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es el «arma secreta» —dijo Lefthand.

—Pues... para ser secreta... es un arma bien ruidosa —contestó Guzmán Yáñez, que aún se resistía—. Antes de irme... decid... ¿han ganado los españoles? —Y si no hubiera conocido a su segundo como lo conocía, Lefthand habría jurado que le estaba pidiendo que le mintiera.

—Sí, la victoria está de su lado, Yáñez —dijo al ver cómo los piratas retrocedían y cómo el fragor iba en aumento de segundo en segundo.

—Era... era justo que protegiéramos a los españoles, ¿no creéis?

—Sí, era justo —replicó Lefthand.

—Ellos... eran de los nuestros —dijo y parpadeó.

Calladamente alguien hincó una rodilla en el barro junto a Guzmán Yáñez. Se apoyaba en su mosquete y respiraba sofocado. Lefthand vio que se trataba de Mateu, el capellán. Mateu, el que no reconocía a Dios en este mundo ni en el otro, arrojó su arma y con dulzura tomó la mano del herido, y haciendo la señal de la cruz sobre su frente, profirió:

—Que por esta cruz, y por su misericordia, el Señor te ayude con la gracia del Espíritu, y te conceda la salvación. Amén.

Y Mateu le cerró los ojos con la mano libre, pues Guzmán Yáñez ya no estaba entre los vivos.

Alguien alzó a Lefthand por los brazos; pero de un solo movimiento este se zafó. Eran dos de los esbirros de Morgan, cuyos ojos desencajados miraban, con reconcentrada atención, con un pasmo que no conocía límites, la amenaza que se cernía sobre todos.

—El almirante nos manda a buscaros —balbució uno.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Mirad! —dijo el otro señalando con el dedo.

Lefthand alzó la vista y allá lejos vio recompensadas todas las penas y el trabajo de sus hombres. Cuando el fin parecía próximo para Panamá, lo que se había dado en llamar el «arma secreta» avanzaba irrefrenable, ocupando una inmensa porción de la llanura y arramblando con todo a su paso. Exactamente como habían previsto.

Eran, sin duda, varias manadas. Unos dos mil toros bravos, o quizá más, casi tantos como soldados integraban el ejército español antes de dar comienzo la refriega. Y venían directamente hacia ellos, hacia los hombres de Morgan, la mayoría de los cuales, como Mateu, había retrocedido hasta las primitivas posiciones.

Docenas de indios y vaqueros negros los guiaban. Eran indígenas de las aldeas próximas. La mayoría siervos, o esclavos de los propietarios del ganado. Habitados

como estaban, conducían las manadas diestramente al objeto de lanzarlas en estampida.

En la planicie no resonaban tiros, y los diezmados españoles, que habían luchado sin rendir la espada hasta la extenuación, trataban de recuperarse de la carga enemiga. Esos pocos que aún permanecían en pie, cubiertos de sangre, miraban con esperanzas renovadas aquel ejército de toros.

Cuando Lefthand alcanzó las posiciones de Morgan, este lo cogió por un brazo con una mano que era como una tenaza.

—¡Por Satanás! ¡Maldita sea, Lefthand! ¡Maldita sea! ¿Qué buscas? ¿Hacerte matar?

A su lado, los principales capitanes, que aún no habían entrado en acción, blandían sus armas. Por delante, el grueso del ejército había sufrido bajas de consideración, pero mantenía intacta la moral de victoria. Los regimientos formaban ordenadamente. Llevaban dos horas de combate y ya se consideraban vencedores cuando ahora aparecía esta amenaza en el horizonte.

—¿Piensan que huiremos como ratas? Después de llegar hasta aquí, ¿eso piensan? —dijo Morgan oteando por el catalejo—. ¿Acaso no saben que «bucanero» procede de «bucan»? ¿No saben esos perros que antes de que ellos nacieran los nuestros ahumaban carne de toro en el bucan?

Estarían a una legua aproximada de distancia. A base de silbidos y gritos, los vaqueros azuzaron a los dos mil toros bravos contra los bucaneros. La visión de la estampida resultaba aterradora. Lo natural era ceder al pánico, y solo un hombre con los nervios bien templados parecía capaz de hacerle frente.

—¿Habéis oído, hijos míos? ¡*Boucaniers!* —tronó Morgan a sus hombres, con una energía impensable a estas alturas de la batalla—. ¡Esos hijos de zorra no pueden venceros y envían manadas de toros a hacer su trabajo! ¿Estáis viendo? ¡Esperad a mi orden y demostradles de qué pasta estáis hechos!

El fragor crecía y crecía. Cientos de toros bravos, una tromba que no abarcaba la vista se precipitaba a la carrera mugiendo, despavorida, azuzada por los vaqueros, la mayoría de los cuales, ante el riesgo de ser tiroteada, se había ido apartando. El vendaval lo arrollaba todo, pisoteaba los cuerpos caídos, pasaba por encima de ellos, levantaba a su paso grumos de barro y se arrojaba derecho hacia el ejército de piratas, sin piedad ni coraje. Y esta vez todo sugería que el signo de la batalla estaba cambiando y que Morgan necesitaba algo más que fortuna para salir de un trance tan apurado.

—¡Esperad! —dijo Morgan, que en la ocasión decisiva, quería ser él quien diese la orden. ¡Esperad, hijos míos, esperad!

Las manadas se acercaban, menguaba la tierra que separaba a los hombres de las bestias. De la mano de un estruendo ensordecedor, arremetían con toda la fuerza del miedo.

—¡¡Esperad!!

A pesar suyo, Lefthand miró con admiración a ese hombre que no se daba por vencido.

—¡¡Fuego!! —gritó Morgan a pleno pulmón.

La primera línea de tiradores abrió fuego, e inmediatamente después, la segunda.

Muchos toros cayeron y, aun cuando otros muchos siguieron avanzando, una diferencia se acusaba, una leve indecisión, una nota de desconcierto se había filtrado en la primitiva inteligencia de las manadas. Ya no avanzaban todas al paso, como dirigidas por un impulso común. Se diría que los toros que ahora iban en cabeza no estaban preparados para guiar sin titubeos, que dudaban de que avanzar en línea recta fuera muy provechoso.

—¡Ahora, *boucaniers*! ¡A por ellos! ¡Y no dejéis de mirarlos a los ojos!

Los seiscientos bucaneros que quedaban salieron al encuentro de los toros, a grandes voces, disparando contra ellos. En menos tiempo de lo que parece posible, con la temeridad y la pericia de vaqueros profesionales, el ejército de Morgan hostigó, acosó y puso en jaque a los animales enloquecidos. A Lefthand se le heló la sangre en las venas, y en cuestión de minutos, para consternación del pirata, que no se había movido del sitio, las manadas comenzaban a disgregarse.

Pero sucedió una cosa imprevisible. En realidad, tuvo que suceder esto para que Lefthand se abandonara a la acción. Cayó Morgan. Fue repentino. Cuando Lefthand volvió la vista hacia él, lo vio en el suelo, cubierto de sangre y aún con las armas en la mano. Morgan estaba inerte, con grave riesgo de ser aplastado por los toros que lo acorralaban.

A todo correr fue en pos de ese hombre. No había razones; o tal vez sí, pero ni siquiera pensó en ellas. Al verlo caído, se despertó algo en él. Más que una idea, era un manojito de emociones aquello que lo empujaba hacia delante. Jugándose la piel, se metió entre los toros. Gritó, espantó, llegó hasta donde estaba el almirante, y con la fortuna por aliada, ayudó a levantarse al bucanero, a quien todos conocían como un hombre afortunado, y lo salvó de una muerte segura.

Mientras los toros, desorientados, se desviaban y huían reconducidos por los piratas, los españoles se batieron en retirada hacia Panamá en confuso desorden. La visión de los demonios que habían saqueado Maracaibo, Puerto Príncipe, Portobello, que habían derrotado a los destacamentos del castillo de San Lorenzo en el río Chagres, desafiado los peligros imponentes de las selvas del istmo, vencido a los ejércitos de la única ciudad inexpugnable del Nuevo Mundo y enfrentado a más de dos mil toros bravos, esa visión era excesiva para unos jóvenes soldados españoles.

Se replegaron porque ya era notorio que Panamá estaba perdida, y al fondo, sonaban las campanas de todas sus iglesias.

—Es la segunda vez que me salvas el pellejo, amigo mío —rezongó Morgan, chorreando sangre por la cabeza, con un machete en una mano, un sable en la otra y mirando hacia el enemigo en retirada.

Pero Lefthand, jadeando, con el corazón desbocado y los ojos fijos en el mismo

punto que Morgan, permaneció como ausente y no dijo nada.

TERCERA PARTE

UN BESO INGRATO

A MEDIA TARDE, los piratas eran los dueños de Panamá. No pasó mucho hasta que los escasos defensores que habían sobrevivido fueron del todo conscientes de lo que les aguardaba. Y aunque algunos eligieron una muerte con honor antes que rendirse, otros, ignorando que los piratas respetaban pocos códigos de guerra, optaron por deponer las armas. Quienes así lo hicieron, pagaron tan cándido gesto con sus vidas después de sufrir los tormentos más despiadados.

Si bien cada vez más esporádicas, se oían detonaciones. De punta a punta, la ciudad era un hervidero de dramas. Había voces de súplica, carreras, alaridos de auxilio, sollozos de familias enteras que eran sacadas de sus hogares sin piedad ni miramiento para arrancarles información sobre el oro y la plata. A esas horas, el rumor había dado paso a la certeza de que los ricachones habían dejado la ciudad abandonada a su suerte, y que del puerto había logrado huir un galeón con las bodegas cargadas de joyas.

Los piratas, que ya estaban al corriente de la huida del galeón, descargaron su furia contra los que se quedaron a modo de escarmiento. Una furia que parecía inextinguible, pues la voluntad de muchos de ellos escondía las mayores tempestades. La catedral y los principales conventos ya habían sido profanados y saqueados. Para la gente sencilla, para quienes no tenían medio de huir de las llamas del infierno, no había verdad más desoladora que la idea de que estaban a merced de Henry Morgan, un diablo que ni siquiera respetaba la morada de Dios.

Atardecía, y por una de las anchas y rectas avenidas, toda empedrada, marchaban dos hombres a paso ni lento ni rápido. Por sus vestimentas, nadie hubiese podido decir que uno de ellos era una mujer. Al fondo de la calle, una partida de filibusteros hacía pedazos la puerta principal de una de las espléndidas casonas antes de penetrar en su interior. Si Lefthand, que era uno de los dos piratas que marchaban juntos, conociera a los tripulantes del *Doce apóstoles*, la nave del Duque, quizás habría identificado a algunos de ellos; pero no era el caso. Lo último que podía venirle a la mente era que esos hombres, cargados con barreños de miel y resina, cumplían órdenes muy específicas de su capitán.

—No debes separarte de los otros, Elena —dijo Lefthand sin detenerse—. ¿Me estás oyendo? No se te ocurra volver a salir sola.

—Sí, mi capitán. —Elena lo miró con expresión de arrobo y, disimuladamente, le rozó el dorso de la mano con la suya—. ¿Lo dices porque me quieres?

—¡No! —dijo Lefthand con aspereza—. Lo digo porque tu padre no me perdonaría que te ocurriese algo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, pero eso no quita para que puedas besarme.

—¡Escúchame, testaruda! No habrá ni un sitio seguro durante los próximos días.

Así que no te separarás de los hombres, pase lo que pase. ¿Queda claro?

—Estás enfadado conmigo, y lo comprendo —dijo ella poniéndose seria.

—No estoy enfadado contigo.

—Sí que lo estás. Estás enfadado porque el plan no tuvo éxito, ¿a que sí?

—No pienses en lo que pudo ser —dijo Lefthand impasible.

—Me echas la culpa de que las cosas salieran tan mal.

—Hiciste lo que estuvo en tu mano —dijo él conteniéndose para no detenerse allí mismo, estrecharla entre sus brazos y cubrirla de besos—. Y nadie lo habría hecho mejor.

—No, eso no es cierto. —Y meneó la cabeza a un lado y a otro—. Tú me culpas de que no saliera bien. ¿Y sabes una cosa? —dijo enardecándose—. Que sí, que tienes razón. Todo el tiempo rogué a Nuestra Señora para que el plan se desmoronase.

—¿Cómo dices? —preguntó Lefthand seguro de no haberla comprendido.

El rostro de Elena tenía las huellas de no haber pegado ojo en toda la noche. Daba la sensación de que a la joven le costaba sostenerse sobre sus pies. Pero era un precio insignificante por haber hecho de correo entre las diversas aldeas de los alrededores, por haber logrado que los vaqueros guiasen las manadas hasta la llanura de Matasnillo, el lugar exacto donde Morgan tenía previsto lanzar el ataque. Era un precio demasiado insignificante por la simple posibilidad de haber acabado con Morgan y liberado a su padre. Por eso a ella misma le consternaban sus propias palabras.

—Solo pensaba en que la estampida te iba a matar. No podía quitármelo de la cabeza. No pensaba más que en eso y le supliqué a Nuestra Señora que no saliera bien, le pedí que ocurriera algún milagro. Ya ves que tienes razón. Que toda la culpa es mía, y solo mía. —Lefthand se puso muy serio tratando de contener una sonrisa. Porque solo una sonrisa habría bastado para revelar la ternura y la pasión abrasadoras que lo encadenaban a ella, y no quería descubrirse. Él no era sino un fuera de la ley, un hombre marcado desde niño. Era preferible desengañarla ahora, hacerla huir, suscitar en ella el desdén, convertirse en un mal sueño a dejarle feas cicatrices. A las cicatrices, él ya estaba acostumbrado. No representaban motivo de orgullo—. Cuando vi que corrían hacia ti... ¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! —Elena se detuvo, se tapó la cara con las manos y su voz se quebró—. Creí que estabas perdido.

—Bien —dijo Lefthand, que cada vez veía más difícil contenerse—. No creo que tu Señora se pusiera del lado de Morgan, si es eso lo que te preocupa. Pasó lo que no podía dejar de pasar.

—¡Íñigo! —musitó ella, y levantó la cabeza con los gruesos labios entreabiertos. Tenía la cara arrasada por las lágrimas, lágrimas que parecían iluminar y dar sentido a las viejas palabras de los hombres, dar cabida a sentimientos imperecederos.

Elena cerró los ojos y se quedó con la cara vuelta hacia él, como un girasol que se orienta hacia la luz. Repentinamente, algo salvó a Lefthand de besarla en plena calle. Era un sollozo. Un sollozo que venía de algún sitio cercano.

Los dos volvieron la cabeza hacia el callejón que se abría a su derecha. En la confluencia entre ambas calles, a la puerta de una ermita, una diminuta figura lloraba con desconsuelo. Se acercaron apresuradamente. La puerta de la ermita estaba abierta, y la niña, acurrucada, hecha un ovillo. Elena la cogió en los brazos.

—No llores, cariño mío. No llores más. Pero si parecemos dos Magdalenas — murmuró la joven, con el rostro iluminado. Resultó ser una niña mestiza. Estaba descalza y medio desnuda. Le secó la cara. Se la limpió con amorosa delicadeza en tanto la niña se tranquilizaba—. ¿Y tu mamá? ¿Sabe tu mamá que estás aquí?

Lefthand miraba a Elena conmovido. La niña, aunque más pequeña, le recordó a su propia hija. Elena le dirigía a la pobre las palabras más tiernas y consoladoras que le hubiera escuchado a una madre. Jamás su esposa se había dirigido así a su hija. Su esposa se reservaba para ella lo mejor de su dulzura.

De súbito, una mujer apareció en el callejón. Se acercó corriendo. Era una joven india, todavía hermosa, y al ver que la niña estaba en brazos de un pirata, se diría el vivo retrato de la desesperanza. Se arrodilló ante Elena y, sin pronunciar una sílaba, entrelazó las manos a modo de plegaria, se deshizo en gemidos. Elena, que no tardó en hacerse cargo de quién era la mujer, se agachó a su lado y le entregó a la niña. Aún de rodillas, la mujer se abrazó a la pequeña con ambos brazos, le acarició el cabello con ansia, la besó en la frente. A continuación, se puso en pie con ella y echó a correr por donde había venido.

Lefthand y Elena se quedaron a solas en la puerta de la ermita, sin atreverse a entrar, tímidos como dos recién conversos. El interior estaba oscuro pero se entrevía el resplandor titilante de las velas. No tenía aspecto de haber sido profanada. Lefthand puso sus dos grandes manos a ambos lados de su cara, la miró a los ojos y luego clavó en sus labios una mirada inexorable de dueño.

A la luz del atardecer estaba admirablemente bella, y temblaba como las gotas del rocío tiemblan en los pétalos, como el resplandor de las velas de la ermita. ¡Cuánto tiempo llevaba queriéndola!

Entonces, bajo el impulso de un deseo irrefrenable, Lefthand la besó como nunca antes había besado unos labios, con todas las fibras de su ser. Tal vez con miedo, pero con una reserva de ternura tan honda como no había experimentado hasta entonces. Por todas y cada una de esas solitarias noches en que soñaba con ella y sufría por sus privaciones. La besó cautivado por el coraje de quien no había pisado un buque antes de enrolarse en el suyo, como se besa lo que se admira y se quiere para uno en la convicción de que será para siempre. Con todo el fuego que aún cabía en su corazón solitario, por el hecho feliz de haberla conocido. Y aquel hombre triste, por un instante, se sintió el más afortunado de la tierra al gozar de la hermosura indomable de esa joven en medio de un mundo ruinoso, que se desmoronaba bajo un cielo azul, inalcanzable, y comprendió que la amaría mientras le quedase un hálito de vida.

Ella estalló en un llanto sordo y abrazándose a la cintura de él, descansó la mejilla en su pecho.

—¿Por qué lloras, Elena? —preguntó.

—Lloro —dijo ella tras dudarle un instante—, lloro porque tengo miedo de tanta felicidad.

—No temas. No ha pasado nada que no tenga remedio —dijo él—. Pero esto no debe volver a ocurrir. Es absurdo. —Y ella, que aún no tomaba en serio sus palabras, cruzó los brazos por su nuca y lo envolvió en un beso dulce y lento. Luego lo miró con una suerte de paz en los ojos, como solo miran los bienaventurados.

—¡Ridículo! Lo dices por mis ropas, ¿verdad? Es por estos harapos malolientes. Lo comprendo. ¡Cómo te puedo gustar así...! De veras que lo entiendo... Quiero decir, gustarte de veras. Si pudiera ponerme bonitos vestidos...

—Vamos, vamos, chica —dijo él asiéndola con firmeza por las muñecas y haciendo un esfuerzo sobrehumano—. No se trata de tus vestidos. —Y se le encogió el alma, porque era consciente de cuál era el sentido de las frases que vendrían—: No quiero que te confundas.

—¿Qué quieres decir con que no me confunda? —preguntó ella despegándose un poco de él.

—Eres preciosa. Pero hay muchas mujeres preciosas en cada puerto, y los hombres de mar tenemos buen ojo para dar con ellas.

—¿Y te quieren todas como yo? —preguntó con ojos suplicantes.

—Me parece que no lo entiendes, chica, ¿verdad? —dijo sonriéndose y, quedamente se atrevió a decirle—: Yo las quiero a todas como a ti.

Ella lo miró extrañada. Pensó que no lo reconocía.

—Me haces daño, Íñigo.

Lefthand acusó el golpe. Era difícil despegar los labios, decir algo que no sentía, mentir para causar menos dolor.

—Bueno, para qué iba a decirte una cosa por otra. No quiero mentirte.

Y en ese instante Lefthand sintió, con una especie de placer malévol, que rompía algo muy valioso y quebradizo. Y se vio tan solo como Henry Morgan, y tan cerca de él como era posible.

—¿Es verdad? ¿No te importo nada? —preguntó Elena con los ojos como brasas.

—Por qué preguntas tanto, chica —dijo él con voz incolora—. ¿No me has visto ya en las tabernas de Tortuga? ¿Qué más necesitas? ¿Conocer a todas mis putas?

—No sé cómo he podido estar tan ciega —dijo la muchacha zafándose de él.

—Vuelve con los tuyos, mujer. Cásate y ama a tu hombre. Tendrás hijos sanos, serás el alma de una familia feliz. ¿Qué más se puede querer? —Cada una de sus palabras lo acercaba un poco más a las tinieblas de Morgan. Y se preguntó si esto también, como le había ocurrido antes con su hija, obedecía a su ansia de pagar por sus culpas y errores—. Aquí estás en el lugar equivocado.

—Me negaba a creerlos —dijo ella con la serenidad de quien ha traspasado una línea— cuando decían que destruyes todo lo que tocas, me negaba a creerlos; pero siempre tuvieron razón.

—Cada cual responde por lo suyo —dijo Lefthand con una carga de cinismo que a él mismo lo sobrecogió—. De todas formas, el odio ayuda a sobrevivir.

—Yo no te odio, Íñigo. Me das pena.

De repente, alguien carraspeó. Los dos se volvieron hacia un lado. Un filibustero con un parche en un ojo, a quien Lefthand no reconocía, lo que es más, a quien no había visto nunca antes, los miraba desde el otro lado de la calle con una frescura insultante. ¿Cuánto tiempo llevaba ese hombre ahí? ¿Los habría visto besarse? ¿Habría descubierto a Elena? ¿Quién era su capitán? El pirata llevaba un caldero de resina, pero Lefthand no podía adivinar ese importante detalle, como tampoco que se trataba de uno de los hombres del Duque y que pertenecía a la tripulación del *Doce apóstoles*.

—¡Tú! —dijo el español encarándose—. ¡Ven aquí!

Pero el filibustero había reconocido en ese hombre al mítico Lefthand. Se limitó a sonreírse y volvió corriendo sobre sus pasos, hacia la mansión de donde sus compañeros salían justo ahora, en el instante en que se veía la casa arder y las llamas, como lenguas, asomaban voraces por las ventanas.

Caía la noche sobre el palacio del gobernador de Panamá. Sus gruesos muros no bastaban para amortiguar las explosiones.

Henry Morgan, que había tomado posesión del palacio, estaba en el otrora gabinete de don Juan Pérez de Guzmán, sentado a la mesa escritorio. Tenía un sucio pergamino en la mano y se preguntaba por qué aún no se había personado el Duque, qué demonios ocuparía a su lugarteniente.

Sus hombres habían visto el *Doce apóstoles* fondeado en el puerto, pero del Duque ni rastro. Y era ciertamente insólito, incluso habiendo transcurrido solo tres horas desde que se había tomado la ciudad. Morgan se preguntó si le habría ocurrido algo, pero juzgó tan descabellado que esa víbora que mudaba de piel como de traje estuviese en peligro, que descartó la idea. Conociendo al Duque tanto como alguien podía conocerlo, más probable era que anduviese con algo entre manos, de modo que volvió a centrarse en el mapa del tesoro.

«Solo un casco de plata de sangre limpia, solo el hijo que se sacrificó por su padre lo hará», murmuró una vez más leyendo el pie del mapa, encima de la última palabra que figuraba en el pergamino.

¿Qué hará? ¿A qué se refería con «hará»? Por supuesto, a descubrir el tesoro. ¿Qué otra cosa si no? Con un ademán característico, Morgan se llevó la mano al pecho y se quedó así, atento a las palpitaciones, vencido por la inquietud. Pensó en llamar a Exquemelin, porque todo su ser galopaba, pero cuando se hubo tranquilizado, el galope se convirtió en trotecillo. Otra vez cogió el mapa entre las manos, lo sostuvo frente a él. «Solo un casco de plata de sangre limpia. Un casco de plata de sangre limpia...» repitió para sí, y a continuación se tranquilizó diciendo lo

que ya sabía:

—Mi amigo español. Mi amigo español «lo hará».

Se trataba de un viejo pergamino sucio, amarillento y arrugado. Estaba quemado por los bordes. Debajo del mapa, la frase garabateada en tinta se había vuelto un poco borrosa, pero aún podía leerse de cabo a rabo. Y debajo de la frase, una sola palabra, bien legible: «Pruebas».

El legendario mapa, la pista definitiva que llevaba al tesoro de la Dama del mar, y ante el que palidecían todas las riquezas del Nuevo Mundo. Todo ello siempre y cuando *sir* Duncan no se hubiese engañado, o peor aún, al viejo zorro no se le hubiese ocurrido hacer una jugarreta desde la tumba.

El mapa era un plano rudimentario de la ciudad dibujado a tinta, y por medio de cruces y nombres de edificios emblemáticos, figuraba señalado el lugar secreto, la tierra sagrada donde se escondía el mayor tesoro con que pirata alguno haya soñado.

Cuántas veces Morgan se había preguntado cómo podía conducir al centro de Panamá, en vez de a las afueras, a los bosques y junglas del istmo, allí donde las lagunas debían de ser frecuentes. ¡Porque había una laguna! Sobre eso la leyenda de la Dama del mar era incuestionable. La laguna en la que dormía su tesoro esperando que alguien lo despertase. Y cuántas veces le vino a la memoria lo que decía el viejo Duncan, siempre obsesionado con el oro de la Dama del mar: «No hay rincón en el mundo que no tenga un pasado enterrado bajo la tierra».

Pues bien, precisamente de pasados enterrados bajo tierra, Morgan bien podía dar fe. Cuando en 1661 atacó y saqueó Campeche, descubrió que el subsuelo de la ciudad estaba lleno de cuevas y galerías subterráneas. ¿Por qué no podía pasar lo mismo en Panamá? ¿Sería esa la razón por la que siempre había supuesto que *sir* Duncan no era un lunático, como todos decían?

Uno de sus hombres entró sin llamar en el gabinete y, poniéndose muy firme, dijo en voz alta:

—¡Capitán Morgan! ¡Panamá está ardiendo por los cuatro costados!

Morgan puso el mapa bocabajo.

—¿Ardiendo? —gritó—. ¡Por Júpiter!

Hizo salir a ese hombre al punto, enrolló el mapa y se lo guardó bajo la camisa. Se levantó y pensó con rapidez. Lo que más urgía era asegurarse de que las llamas no amenazaban el único edificio que de veras le importaba, y seguidamente, buscar a Lefthand y precipitar la búsqueda del tesoro. Así que se puso el sombrero y salió del gabinete.

Todo habría sido muy distinto si el orden en que transcurrieron los acontecimientos esa noche hubiera sido otro; pero las cosas sucedieron de la manera siguiente.

En efecto, solo unas horas después de que los piratas hubiesen tomado la ciudad, se detectaron varios incendios a la vez en distintos barrios. El fuego se propagó a tal velocidad que, a media noche, Panamá, la esplendorosa, ardía envuelta en llamas.

Desplegando una actividad frenética, Morgan fue visto en muy diversos lugares; entre ellos, en la Gran Plaza, adonde daban las fachadas de dos de las construcciones más imponentes: la Casa del Cabildo y la catedral.

Entretanto, el Duque se cercioraba de que los suyos cumplían sus órdenes e incendiaban estratégicamente la ciudad; y no solo eso, se cercioró de que el edificio que más le importaba (predilección que compartía con Henry Morgan) no corría el menor peligro. Después se dirigió al palacio del gobernador para ver al almirante y desenmascarar, por fin, a Lefthand. Tenía muy estudiado su siguiente movimiento. Ahora que el ejército había vencido a los españoles y se había apoderado de Panamá, Lefthand ya no era necesario y podría disponer de su vida a su antojo. Porque, en orgullosa contraposición a Morgan, él no creía en «elegidos»; desde lo más profundo de su ser mostraba su desprecio por la predestinación y toda esa majadería plebeya.

Desde joven aprendió a desconfiar de los héroes que el destino señalaba con el dedo. Más aún, si había engatusado al almirante, si le había hecho creer que Lefthand encajaba en la leyenda de la Dama del mar, era solo, exclusivamente, pensando en sus intereses personales. Y la hora de satisfacerlos se acercaba. Por fin podría desquitarse. Por fin el traidor que mataba por la espalda, el falso héroe que amargaba sus horas desde hacía tantos años, pagaría; pero antes, era preciso ponerlo en evidencia y revelar al almirante su verdadero rostro. ¿Para qué si no tenía las pruebas que lo acusaban?

Hasta aquí las intenciones del Duque; pero el azar jugó sus propias cartas. El Duque no podía saber que Morgan había salido una hora antes de que él penetrase en el palacio.

Así que, en cuanto le informaron, decidió aguardar. Estuvo tres largas horas esperando. Finalmente, como creyó probable que Morgan, tratando de poner orden en el caos, pasara la noche fuera, se marchó. Con buen juicio, pensó que al día siguiente bien podría terminar lo que había empezado y se dirigió al *Doce apóstoles* a descansar.

Cuando horas después Morgan regresó y le dijeron que el Duque había estado esperándolo, no le dio mayor importancia. Tenía cosas más apremiantes en que pensar. Había verificado que la expedición era viable, pues el incendio no amenazaba el único edificio que era el objeto de sus afanes y ambiciones, y ya había hablado con Lefthand. Partirían por la mañana a la búsqueda del tesoro. De modo que tenía unas pocas horas para reponer fuerzas antes de salir.

Por lo que se refiere al incendio que se prolongó durante semanas y que arruinó Panamá, no cabe duda de que los españoles responsabilizaron a Morgan. Mucho tiempo más tarde, en España aún se preguntaban qué razón pudo mover al almirante sino el furor descontrolado; pero una cosa olvidaban: Morgan no era hombre que se dejase ganar por esa clase de furor.

EN LA TUMBA

AL DÍA SIGUIENTE, a primera hora de la mañana, Exquemelin salió del aposento a cuya puerta esperaba Lefthand charlando con Morgan. Miró al español por encima de las gafas y le dijo que fuera breve, que no era aconsejable fatigar al herido.

—No son quemaduras graves —dijo el médico— pero acabo de administrarle un narcótico.

Entre las nubes que anunciaban tormenta y el humo negro, el sol se ocultaba a la vista. Si hoy lloviese a raudales, si no fuera el simple aguacero característico de la estación, la ciudad aún tendría alguna oportunidad de salvarse.

Doce horas hacía que se había declarado el gran incendio. Un incendio que se había expandido tanto por los barrios humildes como por lo más lujosos, donde grandes llamas se elevaban sobre algunas de las mansiones más fastuosas. Y, con relación a las cinco mil casas de madera, sobre la mayoría pesaba la amenaza del fuego.

Una de las primeras consecuencias del incendio era que había entorpecido el pillaje. Por eso muchos habían decidido explorar las aldeas vecinas apresando fugitivos, haciéndose con botines de sangre, y como ya el Duque había imaginado, todos ellos estarían entrando y saliendo de la ciudad durante los próximos días. Morgan, al corriente de los planes que abrigaban algunos de hacerse a la mar con las ganancias que fueran acumulando, había hecho quemar las naves que quedaban en el puerto.

No era de extrañar, pues, que la noche hubiera sido muy ajetreada, y por si fuera poco, acababan de decirle a Lefthand que uno de sus hombres estaba malherido. Lefthand pensó en la muchacha que ocupaba todos sus pensamientos y le dio un vuelco el corazón. Fue imprescindible estar frente al desventurado y reconocer sus facciones para que un alivio cálido, como un licor fuerte, le corriese por las venas. Al comprobar que no se trataba de Elena, su congoja se disipó suavemente.

—¡Por Júpiter! Te espero en la Gran Plaza —dijo un excitadísimo Morgan, que había ordenado que trasladasen al palacio al herido, aferrando al español por el brazo—. Y recuerda, sé breve. Tenemos que aprovechar cada hora... ¿comprendes, amigo mío?

Lefthand entró en el aposento y cerró la puerta tras de sí. Los cortinajes estaban echados y había tan solo una vela. Al acercarse vio al pobre hombre tumbado en el lecho, bocarriba. Tenía los ojos cerrados. Los brazos, por fuera del embozo de la sábana, estaban cubiertos de vendajes.

Apreciaba a ese hombre despistado y estudioso, y recordaba que gracias a él y a sus libros se habían hecho con el botín de la trata de negros. Cogió una silla y tomó asiento junto a la cama. El licenciado Padilla despegó penosamente los párpados.

—¿Qué hacías en el Cabildo, muchacho? —dijo Santa Cruz.

—Capitán. Buenos ojos... os vean. Revisaba documentos... Antiguos documentos que se perderán.

—¿Revisabas documentos? ¿No piensas tomar parte en el saqueo de Panamá?

El licenciado Padilla pareció absorto en sus pecados, como un hombre al borde la muerte.

—Solo quería ver mundo —dijo en un hilo de voz—. Ver... vivir lo que tanto había leído en los libros.

—Y puedes jurar que te queda cuerda para rato; pero da gracias de que algunos te reconocieran antes de caer.

—Qué mala suerte —se lamentó con voz apagada—. ¡Todos los pergaminos quemados!

Le resultaba muy penoso molestar a ese hombre en su lecho de dolor, pero no quedaba otro recurso. Llevaba días con la idea en la cabeza, pero la oportunidad no había llegado hasta ahora. Y ahora, en fin, no podía resistirse a preguntarle. El pobre se había pasado las últimas horas entre documentos y libros mientras la ciudad era pasto de las llamas. De milagro había salvado la vida.

—Tengo una pregunta que hacerte. —Y puesto que no sabía cómo abordar la cuestión, se decidió por la fórmula más directa—: ¿Qué sabes del tesoro de la Dama del mar?

Su respiración era pausada. Gradualmente, los ojos del herido se reanimaron.

—¡La Dama del mar! —suspiró el licenciado Padilla. Estuvo un rato callado, con la mirada extraviada, en otro mundo. Después, las palabras fueron brotando de sus labios—: ¡La Dama del mar! El gran misterio fue siempre dónde... dónde estaba el país... su reino. ¿En Sudamérica? ¿En el istmo? Porque, por lo que hace al tesoro, algunos no dudaron que era real, pero... pero las grandes preguntas persistían: ¿Cuál era ese país? ¿Dónde estaba la laguna en la que se arrojó el oro durante años? Según parece, una expedición de soldados españoles dio con la laguna, y únicamente uno de esos... de esos soldados vivió para contarlo...

—¿Y la leyenda?

—«Solo... solo un casco de plata de sangre limpia... solo el hijo que se sacrificó por su padre lo hará». Así... dice. Sí, ese fragmento literal es el más enigmático de una hermosa y triste leyenda —dijo cada vez más fatigado.

Lefthand se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Qué significa «casco de plata»?

El licenciado tragó saliva y despegó los labios.

—Español... Significa español. «Cascos de plata» llamaban los nativos a los... a los... primeros conquistadores españoles. La sangre limpia hace referencia a que no estará mezclada con sangre... extranjera.

—Ya —dijo Lefthand, que se quedó pensativo. Al cabo de unos segundos, hizo un nuevo intento—: Y, ¿qué significa «el hijo que se sacrificó por su padre lo hará»?

¿A qué se refiere, muchacho?

Los ojos del estudioso irradiaban buen humor. Era la mirada de un niño al que se le interpela sobre su juego predilecto.

—No lo sé... Quién puede saberlo, capitán. Sea quien sea el elegido, se refiere a descubrir el tesoro... supongo —dijo—. Lo que nos llega... son ecos de... de las leyendas originales... La tradición oral es solo un pálido... reflejo de lo que ocurrió... Los libros no dan mucha luz —continuó el licenciado Padilla, que acusaba los efectos del narcótico—. Y esa laguna del oro... quién sabe dónde se encuentra exactamente, capitán. Lo que yo creo es que se trataba de un tesoro único, grandioso, ¿sabéis?... El tesoro de todo un pueblo... que amaba a su reina, a la Dama del mar.

—Descansa, muchacho. —Lefthand se dispuso a levantarse al ver que el hombre hacía esfuerzos denodados por no dormirse.

—«Pruebas» —dijo el licenciado a media voz.

—¿Cómo?

—Esa... esa es la palabra que se repite en todas las variantes de la leyenda. Y... estoy seguro de que se refiere al tesoro. «Pruebas».

—¿Pruebas?

—Durante años... los estudiosos se preguntaron a qué se refería... La tradición quería ver ahí un rito de inicio... un paso simbólico de una edad a otra; pero yo, capitán, estoy seguro de que es algo más concreto... Todos los caminos llevan a... a la misma encrucijada. «Pruebas»... no pueden ser más que... trampas.

—Que me ahorquen si te entiendo.

—Trampas que los guardianes de la Dama del mar se encargaron de poner... Trampas para evitar que los saqueadores hicieran su trabajo.

—¡Guardianes! Pero, qué me estás diciendo, muchacho —replicó Lefthand, bastante más confuso que al principio.

—Capitán, los... los guardianes del tesoro fueron los descendientes de la Dama del mar. Protegieron el oro con su vida durante generaciones. Se distinguían... se distinguían del resto por su tatuaje... Un tatuaje de una estrella de cinco puntas. Era la estrella real.

—Pero —dijo Lefthand, seguro ya de que el narcótico le hacía disparatar—, ¿tú crees que el tesoro existe?

—¿Seguro? No sé... Creo... En... en algún lugar del istmo... Sí, capitán. Lo creo. Las leyendas... siempre me han parecido más reales que la propia vida. —Y para extrañeza de Lefthand, le cogió una mano y se la apretó—. En... en el fondo —terminó diciendo con voz delirante—, la leyenda es una maldición... Así lo entiendo, pues... pues quién sabe qué desgracias abrumarán al que persiga el tesoro sin ser el elegido...

Y como el narcótico ya desplegaba todos sus efectos, Lefthand le soltó la mano, apagó la llama de la vela y salió del dormitorio sin hacer ruido.

Poco después, Lefthand y tres de sus hombres, dos de los cuales eran los más fuertes y voluminosos del ejército, y el tercero, uno de los más ágiles y menudos, se reunieron con Morgan en la Gran Plaza. El propio Morgan había reclamado a Lefthand la colaboración de esos tres con la misma naturalidad de un comandante que reclama la presencia de tres de sus propios hombres. Eso sí, tenían que venir los tres juntos, porque por separado no eran más que tres nulidades.

En la Gran Plaza estaba ubicada la Casa del Cabildo, en cuya puerta pocas horas antes, alguien había visto desplomarse al licenciado Padilla con las ropas chamuscadas, y la catedral. Era esta una magnífica estructura de mampostería, con una torre campanario de tres cuerpos coronada por una soberbia cúpula esférica. Y la cúpula, que la luz del sol poniente hacía relumbrar a distancia, estaba revestida de ladrillos de cerámica vidriada en tonos ámbar. Al menos por fuera, estaba intacta. El fuego no había hecho mella en las piedras.

Respecto a la Casa del Cabildo, el incendio estaba casi sofocado, y un humo oscuro aún salía por sus balcones envolviendo la Gran Plaza. Un poco hacia el norte, dos edificios monumentales, la Casa del Obispo y el convento de Santo Domingo, ardían como tantos otros.

Cuando llegaron la Gran Plaza estaba vacía, aunque llena de humo. Las nubes anunciaban la bendición de la lluvia y, con suerte, la extinción del gran incendio. Melquíades, Blas y Ginés llevaban zapapicos colgados del hombro, antorchas y morrales con agua, cuerdas y vituallas. Morgan miró a un lado, luego al otro, se echó para atrás el tricornio y, suspirando, murmuró:

—¡Adelante!

Echó a andar hacia el templo, empujó las dos pesadas hojas de la puerta principal, y una vez en su interior, ordenó cerrarlas.

El ambiente era lóbrego; el aire, espeso. Olía a pólvora como en una cubierta de batería en plena batalla. Había tres ventanas por cada lado que dejaban pasar la luz exterior, pero al ser pequeñas y la luz muy tenue, no había mucha claridad.

Morgan pidió una antorcha y avanzó hasta situarse frente al altar, donde se puso de manifiesto que los piratas habían hecho de las suyas. La iglesia aparecía expoliada; y en cuanto a lo más valioso, el retablo con su oro y sus piedras preciosas, se decía que los españoles habían logrado llevárselo en el galeón que había huido con muchas de las joyas de Panamá.

Aun así, los desperfectos eran cuantiosos. Y resultaba muy evidente que se había hecho detonar una buena cantidad de pólvora ahí dentro. La razón era un enigma. Podía ser por simple juego (las diversiones de los piratas tenían mucho que ver con la pólvora), o más bien, por descargar su frustración y su ira al ver que el maravilloso retablo había volado; pero el intenso olor y los gravísimos desperfectos de las paredes, algunas de las cuales estaban negras, probaban las bárbaras actividades a que se habían entregado los hombres de Morgan.

Enseguida el almirante se volvió hacia la derecha, pasó a la nave lateral y, antes

de lo que cuesta describirlo, la recorrió con su propia antorcha de punta a cabo. Primero en un sentido, y luego en el otro.

En la nave de la derecha, separada de la nave central por doce pilastras contadas, había una pequeña capilla, y además, un montón de lápidas al nivel del suelo. En las lápidas, que consistían en piedras toscas y no demasiado planas, figuraban inscripciones en latín. Salvando la puerta de barrotes que daba entrada a la capilla, los sepulcros recorrían todo el muro.

Al rato, Morgan se acercó a Lefthand, que permanecía en medio de la nave lateral con Melquíades y los gemelos. Se sacó el tricornio, dejó al aire el pañolón rojo que le ceñía la cabeza, y después de secarse el sudor de la frente, gritó blandiendo el tricornio en dirección al muro:

—¡¡Aquí debería estar!! ¡O no sé leer, o el mapa se refería a «la tumba»!
¡Maldición! ¡Y aquí hay nada menos que veinte tumbas!

Lefthand, a quien se le demudó la cara del asombro, solo acertó a decir:

—Ciertamente, creí que no sabíais leer, Henry.

—¿Eh? —bramó el almirante, pero enseguida le vino a la mente la carta de la hija de Exquemelin y el episodio del ultimátum. Pillado por sorpresa, esbozó la semisonrisa que le hacía entrecerrar el ojo, y repuso como al descuido:

—Bah, solo cuando la necesidad lo requiere, muchacho. —Lefthand, que había creído el embuste a pie juntillas, y recordaba tanto la carta de Elena como el supuesto ultimátum, con el infame contenido del Duque, hizo un esfuerzo de voluntad para serenarse. Porque, si Morgan sabía leer, por fuerza conocía la identidad de la joven y su decidido propósito de rescatar a su padre—. Os digo que se refería a una tumba. ¡Una sola! ¡No veinte! ¡Por Júpiter!

Entretanto las cosas se precipitaron. Los dos gemelos, por entretenerse o comprobar la solidez de las piedras, o vaya uno a saber por qué oscura causa que ni siquiera Melquíades adivinó, se pusieron a dar palmadas en el muro. Bien la providencia los señaló como agentes del destino, o (esto es seguro) la pólvora había hecho tanto daño a la estructura como a simple vista parecía. El caso es que de pronto, un temblor, un crujido en lo alto, un murmullo de piedras que retiemblan se oyó desde algún lugar en las alturas, y como si el peligro consistiera en algo esférico, bajó rodando de manera inexorable.

Melquíades llegó justo a tiempo de apartar a los gemelos cuando un tramo superior de muro, justamente allá arriba, se desmoronó con su correspondiente techumbre. Luego, como una cadena de naipes, las últimas hileras de la fachada lateral arrastraron un mampuesto tras otro. A continuación, porciones enteras de muro se fueron derrumbando con estruendo, hasta que entre grandes nubes de polvo, el cataclismo cesó tan repentinamente como había comenzado.

Como desde hacía horas los derrumbes eran constantes y rutinarios en Panamá, la poca gente de los alrededores hizo caso omiso. Por lo que hacía a Lefthand y los demás, cuando el polvo se disipó, se enfrascaron en la tarea de limpiar las lapidas. A

muchas tuvieron que sacarles de encima las piedras que se habían desprendido. Por suerte, los mampuestos no eran de gran tamaño y la fuerza de los gemelos decuplicaba la de un par de hombres corrientes. En resumen, a marchas forzadas y en poco más de una hora, el panorama se había despejado bastante. Pero no habían previsto que las nubes descargasen.

No se trató más que de un breve aguacero, propio de la estación, y fue lamentable que no tuviera el menor efecto sobre las llamas que devastaban Panamá. Sin embargo, lo que saltaba a la vista eran los efectos más visibles del derrumbe. La mayoría de los sepulcros estaban agrietados o astillados, y el agua de lluvia, enlodazándolo todo, rebosaba en las anfractuosidades de las lápidas y se colaba por sus grietas y fisuras.

—Se entra por una de ellas —dijo Morgan—. Se entra por una de las tumbas. Así que, ¡maldita sea! ¡Habría que ir picando las lápidas de una en una!

De súbito, en medio del fango que envolvía tanta ruina, se oyó decir a Melquíades con voz estupefacta:

—¡Esto es bien curioso!

—¿Y qué diantres ocurre ahora? ¿Qué es lo que es curioso, animal? —gritó Morgan desde otro lado.

—Este sepulcro —dijo Melquíades, que tenía el oído más fino que un murciélago—. Por aquí se oye raro.

Morgan se abalanzó seguido de Lefthand. La lápida estaba resquebrajada, como muchas otras, pero si se escuchaba atentamente, el ruido del agua al escurrirse por la enorme grieta era digno de reflexión. Se trataba de una especie de eco, como si el agua goteara sobre una superficie subterránea y vacía.

El almirante ordenó a los gemelos que picasen. Blas y Ginés se pusieron a ello y, al poco rato, estaban bañados en sudor. A medida que picaban, saltaban chispas y esquirlas. Con lentitud exasperante, la piedra cedió más y más. En la lápida se fue abriendo un pequeño boquete, y el boquete se fue haciendo cada vez más amplio hasta que se hizo posible introducir una antorcha.

Cuando un frenético Morgan empujó a los gemelos e introdujo la tea para echar un vistazo, enseguida clavó los ojos en Lefthand y prorrumpió en una risa estrepitosa.

—¡Es un túnel! —dijo haciéndose oír—. ¡Un túnel que se adentra en la tierra!

LAS GRUTAS

EL ACCESO QUE OCULTABA LA LÁPIDA era similar a la boca de un pozo común. No tendría más de tres o cuatro pies de diámetro, pero en apariencia, el túnel se hundía en un oscuro abismo, pues la antorcha no alcanzaba a alumbrar el fondo. Su interior estaba revestido de viejos bloques de piedra renegridos y muy gastados.

Morgan hizo descolgar al pequeño Melquíades atado a un cabo que sujetaban Blas y Ginés. Al llegar al fondo, el mayor de los hermanos anunció que la profundidad no superaba las ocho o diez varas, y que con el auxilio del cabo, se podía bajar fácilmente. Morgan consintió en que se amarrase el extremo de la cuerda, mandó delante a los gemelos y por último bajaron los dos capitanes.

Una vez abajo, resultó fácil comprender por qué, a pesar de lo angosto que era, cabían todos ahí dentro. El foso se abría a un pasadizo de rocas que se internaba en las entrañas de la tierra. Una galería estrecha y tortuosa, de terreno accidentado, por donde empezaron a avanzar con prudencia.

A excepción de Melquíades, ninguno podía erguirse del todo. Así pues, avanzaban con mucha calma, ya a derecha, ya a izquierda, salvando escalones y desniveles que no eran obra de brazos humanos sino fruto de constantes erosiones. El pequeño Melquíades seguía delante con una antorcha, Morgan a continuación con la segunda, y Lefthand con la tercera, seguido de Blas y Ginés.

Conforme avanzaban, pero de forma que no pasó inadvertido a nadie, la galería fue haciéndose más amplia y, aunque marchaban de uno en uno, poco después ya podían andar erguidos. Y no solo eso. Otros cambios notables se sucedían.

Los tramos rectos se hacían más prolongados y numerosos, y por momentos, el subterráneo discurría en declive ascendente. Las rocas de las paredes y el techo presentaban formas caprichosas, como esculpidas por el brazo milenario del tiempo, y sus colores variaban de tonalidad con una frecuencia cada vez más acusada. La humedad era sensiblemente mayor que al principio. Aparecieron carámbanos y extrañas formaciones de estrellas y erizos colgados del techo que brillaban con destellos de cristal, todos de un blanco tan purísimo, tan impoluto como el blanco de las nieves perpetuas.

Ahora Lefthand y Morgan caminaban en cabeza, hombro con hombro, a tal punto se había agrandado el pasadizo, cuyos tramos ascendentes, sin confusión posible, abundaban tanto como los descendentes.

—¡Condenación! ¿Has visto paisaje igual en los días de tu vida, Lefthand?

—Jamás. Os doy mi palabra —dijo fascinado el español.

—Y esto es solo el principio. Lo presiento.

Llevarían una hora de camino cuando el grupo llegó a una encrucijada.

La galería desembocaba en una pequeña caverna que, a su vez, se bifurcaba en

dos concavidades. Quedaba claro que si querían seguir adelante había que elegir entre los nuevos pasadizos; pero cuál de los dos elegir era el dilema.

Morgan y Lefthand se metieron primero en la gruta de la izquierda y después en la de la derecha. De ambas salieron desalentados. Las galerías volvían a ser penosamente estrechas, y además, no había una sola pista que indujese a decantarse en favor de una u otra.

—¿Y ahora qué? —preguntó por fin Morgan mirando fijamente a Lefthand.

Melquíades, cuyo sentido de la vista y el oído eran proverbiales en el *Príncipe del mar*, se adentró por su cuenta en uno de los túneles. Poco después, en el otro, y por último, volvió a internarse en el primero, por donde avanzó solo. Regresó al cabo de un rato con una sonrisa de inteligencia.

—¡Por aquí corre un manantial subterráneo! —dijo—. ¡Y el rumor del agua solo se escucha en el túnel de la izquierda!

—¡Truenos! Vales tu peso en oro, muchacho —dijo Morgan—. ¡Así me aspen ese túnel nos conducirá en la misma dirección que sigue la corriente!

Tomaron por allí. Otra vez encorvados, andaban con la vista fija en los pies y en las escabrosidades de las rocas. Y otra vez el pasadizo, que ascendía y descendía sin pausa, con múltiples escalones y desniveles, era de una estrechez claustrofóbica. Lo más alentador era que, si uno se paraba a escuchar, con frecuencia se oía la corriente de agua subterránea. Lo peor, que la fatiga empezaba a hacer mella en todos. De repente se dieron de bruces contra un obstáculo imprevisto.

Ocurrió que Lefthand, que ahora iba en cabeza, se disponía a salvar un escalón de roca lisa y bordes redondeados pero de un desnivel peligroso, cuando al acercar la antorcha, descubrió que el pasadizo acababa ahí. Es decir, no acababa ahí, o al menos no había manera de asegurarlo, pero era evidente que una roca frenaba el avance y cerraba a cal y canto la galería.

Morgan se acercó. Lefthand y él estudiaron la roca. Sin ser muy grande, su aspecto era de una solidez a prueba de zapapicos y estaba atascada de tal forma que moverla no se diría lo más sencillo del mundo. A todas luces, en algún pasado remoto, había estado unida a la bóveda, donde aún eran visibles las huellas del desprendimiento. Para colmo, debía de obstruir una oquedad pequeña, tanto que por allí, siendo optimistas, solo podrían deslizarse de uno en uno, y eso con muchas dificultades y siempre pensando que la roca no constituyera un obstáculo insalvable.

Morgan y Lefthand tiraron juntos, pero sin éxito; así que el almirante optó por un plan de urgencia. Blas y Ginés salvaron el desnivel y reemplazaron a sus jefes. Los gemelos, que se abrazaron a la roca, pusieron a contribución lo mejor de sí mismos, pero ni aun así cedió una sola pulgada. A la segunda tentativa, si no lograron desplazarla, como poco retembló toda ella. Este triunfo redobló el ímpetu de los gemelos y el ímpetu redobló sus fuerzas. Por fin la roca consintió en moverse y, tras un nuevo y prolongado esfuerzo, el camino quedó expedito de una vez por todas.

Vieron que estaban ante un boquete que daba a la más negra de las oscuridades y

por donde, se mirase como se mirase, los gemelos no podrían meterse más que a presión. Sin embargo, antes de que a Lefthand le diera tiempo de introducir la antorcha y ver lo que les esperaba al otro lado, un fragor agudo, ululante, que procedía y se originaba en todas partes, empezó a ganar intensidad. Como los vientos de una galerna que vuelven a los hombres sordos a todo lo que no sean sus demandas, voló hacia ellos, los rodeó, los envolvió con sus alas invisibles azotándoles sin misericordia los oídos, igual que lo harían cien turbulencias, y a continuación, una vorágine ciega se abatió sobre ellos derribándolos.

El Duque asomó la cabeza, recogió el cabo que se descolgaba por dentro de la fosa que había en el sepulcro, y tras medirlo a ojo, dictaminó:

—Diez brazas, a lo sumo. —Tenía una antorcha en la mano. Definitivamente había cambiado las ropas de barón de Montenegro por un atuendo más práctico—. No creo que tengas dificultades para bajar —habló en voz alta—. Aun así procura hacerlo con cuidado. La profundidad tampoco es excesiva. Habrá poca luz. De todas formas, se trata solo de llegar al final de la cuerda. ¿De acuerdo? Una vez abajo, tiene que haber un pasadizo o me estoy volviendo loco. Ellos bajaron antes; de modo que el pasadizo debe de estar ahí, en esa negrura, si no habrían recogido el cabo. —Miró al frente con la mirada baja y prosiguió—. ¡El tesoro de la Dama del mar! ¡Llegó la hora! —proclamó empuñando el extremo de la cuerda—. ¡Descendamos a los infiernos de la catedral! Ilustremos a Henry Morgan sobre la ralea del español en quien confía, ¿no opinas como yo? —Y cortando las ligaduras de su rehén, le puso el cuchillo en la garganta y le rozó el oído con los labios—: ¿Escuchas cuando te hablo, zorra? La culpa es del español. Si no te hubiera besado en plena calle, no te verías en este trance, ¿hum?

Se oyó una respiración entrecortada. Elena levantó los ojos y lo miró desde muy cerca.

—Lefthand te matará por esto.

El Duque envainó su cuchillo, sonrió y, sujetándole con una mano la cara, sin decir una palabra más alta que otra, agregó:

—Escúchame, muchacha. Hace veinte años, ese a quien llamas Lefthand destripó a todo un comodoro de la Armada inglesa. Lo mató a traición, como solo cabe esperar de un piojoso. Ese comodoro inglés era mi padre. Conmigo no tendrá tanta suerte. Puedes estar bien segura.

Y a continuación, la hizo bajar hasta las profundidades del pozo.

Apenas las bandadas de murciélagos los hubieron sobrepasado (pues una vez superados los primeros instantes de confusión, resultó que no eran más que repugnantes murciélagos), perdiéndose en las profundidades con su coro de chillidos

y su batir de alas velludas, Morgan y los demás se metieron por el boquete. No sin dificultades, uno tras otro se fueron descolgando por una pared vertical que estaba a unos cinco o seis codos del suelo.

Lo que abajo les esperaba colmó las esperanzas de unos, y a la vez, defraudó las de otros.

Ante sus ojos se extendía una caverna no muy espaciosa pero que superaba en hermosura todo cuanto habían contemplado hasta ahora. De los techos colgaban formaciones de piedra a cada cual más sorprendente. Los carámbanos blancos reverberaban a la luz de las antorchas, y a veces se fundían con formaciones que brotaban del suelo para formar columnas deslumbrantes. Las rocas eran de colores tan diversos que los ojos no se cansaban de mirar, y por un lado, corría un pequeño torrente de agua cristalina que desaparecía más allá formando una cascada.

Al ver que aún les quedaba camino por delante, pues la legendaria laguna no aparecía por ningún lado, Morgan ordenó que hiciesen una parada a fin de recuperar fuerzas y renovar las provisiones de agua.

Ambos capitanes tomaron asiento en unas rocas, a distancia de los subalternos.

—Bebe. Te dejaré como nuevo. —Y ofreciéndole su cantimplora de *whisky*, Morgan se echó un poco hacia atrás el tricornio—. El colgante con forma de estrella que siempre llevas encima —dijo palpando el talismán que pendía del cuello de Lefthand—, ¿tiene alguna significación?

—Me lo dio una mujer en Tortuga. Dijo que me daría suerte.

—¡Igual que mi guinea! —subrayó Morgan—. Seguro que tendremos la fortuna de cara. —Lefthand bebió un trago y apretó los párpados. El *whisky* era recio como había probado pocos. Pasaron unos segundos. Morgan llevaba los silencios con tan poca presencia de ánimo como los momentos de soledad—. Y dime muchacho, ¿cómo te metiste en esto?

—¿Qué queréis decir con esto?

—Al oficio, me refiero. A la piratería.

El español le devolvió la cantimplora al almirante.

—En España no había trabajo para un niño con la mano inválida, Henry. Y mi madre era viuda. Aprendí a manejar la espada con la izquierda antes que a otra cosa.

—¿Una espada como la que llevas? Déjame echarle un vistazo.

Lefthand desenvainó su sable.

Morgan lo empuñó con delicadeza, con fruición. Pasó un dedo por su hoja como acariciando unos labios de mujer.

—¡Espléndido acero! ¡Flexible y resistente como no he visto otro igual! ¿Es toledana esta maravilla?

—Así es.

—¡Por Júpiter! He oído decir que solo el acero de Damasco se le compara.

—Y quien lo ha dicho no miente, Henry. No son espadas como las otras.

—Sin ninguna duda, este hierro lo demuestra —opinó Morgan. Seguidamente,

leyó la inscripción del filo: «Pertenezco al Caballero de la negra estampa», y sin hacer más comentarios, le devolvió el arma a su dueño.

—En fin, ya veo que las desdichas te empujaron.

—Me empujó mi país. Una nación que maltrata a sus hijos.

—Es difícil contestar a eso, muchacho.

—¿Y vos? —dijo Lefthand tratando de desviar la atención hacia el almirante—. ¿Por qué os dejasteis arrastrar?

—¡Ah, ese es el quid! —dijo Morgan encantado de absorber el protagonismo—. No me dejé arrastrar. Elegí esta vida porque odiaba el poder. Aunque no obtuviese gloria o botín, habría pagado por ser amo de mí mismo.

—¿Y creéis que valió la pena, Henry?

—¡Mal rayo me parta! Ser libre y volver la espalda a la rutina siempre vale la pena. Dame una playa de arenas bien finas, una botella de ron y una hermosa mujer al lado, y tendrás a tu amigo Henry feliz. Y, eso sí, fondeado no lejos de la playa, siempre a la vista, mi *Ganymede* esperándome. La misma visión del paraíso que tenía *sir* Walter Duncan.

—¿*Sir* Duncan? Vaya. Y, ¿cómo sabéis eso?

—Pues porque fui su amigo. ¿Cómo si no iba a conocer el lugar de su tumba y el nombre bajo el que se pudrían sus huesos? —Y poniendo cara de recordar, enarcó una ceja y declaró—: Angelica Morgan (1604-1666). Jo, jo, jo. No solo los años coinciden con el viejo Duncan.

—¿Estáis hablando en serio? —preguntó Lefthand, pues lo que menos podía esperarse era semejante revelación.

Morgan cogió la cantimplora y bebió a su vez.

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida —dijo—. Walter Duncan fue quien me enseñó todo lo que sé sobre barcos. Corsario con la cabeza tan bien puesta he conocido pocos. Jo, jo, jo. ¡Brindo por su memoria! —Y se echó otro trago al colete.

Lefthand aguardó a que el almirante cogiese carrerilla:

—Tenía nueve años cuando soplaron malos vientos —dijo, y arrojando al aire su moneda de la suerte, la atrapó casi enseguida—. Fui secuestrado en Bristol por unos traficantes. Me metieron en un barco igual que un tonel de salmuera y me vendieron como sirviente en Barbados. Fui esclavo de un plantador. Cuando logré huir me enrolé en el barco de Duncan. —Hizo un alto y bebió un trago largo de *whisky*. Luego exhaló una bocanada de aire estruendosamente y continuó—: Y, ¿quieres que te diga algo? No me arrepiento de nada. Bueno, sí... De no haber tenido hijos... Y de haberme casado con «esa». ¿Te he dicho ya que no puede concebir? Eres un tipo afortunado. Lo digo por tu hija. Siempre imaginé un cuarto precioso, de ricacho, con olor a lavanda y sábanas de seda, solo para mi hija —dijo con una mirada de melancólico misterio—. Me veía arropándola y contándole cuentos, todo eso. ¿Comprendes?

—No sabía que deseais tanto ser padre.

—Cuando era más joven una niña me hubiese hecho feliz. Todavía hoy veo una niña y se me van los ojos... Entiéndeme cuando digo esto, muchacho... Oye, ¿en qué estás pensando? —preguntó Morgan.

—Pensaba que los hombres empiezan a estar asustados en este laberinto de rocas —dijo paseando la vista por la gruta—. ¿Creéis que nos queda mucho?

—¡Esos barbianses son piratas de agua dulce! —dijo Morgan, hurgando en su morral y como agradecido por cambiar de tema—. Y ahora, pon atención. Quiero enseñarte algo —exclamó blandiendo una funda de piel—. Aquí lo tienes. ¡El mapa del Corsario sin cabeza! El mapa que compró *sir* Duncan al descendiente del único soldado de Ursúa que salió de aquí. —Y sacó amorosamente el contenido de la funda, sin desplegarlo. Por fuera se trataba de un pergamino sucio y quemado. Lefthand ni siquiera se atrevió a cogerlo—. ¡Adelante, muchacho! —le animó con los ojos relucientes—. ¡Coge en tus manos el mapa del tesoro! ¿O es que te falta valor?

Lefthand tomó el pergamino.

—Cuando el viejo Duncan conoció a ese familiar del único superviviente de la expedición de Ursúa —siguió diciendo Morgan—, ese pobre hombre no era más que un vejstorio, una piltrafa, un mendigo que sacaban a patadas de las tabernas y que contaba viejas historias. El hecho es que le vendió un mapa a Duncan. Dibujado y anotado según él, por su antepasado. El mismo mapa que tienes ante tus ojos.

—Y, ¿seguís confiando en que nos conduzca al tesoro de la Dama del mar?

—No me preguntarías eso si hubieras conocido al hombre —dijo Morgan, que se sacó el tricornio y luego el pañolón con el que se enjugó la frente—. El bueno de Duncan era un tipo cabal. Si decía blanco, tenía sus buenas razones, y si decía negro, puedes apostar a que no había un negro más oscuro en mil leguas a la redonda. ¿Me sigues?

—Por ahora, eso creo.

—Bien —dijo el almirante volviéndose a anudar el pañuelo a la cabeza—. Si Duncan creía que este era el mapa que conducía al oro de la Dama del mar, es porque era auténtico. —Morgan le dio una fuerte palmada en la espalda y continuó—: Yo conocí la pasión de ese tipo por la leyenda. Le persiguió toda la vida; pero del dichoso mapa no oí hablar hasta pasados muchos años, cuando ya habían ejecutado a Duncan en Inglaterra. Se corrió la noticia de que habían robado su cadáver y, de conformidad con su juramento, lo habían enterrado con el mapa.

—Pero ¿cómo supisteis dónde estaba enterrado?

—Paso a paso —dijo Morgan recolocándose el tricornio—. No hace falta ser muy agudo para saber que pagó para que robaran su cuerpo y lo enterrasen en un sitio exacto, con el pergamino.

—¡La tumba desconocida de *sir* Duncan! —dijo Lefthand—. Y sin embargo vos, ¡la conocíais!

—Espera, espera... Vivió y murió peleado con su familia. Pero a la postre, no se

fue muy lejos. Quiso ser enterrado en su tierra natal. En Devonshire. En una pequeña tumba con un nombre falso, a solo unas leguas de la mansión familiar. Como ves, lejos pero cerca de una familia que no creyó en sus fantasías y lo tomó por loco.

—Me tenéis en ascuas, Henry —dijo cogiendo la cantimplora—, ¿cómo supisteis que estaba enterrado allí?

—¡Por Júpiter! Pues porque él me lo dijo.

—¿Su fantasma? —preguntó Lefthand después de beber.

—El aire de aquí abajo te está afectando el caletre, muchacho. El pobre Duncan siempre me decía: «Henry, muchacho, si algún día la diño, quiero que me entierren de incógnito, en Devonshire, en la planicie del acantilado del muerto, mirando al mar». Y te repito que Duncan era un hombre que no decía las cosas por decir.

—¿Y Angelica Morgan?

—Hum, Angelica Morgan... —dijo el otro con aire soñador y, cerrando la cantimplora que le dio Lefthand, se la echó al hombro—: Medio en broma medio en serio, había elegido ese nombre en mi honor. Sí —llenó el pecho de aire—, era el nombre que me hubiera gustado ponerle a mi hija. —Sorbió por la nariz y, poco después, dijo de sopetón—: Y ahora, ¿piensas tenerme aquí todo el día sin mirar el mapa?

Lefthand desplegó de una vez el pergamino amarillento. Contenía un plano muy rudimentario del centro de Panamá. En la catedral, aparecía borrosamente dibujada la nave de la derecha, y justo ahí, había unas letras escritas en castellano: «La tumba».

Por debajo del mapa, figuraba una frase garabateada también en castellano que decía: «Solo un casco de plata de sangre limpia, solo el hijo que se sacrificó por su padre lo hará». Y al final de todo, una sola palabra: «Pruebas».

—Todo esto, ¿lo escribió el hombre de Ursúa, el que huyó de aquí abajo?

—¿Y quién si no?

—¿Qué significa la frase? —preguntó Lefthand haciéndose el tonto, pues recordaba punto por punto las explicaciones del licenciado Padilla.

—Bueno... —dijo Morgan sagazmente—. Estando como está en tu idioma, esperaba que tú me lo dijeras.

—Según parece —repuso Lefthand poniendo bocarriba alguna de sus cartas—, «cascos de plata» era el modo en que llamaban los indígenas a los primeros conquistadores españoles.

—¡Por Júpiter! ¿El dichoso «casco de plata» sería... un español? —preguntó Morgan afectando extrañeza.

—Eso creo. Un español sin rastro de sangre extranjera —dijo Lefthand llevándose la mano a la barbilla.

—¡Truenos! ¿Y el resto de la frase? —preguntó Morgan con tal cara de ingenuo que hubiese hecho dudar a cualquiera de que lo sabía.

—No tengo ni idea —contestó Lefthand con sinceridad.

—¿Y esto? —preguntó el almirante señalando la palabra final con la uña sucia de

su índice—. ¿Qué te sugiere?

—Pruebas... Pruebas... Está claro que se refiere a algo que hay que superar.

—¡Continúa! —dijo Morgan con ansia temblorosa.

—Y puede que... para superar lo que quiera que sea, haya que demostrar alguna clase de aptitud, ¿no os parece?

—Hum, hum —dijo Morgan guiñando un ojo—. Continúa...

—Solo puede referirse a trampas.

—¿¿Trampas?? —preguntó Morgan mitad ofendido mitad horrorizado—. ¿Qué estás queriendo decir con eso?

—Estoy en blanco, Henry. Trampas de algún género. Trampas que hay que superar de algún modo.

Morgan se levantó, se sacó el tricornio, se rascó la cabeza y dijo:

—¡Ahora lo entiendo! ¡Por eso solo uno volvió!

Lefthand frunció el ceño y, como movido por un resorte, dio un salto y se puso en pie.

—¿Qué habéis dicho?

—Que ahora por fin está claro.

—¡No, no! Después de eso. ¿Qué habéis dicho después de «ahora lo entiendo»?

—¡Maldición! Me estás poniendo nervioso, muchacho. —Se caló el tricornio—. He dicho... ¿Qué he dicho? Que ahora entendía que solo hubiese vuelto uno de los hombres de Ursúa. ¡Porque los demás perdieron la vida aquí abajo, por causa de las trampas o las pruebas o maldito si sé lo que estoy diciendo!

—«Solo uno volvió». Eso es lo que habéis dicho. «Solo uno volvió» —dijo Lefthand, e intentó recordar aquello que le habían invitado a aprender, aquello que no debía permitirse olvidar.

—Sí, eso he dicho, muchacho —dijo Morgan mirándolo como a un espectro—. Solo uno volvió de la expedición de Diego de Ursúa. ¿Y qué?

Pero ni en sueños Morgan habría imaginado que Lefthand hubiese dado años de vida por recordar ese poema. Un poema que una prostituta india le había recitado en un viejo desván de una casa destartada, un poema que concluía con el único verso que, por desgracia, era capaz de recordar: «Porque solo uno volvió».

PRUEBAS

DESPUÉS DE DESCANSAR y renovar las provisiones de agua, siguieron adelante. Dejaron atrás el arroyo y el pequeño salto que formaba antes de perderse en la tierra por una gran hendidura. Por ahora, y esto era lo único seguro a tenor de las brújulas, seguían dirección norte.

Se internaron por un subterráneo anchuroso de paredes graníticas, techos sobrios, rocas húmedas y suelos escarpados, que avanzaba horizontalmente y que, a diferencia de la gruta, carecía de majestuosidad.

Progresaron durante un tiempo incalculable, pues habían perdido toda conciencia del mundo exterior. Melquíades, Blas y Ginés, que cerraban el grupo con la tercera antorcha, iban callados como muertos, y en cuanto a Lefthand, caminaba como empujado por una necesidad íntima, esforzándose en traer a la memoria los versos olvidados. De vez en cuando se le escapaba algún bisbiseo, pero hasta ahora su tesón no había dado frutos.

Por su lado, Morgan, que sentía un vivo interés por el cambio de actitud del español, se contenía para no darse la vuelta e interrogarlo. Todo indicaba que Lefthand se afanaba en recordar algo trascendente, y como la leyenda de la Dama del mar apuntaba a que el hallazgo del tesoro dependía de él (o de alguien como él), Morgan esperaba que los secretos aflorasen a su debido tiempo.

De modo que así avanzaban, sin hablar, como hechizados, bajo un sepulcro inconmensurable de rocas, por un escenario sin fin de silencio y por el que solo transitaban los espectros de la desolación, en una marcha que más que un castigo parecía una pena de muerte postergada. Solo cuando Melquíades lanzó un «¡oh!» de asombro, se detuvo antorcha en mano y le provocó a Ginés un susto de muerte; solo cuando acercó la antorcha al suelo, despertaron de su mutismo los expedicionarios.

—¡Es increíble! —dijo Melquíades, que se había petrificado—. ¡Esto es imposible!

Lefthand y Morgan, volviendo sobre sus pasos, se quedaron mirando el descubrimiento. Blas y Ginés, detrás de Melquíades, y a una cautelosa distancia, oteaban desde arriba. Lefthand se agachó, cogió en sus manos el objeto y se lo mostró a Morgan. Luego lo abrió con delicadeza y, tras observarlo detenidamente, olió su interior.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó el almirante.

—No me extrañaría —dijo Lefthand, y a continuación—: Es una caja de cobre para guardar la pólvora de las armas.

Morgan la tomó en sus manos. Era una cajita de forma rectangular. Estaba sucia y corroída por el óxido.

—¿Como las que empleaban los conquistadores españoles? —siguió Morgan

emocionadísimo.

—Yo diría que sí.

—¡Diantres, muchacho! ¿Ves como era cierto? ¡Esta caja era de los hombres de Diego de Ursúa! ¡Los soldados de su expedición! —La euforia, como una gran llamarada, se le subía al rostro al almirante—. ¡Hasta aquí llegaron esos malditos!

—Veremos —dijo Lefthand, que prosiguió la marcha con una idea fija: recordar el poema olvidado.

Morgan se puso a su altura. Le resultaba imposible contenerse por más tiempo.

—A ti te ocurre algo. Precisamente ahora, cuando la fortuna nos sonrío, ¿qué te ronda por el caletre? Anda, cuéntale al viejo Morgan qué te roe.

—Un poema —repuso Lefthand.

—¿¿Un poema?? —voceó Morgan a la vez atónito y defraudado—. ¡Vaya! Pues sí que...

Unos pasos por detrás, Blas y Ginés aún no se habían repuesto del golpe. Ginés temblaba igual que una liebre.

—Me-Melquíades, ¿viste la cajita? —musitó Ginés.

—¿La has visto? —repitió Blas.

—¿Qué? Pero si acabo de descubrirla yo, merluzos.

—Pues vamos a morir —dijo en tono sentencioso Ginés.

—A morir todos —corroboró Blas.

Melquíades se dio la vuelta como una exhalación y sacándose el sombrero de plumas, se puso de puntillas y los golpeó con él en la cabeza.

—Por una vez en la vida —dijo Melquíades calándose el tocado—, no seáis grullas y rascaos la cabezota. ¿Qué puede buscar un pirata bajo tierra? ¿Qué puede buscar que esté enterrado y escondido? —Y con la última palabra reanudó el paso.

—Me-Melquíades, ya sé lo que puede buscar —dijo Ginés aproximándose a su hermano por detrás—. Cadáveres. ¡Busca cadáveres!

—¡Estupendo! —zanjó Melquíades.

—Pero he traído un barrilito de pólvora, por si acaso —susurró Ginés.

Y Melquíades se volvió para fulminarlo con una mirada que estaba entre el pasmo y la indignación.

Unos minutos más tarde, esta vez fueron Morgan y Lefthand quienes hicieron otro descubrimiento. A muy poca distancia, en el suelo rocoso e irregular del pasadizo apareció una gola, un morrión y un peto de acero, piezas todas con la forma clásica de las armaduras españolas.

Lefthand, y también Morgan, que estaba exultante, se agacharon para revisarlas. No presentaban abolladuras, solo una capa de óxido producto de la humedad y el paso del tiempo. Blas y Ginés se quedaron a espaldas de sus jefes; pero Melquíades, haciendo honor a su vista de lince, y ante el paroxismo de horror de Ginés, rebasó a los capitanes y con la antorcha bien alta, exclamó:

—Pero ¡por los clavos de Cristo! ¿Qué demonios es eso?

Allí enfrente, en las entrañas de una tierra muerta, en medio de la oscuridad, se erigía una construcción extravagante. El subterráneo se abría a una nueva gruta, o bien se convertía en algo muy distinto, o ambas cosas a la vez. Lo que no admitía sospechas es que estaban ante el final de la ruta ordinaria y que aquellos vestigios no eran fruto de la erosión.

Había dos muros paralelos, levantados con bloques de piedra antigua, de características similares a las piedras que revestían el interior del foso que daba acceso a las grutas. Los muros constituían, en apariencia, un corredor que se abría enfrente de ellos. Y el corredor, esto era lo único que no requería de exploraciones, estaba edificado por las manos del hombre.

Lefthand se levantó despacio, dirigió su antorcha hacia la entrada y, murmurando como en estado de trance, recitó:

Un casco de plata
de sangre limpia
entrará donde
pocos se aventuraron.

Se internó en el pasillo. Morgan iba pegado a sus talones y los tres hermanos detrás. Avanzó cautelosamente unos pasos. A un lado y a otro, los muros de piedra se levantaban hasta un lecho bajo. El techo de rocas no estaba a más de tres varas de altura y el suelo era de tierra apelmazada. Lefthand advirtió que el corredor moría de frente, tapiado por una sección de muro, pero que a su vez, se abría en ángulo recto a izquierda y a derecha. Tomó por el ramal de la derecha. Casi inmediatamente, vio que el nuevo corredor se ramificaba en otros dos pasillos a ambos lados, siempre en ángulo recto. Se detuvo, pensativo. Morgan se acercó.

—Muchacho —dijo Morgan ansioso—. Muchacho, esto... Esto es...

—Marcha atrás, Henry —murmuró el español—. Lentamente.

Volvieron sobre sus pasos. Una vez fuera, en la entrada de aquella extrañísima estructura, Lefthand suscribió lo que Morgan tenía en la punta de la lengua:

—Es la primera prueba, Henry. Un laberinto.

Ginés rompió a tiritar. Melquíades se sacó el sombrero y se enjugó el sudor con la manga. Morgan, que paseaba la antorcha con el brazo estirado y la mirada alta, decía:

—Un laberinto. Un laberinto. —Y se dibujó en su rostro una sonrisa de preocupación—. ¡Por eso las paredes llegan hasta arriba! ¿Me oyes, Lefthand?

Pero el español, muy quieto en la entrada, salmodiaba en voz apenas audible:

Cuando llegue hasta donde
los caminos se bifurcan...
Cuando llegue hasta donde
los caminos se bifurcan...

Confiada, suavemente, con la mano izquierda se apoyó en el muro, y sin dejar de rozarlo, se adentró en aquella red de corredores.

Llevado por una especie de fe, Morgan siguió al español. A continuación, Melquíades. Luego, Blas y Ginés, muy a su pesar, hicieron lo propio.

Cuando llegue hasta donde
los caminos se bifurcan,
le orientará su fortaleza.

Ocurrió como si la estrofa hubiera estado ahí desde siempre, como si viniera en su auxilio justo cuando la necesitaba. Avanzó corredor tras corredor, con la mano izquierda sobre el muro correspondiente, la única mano fuerte y sana que tenía, la que simbolizaba la fortaleza de Lefthand y figuraba en su propio estandarte.

Cuando llegue hasta donde
los caminos se bifurcan,
le orientará su fortaleza.
Su fortaleza...
Le orientará su fortaleza.

Pasó una hora, y luego dos horas, giro tras giro, en un avance que de no estar en juego la vida, hubiera resultado tedioso. Cuando llegaba a un corredor ciego, Lefthand no se apartaba de la pauta. Sin vacilar ni pararse, con la mano sobre el muro izquierdo, rodeaba el corredor, dejaba atrás la pared que lo tapiaba y proseguía siempre hacia su izquierda, siempre hacia adelante, sumido en un mutismo que, de cuando en cuando, quebraba la letra del poema misterioso:

Le orientará su fortaleza.
Su fortaleza...

La única vez en que se detuvieron fue por una circunstancia extraordinaria.

Lefthand dobló para enfilarse un nuevo pasillo y, de repente, surgió a la vista de todos. Dos esqueletos, con sus calaveras bien visibles, yacían en medio del corredor. Uno tenía hasta el yelmo puesto; el otro estaba ataviado solo con algunas piezas. El chillido de Ginés (a quien imitó su gemelo) fue tal que Morgan desenvainó el sable y, apuntando a los tres hermanos, ordenó que registrasen los restos.

Poco después Melquíades, con la cara pálida a la luz de la antorcha, se dirigió al almirante, diciendo:

—Señor. Están vacíos del todo.

—¡Truenos, Lefthand! —dijo Morgan desplazando de un puntapié al que tenía más próximo—. Las piezas de la armadura que encontramos seguramente eran de este.

—No hay tiempo que perder —repuso lacónicamente Lefthand poniendo su mano zurda sobre el muro.

Siguieron adelante, apenas sin hablar. Fue precisa una hora más, tal vez hora y media, para que por fin, encontrasen la salida.

Al principio Lefthand dudó que lo hubiesen conseguido. Temió que tras un larguísimo rodeo hubiesen vuelto a la entrada; pero enseguida advirtió, con el rostro desencajado, que lo que estaba a la vista poco tenía que ver con lo que habían dejado a su espalda.

Morgan, que no cabía en sí de euforia, y que aún no se había percatado de lo que se les venía encima, miraba a Lefthand con otros ojos.

—Muchacho, tú eras, en verdad, el «casco de plata» —dijo.

—Más vale que echéis un vistazo a eso —repuso Lefthand dando un paso al frente.

El suelo era muy similar al del laberinto, de una tierra apelmazada y negra como habían visto pocas veces; pero lo deslumbrante, lo que había impresionado a Lefthand era algo nuevo y demasiado incomparable para ser puesto en palabras.

La espaciosa gruta que debía de ocupar el laberinto desembocaba en una galería de dimensiones reducidas. Y al fondo de la galería, tan solo unos pasos más allá, se levantaba aquella visión soberbia que hacía sentir su hipnótica fascinación sobre los expedicionarios. No era más que un escollo, estaba frente a ellos impidiendo el avance, y sin embargo ralentizaba sus pensamientos, entumecía sus músculos, consumía sus fuerzas, refrenaba su valor. ¿Acaso se trataba de otra prueba? Y si era así, ¿qué clase de prueba les reservaba el futuro?

—Sé lo que es... Lo he visto antes. Lo reconozco —dijo Morgan, que con el rostro perlado de sudor, presentaba la apariencia de un hombre prematuramente envejecido, con las fuerzas muy mermadas. Melquíades, Blas y Ginés estaban más allá del asombro—. Hace muchos años y... todavía lo reconozco.

Otra realidad, azarosa y temible, que ocupaba de arriba abajo todo el muro, parecía ofrecerse, desplegarse ante ellos con secretas correspondencias, arcanos conocimientos, incluso, quizá, con sus propios enigmas por resolver. Y aun así, no era más que un muro formado por cientos de adoquines que se ordenaban en forma de cuadrícula. Un muro que contenía cientos de pictogramas o ideogramas o dibujos inscritos a lo Lugo y ancho de toda su superficie. Nada más. Solo un muro de grandes dimensiones que bloqueaba el acceso al subterráneo siguiente. ¿O no?

—¿Qué veis aquí, Henry? ¿Qué podéis explicarme?

Morgan retrocedió para abarcarlo con la vista, pues el tamaño del muro así lo exigía. Los últimos ideogramas, o lo que fuesen aquellos dibujos, llegaban casi hasta el suelo y había que estirar el brazo para alcanzar los de arriba. De derecha a izquierda era preciso dar unos cuantos pasos a todo lo ancho para pasar de la primera a la última inscripción.

—Henry, por todos los... Haced un esfuerzo. ¿Qué significa todo esto?

Pero la profundidad de su delirio era como la profundidad de su silencio, inconmensurable. Morgan se quedó arrebatado. Contemplaba aquel océano de signos

como deseando abismarse en ellos. Tras un paréntesis durante el que solo se oía el crepitar de las antorchas, el almirante, tantas veces vencedor de sus enemigos, se armó de voluntad, dirigió la vista hacia el otro y dijo, con voz insegura:

—Un calendario de doscientos sesenta días, muchacho. Es un calendario ritual. Un calendario mágico.

—Lo habíais visto antes, ¿no es así?

¿Era todo producto de la imaginación de Lefthand, o es que Morgan se estremecía de pies a cabeza?

—Hace muchos, muchos años —dijo con desgana—. Cuando aún era un niño. Cuando era propiedad de aquel plantador de Barbados que el diablo confunda, ¿recuerdas?

—Proseguid —dijo Lefthand.

—Un día uno de los esclavos indígenas, un viejo que me había cogido cariño, me leyó el porvenir con uno de estos —dijo señalando el muro con un dedo tembloroso—. Me dijo que algún día recobraría mi libertad, que descubriría un gran tesoro.

—Y vais camino de hacerlo, Henry.

El almirante sonrió con una vaga gratitud y continuó mirando con fijeza el calendario:

—El capataz nos echó el guante y nos condujo a los dos, al indígena y a mí, a presencia del amo. Aquel plantador de la piel del diablo aborrecía los rituales indígenas. Así que ordenó matar al indio, por brujo, y a mí me azotaron en público, como escarmiento. Durante el castigo me obligaron a mirar el calendario hasta que perdí la consciencia. Que todos los infiernos se abran para él. —Hubo una larga pausa durante la que Morgan se sacó el tricornio y se lo puso bajo el brazo. Luego, respondiendo a un reflejo involuntario, se ayudó de la antorcha, avanzó hasta ponerse junto al muro, ladeó la cabeza y se quedó mirándolo como un hombre entregado a un destino superior a sus fuerzas—. Fue poco después cuando me escapé de allí.

—Escuchad, Henry —dijo Lefthand acercándose a él—. Tenéis que ayudarme. ¿Recordáis qué significa todo esto?

—Años más tarde volví a Barbados —dijo, y sorbió por la nariz—. Oh, cómo lamenté que el sucio hijo de perra ya estuviese pudriéndose. Pero me cobré mi venganza. Arrasé la plantación y no quedó piedra sobre piedra.

Lefthand insistió.

—Henry, no tenemos mucho tiempo. Los hombres están rendidos por la fatiga.

Aunque su rostro ya había recobrado el color, tardó en responder. Se puso el tricornio y respiró con fuerza.

—Cada cuadrícula, cada adoquín equivale a un día. ¿Lo ves? Cada piedra es un día del año. En general, cada día contiene dos dibujos. Uno es el de un animal protector y el otro el de un dios, un dios que puede ser propicio o adverso, ¿comprendes? Hay —se desplazó de izquierda a derecha contándolos— trece días a lo ancho, y de arriba abajo, hay veinte filas. Así pues, veinte filas de trece días; o lo

que es igual, trece columnas de veinte días. Doscientos sesenta días, en total. Doscientos sesenta piedras.

—Entiendo —dijo Lefthand—. Cada uno de los trece días se identifica con un animal.

Morgan fue señalando, de izquierda a derecha, cada uno de los trece días.

—No —dijo—. Solo hay seis animales distintos. Un animal por cada uno de los seis primeros días de cada fila. Luego, el séptimo día, acércate aquí, no tiene animal, solo tiene un dios, ¿lo estás viendo? Y los seis días siguientes repiten, en el mismo orden, los seis animales del principio. Y lo mismo vale para las veinte filas, ¿ves? —dijo, y señaló la columna del día primero empezando por su izquierda—. Fíjate en las secuencias. El mono, que es el animal protector del día primero, se repite en los veinte días de la primera columna. El caballo —dijo, y señaló el día siguiente—, el animal protector del segundo, se repite en los veinte días de la segunda columna, y así hasta el sexto día, con su propia columna y su animal protector, que es la mariposa. El séptimo día no tiene animales a lo largo de toda su columna, y por último, desde el día octavo hasta el día decimotercero, se vuelven a repetir en el mismo orden los seis animales protectores. ¡Por Júpiter! Es un maldito embrollo.

—Y los dioses, ya sean propicios o adversos, ¿cómo se distribuyen, Henry?

—¡Truenos! Me pides demasiado. Creo que hay entre veinte y treinta dioses, y que aparece un dios por cada día, pero vaya uno a saber por qué asoma este en tal día y aquel en tal otro.

—Y, ¿para qué servía el calendario?

Morgan tomó asiento en el suelo y se puso el tricornio echado hacia atrás, con la antorcha en alto.

—Era, según parece, un ojo para viajar al futuro y al pasado —repuso con expresión lánguida—. Eso decía el indígena, aquel pobre diablo. Un ojo para que los videntes de las viejas culturas hicieran predicciones y para que se remontaran en el tiempo.

—¡Para que viajaran en el tiempo! —dijo Lefthand animado por la repentina idea.

—¡Diantres! Algo así —convino el almirante—. No hace falta que te burles. —Y cogiendo la cantimplora, echó un largo trago—. Ahora dime, ¿cómo vamos a salir de este atolladero?

Lefthand se entregó a una profunda meditación. Una cadena de ideas exige una cadena de palabras. ¡Para que viajaran en el tiempo!, murmuró. La voz de la prostituta regresaba para susurrarle versos inolvidables. Tenía los nervios agotados, y a pesar del cansancio y de la tensión acumulada, aún podía oír aquella voz recitando el poema. Un poema que mecía en él la secreta esperanza de no darse por vencido, de seguir adelante, siempre adelante.

En la máquina del tiempo,
le orientará su debilidad...
su debilidad.

Aunque hablaba para sí, Morgan lo escuchó sin perder ripio. Se puso en pie de un salto. A Lefthand le costaba encontrar las palabras exactas, las únicas que cerraban la estrofa. Volvió al principio del poema. Pasaron cinco, diez minutos.

Un casco de plata
de sangre limpia
entrará donde
pocos se aventuraron.

En la máquina del tiempo,
le orientará su debilidad
hasta el Treinta y cinco Búho
y hasta el Doce Caballo.

Lefthand se paseaba por la gruta. Se concentraba en la voz, cerciorándose de que su memoria no le jugaba una mala pasada:

En la máquina del tiempo,
le orientará su debilidad
hasta el Treinta y cinco Búho
y hasta el Doce Caballo.

Atrás quedaban Melquíades, Blas y Ginés sin fuerzas apenas para comprender qué pasaba; de modo que nadie pudo prever el incidente.

Morgan se fue acercando al calendario. Se puso a contar, piedra a piedra, treinta y cinco. ¿No había dicho el casco de plata «Treinta y cinco Búho»? ¿«Treinta y cinco Búho y Doce Caballo»?

Contó trece días para la primera fila, trece más para la segunda y otros nueve para la tercera. Lo que daba un total de treinta y cinco. El día trigésimo quinto se correspondía, exactamente, con la tercera fila y la quinta columna. Solo faltaba que estuviese bajo la protección del búho, según rezaba el poema.

Acercó la antorcha, guiñó los ojos, suspiró reconfortado. El dios era, en esta ocasión, lo de menos. Pero junto al dios, grabado en la piedra había un búho. ¡Por Satanás! Y era un búho claramente reconocible. El mismo que se repetía de arriba abajo, en toda la columna.

Tanteó la piedra. De repente, cegado por una explosión de euforia o de confianza, movido por un automatismo irresistible, apoyó la mano y empujó. Notó que algo cedía y la piedra se hundió hasta el fondo.

Durante un breve intervalo, nada ocurrió. Solo al cabo de unos segundos, un fragor primordial y remoto, un murmullo tétrico y rechinante que el eco se encargaba de propagar por las galerías, emergió desde las entrañas de la tierra.

—¡Capitán Santa Cruz! ¿Qué está ocurriendo, señor? —voceó Melquíades.

—Silencio —dijo Lefthand—. Todo irá bien.

Sin embargo, Lefthand estaba tan confundido como los otros y se apoderó de él la intuición de que se liberaban fuerzas con las que nadie había contado.

Pero eso no era todo. Sin mediar más aviso, el suelo bajo sus pies se puso a vibrar, y al poco tiempo, se convulsionaba con tal violencia que en la tierra apelmazada se abrieron pequeñas grietas.

Pensaron que se trataba de un terremoto, si bien nadie lo expresó en voz alta. Blas y Ginés se apoyaron en las paredes con la intención de aferrarse a las irregularidades de la roca. En cuanto a Lefthand, cuando quiso poner orden en sus pensamientos, vio que, por imposible o sobrenatural que resultara, el suelo se retraía.

Se frotó los ojos. No daba crédito. El horror mostraba su cara más inverosímil; sin embargo, a menos que estuviera perdiendo el juicio, el suelo se movía; es más, empezaba a retroceder. Desde el fondo, desde la salida del laberinto, desaparecía en un avance constante hacia el muro del calendario. Hubo que seguir el ejemplo de los gemelos y aferrarse a las rocas para no perder pie.

—¿Qué estáis haciendo, Henry? —gritó Lefthand sin salir de su estupor al ver que Morgan hurgaba en una piedra del calendario.

Y sucedió algo definitivamente inexplicable, como no fuera que Morgan no tolerase sentirse ofendido o humillado. A fin de cuentas, ¿no era el almirante de los Hermanos de la Costa? ¿No era el comandante en jefe de los piratas de las Antillas?

Poniéndose de cara al muro volvió a contar. Repitió para sus adentros las palabras del español: «Treinta y cinco Búho y Doce Caballo».

—¡Henry! ¡Por todos los demonios! ¿Qué es lo que estáis haciendo? —repitió Lefthand.

Primera hilera. Contó doce días. Se trataba del penúltimo, y en efecto, el caballo era su animal protector. No se detuvo a pensar. Empujó la piedra y, como ya había sucedido antes, se hundió hasta el fondo. Pero las consecuencias no fueron las que Morgan esperaba. Lejos de ello, la retracción de la superficie que pisaban no solo continuó su avance imparable, sino que ahora lo hacía a un ritmo aún más rápido.

Si en algún momento se había descartado retroceder, ahora resultaba imposible, a riesgo de precipitarse en el abismo que se abría ante ellos. Ya no había tiempo más que para avanzar, pero ¿cómo? Las piedras del calendario eran móviles. Esto era cuanto había quedado demostrado.

La reacción de Lefthand no se hizo esperar. Le puso las manos sobre los hombros a Morgan, y suavemente pero con firmeza, preguntó:

—Henry, ¿qué piedras habéis empujado?

Morgan miró al español con sus grandes ojos vidriosos.

—Treinta y cinco Búho. Doce Caballo.

Súbitamente, Melquíades estalló en un grito de espanto. La velocidad de retracción del suelo no era tanta que no se pudiera echar una ojeada al abismo, y Melquíades se había asomado con la antorcha; pero toda vez que aquello vibraba mientras retrocedía, la antorcha se le había escurrido en el último momento. Y ahora podía vérsela allá en el fondo, entre unos peñascos, iluminando claramente dos esqueletos revestidos con las familiares armaduras españolas.

—¡Capitán! —Se oyó decir a Melquíades. Entretanto, el suelo desaparecido ya ascendía a las tres cuartas partes. Un poco más y apenas quedaría sitio en donde poner los pies. Por otro lado, trepar por las paredes era casi imposible, y aunque lo consiguieran, ¿cuánto tiempo aguantarían?—. ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Hay otros dos ahí abajo!

Pero Lefthand no se acercó. Estaba frente al calendario, murmurando para sí:

En la máquina del tiempo,
le orientará su debilidad
hasta el Treinta y cinco Búho
y hasta el Doce Caballo.

... le orientará su debilidad.
... Su debilidad...

Obedeciendo a un íntimo deseo, Lefthand arrojó su antorcha a un lado. Entonces, el hombre que vivía bajo el peso de la culpa, el mismo que de chico había cambiado el curso de una batalla, se quedó mirando sus dos manos, estudió la palma y el dorso de una y otra, luego puso la vista en el muro y sin apartar los ojos de allí dijo:

—Henry, ¿por qué lado habéis empezado a contar los días?

—¡Por Júpiter! ¡Por la izquierda! ¿Por dónde si no?

Lefthand miró su mano diestra, la mano que no había tenido el valor de sacrificar para salvar a su padre y que sin embargo había sobrevivido, inútil, inservible. Levantó la mano inválida en alto, la más débil, aquella de la que se avergonzaba, y se desplazó hacia su derecha.

... le orientará su debilidad
hasta el Treinta y cinco Búho
y hasta el Doce Caballo.

Se puso a contar los trece días de la primera fila, otros trece de la segunda, y por último, nueve días de la tercera. Eso daba un total de treinta y cinco. El trigésimo quinto día estaba en la tercera fila de la novena columna, siempre empezando por su derecha. Y como la simetría en el orden de los animales era rigurosa (seis animales distintos para los seis primeros días de cada fila, empezando a contar indiferentemente por la derecha o por la izquierda, y quedando el séptimo día adscrito solo a un dios), el búho era, al igual que el día elegido por Morgan, el animal protector.

Lefthand empujó con todas sus fuerzas. La piedra se hundió sin dificultad; pero la retracción del suelo no se detuvo. Ahora se había vuelto imposible dar un solo paso adelante, y si Lefthand no hubiera estado, por casualidad, muy cerca del Doce Caballo, no habría podido llegar hasta él.

Por último, contó doce días a partir de la derecha. La penúltima piedra de la primera fila. Y como su simétrica empezando por el otro extremo, también el caballo era el animal protector.

Empujó sin apenas espacio donde apoyar los pies. De forma instantánea, el retroceso del suelo se frenó como por arte de encanto y los ruidos subterráneos se interrumpieron. Casi enseguida, entre nuevos chirridos y estridencias, el suelo comenzó a restablecerse.

Y de modo prodigioso, cuando el suelo se restableció totalmente, el muro del calendario se fue alzando hasta franquear el paso a los piratas.

El Duque se paró justo a la entrada del laberinto. Después de confirmar las primeras suposiciones, miró a su rehén (que volvía a estar maniatado) con cara de pocos amigos.

—Fascinante, ¿no? —dijo en voz alta—. ¿Qué maldita solución propones para atravesar un laberinto, pequeña zorra?

Llevaba unos minutos dándole vueltas al problema, porque lo que menos esperaba era encontrarse con algo así. Y ya estaba dispuesto a descargar su frustración sobre la muchacha cuando, ayudándose de la antorcha, se agachó y cogió algo a sus pies con suma delicadeza. Lo levantó por el rabo y, después de mostrar el roedor a Elena, dijo:

—El instinto nos ayudará. —Y adentrándose en las sombras del corredor para soltar a su presa, añadió—: Más nos vale ir dejando un rastro o la vuelta será mucho más complicada.

LA MANO DE DIOS

LES FALTABAN OJOS PARA MIRAR, pero también fuerzas para retroceder. Era un milagro y una abominación. Era tenebroso como la noche, pero brillaba como un ídolo de oro bajo un cielo sin nubes. Para Lefthand lo único claro como el día era que estaban frente a la tercera prueba. La última y más inquietante de las tres, según la estrofa que repiqueteaba en sus oídos:

Y cuando esté
cara a cara con la muerte,
pondrá su vida en la mano de Dios.
Porque solo uno volvió.

Pero ¿hasta cuándo lo soportarían?, se preguntaba. ¿Qué camino les quedaba por recorrer? Y, ¿en qué momento dejaría de salvarlos la providencia? Por ahora, era fácil calcular que no llevarían más de cuatro o cinco horas bajo tierra, pero ¿qué pasaría con los víveres si la estancia se prolongaba mucho más?

En cualquier caso, no había tiempo para pararse a considerar el futuro. Bastante era salvar el pellejo. Sobre todo, a la vista de la nueva prueba.

Muy cautelosamente, los dos capitanes cruzaron el paso que obstruía poco antes el calendario de piedra. Morgan llevaba la antorcha, y como su atención estaba concentrada por completo en aquella especie de ídolo que tenían delante, avanzó sin ver que Lefthand se desviaba hacia un rincón de la galería.

En aquel rincón en penumbra, que absorbió su interés, yacía otro cadáver. Yacía sobre su espalda, como los que luchan hasta la muerte por su vida, con la coraza y el yelmo de un antiguo soldado español.

Desde el principio, Lefthand supo quién había sido ese hombre. Se agachó sobre el saco de huesos como frente a un símbolo que encarnara a todos los hijos de su patria. Se agachó honrando el valor de quien había llegado hasta allí.

—Diego de Ursúa —murmuró.

En el intervalo, Melquíades, seguido de los gemelos, penetró con sigilo en el nuevo tramo de galería y, no queriendo molestar a sus jefes, se dirigió hacia el objeto más inofensivo.

En el rincón contrario donde estaba arrodillado Lefthand, sobre un caprichoso saliente de la roca que guardaba una cierta semejanza con una peana, había un reloj de arena de gran tamaño. Era de madera y cristal, y no hacía falta ser muy experto para descubrir que era de reciente construcción. Sin embargo, Melquíades no fue más allá en sus cavilaciones. Con el mismo abandono con que podía no haberlo hecho, cogió el reloj y lo contempló a sus anchas antes de voltearlo.

—Muchacho, muchacho... —Por fin se oyó decir a Morgan, que no se volvió para ver dónde estaba el español—. ¿Has visto este prodigio?

Para Morgan, que permanecía en muda contemplación, ese ídolo maravilloso que se erguía frente a él era la confirmación de que, en otro tiempo, aquella había sido una tierra de tesoros y riquezas. Y no era para menos. Se trataba de la parte frontal de una calavera y ocupaba casi por completo el muro que cerraba el paso del subterráneo. Sus dimensiones resultaban extraordinarias.

En términos de altura, la calavera superaba a un hombre con los brazos extendidos, y el resto de sus medidas y orificios eran proporcionales. Por otro lado, aunque no podía ser una visión muy tranquilizadora, la gigantesca calavera estaba revestida de conchas y de turquesas, y a la luz de las llamas, las turquesas despedían fulgores de un verde esplendoroso y las conchas brillaban con reflejos irisados.

Pero Lefthand se preguntaba qué había causado la muerte de aquel hombre. Porque la coraza, el morrión y las armas estaban en perfectas condiciones, y de no haber sido por la herrumbre, se habría dicho que estaban incólumes. Ni una abolladura, ni la menor huella de que el soldado hubiera sido víctima de una agresión. Nada hacía concebir que la armadura le hubiese defendido. Eso sin contar que los restos humanos que estaban a la vista tampoco presentaban signos de violencia.

Rebuscó algo que arrojase luz sobre la identidad del soldado y lo que encontró superó con creces sus esperanzas.

—Muchacho —dijo Morgan, que estaba escogiendo una por una las turquesas de la calavera—. Te vas a convertir en el pirata más envidiado de España. ¿O acaso tus compatriotas no tienen fama de envidiosos?

—Alumbrad aquí, Henry —dijo Lefthand, que todavía agachado, había extraído un pergamino de una funda de piel—. Esto os interesa tanto como a mí.

También Melquíades y los dos gemelos podrían haberse interesado de no ser porque estaban metidos hasta el cuello en un apuro de acuciante explicación.

El mayor de los hermanos, después de voltear el reloj de arena, se apercibió de que se había producido un pequeño cambio. La superficie de la roca con forma de peana donde descansaba el reloj, quizá por el repentino cambio de peso que activó algún dispositivo oculto, o por lo que quiera que fuese, se había elevado unas cuantas pulgadas. Pues bien, al dejar el reloj en su sitio, la superficie comenzó a bajar paulatinamente.

En consecuencia, ahora la situación era un poco alarmante. La arena bajaba de una ampolla a otra y, a un ritmo muy similar, la piedra iba descendiendo. Ninguno de los tres hermanos tocaba nada. Sus ojos estaban tan fijos en aquel artilugio del demonio que a duras penas parpadeaban, y la pregunta que los tres se formulaban era la siguiente: ¿Qué podía salir bueno de allí cuando el último grano de arena pasase?

Morgan se acuclilló junto a Lefthand. Viendo que este tenía en la mano un pergamino, sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—¿Es quien pienso que es, muchacho?

Lefthand señaló con el dedo el famoso nombre en distintas líneas del documento. La más célebre paleta no habría sabido pintar la luz que se apoderó del semblante de

Morgan.

—Es él —dijo el español.

—¿Diego de Ursúa? —preguntó Morgan elevando una ceja.

—El mismo que encabezó la expedición del tesoro de la Dama del mar. El mismo que llegó hasta la última prueba. —Y echándole un somero vistazo al documento, continuó—: Consta de quince cláusulas, como veis. Es una cédula real, expedida y firmada por el emperador Carlos V en 1534, por la que se designa al capitán Diego de Ursúa para descubrir, explorar y conquistar los territorios de la Dama del mar.

—De modo que —dijo Morgan, húmeda la mirada y la voz enternecida— estamos a las puertas, ¿no, muchacho?

—O mucho me equivoco, o nos falta la tercera prueba.

A tan solo unos pasos, Melquíades, haciendo un esfuerzo ímprobo de voluntad, dijo en voz menos firme de lo que hubiera deseado:

—Ejem... Capitán... Capitán Santa Cruz. —Y como viera que hacían caso omiso de sus palabras, prorrumpió en un tono que llenó la galería—: ¡¡Capitán Santa Cruz!! ¡¡Señor!!

—¿Qué ocurre? —dijo Lefthand.

—¡Por todas las putas de Babilonia, capitán! ¡El tiempo vuela! ¡Nos va quedando cada vez menos!

Para cuando los capitanes tomaron conciencia, ya no había mucho que hacer. Con un puñado de granos en la ampolla de arriba y la superficie de la piedra a punto de recobrar su aspecto liso, ¿qué fatal desenlace se fraguaba?

A pesar de los riesgos, probaron a levantar el reloj, pero no hubo alteraciones. La piedra siguió descendiendo. Por la mente de Morgan y Lefthand cruzó la idea de salir de una galería que auguraba las peores desgracias, y que más de un siglo antes se había cobrado la vida del capitán Diego de Ursúa; pero ¿y si eso significaba no volver a tener otra oportunidad? ¿Valía la pena rendirse y echar todo por la borda?

Entonces, con el último grano de arena, el desarrollo del asunto hubiera puesto los nervios de punta al más templado.

La superficie en la que se apoyaba el reloj recuperó la horizontalidad. Súbitamente, la puerta que poco antes se había elevado hasta las profundidades de la bóveda, y donde estaba grabado el calendario mágico, descendió tras ellos con insólita rapidez, y el tramo de galería quedó convertido en una cámara sellada de unas quince varas de largo por cinco de ancho.

Pero esto no era más que el principio, y antes de que pudieran recuperarse, un mar de agua empezó a entrar a chorros por más de veinte boquetes abiertos en las paredes de roca.

Pronto el suelo de tierra pasó a convertirse en un charco, el agua les llegaba por los tobillos, la galería tenía visos de ser una trampa mortal. ¡Ahogado! Ahora se entendía la muerte de Ursúa. Poco más quedaba sino implorar el favor de los cielos. Pero allí donde le habrían flaqueado las fuerzas a cualquier otro, la presencia de

ánimo de Lefthand espoleó a los demás.

—¡Mil rayos! —dijo Morgan, que lo miró con su característica semisonrisa entrecerrando el ojo—. Por lo que más quieras, muchacho. Más vale que aciertes con el final del poema, o harás que coja una pulmonía.

Y por cierto que recordaba el final. Por ese lado, no había inconveniente, pero nada probaba que eso fuera a salvarlos. Es más, la muerte podía llegar de un modo más agónico si no daba con la clave que los sacara de allí.

Y cuando esté
cara a cara con la muerte,
pondrá su vida en la mano de Dios.
Porque solo uno volvió.

Se acercó hasta la calavera. Cada segundo que pasaba era precioso. El agua, que ya les llegaba por la rodilla, hacía cada vez más difícil moverse. Morgan lo siguió con la antorcha. El español reconoció la calavera. Examinó el muro varias veces a la caza de alguna pista, y después del minucioso rastreo, lo único que llamó su atención fue un pequeño orificio en la roca con la forma de una estrella de cinco puntas.

Se preguntó qué le recordaba la estrella, pero ni un solo detalle avivó su memoria.

—¡Por Júpiter! —dijo el almirante—. Si los bastardos de mis capitanes nos vieran ahora, se iban a felicitar de buena gana.

—¿Tanto os odian, Henry?

—¡Vaya, muchacho! A estas alturas no creerás que los cuento entre mis amigos. Me apuesto el gaznate a que fueron ellos los que hicieron arder Panamá.

¡El incendio! ¡Pues claro! Ahora recordaba Lefthand a quién había oído hablar de una estrella de cinco puntas. Al pobre licenciado Padilla, quemado por las llamas, después de salvarse del incendio casi de milagro. La estrella era, según el estudioso, el tatuaje que identificaba a los descendientes de la Dama del mar.

Y bien, seguían en el mismo punto; aunque con una ligera diferencia: ahora el agua les llegaba por la cintura. No obstante, la certidumbre de que la estrella real guardaba relación con la tercera prueba se había afirmado en Lefthand, y ya no lo abandonó.

Pondrá su vida en la mano de Dios...
En la mano de Dios.

Pero entretanto el agua, fría como el hielo, continuaba subiendo. Ginés, para evitar que la pólvora que llevaba escondida se mojase, levantó su macuto por encima de la cabeza. El agua hizo volcar el reloj de arena. Morgan, siempre junto al español, tiritaba de frío. Siguiendo las indicaciones de este, lo alumbraba con la antorcha.

—Nos vamos a pique, muchacho —dijo el almirante que, cuando el agua estaba llegándoles al pecho, sacó su moneda de la suerte y la apretó en la mano—. Para serte sincero, hubiese preferido estirar la pata en el puente de mi *Ganymede*. Y eso que, a

decir verdad, no es poca cosa acabar junto a un verdadero amigo, ¿eh? La familia no se elige; en cambio, los amigos... ¿Sabes?, lamento haberte empujado a venir —reconoció—. De veras lo lamento.

A la luz de la antorcha, Lefthand intercambió una mirada fugaz con el almirante que hablaba por sí misma.

—Confiad en el casco de plata, Henry. Aún no está todo dicho —repuso metiendo los dedos en la estrella real.

El fondo del orificio era rugoso. Bien, ¿y qué? Ni siquiera habría jurado que estaba sobre la pista buena. Aun así, el hueco tenía que admitir un artilugio que encajase, que llegase al fondo. Una llave. No cabía otra posibilidad. Había examinado la pared y la calavera, y todo sugería que ese orificio, la estrella real, era una especie de cerradura. La llave para superar la tercera prueba no podía andar lejos, pues; quizá escondida entre las rocas. Cuánto tiempo perdido mientras la galería aún estaba seca, se lamentó.

—Te daré un consejo. No la dejes escapar —continuó Morgan—. Sí, la hija de Exquemelin. No creerás que no me di cuenta, muchacho. Por eso te mentí. Por eso te dije que no sabía leer, ¿recuerdas ahora? Aquella joven, ¡venía a buscar a Exquemelin! Cuando leí la carta, me dije: «¡Por Júpiter! No merece morir colgada. Mírala. Aún se acuerda de su padre, aunque esté viejo como el diablo». Y no tuve agallas. ¿Me entiendes o no? —dijo dándole un ligero codazo.

Oía las palabras de Morgan como el murmullo del viento a bordo. Tal vez la estrella, la llave que encajaba en el orificio estuviera escondida entre las rocas, disimulada en alguna pequeña concavidad. En ese caso, ya era tarde para buscarla, demasiado. O tal vez no hubiera llave. Volvió la vista hacia el pecho. El nivel del agua estaba en un tris de superar el colgante, el talismán de la prostituta cuyo poema tanto le había servido. ¿Sería posible que sucumbiese en la última prueba, igual que Diego de Ursúa?

Sostuvo el talismán en la palma. Tenía la extraña forma de una diminuta mano con sus cinco dedos, o incluso de una pequeña estrella; aunque no era exactamente ni una cosa ni la otra. Se trataba de un objeto de poder. Un talismán, viejo como el mundo y que recibía tantos nombres como civilizaciones se habían confiado a él.

Pondrá su vida en la mano de Dios.
En la mano de Dios...

Y cuando ya el agua le llegaba casi por la boca, fue cuando se adueñó de Lefthand una corazonada. Se sacó el amuleto y trató de insertarlo en el orificio.

Por su apariencia, el amuleto no había nacido para él. No era este su destino natural. Resultaba ser un poco más pequeño y no tenía su forma exacta; sin embargo, no era menos cierto que la forma de la extraña mano guardaba semejanza con el orificio, con la cerradura cuyo contorno tenía forma de estrella. Se representó el talismán como una llave maestra, como la «mano de Dios» y, sin pensárselo dos

veces, lo introdujo forzándolo hasta que lo hizo encajar en el fondo rugoso. Empujó con toda su fe y, ¡oh, sorpresa!, al ajustarse los cinco dedos simultáneamente sonó como un chasquido.

De repente, el agua dejó de entrar a espuestas y los chorros se volvieron cada vez más débiles, hasta que se convirtieron en hilos de agua.

La calavera gigante, y con ella el muro, que no era sino una puerta encubierta, se fueron abriendo por la mitad, como resquebrajándose de arriba abajo. Una tromba de agua se precipitó por la abertura y, con tal violencia, tan impetuosamente desaguó la galería, que los hombres tuvieron que agarrarse a las paredes de roca para no dejarse arrastrar.

LA CAVERNA DEL SUEÑO Y DE LA MUERTE

LEFTHAND ESTABA SEGURO de que las pruebas habían tocado a su fin, de que para bien o para mal, había superado las trampas.

—¡Antorchas! —exclamó.

Los gemelos repartieron las antorchas que quedaban. Al salir de aquella trampa, nadie advirtió que la puerta que dejaban atrás, la puerta del calendario mágico, se abría dejando libre el camino de regreso al casco de plata, o a cualquiera que le siguiese los pasos.

Al traspasar el umbral, una atmósfera más limpia, un aire más saludable los envolvió. El terreno estaba encharcado por la tromba de agua. Echaron a andar con prudencia, afirmando los pies en las rocas, pero no habían dado más que unos pocos pasos, cuando Lefthand y el almirante se detuvieron. Estaban en lo alto de unos riscos. Así pues, el subterráneo moría en una enorme caverna, y la entrada era el punto más elevado al que se podía acceder. Más abajo, a unos quince o veinte pies, una pequeña laguna ocupaba casi toda la superficie de la caverna.

Se preguntaron si esto era el final del camino, el premio a tantas fatigas. Y por lo que se refería a los dos capitanes, el simple consuelo de ver una laguna ante sus ojos como aquella de la que hablaba la leyenda, les arrebató los sentidos y los hizo soñar despiertos.

Además, la gruta era más espaciosa que cualquier otra en la que hubieran puesto los pies. De los techos pendían colgaduras de piedra de retorcidas formas, los colores de las rocas iban desde los tonos más claros al negro, y las paredes tenían tantas irregularidades, concavidades y relieves, que semejaban haberse modelado y luego pintado con sensibilidad exquisita. En pocas palabras, la nueva gruta era una expresión acabada de lo más hermoso que habían contemplado allí abajo.

Respecto a la laguna, tenía forma de ovoide y sus contornos eran asombrosamente regulares. Pues bien, en uno de los polos del ovoide, en lo alto de los riscos, estaban los expedicionarios. Un sendero de rocas suaves, redondeadas, bajaba en suave talud desde arriba bordeándola, de tal modo que era factible descender y dar toda la vuelta para regresar al punto de partida. Guardaba la laguna una simetría casi perfecta. Y para hacerse una cabal idea de su longitud, lo que casi equivale a decir, de la longitud de la gruta, baste decir que dos barcos como el *Príncipe del Mar* puestos en fila hubieran cabido sin estrecheces.

Los cinco hombres se aproximaron al filo de las rocas. Se asomaron con las antorchas en alto y aquellas aguas sufrieron una transformación.

Lo primero que saltó a la vista es que se trataba de aguas límpidas, transparentes. Durante un largo instante, no pasó nada extraordinario; pero al poco, los pulsos se aceleraron, los hombres se quedaron sin palabras que decir y una visión sin

precedentes, un hecho que excedía cuanto hubieran imaginado, los conmovió hasta límites inefables.

A la luz de las cinco antorchas, un clima de irrealidad, un aire que tenía el color y el embrujo del sol que nace los envolvió con sus fulgores. Como luminarias de un mundo prohibido, destellos rutilantes brotaban del agua, inundaban la gruta, deslumbraban sus ojos con luces arrobadoras que no tenían parangón con nada que hubieran visto. Esas claridades anunciaban derroches de hermosura más allá de lo humano, bellezas que no estaban al alcance de ningún mortal, y su simple reflejo llenaba de gozo los corazones de aquellos hombres, como elegidos que hubieran traspasado una línea de sombra.

El agua era un cristal líquido, y su transparencia parecía frágil como un sueño, pues la superficie que estaba más próxima a ellos, y que mejor iluminaban las antorchas, irradiaba incandescencia, espejeaba con brillos, cabrilleos y resplandores dorados, ardía como si las antorchas sacaran chispas del aire que estaba pegado al agua y revoloteasen por ella fantásticas mariposas de oro.

Durante ese lapso de tiempo que no olvidarían, aquellos hombres cautivados, boquiabiertos, fueron testigos de cómo las aguas de la pequeña laguna relumbraron con una plétora de fuegos simultáneos. Llamas de luz ascendían para confundirse en las bóvedas con los resplandores de las teas. Con fuego en el alma las vieron centellear, y por un momento ardieron con ellas y en ellas consumieron sus miedos, las contemplaron con devoción y sin codicia, como otros hombres muchas generaciones antes. Afloró en ellos el sentimiento de que una belleza así no podía ser fruto del odio y, bajo sus miradas atentas, aquellas aguas despertaron tras una larga y prolongada noche de olvido.

—Caballeros —murmuró Henry Morgan con voz quebrada por la emoción—. ¡Bienvenidos a la laguna de la Dama del mar!

Con Morgan a la cabeza, no tardaron en descender por uno de los senderos laterales. Una vez abajo, el almirante ordenó a los tres hermanos que se quedasen en la orilla, vigilantes, y los dos capitanes se adentraron en la laguna.

Las aguas llegaban a Lefthand hasta la cintura, pero avanzar no era cosa fácil puesto que el lecho estaba sembrado de objetos de toda clase. Docenas, cientos, miles de objetos, todos con una característica en común.

—¡¡Oro, muchacho!! ¡¡Montañas de oro macizo!! —gritaba Morgan riéndose como enloquecido—. ¡¡La más grande fortuna que hayan visto los ojos de un pirata!!

Ayudado de la antorcha, el almirante avanzaba apartando con el pie riquezas infinitas, objetos que hubieran hecho la fortuna de un imperio. Metía la mano en el agua y pescaba cualquier reliquia que tanteaba con los dedos. Máscaras, vasos con grabados de guerreros, estatuillas, hebillas, todo de oro puro, piezas y más piezas de orfebrería talladas con una delicadeza y finura poco comunes, collares en los que se engastaban granates, amatistas, rubíes o zafiros, cruces esmaltadas, ánforas y vasijas, argollas, pulseras y objetos decorativos para casas principescas, representaciones de

animales, brazaletes y anillos con sellos, gargantillas con pepitas de oro aplanadas, colgantes y brazaletes, aguamaniles decorados con turquesas y malaquitas, cálices repujados con motivos vegetales, platos de todos los grosores y tamaños, estrellas de cinco puntas, como la estrella real, grandes y chicas, pendientes, escudos y corazas, mangos de abanicos revestidos de diamantes, ofrendas para el ajuar de los difuntos... Un tesoro digno de mil reyes cubría el lecho de roca donde se asentaba la laguna.

Su profundidad era escasa y uniforme, y cada vez que Morgan cogía del fondo una de esas maravillas, la manoseaba igual que un ciego, se la enseñaba a Lefthand riéndose a más no poder, luego la soltaba, se hacía con cualquier otra y repetía la operación. Lefthand avanzaba con su propia antorcha y sus emociones viajaban lejos.

Así que era cierto. Todo era cierto. La leyenda era cierta. El oro de la Dama del mar existía. Podían tocarlo, coger cuanto quisieran y aun sobraría para todos. Ya a medida que las pruebas fueron saliendo a la luz, una parte de él había empezado a creer que la leyenda tenía un fondo de verdad, pero su imaginación se había quedado corta. Tan feliz estaba que ya veía a su hija con una fortuna que haría de ella una dama de postín, pues en las aguas había riquezas incontables; y, sin embargo, los problemas no habían hecho más que dar comienzo, y él mismo lo intuía.

Sin ir más lejos, ¿dónde estaba el Duque? Porque, después del supuesto ultimátum, Lefthand no había vuelto a tener noticias suyas. Lo más probable era que el gobernador de Panamá, al leer la carta devuelta a través del emisario, hubiese descubierto su identidad. Pero ¿y si no fuese así? Cabía la posibilidad de que, aun habiéndose salvado, no se hubiera resuelto a dar señales de vida. En esa circunstancia, su sola presencia sería la prueba irrevocable de que Lefthand los había traicionado, y estaría por ver cuál sería la reacción del almirante.

Y de pronto, cayó en algo que lo sobresaltó y que desde el principio del viaje no se le había vuelto a pasar por la cabeza. ¿Acaso Melquíades y los gemelos no eran hombres del Duque, o por lo menos, no habían sido contratados por él para liberarlo de la cárcel? Es más, ¿no había insistido Morgan en que los acompañasen, como si confiara plenamente en ellos? Y aunque el comportamiento de los tres hermanos, hasta ahora había sido irreprochable, no albergó dudas de que con el tesoro a la vista, lo peor estaba por llegar.

—¡El casco de plata —vibró una potente voz de mujer por toda la gruta— ha de cumplir con su deber!

Lefthand sintió una especie de náusea. Escuchó esa voz como en sueños. Levantó la vista, y allí, en lo alto, justo en las rocas de donde acababan de bajar, una indígena semidesnuda permanecía en pie cuan larga era. Llevaba una antorcha. Blas y Ginés se quedaron mirando a Melquíades con ojos inquisitivos. Morgan echó mano a una de sus pistolas dispuesto a descargar un balazo sobre la intrusa.

—Quieto, Henry —dijo Lefthand, que creía reconocer a la nativa—. No piensa hacernos daño. Estoy seguro.

—Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí esa hija de Satanás? ¿Y si no viniera sola?

—Los católicos siempre temieron lo que había bajo la ciudad de Panamá —habló la mujer con voz suave pero decidida, una voz que a Lefthand le resultó aún más familiar que su semblante. Desde abajo sus facciones no se apreciaban del todo, pero se veía que su cuerpo estaba salpicado de tatuajes—. Se difundió el rumor de que había un cementerio pagano, de que la tierra de Panamá estaba maldita, habitada por malos espíritus, por demonios, poderes invisibles. Aun así, algunos hombres se internaron en las galerías. Nunca regresaron. Perecieron por su codicia. No superaron las tres pruebas. Para los católicos, su desaparición tuvo que ver con el cementerio pagano. —La nativa se detuvo, y para Lefthand todo se esclareció. Esa mujer era Nacatime, la prostituta india de Tortuga, la mujer que le había regalado el poema y el talismán—. Hasta que un día decidieron levantar una iglesia en Panamá, con el fin de santificar la tierra pagana de los indios y ahuyentar a los demonios.

—Dime que estoy desvariando, muchacho, o por todos los Hermanos de la Costa que le pego un tiro —murmuró Morgan.

—¿Y qué me dices de Diego de Ursúa? —Se dirigió Lefthand a la india.

A Nacatime, el brazo libre le colgaba inerte. Tenía una mueca grave, pero no aparentaba inquietud.

—Habría honrado el valor si hubiese conocido el miedo, porque alguien que no conoce el miedo, ¿cómo puede ser valiente? ¿Cómo puede respetar la vida de los hombres, cómo respetar la memoria de los muertos? —y tras una pausa prosiguió—: Hace muchas generaciones, Diego de Ursúa llegó a estas tierras seguro de que guardaban el secreto de la Dama del mar. Él y sus hombres movieron la lápida de la sepultura y penetraron en las galerías. Perecieron todos menos uno. Solo uno volvió para contarlo.

—¡Por Júpiter! ¿Quién eres tú para hablar en ese tono a Henry Morgan? ¿Tienes más de un siglo de edad para conocer a Ursúa, pagana? —estalló con fuerza la voz del filibustero.

—Soy Nacatime, hija de Wagala, la última de mi estirpe. Durante generaciones, mis antepasados juraron proteger el oro que pertenece a esta nación. Desde entonces velaron para que se cumpliese la voluntad de aquella que reinó entre las reinas.

—¡Rayos y truenos! —dijo Morgan mirando al español—. ¡Está agotándome la paciencia, muchacho!

—¿Qué quieres decir con «la voluntad de aquella que reinó entre las reinas»? —preguntó Lefthand cada vez más fascinado.

La india pareció tomar aire, paseó su mirada por los techos gastados de la gruta, y como alguien que rebusca en su memoria, empezó:

—Hubo una vez una reina que fue amada y respetada por su pueblo como ningún rey antes. Gobernaba con mano firme una nación rica y poderosa, pues sus conquistas habían sido innumerables, y sin embargo, llevaba sobre sí el peso del poder como un siervo más. En verdad, su pueblo era un pueblo dichoso, en la medida en que los hombres conciben la dicha, y también temido por los pueblos que no se atrevían a

hacerle frente. Esa reina era conocida como la Dama del mar.

»Tan entregada estaba a las tareas de gobierno y de conquista que había renunciado a casarse; y ello a pesar de que entre sus más nobles pretendientes estaba Malik, el poderoso rey del país rival, que como no podía vencerla en el campo de batalla, ambicionaba, de este modo, unir las dos naciones bajo su cetro. Pero un día, una partida de cazadores recogió en la selva a un extranjero que estaba malherido. Vestía extrañas ropas y una coraza y un casco que brillaban como la plata. Lo llevaron a palacio y la reina ordenó que lo curasen.

»El extranjero se quedó entre nosotros, aunque se rumoreaba que venía del otro lado del mar. Y pasaron lunas. La reina empezó a confiar en sus palabras y a mirarlo con ojos de mujer. Y él la visitaba cada vez más a menudo. Por eso a nadie extrañó que un buen día se anunciaran los esponsales entre la Dama del mar y el extranjero, que ya era conocido por todos como el casco de plata. A la ceremonia acudieron los más altos dignatarios de los países vecinos, excepto del país de Malik, cuyo soberano ni siquiera se dignó cumplimentar a la reina.

»Pasaron los años, y la felicidad del matrimonio se vio colmada por dos gemelos, un niño y una niña, de los cuales el niño habría de convertirse en el legítimo heredero del trono. Jamás se vio una madre tan preocupada como la Dama del mar por la educación de un hijo, tan dispuesta a enseñarle con su propio ejemplo lo que era el valor, la generosidad, la ambición para su país. Después de sus deberes como reina, el príncipe era su mayor desvelo y también su mayor felicidad, pues no solo lo educaba porque era el fruto de su amor, sino para que un día se convirtiese en el más poderoso y rico de los soberanos, el más justo y valeroso de los hombres y el más célebre conquistador del mundo conocido, aquel que lograría las más grandes hazañas entre todos los de su estirpe.

»A veces, la Dama del mar, su esposo y sus dos hijos, venían a esta laguna a bañarse. Lejos de la servidumbre, se sentían más libres que en palacio; pero una tarde de triste memoria, alguien se presentó en la gruta por sorpresa. Se trataba de Malik, y muy pronto los esposos vieron con qué intenciones venía. Estaba aquí para cobrarse una vieja ofensa y, desde estas mismas rocas, Malik disparó su arco al extranjero que le había arrebatado lo que le pertenecía. La flecha voló hacia el casco de plata, y lo habría atravesado, de no ser porque su hijo, valerosamente, se interpuso en su trayectoria y la flecha lo alcanzó en el pecho.

»Una semana entera se debatió el príncipe entre la vida y la muerte, al cabo de la cual, el hilo de sus días terminó de cortarse y la reina se abandonó a su desdicha. La Dama del mar se volvió loca de pena. Dio orden de que sepultasen a su único hijo varón, el que era la luz de sus ojos, en algún lugar de esta laguna y olvidó su nombre y su gloria, lo olvidó todo, excepto la causa de su dolor. Día tras día, se bañaba desnuda en estas mismas aguas, revestida de polvo de oro, para que su hijo disfrutara en la muerte del lujo que no había llegado a gozar en la vida.

»Pero el pueblo, compadecido de quien tanto había hecho por su prosperidad, se

sentía en deuda con ella, y allí donde la reina se bañaba, unos y otros empezaron a hacer ofrendas de oro al niño que pudo ser rey. De esta forma, por devoción a la Dama del mar, el oro del país acabó en estas aguas. Y con el tiempo, tantas fueron las ofrendas que el país se sumió en la escasez.

Nacatime hizo un alto, y concluyó:

—La leyenda termina diciendo que la laguna pertenecerá siempre a nuestro pueblo, pues esa y no otra sería la voluntad de la Dama del mar.

El silencio siguiente retumbó más que el eco de aquellas palabras. Morgan y Lefthand, aún metidos en el agua, apenas se movían. De repente, el almirante despertó de su mutismo y con una celeridad que sorprendió al propio Lefthand, sacó una de sus pistolas y apuntó a la mujer india.

—¡Los botines son para quienes los ganan! ¿No te han enseñado aún eso, mujer?

—No disparéis, Henry —reaccionó Lefthand con astucia—, o provocaréis un derrumbe.

Pero Nacatime, con un acento fatalista que habría hecho hervir la sangre fría del más despiadado verdugo, agregó:

—¿Acaso no es justo que el tesoro sirva para devolver a Panamá el orgullo de sus hijos, la prosperidad de sus familias? —Morgan apuntó guiñando un ojo. El cañón de la pistola retembló.

—¿Callarás de una vez, pagana? —tronó Morgan—. ¡Vosotros! —dijo haciendo un gesto con la pistola hacia los tres hermanos—. ¡Id por ella! ¡Apresadla!

—El oro de la Dama del mar debería quedarse —dijo Nacatime. Y había en su medida una nota triste, inconsolable, descorazonadora—. Pertenece a este pueblo. —Melquíades, Blas y Ginés, tan impresionados estaban que no se atrevieron a moverse; no tanto por las palabras de la india, sino por el valor que denotaba su acento, una suerte de sinceridad afligida—. ¿Es que nosotros os robamos vuestras riquezas? ¿Es que torturamos a vuestros hombres, violamos a vuestras mujeres, dejamos huérfanos a vuestros hijos? Si regasteis con nuestra sangre la tierra de nuestros antepasados, ¿por qué debemos permitir que os llevéis sus frutos? —La india bajó los ojos. No había amenaza ni ofensa en su actitud.

—¡Recuerdas solo lo que te conviene, bruja! —gritó Morgan apuntándola todo el rato—. Te olvidas de que la leyenda también dice: «Solo un casco de plata de sangre limpia, solo el hijo que se sacrificó por su padre lo hará». ¿Es cierto, o no?

—Y, ¿qué hará? —preguntó Lefthand—. ¿Qué significa el «casco de plata lo hará»?

Nacatime, con la mirada ausente, extendió un brazo huesudo hacia delante, despegó los labios y, cuando se disponía a contestar, un velo rojo opacó su visión.

Con el rostro desencajado, abrió la boca y sin una sola queja, la desventurada ahogó la voz en su pecho. Durante una fracción de segundo, la punta de una espada asomó por su vientre y brotó la sangre a borbotones. Fue como si algo se cumpliera. Una mano musculosa la empujó por la espalda y el cuerpo de Nacatime, mansamente,

perdió pie y se precipitó al vacío.

Se oyó un chapoteo sordo. Un pirata se encaramó a los riscos con la espada teñida de sangre en una mano y una antorcha en la otra. Envainó la espada y cogiendo del pelo a la joven que utilizaba de rehén, la atrajo hacia sí y la puso a la vista de todos.

—¡De rodillas! —le dijo. Elena obedeció—. ¡Espero no haberme perdido demasiado, Henry! —gritó desde arriba John el Duque, a quien algunos conocían como el barón de Montenegro.

JOHN EL DUQUE

EL CUERPO DE NACATIME flotaba en el agua dejando un rastro de sangre. En cuanto al Duque, se quedó tan abrumado al ver el tesoro que por un instante creyó que soñaba.

—¡Melquíades, Blas, Ginés! ¡Subid aquí! ¡Pronto! —reaccionó el Duque llamando a sus hombres—. Los tres se miraron embobados pero, incapaces de desobedecer una orden directa de su jefe, subieron a rastras por el sendero de rocas. Elena, maniatada como estaba, de rodillas, temblaba de impotencia. El Duque, sin soltarle el cabello y de un tirón brutal le alzó la cara. La joven profirió un gemido leve.

—Elena... —dijo Lefthand con un estremecimiento de horror.

Morgan, el rostro nublado por el asombro, miró a Lefthand y acto seguido a su lugarteniente. El Duque, con la antorcha en alto, desenvainó un cuchillo y arrimó la punta al cuello de la joven.

—¡Lefthand! —gritó—. ¡Soltad la artillería o será vuestra última oportunidad de mirar este cuello! —El español arrojó su pistola al agua—. ¿Qué os ha parecido mi pequeña idea de incendiar Panamá, Henry?

—¡Por Júpiter! ¿Fue idea vuestra?

—Qué mejor forma de distraer a los hombres y cargar el tesoro sin llamar su atención. Pero, quién podía pensar en semejantes riquezas. Nos llevará días sacarlo —dijo, y echó una ojeada a las aguas—. Y ahora, Henry, apartaos de ese perro traidor si no queréis contagiaros.

Lefthand se mordió los labios. Reconocía más a ese hombre por lo que había oído de él que por su físico. Solo en una ocasión lo había visto, hacía meses, en la entrevista del monasterio de Madrid. En aquella oportunidad, iba ataviado como un noble; ahora vestía la indumentaria propia de un caballero de fortuna. Y sin embargo lo odiaba como solo se odia aquello que se conoce. Morgan miró a Lefthand con el rabillo del ojo y, antes de que este cometiera alguna locura, intervino.

—¡Voto a todos los demonios! Dejad fuera de esto a esa mujer, John. No se merece ningún maltrato.

—No hasta que el traidor confiese.

—Pero ¿qué está rumiando vuestra cabeza retorcida? ¡Cada cual hizo aquí lo suyo, como estaba mandado! ¡Menos vos, por cierto! ¡No he vuelto a saber nada de vuestras andanzas desde Tortuga! ¡Ni una sola advertencia sobre el ejército español o sus puntos flacos! ¿Para eso os envié a Panamá? —gritó Morgan—. Sí. ¡¡Este hombre tiene toda mi confianza!! Gracias a él estamos ahora donde estamos.

Las sospechas descendieron sobre la gruta como niebla espesa. La mujer india se desangraba en el agua pero Lefthand tenía sus ojos clavados en la hija de

Exquemelin.

—Camináis a oscuras, Henry. —Y dirigiéndose a Lefthand sin dejar de rozar con la punta del cuchillo la garganta de la joven, gritó—: ¡Vos! ¡Soltad toda la verdad o le rajo el pescuezo! ¡Decidle a Morgan cómo procurasteis evitar la victoria sobre los españoles o veréis cómo se espesa la sangre de la puta!

Melquíades, que ya estaba arriba junto con los gemelos, te quedó de una pieza. ¿A quién se refería el Duque? Ese, el amable joven de los ojos verdes, el joven al que había abofeteado Guzmán Yáñez en el barco, ¿era una mujer? Y si ya estaba suficientemente preocupado, la situación se volvió torturante.

Lefthand, presto a intervenir, iba a dar un paso al frente pero la mano de Morgan lo contuvo. Era más que una orden, una súplica. Con solo un ademán rogaba al español que le concediese el derecho, al menos, de merecer su amistad.

—Si sois listo, no haréis nada semejante —dijo Morgan, que estaba apabullado por la pasión que exhibía su lugarteniente.

—Escuchadme, Henry —dijo el Duque—. Él no quiso que entrarais en Panamá. Hizo todo lo posible por que los *boucaniers* salieran derrotados y la expedición fracasara. Envió las manadas de toros contra el ejército. ¡Dejadle al traidor que confiese!

Elena levantó la vista lo justo para mirar a Lefthand. Este cruzó una mirada ardiente con ella y apretó el puño hasta clavarse las uñas en la palma de la mano.

—¡Yo maldigo el vientre que os trajo al mundo, John! —dijo Morgan, y un casi imperceptible titubeo vibró por primera vez en sus palabras, pero se repuso para decir con voz enérgica—: ¡No os creo! ¡He dicho que no os creo! ¿Un traidor alguien que me salvó la vida dos veces? ¿De cuántos caballeros de fortuna puede decirse lo mismo?

—¡Si no me creéis, subid! Acercaos y os demostraré dónde reside la traición.

El almirante lanzó un escupitajo, salió del agua y se dispuso a avanzar sendero arriba. Lefthand, que hasta ahora no había tenido ojos más que para Elena, se dio cuenta de que Nacatime, que flotaba a solo unos pasos de él, aún respiraba. A su alrededor el agua estaba teñida de sangre. La cogió en los brazos, se acercó a la orilla y tumbó su cuerpo en una roca plana. Al hacerlo, vio que en una de sus muñecas había un tatuaje idéntico al que se había referido el licenciado Padilla.

—¡La estrella de cinco puntas! —murmuró Lefthand—. La estrella real.

La mujer entreabrió los labios.

—Soy... Nacatime, hija de Wagala... la última de mi estirpe. La estirpe de la Dama del mar... Llevaba tantos años... esperándote. —Aunque apenas quedaba energía en su cuerpo como no fuese para exhalar un último suspiro, la india se esforzó en decir—: «Solo el casco de plata lo hará» significa... significa... que solo él salvará el tesoro para esta nación... la nación a la que... pertenece... Solo él logrará que se quede en la tierra de sus antepasados, en la tierra de la Dama del mar —y, entre convulsiones, hizo un último esfuerzo por revelar a Lefthand el secreto que

aún podía salvarlo.

Entretanto, Morgan llegó arriba y el Duque le entregó un papel con una sonrisa de triunfo.

—¿La reconocéis? —preguntó el Duque.

A Morgan el pliego arrugado no le decía nada. No reconoció la misiva ni sus trazos enérgicos. Y después de todo, ¿por qué iba a reconocerla si nunca había puesto los ojos ahí?

—Pero ¿qué es esto? —preguntó.

—Es natural que no os suene. Esta es la carta de la que no tuvisteis constancia. Dadle la vuelta, si os place.

Y al hacerlo advirtió que en el envés quedaban restos del lacre con el sello del gobernador de Panamá, y sobre todo, que su propia firma hecha con sangre, la firma de Henry Morgan, destacaba en el papel blanco. Y esto sí que lo recordaba. Recordaba su dedo goteando sangre sobre la carta y su firma antes de devolver al emisario el ultimátum. Porque el supuesto ultimátum que le había dado a leer a Lefthand en el campamento, antes de la batalla decisiva, era la carta que ahora tenía entre las manos.

Miró a los ojos al barón, dio la vuelta al pliego y se puso a leer.

Su infantería asciende a dos mil hombres y su caballería a cuatrocientos. Sobre todo, ha de ser un ataque rápido y por sorpresa, Henry Atacad con todo y por donde menos lo espere el enemigo. Si es posible, dad pistas falsas para confundir a los españoles. Tienen preparada un «arma secreta» que consiste en lo siguiente: agruparán docenas de manadas de toros para lanzarlas en estampida, pero a no ser que averigüen con tiempo por dónde pensáis atacar, es un arma inoperante.

Fdo: El Duque

—¿Por qué creéis que os mintió y que la estampida casi despedaza al ejército? —masculló el Duque entre dientes echando hacia atrás la cabeza de Elena, como si el cuello que lamía el cuchillo fuera el del hombre que tanto detestaba—. ¡Y esta arpía estaba entre los que llevaron a los vaqueros a vuestras posiciones! —Melquíades, Blas y Ginés, con la misma cara de congoja, tragaban saliva. Estaban allí como obligados a presenciar aquel tormento; peor aún, pues en cierto sentido se sentían culpables de lo que pasaba—. ¿Cómo pudisteis confiar en ese hombre hasta el punto de darle a leer un ultimátum, Henry?

—Porque creí que era de fiar —dijo Morgan debatiéndose para no dejar traslucir su decepción.

El almirante dejó caer su mirada. Esta acarició los riscos de la orilla y luego rodó hasta Lefthand, que estaba junto al cadáver de la india. El Duque tomó la iniciativa.

—¡¡Traidor!! ¡¡Subid o la puta lo pagará!! —Lefthand se puso en pie y subió por el sendero hasta llegar arriba. Una vez allí, reconocer en las manos de Morgan la carta firmada con sangre y hacerse cargo de la situación fue todo uno. El Duque ordenó a Melquíades que lo despojara de su sable y añadió—: El momento de ajustar

cuentas se alargaba demasiado, ¿verdad, mala víbora?

—Serán juzgados como piratas, conforme al código de la Hermandad —zanjó Morgan con un atisbo de amargura, y sin atreverse a mirar a Lefthand, estrujó la misiva y la arrojó a las aguas.

Lefthand, que solo estaba preocupado de Elena, dudaba que el Duque les permitiera llegar a la superficie; pero aunque así fuese comprendió que estaban perdidos. El código de la Hermandad era de un rigor extremo cuando se trataba de juzgar la traición, y, por si no bastase, el Duque debía de haberse enterado, sin duda por los soldados españoles o los vaqueros indígenas, del papel de Elena en la estampida.

—Excepto si reclamo mi venganza, aquí y ahora —dijo el Duque con ojos febriles.

—¿Vuestra venganza? —preguntó Morgan—. ¿A qué venganza os referís?

—¿Recordáis la anécdota española, Henry, la que se hizo célebre en España hace veinte años y que protagonizaba un muchacho por nombre Íñigo Santa Cruz?

—Vos me la habéis hecho aprender.

—En ese caso recordaréis que los españoles ganaron la batalla en el mar a los ingleses. Y que el comodoro inglés resultó muerto. Los españoles llamaron a aquello proeza; yo lo llamo cobardía.

—¿Y a qué viene todo esto, John?

—El comodoro inglés, muerto por la espalda de un sablazo, era mi padre.

Por un momento se impuso la conmoción o el asombro.

—Os burláis —dijo Morgan.

—¿Diríais que el sentido del humor es lo que me distingue? —replicó el Duque.

—El comodoro inglés —dijo Morgan— estaba casado con una dama española. ¿Acaso era vuestra madre? —el Duque asintió. Se habría dicho que la escena le causaba un placer intenso—. ¿Por eso habéis arrastrado hasta aquí al español? ¿Por eso me disteis a conocer su historia? ¿Por eso me convencisteis de que él era el casco de plata, el que encajaba en la leyenda de la Dama del mar?

—Acertáis en todo.

—Cuando vos nunca creísteis que él fuera el elegido.

—La simple idea de «elegido» me provoca repulsión, Henry. Además, ¿elegido? ¿Desde cuándo ese embustero se sacrificó por su padre? ¿Quién lo dice? ¿Los españoles? Los españoles son falaces. España y los españoles están hechos de mentiras. Os dije que el mapa del soldado de Ursúa era la clave y que, una vez en nuestro poder, el resto importaba poco. Y a la vista está —dijo señalando con un brazo hacia la laguna— que no anduve muy desacertado.

—¿Y por qué no acabasteis antes con él? —preguntó Morgan.

—Me asombráis, Henry. Porque lo necesitábamos. A él y a todos los hombres y los barcos disponibles. ¡Se trataba de la mayor empresa de la historia! ¿O es que Panamá había sido tomada alguna vez antes? Y tratándose del tesoro de la Dama del

mar, ¿creéis que me importaba posponer unos meses mi asunto?

Era increíble, y aun así, tenía todos los visos de ser cierto, pensó Lefthand. Ahora, demasiado tarde, comprendía por qué lo necesitaban esos dos; por qué, cada uno a su modo, por razones bien distintas, lo habían obligado a participar en la expedición de Panamá. No había sido más que un títere en sus manos.

El Duque dio orden a los suyos de que maniatasen a Lefthand y empujó a Elena hacia un lado, quedándose aterrada, bocabajo. Lefthand se reprimió para no abalanzarse y echarlo todo a perder. De todos modos el Duque, con la antorcha en la mano, ya lo encañonaba con su pistola. Melquíades procedió a maniarlo y valiéndose de que Morgan y el Duque intercambiaban unas palabras, susurró al oído de Lefthand:

—Ginés guarda un barrilito de pólvora en el macuto.

—Reconozco que vuestra idea de incendiar la ciudad está bien pensada —dijo Morgan al Duque—. Necesitaremos a las tripulaciones del *Ganymede* y el *Doce apóstoles* para transportar todo el oro. Transmitid a vuestros hombres que la discreción es la regla.

—Podéis estar seguro de que así se hará.

—Quiero ese macuto en el suelo —murmuró Lefthand a Melquíades, y advirtió cómo este le dejaba la cuerda lo bastante floja para liberarse sin demasiadas dificultades.

Detrás de Lefthand el infeliz de Ginés temblaba de pánico.

—Y, por fin, carroña —dijo el Duque a Lefthand. Lo apuntó con la pistola—, ¿qué muerte lenta preferís?

—¡No sois más que medio hombre! —replicó Lefthand, apurando la única posibilidad que le quedaba—. No os atrevéis más que con niñas y con mujeres.

Morgan ya estaba harto de aquella comedia. El tesoro más espléndido de la historia los aguardaba y no había más tiempo que perder.

Pero el Duque, en respuesta a las palabras de Lefthand, metió la pistola en el cinturón y sin desprenderse de la antorcha fue a su encuentro y lo abofeteó varias veces, obligándole a retroceder.

—Quién es aquí el medio hombre, ¿eh, tullido? —bramó poseído por la cólera.

Lefthand seguía retrocediendo. Miraba de reojo buscando el macuto pero no aparecía. Como Ginés estaba detrás, en caso de que lo hubiera soltado (y había tenido tiempo de sobra para hacerlo), el macuto no podía andar muy lejos. Forcejeó para desatarse pero las ataduras estaban más recias de lo que pensaba. El Duque, con expresión satisfecha, le sujetó la cara apretando las mejillas, acercó la antorcha a sus ojos. Lefthand vio de refilón el macuto. En las sombras pasaba inadvertido. Estaban llegando a su altura.

Y exactamente en el instante en que el Duque desviaba la mirada hacia un lado, Lefthand trabó una pierna entre las suyas y, con un ágil movimiento de cintura, hizo que se tambalease. Ambos cayeron entrelazados. Elena gritó. La antorcha rodó por el

suelo. El Duque acertó a ponerse a horcajadas sobre Lefthand y desenvainó su cuchillo pero, *in extremis*, Lefthand logró desembarazarse de la cuerda que le inmovilizaba las manos. Bloqueó su ataque con la mano sana. Lo aferró por la muñeca mientras el cuchillo del Duque relucía buscándole el cuello.

De improviso, a su derecha, tan próximo que casi podía tocarlo, Lefthand vio el macuto de Ginés y a su lado la antorcha.

—¡Que nadie intervenga! —gritó Morgan, pues según las leyes no escritas de la Hermandad, una disputa era sagrada para saldar las diferencias entre dos hombres.

Sin embargo, aunque Lefthand era aparentemente más vigoroso, la posición del Duque le concedía una ventaja sustancial. El cuchillo estaba a no más de un palmo de su garganta y además, mientras sostenía fuerte la muñeca del otro, con su otra mano tanteaba buscando la antorcha.

Logró tocar la empuñadura de la antorcha. Era de lamentar que fuese la mano inválida, pero no le quedaban alternativas. Concentró toda su voluntad en ella para que al menos por una vez le obedeciese. Tan solo un pequeño gesto. Con solo atrapar la antorcha y acercarla al macuto bastaría; pero los músculos se resistían entre temblores. Y a la vez, el cuchillo del Duque bajaba pulgada a pulgada, de forma irremisible. Pensó en su hija, pensó en Elena. Hizo un esfuerzo producto de la desesperación más absoluta, crispó los tendones y con un lamento ahogado que le salió de lo más hondo, se apoderó de la antorcha y aplicó el fuego al macuto.

—¡¡Elena!! ¡¡Al suelo!! ¡¡Al suelo!! —voceó.

El Duque miró a su enemigo con ojos insensatos, aflojó la presión, se fijó en el macuto que ardía al contacto con la antorcha, volvió a mirar a Lefthand y, sin mediar palabra, se arrojó hacia un lado justo antes de que sonase el estampido.

El eco multiplicó la detonación por toda la caverna. Durante los segundos siguientes el polvo se fue disipando y nada se veía; pero de repente aquellas bóvedas milenarias, esculpidas con paciencia durante un largo tiempo de espera, comenzaron a resentirse.

Al principio era una lluvia menuda pero, poco después, al igual que si unos arrastrasen a otros, fragmentos cada vez más grandes comenzaron a desprenderse de los techos. Nubes de polvo se arremolinaban en medio de un fragor estruendoso. Se abrieron cataratas de piedra. Pedazos de roca se hundían en las aguas por aquí y por allá levantando surtidores de espuma; otros, se partían al estrellarse contra el suelo con grandes detonaciones y peligrosas esquirlas saltaban por todas partes.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Morgan, que contemplaba la laguna con ojos de iluminado—. ¡Es un desprendimiento!

—¿Salir de aquí? —vociferó el Duque—. ¿Antes de cobrarme mi venganza? Ese perro morirá por mi mano.

—Pero ¿no veis que acaba de reventar? Pongámonos a cubierto, por ahora. —Y ambos salieron intentando escapar.

En medio del estrépito Elena corrió hacia Lefthand.

Al acercarse advirtió que no estaba muerto, pero que había perdido la mano en la explosión y corría el riesgo de desangrarse. Por suerte era una mutilación limpia. Con gran presencia de ánimo y según había visto hacer a su padre docenas de veces, vendó la herida abierta con jirones de ropa, y mediante un cinturón, hizo un torniquete en el antebrazo para cortar la hemorragia. Lefthand, casi a punto de desfallecer pero sabiendo que la vida de la joven dependía de la rapidez con que actuaran, se sobrepuso a un dolor intolerable.

Las rocas seguían desprendiéndose del techo. Tanto Morgan como el Duque habían desaparecido por la entrada de la gruta. Melquíades, Blas y Ginés estaban de pie, aterrorizados. Entonces una roca gigantesca fue a caer en la boca de entrada a la gruta bloqueando la salida.

—Encerrados —dijo Melquíades—. ¡Capitán, estamos encerrados!

—No —dijo Lefthand, que levantándose gracias a la ayuda de los gemelos, reveló el último secreto de Nacatime—. Hay otra salida.

Apoyado en Blas y Ginés, bajó por uno de los senderos laterales y los condujo hacia donde había dicho Nacatime, allí donde la profundidad de la laguna era mayor.

Se zambulleron uno tras otro y sus cuerpos no volvieron a aparecer en la superficie de las aguas de la caverna.

OCULTOS EN LA SELVA

LAS INDICACIONES DE NACATIME resultaron providenciales. Nadaron a ciegas bajo el agua, siguiendo el tacto de las rocas. Aunque se trataba de un pasadizo corto, fueron segundos eternos, sobre todo para Elena, que a cada brazada temía que Lefthand perdiera la conciencia. Por fortuna los gemelos tiraban de él; y eso, unido a que el pirata puso en juego toda su voluntad, evitó que se desvaneciera. El agua amortiguaba los sonidos, pero no tanto que impidiera percibir el alcance de un desprendimiento que, sin duda, iba mucho más allá de la caverna de la Dama del mar.

Al cabo, emergieron en una laguna que debía de ser minúscula; también de agua dulce, como la del tesoro. La cueva (si había que hacer caso de las palabras de la india, pues la oscuridad era absoluta) era casi contigua a la otra y sus dimensiones, a juzgar por la resonancia del eco, debían de ser muy reducidas. Hasta aquí llegaban los efectos de la explosión, pues las paredes y las bóvedas, la masa de rocas en su conjunto sugería la impresión de estar al borde mismo de la fractura.

Muy cerca se oía el arroyo que según había dicho Nacatime los conduciría al exterior. Avanzaron hacia él. Se metieron en el agua. Se dejaron llevar por la corriente justo cuando ya se desprendían de los techos algunos pedazos de roca.

Se vieron arrastrados por un sinfín de galerías. Siguieron un trayecto gélido, serpenteante, con el temor de que la fuerza de las aguas provocase algún accidente, porque a menudo de las paredes sobresalían peligrosos escollos; pero nada sucedió hasta que en uno de los múltiples giros se oyó gritar a Melquíades:

—¡Luz! ¡Al fondo se ve luz!

La luz se fue acercando con rapidez y, ante la expectación de los cinco, se convirtió en un boquete. Cegados por la claridad lo atravesaron y, sin tiempo para otra cosa más que para llenar el pecho de aire, la cascada los precipitó a las negras aguas del río desde unos veinte pies de altura.

Uno tras otro salieron a flote. Lefthand a duras penas se mantenía consciente. Su rostro exánime era la prueba de que sus energías estaban muy debilitadas.

Oscurecía, y por uno de los márgenes del río, una fila de indígenas provista de antorchas, con arcos y carcajes colgados de los hombros, remontaba el curso del Chagres. Melquíades gritó hacia allí pidiendo auxilio pero los indígenas, por sus aspavientos, ya daban muestras de haberse apercebido.

De modo que nadaron hacia la orilla. Y Blas y Ginés remolcaron a Lefthand, que se había quedado inconsciente.

Tanto ellos como ellas iban vestidos solo con taparrabos y collares, y hablaban una lengua extraña y difícil de entender; pero qué pronto y con qué sensibilidad se habían

puesto los indios manos a la obra.

Acomodaron al herido en una confortable choza, sobre un lecho de pieles. Lo desnudaron, le lavaron la herida y un viejo que llevaba una corona de plumas y tenía toda la pinta de ser un notable de la tribu, se dedicó a ponerle ungüentos en el muñón ensangrentado.

Lo peor fue la primera noche. En la choza ardía una pequeña fogata y hasta el último rincón del habitáculo estaba lleno de amuletos y collares. Lefthand se debatía en pesadillas y deliraba pero Elena se mantuvo despierta hora tras hora. El hechicero, haciendo gala de una regularidad escrupulosa, entraba en la choza a renovar el ungüento; luego le hacía mojar los labios en un brebaje y por último lo abrigaba con una pesada piel. El viejo, convencido tal vez de que la joven era la esposa del herido, una de las veces le llevó una escudilla de madera con una especie de pasta salpicada de frutos. Elena probó un bocado, por cortesía, y dejó el resto sin tocar.

Hacia la mañana la fiebre cedió pero aún transcurrirían dos días más con sus noches hasta que Lefthand estuvo fuera de peligro.

Solo al principio, muy a la desesperada, Elena acarició la idea de llamar a su padre, pero tenía tanto miedo de que los piratas (y, más exactamente, esa serpiente del Duque o el mismísimo Morgan) descubrieran su escondrijo, que no se atrevió. Y luego que su padre no era hombre que cultivase la desenvoltura en el trato, y entre eso y sus limitaciones físicas, estaba segura de que incurriría en algún desliz irreparable, algo que pondría sobre la pista a los piratas, o que por lo menos les haría sospechar.

Al cuarto día Lefthand por fin se despertó. La reconoció con ojos de infinita gratitud. Ella le pasó un paño húmedo por la frente, le sonrió y le hizo un expresivo gesto para que no dijese nada. Jamás había visto un hombre tan extenuado y jamás se había sentido tan unida a un hombre como a Lefthand.

Por la tarde hablaron un poco y él trató de comer algo. Pareció darse cuenta por primera vez de la mutilación. Los dolores eran muy agudos pero, o delante de la chica aparentaba serenidad, o en su fuero interno no estaba lejos de sentirla. Tal vez la mano inválida, la prueba del remordimiento y de la culpa, habiendo desaparecido para siempre, le devolvía ahora un poco de paz.

Al día siguiente Lefthand se incorporó en su lecho de pieles y, en un gesto de confianza que hablaba por sí mismo, envió a Melquíades a Panamá para tantear el terreno e informar a Alonso de que estaba vivo. En todo caso, él seguía siendo el capitán del *Príncipe del mar* y el responsable de todos sus hombres, incluido el padre de Elena. Antes de marcharse, Melquíades, viendo que su capitán había recobrado algunas fuerzas, regresó a la choza para devolverle algo que le pertenecía.

—Esto es vuestro, capitán —dijo haciéndole entrega de su espada—. El Duque me obligó a desarmaros.

Tumbado como estaba, Lefthand empuñó la espada que había dado por perdida y su rostro experimentó una casi imperceptible alteración. Algo dentro de él supo que

soplaba un viento favorable.

Dos días después Melquíades estaba de regreso en el campamento indio. Entró en la cabaña y se descubrió. Lefthand estaba sentado y tenía un aspecto más saludable que cuando el mayor de los hermanos se había despedido.

—¿Y bien? —preguntó Lefthand.

—Morgan y el Duque sobrevivieron, capitán.

—¿Los viste con tus propios ojos?

—Sí, capitán —afirmó Melquíades.

—Espero que ellos no tengan tan buena vista como tú.

—Podéis jurarlo —dijo Melquíades afilándose una de las guías del bigote.

—Continúa. ¿Viste al piloto? —preguntó impaciente.

—Con las primeras sombras de la tarde —dijo Melquíades muy satisfecho de sus hazañas y dándole vueltas en las manos al sombrero—, corrí a buscar al señor Valdivia y le dije que por milagro estabais vivo y dispuesto para la acción. Me preguntó que dónde podía encontraros... Ejem, para seros franco, se puso muy serio, se deshizo en amenazas, pero sin amedrentarme, yo le dije que así me rebanara dos veces el pescuezo no iba a sacarme ni más ni menos que lo que vos me habíais permitido decir.

—Nadie debe saber dónde estamos —dijo Lefthand—. ¿Qué más?

—Según vuestras órdenes, le dije que preparase a los hombres. Yo mismo me encargué de hacerle llegar a unos cuantos la verdad. Y... ¡por todos los demonios! No podéis ni siquiera concebir la alegría de los muchachos. Os creían muerto a traición, pues ni uno solo puede imaginaros vencido por nadie cara a cara.

—¿Cuánto tiempo calcula el señor Valdivia que se quedarán en Panamá?

—Tres semanas, capitán.

—¡Tres semanas todavía! —suspiró Lefthand.

—Es que el saqueo está haciéndose a conciencia, señor. Panamá aún continúa ardiendo por los cuatro costados —dijo Melquíades—. A este paso no va a quedar piedra sobre piedra. Los hombres de Morgan están dispuestos a arramblar con todo. Será un botín como no se ha visto en América. Y os juro que ya tienen en su poder una buena porción del oro y de las joyas españolas. Muchas de ellas estaban bien escondidas; pero ya sabéis lo que desatan la lengua las torturas.

—Eso significa que el tesoro de la Dama del mar...

—¡Perdido para siempre!

—Explícate.

—Entré en la catedral.

—¿Conseguiste acercarte?

—¡Y tanto, señor! Llegué hasta la tumba. Nadie la custodiaba. Estaba todo tal y como lo dejamos al entrar. Con decir que ni siquiera la cuerda habían retirado...

—Y, ¿cómo sabes que el tesoro está perdido, Melquíades?

—Porque bajé, capitán —dijo con una sonrisa de pícaro.

—¿Bajaste a las grutas?

—Hum, hum —dijo inspirando hondo—. Hasta donde pude, que fue bien poco. Me descolgué por la cuerda y avancé con la antorcha durante no más de media hora. Las rocas habían cegado el pasadizo, señor. Podéis confiar en mí si os digo que por allí no puede pasar ni una pulga.

—¡De modo que abandonaron porque lo dieron por imposible!

—¡Y tanto! Cualquier intento de penetrar en las grutas es tiempo perdido. Apostaría el bigote a que casi todo el trayecto hasta la caverna del tesoro está obstruido por rocas que se fueron desprendiendo, capitán.

—Y utilizar pólvora ocasionaría nuevos desprendimientos —dijo Lefthand para sí.

—Más pólvora sería ir directos a una muerte segura.

Lefthand se miró el muñón vendado y luego paseó la vista por la choza. Collares y amuletos de toda clase colgaban de las paredes y el techo. Era una choza amplia y confortable, y se sentía agradecido a esa buena gente por haberle salvado la vida. Recordó lo que en sus últimos momentos había dicho Nacatime interpretando la frase de la leyenda: «Solo un casco de plata de sangre limpia, solo el hijo que se sacrificó por su padre lo hará». Pensó que tanto si le gustaba como si no, su mano inválida había servido para que el tesoro no abandonara su tierra, la tierra a la que pertenecía, y no se abstuvo de poner en palabras sus pensamientos.

—Puede que, después de todo, el tesoro de la Dama del mar no estuviera hecho para los blancos.

—Es muy posible —dijo Melquíades por decir y salió de la choza para dejar reposar a su capitán, porque temía que le hubiera subido la fiebre de pronto.

Durante las semanas siguientes permanecieron en el campamento indio. Regularmente, Melquíades se acercaba hasta Panamá con el fin de ver a Alonso y recabar las últimas informaciones. Los gemelos, por su lado, hicieron tan buenas migas con la tribu que rara era la tarde en que no se los veía jugando con los chiquillos. Lefthand recobraba fuerzas de día en día, y tres semanas después podía decirse sin temor que ya estaba restablecido. Por lo demás, fue necesario que pasara todo ese tiempo para que Morgan abandonase una ciudad arruinada por las llamas y la rapacidad de sus hombres, y también para que Lefthand, no por casualidad, decidiese ponerse en marcha.

La víspera de la partida, como otras veces, Elena entró en la choza de Lefthand. Lo vio reunido con el jefe de la tribu, un individuo risueño con un arete de oro colgado de la nariz. El pirata trazaba dibujos en el suelo de tierra con la punta de un palo, y el jefe indio permanecía muy atento. En cuanto ella entró, los dos hombres se levantaron y Lefthand dijo a modo de explicación:

—Ya habíamos terminado. —El jefe de la tribu salió de la choza con una abierta

sonrisa y los dos se quedaron solos.

—Nos vamos mañana, ¿verdad? —preguntó Elena.

—Sí, se acerca el momento de rescatar a tu padre.

—¿Podremos?

—Confía en mí —dijo Lefthand, que por nada le habría descubierto lo que Morgan sabía sobre ella, con más razón ahora que este los creía muertos y enterrados en la cueva del tesoro—. Te traeré a tu padre y os llevaré de vuelta a España.

—Sé que lo harás —dijo ella.

—Un guía de la tribu nos ayudará a seguir al ejército hasta la desembocadura del Chagres. Es una ventaja contar con esta gente que tan bien conoce la selva.

Ella se quedó callada, bajó la cabeza y, por último, dijo:

—Íñigo, estos días delirabas. Te torturaba siempre la misma pesadilla.

—¿Ah, sí? —dijo Lefthand con indiferencia.

—Soñabas con una batalla en el mar, y con tu padre. Siempre el mismo sueño. Un sueño parecido a la anécdota que nos contaba Amadora en el barco, ¿no es así?

Él torció la vista.

—No, Amadora no contaba la verdad —dijo saliendo de la choza.

—La historia habla de un héroe —dijo Elena persiguiéndolo—. Un hijo lleno de valor que amaba profundamente a su padre.

Él se dio la vuelta y la miró con ojos que ardieron de rabia.

—¡Mentira! —dijo él negándose a escuchar—. Ese niño no existió. Los hombres necesitan héroes. A falta de ellos, se los inventan.

—¡Hiciste lo imposible por salvar su vida! —dijo ella con acento apesadumbrado—. Todos lo supieron.

—¿Qué supieron todos? —dijo entre dientes Lefthand—. ¿Que se ganó una batalla? ¿Que hubo sangre y muertos? ¿Que rindieron al inglés? Los cuentos aman la épica, ¿sabes? La verdad es que aquel niño estaba muerto de miedo.

—Aquel niño mostró su valor y se convirtió en un hombre valeroso —dijo con serenidad Elena, que se resistía a abandonarlo a su suerte.

—Un pequeño cobarde que mereció que le sacaran las tripas —dijo él asqueado—. ¿Sabes por qué mataron a su padre? Eso no te lo contó Amadora, pero yo te lo voy a decir. Cuando el comodoro inglés le dio la oportunidad de apartar la mano, ¿sabes lo que hizo? La retiró, la escondió como un cobarde. Fin de la historia.

Pero ella no se dio por vencida, ni le dejó sentir que la tenía a merced de esa violencia, de ese rencor duradero.

—Eres cruel, Íñigo. Eso es lo que el mundo espera de ti, y en eso te has convertido —dijo con aplomo—. Puedes matarte poco a poco; pero haciéndote todo ese daño, se lo harás también a los que te quieren. —Y arriesgándose a que la dejase con la palabra en la boca, añadió—: También a tu hija. No podrás amarla como se merece, no podrás tenerla a tu lado. —Movi6 la cabeza de un lado a otro y los ojos se le iban llenando de lágrimas. Nunca había sido tan implacable, menos aún con un

hombre del que estuviera perdidamente enamorada—. ¡Por el amor de Dios! ¡No eras más que un niño! —habló por lo bajo y con un acento tan ardiente que abrasaba—. ¡Un niño que vio morir a su padre! —Con ambas manos le cogió el brazo mutilado, recién envuelto en una prenda limpia, y se lo oprimió contra el pecho diciendo—: ¡Nada más que un niño! ¡No eras más que un niño pequeño!

Lefthand crispó el gesto y se preguntó si cabía posibilidad alguna de que su pasado le sirviera bien, de que sus pasiones no quemasen todo cuanto amaba. Pensó en el tesoro de la Dama del mar y en la leyenda, miró el brazo herido y luego miró a la chica de ojos tan verdes como las aguas de Cádiz. Fue como un relámpago de lucidez, como una súbita iluminación y, por un instante, se sintió en paz y esperanzado. Tuvo la inexplicable seguridad de que otros dolores y otros miedos llegarían, pero que la pesadilla de siempre, el sueño que le acosaba desde su infancia no volvería para atormentarlo. Y, entregándose a esa idea, abrazó a la muchacha contra su corazón con el brazo que le quedaba entero.

El 24 de febrero de 1671 partió Morgan de Panamá para hacer el camino de regreso al castillo de San Lorenzo, en el Chagres. Lo que dejaba detrás no eran más que ruinas, muerte y desolación. El botín que llevaba consigo ascendía a 175 mulas cargadas de oro, plata y objetos preciosos.

Era un botín nunca visto. Jamás se había hecho un despojo semejante en toda América, y jamás un Hermano de la Costa pudo haber pensado con más razón: «Esta es mi última empresa antes de retirarme y vivir como un rey»; sin embargo Morgan, aconsejado por el Duque, a quien muchos se alegraban de volver a ver y temían a partes iguales, no se fiaba ni de su sombra. Por eso a mitad de camino tuvo la siguiente iniciativa.

Reunió a todos sus hombres y les obligó a jurar que no se habían escondido nada del botín y que lo repartirían con equidad. Aun así, ordenó que uno de cada compañía registrase a los demás y consintió en ser registrado él mismo hasta la suela de los zapatos. Una vez hecho, volvieron a embarcar en las canoas y descendieron el curso del Chagres en dirección a su desembocadura.

Lo que no podía tener presente Henry Morgan, y tampoco el Duque, es que Lefthand los vigilaba desde la espesura de la selva. Para el español, el capítulo decisivo del viaje no había hecho sino dar comienzo.

Desde luego el botín acumulado no era el tesoro de la Dama del mar, pero seguía siendo inconmensurable. Y sobre todo era un tesoro que pertenecía a los hijos de España, a sus empobrecidos hombres y mujeres, a sus viudas y a sus huérfanos, y no a los piratas ingleses o franceses.

Es verdad que Lefthand había llegado a cobrarle afecto a Morgan, aunque no se lo reconociera a sí mismo. Por eso, al ver cómo el almirante hacía registrar a los hombres, pensó que o poco conocía sus mañas, o esa codicia que demostraba sería su

perdición. Y así se fue fraguando en la cabeza de Lefthand un plan tan descabellado como audaz.

EL BOTÍN

AL POCO DE LLEGAR A LA DESEMBOCADURA DEL CHAGRES, Morgan, sin dar tregua a unos hombres rendidos por la marcha, ordenó demoler la fortaleza de San Lorenzo y dismantelar la artillería. Entretanto, su tripulación se dedicó a cargar el botín en las bodegas del *Ganymede*, bajo la atenta supervisión de los principales comandantes. Las órdenes eran que al día siguiente, después de festejar la victoria sobre España (para estupor de los filibusteros, en los últimos días Morgan ponía el acento en la gloria y no en el valioso botín), después de la celebración nocturna de rigor, la flota se dispersase.

Hasta aquí, aunque había razones para sospechar extraños manejos, las cosas siguieron el curso normal. Que el almirante mandase cargar el botín en su navío antes de proceder al reparto, hasta cierto punto se comprendía, y solo cuando, más tarde, fueron entregados nada más que doscientos reales por barba; es decir, unas diez libras esterlinas, solo entonces cundió el asombro.

Por fortuna para Morgan y el resto de comandantes, la inmensa mayoría de los hombres ignoraba que el botín ascendía a unas setecientas mil libras. O sea, pocos estaban al tanto de que ni una cuarta parte del total había sido distribuida, reservándose Morgan y sus más allegados más de las tres cuartas partes restantes.

Y aun así, la primera reacción fue de pasmo. ¿Cómo podía ser que el despojo más extraordinario de la historia les reportase únicamente doscientas piezas de a ocho? Pero los jefes, que estaban al quite y tan interesados como el propio Morgan en acallar a los descontentos, aplacaron los ánimos. Les dieron todo tipo de explicaciones más o menos convincentes, y a la vez, los incitaron a emborracharse de lo lindo antes de zarpar por la mañana.

El sol se hundía en las montañas y los últimos fulgores de la tarde destellaban por el oeste. Sobre las negras ruinas del castillo de San Lorenzo ondeaba la bandera inglesa.

¿Qué era, entretanto, de los hombres de Lefthand?

Con doscientos míseros reales de a ocho por cabeza, la amargura de los españoles no habría conocido límites de no ser por dos detalles decisivos: primero, sabían que su capitán se había salvado; y segundo, estaban al tanto de su plan. Un plan intrépido, sí, pero que Lefthand había madurado durante días y que no aprobó mientras no se hubo cerciorado de que Morgan pensaba quedarse con el grueso del botín. Y es que sin la codicia de Morgan, sin su idea de almacenar la mayoría de las joyas y el oro en el *Ganymede*, los propósitos del español no habrían tomado forma.

Alonso hizo saber a los hombres, punto por punto, en qué consistía el plan. Con excepción de Amadora, que se presentó voluntaria para la misión más arriesgada, Alonso adjudicó a cada cual su cometido.

—¿Una mujer? —no se resistió a decir Alonso cuando la cocinera declaró sus deseos.

Pero sin dejarse intimidar, Amadora, que era genio y figura, replicó:

—La peor mujer vale por el mejor de los hombres, y veinte veces más si es un hombre... presumido, señor.

Y como la mezquindad no era uno de los atributos del piloto, y había aprendido a respetar a esa mujer insoportable que era todo valor y entereza, repuso:

—Creo que debí apostar por ti desde el principio, Amadora. Prepárate para la acción.

Por eso los españoles no vivieron el reparto del botín igual que los otros. Lo que para el resto de los piratas representaba un desencanto, para ellos no era más que el prólogo de un ajuste de cuentas, después de tanta humillación.

A fin de no provocar resquemores entre ingleses o franceses, Lefthand, siempre a distancia, dio orden de que los hombres festejaran, como todos, el final del viaje. Naturalmente los nervios estaban a flor de piel. Dentro de unas horas, la dotación del *Príncipe del mar* iba a poner a prueba su temple contra un enemigo que la superaba treinta veces en número. Y sin embargo, más que antes, los españoles se sentían unidos y sus corazones latían como uno. Puede que la existencia de un enemigo común arrojara luz sobre su verdadera sangre. Porque, si de algo había servido el viaje era para saber que no serían Hermanos de la Costa, pero que eran hermanos entre sí.

Hasta el joven Pablet, en un arrebató propio de la juventud, decidió subir a las ruinas del castillo y cambiar la bandera inglesa por una española que había robado en Panamá y que sacó de su macuto.

—Hijo —lo tranquilizó el viejo Andrade poniéndole una mano en el hombro—, ¿qué quieres, no volver a ver una sirenita?

—¡Oh, Andrade! —dijo Pablet recordando a la sirena de la que se había despedido en Tortuga—. ¿Tú crees que volveré a verla algún día, Andrade?

—Las cosas se ponen difíciles para volver allí. Pero tú ten los ojos muy abiertos, ¿me oyes? Si lo haces, siempre reconocerás a las auténticas sirenas.

Amadora, en un aparte, le dijo a Elena.

—¿Querías hacerme un favor? —y así diciendo, le hizo entrega de un saquito de tabaco—. ¿Me lo guardarías hasta mi regreso?

Elena tomó el saquito en las manos y abrazó a su amiga diciendo.

—Tú vuelve pronto.

—Lo haré. —La cocinera, que detestaba las lágrimas, se despegó de la chica—. Y dime —cambió de tema—, cuando regresemos a España, ¿me maquillarás alguna vez?

A Elena se le iluminó la cara con una idea repentina. Fue a por su macuto, se llevó a Amadora a un lugar discreto entre los árboles, y sacando una cajita como un pirata escogería la joya más preciada de su botín, se la mostró a Amadora.

—Mira —dijo entusiasmándose—. Es malaquita en polvo y kohl, ¿los conoces?

—No, no. Pero ¿qué significa...?

Con el dedo, le aplicó un sombreado verde sobre los párpados superiores y mediante un lápiz de kohl le perfiló los ojos con una raya oscura. Por último, le untó los labios con una ligera capa de cera para incrementar su brillo y le cardó suavemente el pelo con las manos.

La chica ladeó la cabeza admirándola.

—¿Ahora nadie me confundirá con un hombre? —preguntó Amadora con un candor insospechado.

—Jamás.

—Y pues, ¿estoy lista?

—Sí —replicó Elena—. Estás lista.

Pasaron un par de horas. Era noche cerrada. El jolgorio estaba en su apogeo. Las broncas y las disputas ya proliferaban. Algunos filibusteros dormían la mona pero, en general, el alboroto alrededor de las fogatas iba en aumento. Los comandantes se paseaban entre sus hombres, bebían con ellos. En realidad había mucho que celebrar. Los pocos que se habían hecho ricos y los que solo habían cobrado doscientos reales, todos a una. Morgan fue visto en las proximidades del campamento inglés paseando solo. La noticia llegó volando a Lefthand que, tras comprobar que la dirección del viento era la correcta, dio orden a Alonso de pasar a la acción en varios frentes.

Para empezar, unos pocos hombres entre los que se encontraba Amadora, fueron enviados al puerto, a una legua aproximada de la desembocadura, río arriba, no lejos de los campamentos piratas. Como se trataba de un pequeño puerto y no cabía en él toda la escuadra, el *Ganymede*, la nave del almirante, y el *Príncipe del mar* (algo con lo que ya contaba Lefthand) estaban fondeados aproximadamente a un cable de distancia del grueso de la flota.

El grupo de Amadora se dirigió con tanta naturalidad como había desear hasta el *Príncipe del mar*, que distaba unas veinte brazas del *Ganymede*. Se bajó la pasarela. El buque estaba casi a punto. Durante las horas previas fue preparado con mucho sigilo por los que se habían quedado de guardia. Amadora y el puñado de valientes, a favor de la oscuridad pues ni siquiera estaban encendidos los fanales de popa, subieron al velamen, colgaron de los penoles de sus vergas todos los garfios que se utilizaban para los abordajes y esperaron.

Mientras, Alonso de Valdivia guio a nado, para no llamar la atención, a unos cuantos hombres escogidos hacia el *Ganymede*. No fue difícil, aprovechando la apatía de los que montaban guardia y estaban medio borrachos, subir a bordo de la nave de Morgan y ponerlos fuera de combate. A continuación se descolgó una escalera de cuerda por la borda y, a una orden de Alonso, Blas, según lo previsto, lanzó el primer gavioto de gaviota para hacer notar que el barco había sido tomado sin contratiempos. Al piloto no se le pasó por la cabeza revisar a fondo el sollado y asegurarse de que no quedaba nadie en el buque. Fue un grave error por su parte.

En un altozano, por encima del campamento inglés donde habían visto a Morgan, Lefthand, agazapado en la espesura junto a dos de sus hombres, escuchó la señal anunciando que el *Ganymede* estaba en su poder. El paso más comprometido estaba dado y aún le quedaba un poco de tiempo entre la primera y la segunda señal para dar fin a sus propósitos. Suponía que a estas alturas sus hombres estarían llevando a Exquemelin al *Ganymede*. Se sentía feliz pensando que Elena vería cumplido el sueño de rescatar a su padre; pero había algo que aún le quedaba por hacer.

Llevaba un largo rato escondido, acechando la ocasión propicia. Desde esa altura, entre los árboles, podría verse el puerto con nitidez de no ser porque no era una noche clara. Las naves, como sombras, estaban ahí abajo y entre ellas su tripulación, lista para el último desafío. Los vivacs de los piratas estaban situados del otro lado y no daban al puerto.

De pronto, advirtió la presencia del hombre que esperaba. Como siempre, a no ser que estuviera con el chacal del Duque, paseaba solo. En los últimos tiempos había renunciado incluso a sus guardaespaldas, por hastío. El tricornio calado hasta las orejas, las manos cruzadas por detrás. Del Duque no había ni rastro por los alrededores. Lefthand y sus dos hombres lo siguieron a distancia. Aguardó su momento. Morgan se internó en la oscuridad de una vereda y el español lo dejó avanzar un buen trecho antes de abordarlo.

—Hola, Henry.

El almirante se volvió en redondo con prodigiosa agilidad. Frente a él estaba el español, secundado por un par de los suyos. Habría distinguido esa sombra entre mil. Una de las mangas de Lefthand daba la sensación de colgar vacía.

—¡Por... por todos los demonios! ¿Estás vivo, muchacho —preguntó con voz titubeante—, o las sombras de los muertos vienen también a traicionarme?

—Traicionaros no fue mi intención.

Morgan fue aproximándose. La única mano visible de Lefthand palpaba la pistola que estaba metida en el cinturón. Vista de cerca, la otra manga no colgaba vacía. Sus dos hombres apuntaban al almirante directamente a la cabeza.

—La perdiste en la explosión, ¿verdad? —preguntó Morgan señalando el brazo mutilado. El otro afirmó y dijo—: Si hacéis un movimiento en falso, Henry, haré que os vuelen la tapa de los sesos.

—¡Por Júpiter! Pensar que hubo un tiempo en que te creí mi amigo. Los amigos, que yo sepa, no se traicionan.

—Vos siempre dijisteis que no teníais amigos, Henry, solo súbditos.

El almirante pareció acusar la respuesta pero reaccionó con buen talante.

—Y tú, ¿qué eras, muchacho? Te recuerdo que no solo me traicionaste, sino que me hiciste perder el tesoro de los tesoros.

—Estamos en paz. Vos no tuvisteis escrúpulos en serviros de mí para vuestros fines, incluso utilizando el nombre de mi hija.

Se hizo un paréntesis. El viento agitaba las copas de los árboles.

—Hay algo que quiero que sepas: jamás tuve intención de hacer daño a tu hija.

—Eso decís vos y por eso os respeto la vida, Henry; pero ¿y si no hubiese aceptado venir? ¿Podéis jurar que el Duque no habría cumplido hasta el final vuestras órdenes?

—Ajá. Te comprendo. Ese sería el estilo de un bastardo, ¿eh? ¿Tan mal piensas de mí? —dijo Morgan con una media sonrisa. Hubo un largo silencio. El silencio sonoro de las selvas de los trópicos, que rebosa murmullos, se oye a leguas de distancia y cada noche estalla, amenazante. Morgan inspiró hondo antes de hablar—. Siempre pensé que tú eras el casco de plata. Lo creí a pie juntillas, no como el Duque, según parece. Aunque fue él quien me convenció. Sí, por eso le mandé que te hiciera venir, porque necesitaba el tesoro. Los Ancianos me acosan. Ya lo sabes. Ves que no te he ocultado las cosas importantes, compañero.

—Necesitabais el tesoro a costa de lo que fuera, Henry.

—Soy un pirata, muchacho —dijo, con cierta impaciencia—. Unas veces se gana; otras se pierde. Por lo demás —y suavizó el tono—, siempre tuve buenos sentimientos hacia ti. Te consideraba... Pero, bueno, ¿a qué has venido, si no es mucho preguntar?

—A lo mismo que vendrías vos en mi caso.

Era un buen modo de hacerle comprender. Y, en el acto, un atisbo de las verdaderas intenciones de Lefthand le alcanzó, a semejanza de una luz cegadora. Guiñó los ojos, tuvo un estremecimiento; pero se mantuvo firme, sin dar más muestras de inquietud.

—Si se trata de lo que pienso, ¿no es demasiado osado para un solo hombre?

—El botín de Panamá os pertenece menos a vos que a mis compatriotas.

—Me dejas boquiabierto. ¿De veras pretendes llevártelo?

—Esta misma noche.

—Mucha prisa tienes.

—La prisa de un padre que está ansioso por recuperar a su hija.

Morgan se quedó callado y sorbió por la nariz.

—No soy padre. Tienes que comprender —repuso con ironía—; sin embargo te respeto, muchacho. ¡Por todos los diablos! Te respeto. Ni siquiera Henry Morgan se atrevería a tanto como dices. Así que, ¿me dejarás a merced del Consejo de Ancianos? ¿Y a merced de estos capitanes indeseables? Vaya, será digno de contemplar. En cuanto sepan que la mayor parte del tesoro se esfumó, querrán arrancarme la piel a tiras entre todos. Jo, jo, jo.

—Soy un pirata, Henry. Unas veces se gana, y otras...

El almirante abrió la boca y en la oscuridad brilló su colmillo de oro.

—Muy cierto; pero los caballeros de fortuna reparten cartas entre sí. Y, que yo sepa, tengo las manos vacías.

Lefthand fue al grano.

—Estoy dispuesto a llevaros en el *Ganymede*, en calidad de prisionero. Os dejaría

en Inglaterra, sano y salvo. Allí donde nadie os amenaza con aspas rojas y donde vuestra vida no corre riesgo alguno. ¿Qué decís a eso?

Morgan se sacó el tricornio cautelosamente, lo sacudió y se lo volvió a encasquetar.

—Eres muy joven, muchacho. ¿Me conducirías en mi propio barco? ¿Con mi propio tesoro? ¿En calidad de prisionero? Hum... No es mala oferta sabiendo que piensas desplumarme y que me esperan los buitres y los chacales.

—Salvaríais la vida, Henry. Y en vuestra patria os aprecian.

—Salvaría una de mis vidas, muchacho; y perdería todas las demás. El Caribe es la única patria de los hombres como yo.

—¿Es vuestra última palabra?

—¡Diablos! Pues sí, ¿o es que me dejas alternativas? —dijo Morgan, que se guardaba un as en la manga—. No obstante, yo te haré mi propuesta. Inténtalo, ahora que aún es tiempo. El mundo es de los que apuestan fuerte. —Y se sonrió para sus adentros al pensar que no estaba todo perdido y que el Duque, que ahora mismo debía de estar en el *Ganymede*, no era hombre que se dejase pillar descuidado.

Lefthand dio orden de que lo desarmasen y atasen, y seguidamente Morgan se dirigió al español.

—El condenado, ¿tiene derecho a pedir una última gracia? —Y ante el gesto de Lefthand, añadió—: Querría asistir al desenlace.

Después de amordazado, Lefthand mandó que lo atasen a un tronco desde donde podía verse todo el puerto. Luego se puso enfrente, lo miró a los ojos y, con la franqueza de los tahúres que juegan en mesas distintas, le dijo en un español diáfano y comprensible:

—Buena suerte, Henry. —Y desapareció con sus hombres entre el follaje.

Descendieron con prudencia por la falda de la colina. Del otro lado, en los campamentos de unos y otros, la celebración proseguía. Se encaminaron hacia la zona del río donde estaban fondeados el *Príncipe del mar* y el *Ganymede* y nadaron hasta el buque de Morgan.

Lefthand desbordaba inquietud. Las nubes ocultaban el gajo de luna y, por momentos, la noche era negra como boca de lobo. Una vez en el costado de la nave, Lefthand vio cómo los más retrasados de sus hombres trepaban por la escalera de cuerda que pendía de la borda. Ahí estaban Elena y su padre, listos para subir. Con un dedo en los labios indicó a la chica que no hablase y ayudó al viejo a trepar por la escala.

Iba a subir tras ellos pero algo llamó su atención: el silencio sepulcral que reinaba en cubierta. Aunque había puesto el énfasis en el sigilo, los hombres rara vez eran tan escrupulosos a la hora de cumplir esa clase de órdenes. Además, solo el *Príncipe del mar* estaba cerca del *Ganymede*. Profundamente alarmado, dejó subir a la chica y le dijo que no descubriera su presencia. Luego rodeó la nave y se acercó a la popa.

Conocía bien la popa del *Ganymede*. Había trepado por ella en otra ocasión, la

noche en que había salvado a Morgan; así que pese a no disponer de cuerda llegó hasta la galería. El barco cabeceaba con suavidad. Con más dificultades de las previstas, alcanzó la toldilla, salvó la balaustrada y, agachándose cuanto pudo, se movió hasta la escalera que comunicaba con el alcázar.

Desde allí vio a un tipo que hacía presa en el cuello de Alonso por detrás, mientras la otra mano lo apuntaba con una pistola en la sien. Los dos le daban la espalda. Lefthand contaba, por tanto, con el factor sorpresa. El resto, unos veinticinco o treinta de sus hombres, apenas se movía. Estaban muy quietos, pendientes de las evoluciones de ese hombre imposible de identificar. Todo indicaba que esperaban algo o a alguien. Y no hacía falta mucho para deducir que ese alguien debía de aparecer de un momento a otro por la borda, como todos los demás. Alguien que, si la suerte le favorecía, iba a sorprenderlos por la espalda.

Dos hombres ayudaron a subir a bordo a Elena. Estaba claro como el agua que ese hombre, fuera quien fuese, no tendría reparos en matar a Alonso si alguien abrigaba intenciones de hacerse el héroe. Lefthand tanteó la pistola, que después del chapuzón era tan inútil como su brazo mutilado, y empuñó el cuchillo. Estudió la posición del hombre misterioso. La distancia no es que fuese excesiva. El apuro era de otra naturaleza. La escasa luz le brindaba un blanco ya de por sí exigente, y si lo que pretendía era que no se disparase el arma con la que ese hombre apuntaba a Alonso, no quedaba otro recurso que ser rápido y certero.

Así que esperó a que pasaran las nubes y, cuando el gajo de luna le permitió apuntar con un mínimo de garantías, lanzó el cuchillo sin titubeos.

La hoja surcó el aire con un tenue silbido, impactó en la mano de aquel que amenazaba a Alonso con la pistola, entre las dos cabezas, y con un quejido el arma de fuego salió despedida.

Antes incluso de que Lefthand salvase el trecho que lo separaba de ellos, sus muchachos ya tenían inmovilizado al hombre misterioso. Y la verdad es que nunca lo habría creído. Era nada más y nada menos que el Duque quien tenía frente a él. La misma y rastrera serpiente, ese enfermo de odio. Solo que ahora no tenía tiempo de ocuparse de él.

—¡Segunda señal! —ordenó en voz baja dirigiéndose a Blas.

Un nuevo gañido de Blas traspasó el aire y no pasaron ni cinco minutos cuando el *Príncipe del mar*, que estaba un poco más alejado del puerto que el *Ganymede*, empezó a moverse con parte del velamen desplegado.

El viento soplaba de sudeste y, a menos que saltase de pronto, era el más idóneo para los planes de Lefthand.

El barco se deslizaba como una mancha negra en la oscuridad de la noche. Volaba por el agua como si años y aventuras no le pesaran. Aun contra corriente, ya rebasaba la posición del *Ganymede* y se acercaba rápido al puerto donde estaba amarrada la flota. Fiel a su capitán hasta el fin, tenía una cita allí donde la concentración de naves era masiva.

Los hombres lo miraban desolados, pues como una sombra heroica corría el viejo buque hacia la muerte. Lefthand, atenazado por los nervios, no pudo reprimir un estallido de impaciencia:

—¡Vamos, vamos! ¡Maldita sea! ¡A qué están esperando! —exclamó entre dientes.

Y quién sabe si oyendo la última voz de su amo, el *Príncipe del mar* quiso dar la única respuesta que podía. Una gran llamarada emergió de su maderamen, deslumbró a los hombres, inflamó el aire, iluminó el río Chagres y, acto seguido, un fuego inexorable, sin clemencia ni humanidad, fue progresando vorazmente de proa a popa.

Entre las llamas estaba Amadora, que ataba bien la rueda del timón para que el *Príncipe del mar* no se desviase de su ruta. Se veían algunos hombres saltar por la borda y nadar hacia el *Ganymede*. En pocos segundos, el barco de Lefthand, repleto de materiales inflamables, hasta arriba de pez, resina y estopa, con hojas de palma impregnadas en aceite para que no se pudiera sofocar el fuego, convertido en el clásico brulote, la más temible de las armas, se apresuraba a cumplir su última misión. Excepto el velamen, la cubierta ya ardía como una antorcha.

Pero sucedió algo a tal punto inconcebible que ninguno de los allí presentes contaba con que sucediera. El viento viró de sudeste a sudoeste y la nave, obedeciendo al cambio de viento, iba apartándose del rumbo. Corría el peligro de encallar en una de las márgenes del Chagres o de quedarse a merced de la corriente. Era preciso ayudarla con el timón. Y era la única salida.

El caso es que la rueda había sido férreamente atada por Amadora y ahora tenía que desatarla y conducir la nave ella misma. A toda costa importaba corregir la posición para que las velas tomaran mejor el viento y había que maniobrar rápido, muy rápido, tanto como fuera posible, pues las llamas proseguían su avance y ya acorralaban a la mujer.

—¿Quién pilota? —preguntó Lefthand que, poco antes, se había dado cuenta del sutil pero decisivo cambio.

—Amadora —dijo Alonso con un deje de admiración.

Elena contuvo un grito y, con el saquito de tabaco entre las manos, corrió hacia la borda. Exquemelin se acercó a su hija por detrás y la cogió por los hombros.

—¿Amadora? —preguntó Lefthand.

—Fue voluntaria —repuso Alonso con pesadumbre—. Se lo debía a su capitán. Eso me dijo.

Demasiado tarde para poner a salvo la escuadra, se oyeron por todas partes disparos de mosquete. La obvia intención era avisar a los capitanes y, en especial, a Henry Morgan. Los disparos alertaron a algunos hombres en los campamentos, pero la mayoría tardó mucho en reaccionar, como Lefthand había previsto. Por un lado, porque los disparos eran corrientes en las celebraciones; por otro, porque desde los campamentos no se veían los barcos del puerto y, en consecuencia, tampoco el brulote.

Entretanto, desesperada, Amadora había desatado la rueda y empezó a corregir la dirección para que el barco avanzara en zigzag. El *Príncipe del mar* hizo un extraño, las velas que aún quedaban enteras dieron aletazos y, tortuosamente, el navío enmendó su trayectoria suicida.

—¡Salta, por todos los diablos! ¡Salta! —dijo Lefthand.

Ni uno solo de aquellos hombres que habían sido sus compañeros a lo largo de tantos meses habría dudado en sacrificar su vida por ella. Pero Amadora, aferrada a la rueda, cercada por el fuego, nada oía, no veía nada. Como las llamas la cegaban, como el humo negro le impedía llevar una sola bocanada de aire puro a los pulmones, y como, aun habiendo un resquicio por donde escapar, habría sido incapaz de encontrarlo, comprendió que era el fin. Y tan pronto como lo supo, aterrorizada como estaba, se negó a dejarse vencer por el pánico. Escupió un chorro de tabaco, se aferró a las cabillas del timón, apretó los dientes y, entrecerrando los ojos perfilados con ternura por su amiga, miró hacia delante, solo hacia delante, y se llevó con ella el recuerdo de los que amaba.

Algunos juraron que Amadora les echó una última mirada desde el *Príncipe del mar*, a modo de despedida. No fue así. No pudo serlo; pero qué poco costaba imaginarla. Tan poco que ni uno solo de los hombres acabó por dudar de ello. Sí, Amadora se había despedido con la última mirada de una mujer a quien ningún hombre había logrado derrotar en buena lid.

Muy poco después el brulote se lanzaba directo contra las naves de la escuadra. Se quedó enganchado a una de ellas por los garfios que Amadora, entre otros, habían colocado en los penoles de las vergas y, en menos de lo que parece posible, el velamen de los dos buques ardía como el infierno. A continuación, el fuego llegó hasta la santabárbara y el *Príncipe del mar* estalló en mil pedazos. El incendio se propagó rápidamente de un barco a otro.

Elena sollozaba. Exquemelin abrazó a su hija.

—¡A sus puestos! ¡Soltad todo el trapo! —gritó Lefthand sacando fuerzas de donde pudo, pues no solo había asistido a un drama sino a una injusticia irreparable.

Los hombres desplegaron las velas y el *Ganymede* se movió. Las llamas resplandecían, se elevaban cada vez más alto reflejándose en las aguas del puerto con tonos rojizos. Los filibusteros llegaban en pequeños grupos pero el *Ganymede* ya les daba la popa.

—Capitán —dijo Pablet con voz queda. Tenía los ojos llorosos—. ¿Puedo arriar la bandera de Morgan e izar la nuestra? —Y mostró a Lefthand una húmeda y arrugada bandera de España, la primera bandera del país unificado, la famosa Cruz de Borgoña o de San Andrés, constituida por un aspa roja sobre fondo blanco, como la marca distintiva del Consejo de Ancianos de Tortuga.

Precisamente ese, el momento más crítico del plan que Lefthand había concebido para apoderarse del inmenso botín de Morgan, el oro y las joyas que los bucaneros habían robado a su país, fue también el momento que el Duque aprovechó para

zafarse del único hombre que lo vigilaba y quitarle el sable.

—Siempre dije que no eras de fiar —dijo apuntando a Lefthand con el arma—. Y Morgan no me creyó. Tenía que haberle rebanado el cuello a tu hija cuando pude; pero aún puedo rebanárselo a su padre. Vamos, ¿a qué esperas, tullido? ¡Ven a por mí!

Lefthand lo miró con el odio duro y afilado que se alimenta a base de memoria. Frente a él estaba ese enfermo, el mismo que le había obligado a echarse de nuevo a la mar mentando a su propia hija, el mismo que había humillado a Elena sabiendo que era una muchacha, y sintió crecer la ira en su interior.

Bajó la frente, miró sus ojos claros y hundidos y empuñó la espada de su padre con firmeza. La desenvainó lenta, suave, respetuosamente, la blandió con unción. El acero forjado por el maestro Rui Giotto, el arma de Gonzalo Santa Cruz que llevaba grabada en su hoja «Pertenezco al Caballero de la negra estampa», destelló en el aire. Las llamas del incendio que devoraban la flota de Morgan la hicieron resplandecer en la noche oscura.

O el Duque fue incapaz de soportar esa visión o le venció la impaciencia, o más bien, fue un gesto estudiado, porque de un solo y preciso movimiento, separó la espada de Lefthand cogiéndola por la hoja con su mano libre y, una vez descompuesta la guardia de su adversario, se tiró a fondo; pero Lefthand hizo un quiebro inverosímil y, en el último instante, evitó una estocada que iba dirigida al pecho. Aunque no hubo pinchazo, el filo del sable le hizo un rasguño profundo en el muñón, que se puso a sangrar. Lefthand, muy consciente de que se jugaba todo a una carta, liberó su sable y, antes de que el Duque se cubriese, tomó hierro desde abajo y de un tajo ascendente le separó la cabeza del tronco, que rodó con los ojos abiertos por las tablas. El resto del cuerpo se desplomó exánime a sus pies.

A continuación Lefthand se agachó sobre el tronco de su enemigo, que se desangraba a chorros y, cogiendo un borde de la casaca, limpió de una vez la sangre de la hoja. Ya reluciente, alzó la espada de su padre en vertical, con devoción. Contempló el reflejo de las llamas en el acero toledano, unas llamas que el navío iba dejando atrás, y dirigiéndose a Pablet, ordenó:

—¡Iza la bandera de nuestro país! ¡También por Amadora!

Y con los disparos de los filibusteros de fondo, la bandera ondeó en el calcés del *Ganymede*, y una emoción incontenible embargó a los hombres de Lefthand que aún quedaban con vida.

—¡Capitán Morgan! ¡Capitán Morgan! —gritó uno de los que habían descubierto al almirante atado a un árbol, quitándole la mordaza—. ¡Los españoles huyen con el *Ganymede*!

Pero Morgan, con más razón que nadie, sabía que ni un solo barco (si alguno podía salir indemne del incendio) estaba preparado para dar caza al *Ganymede*, el navío más rápido de la flota. Respecto al Duque, a la vista estaba que no había podido evitar el desastre.

Despojado de todo su botín, entregado al Consejo de Tortuga y a la cólera de los otros capitanes, vio que Lefthand le había dado a escoger entre la vida y la muerte. Y como un jugador curtido que asiste a una jugada maestra, sonrió para sí.

—Si alguien tenía que hacerlo —dijo a media voz—, me alegro de que fuera él.

DOS MESES DESPUÉS

UN PADRE Y SU HIJA

HACÍA DÍAS QUE UN BUQUE, por nombre *Esperanza*, había atracado en el puerto de Cádiz. Parecía recién pintado y todo él relucía bajo un sol de primavera. Nadie hubiese dicho que ese aspecto irreprochable, que la doble y reciente mano de pintura del *Esperanza* escondía un nombre aterrador y bien conocido para cualquier lobo de mar: *Ganymede*, el barco del célebre pirata Morgan. Nadie en Cádiz lo hubiese dicho, salvo sus tripulantes.

Por el contrario, se decía que era el buque de un poderoso caballero a quien casi nadie conocía, ni por el físico, ni tan siquiera por su nombre. Un inglés riquísimo, se rumoreaba, alguien cuya simple mención arrancaba suspiros entre las mujeres y levantaba envidia entre sus esposos, y a quien se le conocía por el sobrenombre de El Caballero de la negra estampa.

A principios de mayo, Cádiz era una ciudad feliz. La tarde caía con esa beatitud que hace de ella un puerto más del Caribe. No había viento de levante. Todo florecía, y no solo a consecuencia de la primavera; antes bien, la animación de la gente tenía su origen en una circunstancia del todo extraordinaria. Durante los últimos años, la ciudad apenas había disfrutado de sus festejos taurinos, pues los recursos de los poderes públicos estaban muy menguados para permitirse alegrías. El Imperio se derrumbaba y los ejércitos imperiales sangraban las arcas del tesoro. Pero este año había sucedido un milagro, y en pocos días Cádiz iba a gozar por primera vez en tres años de una corrida de toros.

Algo de esto explicaba el ambiente festivo que inundaba las calles; aunque no la gravedad con la que paseaban dos hombres por la calle Sobernais, camino de la Casa de la Misericordia.

—¿Por qué diablos quieren vernos? No tiene mucho sentido, ¿no te parece? —preguntó Lefthand—. Hace solo una semana que estuvimos allí.

—No es a mí a quien llaman sino a ti, amigo mío —dijo Alonso con una sonrisa picara.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Por Belcebú! Está bien claro. Preguntaron por el señor Santa Cruz, ¿o no?

—Puede que las monjas se hayan arrepentido...

—Puede ser; pero no conozco una sola orden religiosa que se arrepienta de un buen donativo. Y menos tratándose de unas monjas tan necesitadas como estas.

Cuando llegaron a la puerta de la Casa de la Misericordia, la misma monja regordeta que una vez les presentó al pobre Guzmán Yáñez, los esperaba en el umbral. Vestía sus mejores galas. Una túnica impoluta con una cruz roja bordada en el pecho y escapulario y velo negro sobre una toca de lino.

Los hombres se descubrieron. Lefthand, viendo la sonrisa radiante de la monjita,

le ofreció la mano. Le consternó ver que esta se la cogía con las dos suyas y le besaba el dorso con un afecto que rayaba en la veneración.

—Madre... por favor —dijo Lefthand en voz baja—. Esto no es necesario.

—Sed bienvenido. Si supierais cuánto, cuánto nos costó dar con vuestra merced. Desesperábamos ya de volver a veros.

—Pues aquí estamos —dijo Lefthand con timidez.

—En persona, gracias a Dios —repuso la monjita, que echó una fugaz mirada a Alonso—. El Señor os ha guiado hacia esta humilde morada de acogimiento.

La monja condujo a los piratas a través del patio interior, que solo unos días antes estaba muy descuidado y con las paredes cubiertas de desconchones. En los soportales, una cuadrilla de obreros con las ropas llenas de manchas, revoloteaba en torno a una escalera. El patio estaba recién encalado. Olía a pintura fresca. Macetas de gitanillas colgaban de las pilastras. Dos jilgueros, en sendas jaulas de madera, ponían una nota de alborozo en la paz de la tarde.

—¡Diabl...! Por lo que veo —dijo Lefthand rectificando—, todo marcha viento en popa.

La monjita se dio la vuelta, cruzó las manos bajo la garganta y, mirándolo con sus grandes ojos mansos, dijo:

—Vamos a pintar toda la casa. Ahora mismo están reforzando las vigas de madera de los soportales. —Y señaló con una mano hacia los obreros—. También compramos plantas y dos pajarillos. —Se llevó la mano al pecho—. ¡Dan tanta paz a los corazones angustiados!

—Estupendo —dijo Lefthand, que intercambió una mirada con Alonso. Y antes de seguir camino adelante la monjita añadió—: Si la gente fuera como vuestra merced, otro gallo nos cantara, señor Santa Cruz. Pero este es un país de pillos, un país ingrato es el nuestro. ¡Ay! Y eso que yo... —Y con un gesto que Lefthand recordó de pronto, la monjita, llevándose dos dedos a los labios, hizo ademán de abrocharse la boca—. Seguidme por aquí, si os place.

Como sucediera una mañana de muchos meses antes, la monjita los condujo hasta la sala de acogida. Todo aparecía más nuevo y la miseria, temporal o definitivamente arrinconada. No obstante la sala estaba llena de jergones ocupados.

Junto a la pared de la entrada estaban las monjas del hospicio. Saludaron a los piratas con afabilidad. Como una niña que estuviera disfrutando, la monjita los guio por los pasillos. El pretexto era mostrarles los cambios. Por aquí una ventana nueva, por allá un gran crucifijo. Iban a reformar toda la casa y ya habían comprado jergones, y lámparas y más ropa, y habría comida fresca todos los días, y las deudas ya habían sido pagadas; no quedaba un solo acreedor por cobrar, etcétera, etcétera; y sin embargo, a partir de un determinado momento, Lefthand no dejó de pensar que la monja ocultaba sus verdaderas intenciones.

—Madre —dijo Alonso, que seguía a Lefthand—. ¿Todavía está por aquí el muchacho que dormía junto a Guzmán Yáñez? ¿Recordáis? El de las

bienaventuranzas.

La monjita se detuvo en seco y le dedicó una sonrisa dulce al pirata diciendo:

—Se nos marchó, señor Valdivia —manifestó—. Está en la casa del Padre, en donde moran las almas puras.

Y repentinamente algo que no parecía fruto de la improvisación se desencadenó.

Entre un rumor de toses y carraspeos, sábanas y mantas que se agitan, jergones que chirrían, uno tras otro, todos y cada uno de los hospicianos se fueron levantando. Unos se apoyaban en bastones; otros eran auxiliados por sus compañeros; los había que se sentaban al borde de la cama antes de tomar impulso y ponerse en pie por sus propios medios; pero todos, los desamparados y humillados, los viejos y los enfermos se erguían por igual. Había orgullo en sus caras. Sus ojos relampagueaban. Se levantaban al paso de Lefthand, lo miraban con respeto y le hacían un contenido movimiento de cabeza. Algunos se llevaban la mano a la sien, en un lánguido gesto que estaba entre un saludo militar y una despedida; o bien le sonreían, porque desde lo más hondo de su pobreza intuían que estaban siendo honrados por un hombre honesto, un hombre que no los ignoraba.

Lefthand palideció. La monjita, volviéndose hacia él con un pañuelo en la mano, se sonó con fuerza.

—Creedme, lo intenté; pero fue inútil pedirles que no se levantaran —dijo—. Todos querían agradecer la generosidad de vuestra merced. Gracias a vos no tendremos que cerrar este hospicio.

Lefthand se detuvo al pie del jergón de Guzmán Yáñez. Por casualidad, el suyo era uno de los pocos que permanecía sin ocupar. Se quedó mirándolo unos segundos y le vino a la memoria el recuerdo de aquel hombre que amaba su tierra con tanta necesidad como dolor.

Bajó la cabeza. Si hubiera recordado alguna plegaria... Si tan solo hubiese recordado alguna...

La monjita lo tomó delicadamente por el brazo y lo condujo al centro de la gran sala, allí donde había un espacio libre y un extraño bulto sobre un pedestal. Una gran tela cubría el bulto y caía sobre él formando pliegues. Los hombres estaban de pie, con caras expectantes, se diría que jubilosas.

—Os lo suplico —le dijo la monjita, que estaba entre Alonso y él mismo—, haced vos los honores. Descubridla.

Cogió un pliegue de la tela y tiró. Lo que surgió ante sus ojos lo dejó sin palabras. Era una talla de madera barnizada. Se trataba de un hombre con capa y sombrero sospechosamente parecido a él mismo. El ala del sombrero, echada sobre el rostro, le ocultaba las facciones.

Lefthand se inclinó sobre la placa que figuraba al pie de la escultura y leyó:

«Gracias al Caballero de la negra estampa esta Casa de la Misericordia acogerá siempre al necesitado».

—Alguien nos apuntó que preferiríais que vuestro verdadero nombre no figurase

—justificó la inscripción la monja poniéndose colorada. Lefthand miró a Alonso y este, con cara de circunstancias, carraspeó desviando la vista.

El pirata se irguió y abrió la boca. Se acordó de su padre. Le hubiera gustado encontrar las palabras exactas, esas que no mienten, las únicas que dicen la verdad, pero él no era un hombre que se desenvolviese hablando y se le había hecho un nudo en la garganta. Miró hacia un lado y hacia otro, y estuvo seguro de que por mucho que se esforzase nada saldría de sus labios.

En ese preciso instante, alguien cogió dos jarras de metal de las que los hospicianos bebían y las entrechocó con fuerza. A continuación, volvió a hacerlo una vez más y luego otra vez, y otra, y otra más, con método, sin pausa, a intervalos regulares. Al momento, alguien secundó la iniciativa y se puso a entrechocar otro par de jarras de peltre, y luego un tercero siguió a esos dos, y más tarde un cuarto, y así hasta que todos aquellos hombres, juntos, sin una sola voz ni una palabra, con una solemnidad que conmovió a Lefthand como nada en la tierra lo había conmovido, se pusieron a entrechocar todas las jarras. Las paredes eran demasiado endebles para contener un fragor que se oía dentro del recinto y más allá, y aquel fragor viril que resonaba con altivez y sin complejos, hizo que algo en él se apaciguase.

La monjita sacudió una mano mirando a Alonso. Tan emocionada estaba que cogió su pañuelo y se enterró en él. Alonso se acercó a su amigo y lo cogió por el hombro.

—Tu padre —le dijo al oído— se sentiría orgulloso de ti.

Lefthand apretó los labios y movió la cabeza levemente, como afirmando, agradeciendo un honor que no le correspondía. Lo hizo por los ausentes, por los caídos. Y al ver que la barahúnda no cesaba, se volvió hacia la monja para decirle algo y, suavemente se caló el sombrero.

Poco después, seguido por Alonso, Lefthand desapareció en las profundidades del corredor que conducía a la salida. Y a lo lejos, muy lejos, cada vez más lejos, mientras su espalda se empequeñecía en las sombras del pasillo, aún seguía oyéndose el fragor de las jarras de peltre, incansable, inextinguible.

Al cabo de unos días llegó la hora grande de la ciudad. Después de tres años, la plaza de Cádiz lucía otra vez engalanada para una corrida de toros. El pavimento estaba cubierto de arena, alrededor se habían levantado graderíos y los balcones del consistorio iban siendo ocupados por políticos y visitantes ilustres. Ni que decir tiene que las ventanas y los balcones más codiciados de la plaza se cedieron a la fuerza por sus dueños e inquilinos. De unas y otras pendían banderas y tapices con escudos de armas. Habría unos veinte mil espectadores. Un clamor se elevó en el aire cuando varios gentilhombres a caballo salieron a la arena.

En un balcón donde no los molestaba nadie, estaban el conde de Veraguas, su amante, Ana Mendoza, y la hija de ambos, si había que hacer caso de los rumores. Y

eso que la niña, de cabello castaño como su madre, en nada se parecía a su pretendido padre y tenía un par de ojazos tan negros como una noche sin estrellas. El día antes habían llegado de Madrid, invitados por los organizadores. Esa fue la única condición que impuso el Caballero de la negra estampa para sufragar los gastos de la corrida. Pequeña condición, teniendo en cuenta que sin la generosidad de ese hombre sin rostro, Cádiz, al igual que otros años, se habría visto obligada a renunciar al festejo.

—¿Qué bicho te ha picado? ¿Por qué estás tan desagradable con el conde? —dijo Ana Mendoza aprovechando que el conde de Veraguas se había ausentado un momento.

—No me gusta, madre —dijo María.

—¡Por el amor de Dios! No hace falta que te guste. Es poderoso y tiene influencias. No seas antipática con él. ¿O es que quieres que no te adopte?

—Nunca será mi padre —musitó la pequeña.

—¡Cállate! Tu padre está muerto. Era un mal hombre.

—Sí, lo sé. Me lo has repetido muchas veces —dijo María con voz rota.

—Si fueras menos egoísta, si te parecieras menos a él y pensaras más en tu madre, no te comportarías así. ¿Acaso crees que yo no me siento sola? —La pequeña despegó los labios, pero no dijo nada—. ¿Y sabes lo que significaría que el conde te adoptase? ¿Sabes cómo nos cambiaría todo? ¿Te has parado a pensarlo?

—No, madre.

—Porque tú tienes una vida por delante pero ¿y yo? —María bajó un poco la vista. Se quedó mirando el albero sin pestañear y su madre dijo entre dientes—: ¡Y no llores ahora! ¡No seas caprichosa! —La cogió por un frunce del vestido y la zarandéó con rabia.

En ese instante el primer jinete se aproximó al toro. Haciendo un quiebro, esquivó su arremetida y se dejó perseguir en círculos. Seguidamente hundió el rejón con tal acierto que el público se levantó de sus bancadas. El toro se puso a cabecear. Un borbotón de sangre manó de la herida. Miles de gargantas aullaron en los graderíos.

—Lamento haberme demorado —dijo el conde de Veraguas que, acercándose por detrás, tomó asiento entre la madre y la hija. Era el conde un gordinflón con voz estridente y una enfermedad muy llamativa. Tenía las manos y el rostro enrojecidos, como alguien que abrasado por el sol estuviera mudando la piel—. A María no le fascinan las corridas de toros, mucho me temo —dijo.

—Oh, nada de eso —se apresuró a replicar su madre—, es que está un poco impresionada.

—Comprendo —se avino a decir el conde—. También a mí me impresiona mucho la sangre. —Y miró de soslayo a la niña, que sintió su mirada como algo físico. La pequeña se frotó los ojos. Ni esto era una pesadilla ni había forma de despertarse. Abajo, el jinete picó espuelas y el toro, haciendo un alarde de coraje, se arrancó hacia la montura con las pocas fuerzas que le quedaban—. La tauromaquia tiene sus misterios —murmuró el conde, y toqueteó la medallita de oro con la Virgen

de la Almudena que colgaba del pecho de la niña—, misterios que con gusto podría explicarte, si tú quisieras.

La piel escamosa del conde de Veraguas había cobrado un tinte rojizo. María apretó un puñito dentro del otro.

—No quiero —dijo echándole valor. De repente, se oyó un aullido saliendo de miles de gargantas y la niña se tapó los oídos.

—¿Sabes qué es lo que más nos atrae del toro de lidia, María? —Y haciendo una pausa, el conde se respondió a sí mismo—: El coraje. ¿Y sabes por qué es tan valeroso ese animal? Porque es casto. Su coraje proviene de su pureza —dijo muy quedamente a la niña—. Y todo hombre que se precie, es un amante del coraje y de la pureza.

—Odio las corridas de toros —replicó María sin destaparse los oídos—. Las odio. Las odio. ¡Las voy a odiar siempre!

—¡¡María!! —voceó la madre.

En la arena el toro era arrastrado hacia el matadero entre los aplausos del público.

De pronto remitieron los aplausos y un murmullo de voces recorrió las bancadas. Incluso en los balcones se prestaba singular atención. La curiosidad iba en aumento. Más aún, la salida del siguiente toro se retrasaba y, conforme el rumor se difundía, cada vez cobraba más sentido la sospecha de que una persona de alcurnia, alguien muy especial acababa de hacer su aparición.

Y en realidad no era para menos. Los organizadores del festejo abrían paso al benefactor, al hombre de quien todo Cádiz hablaba desde hacía días, al extranjero que por fin se dejaba ver en público. Inglés o no, el Caballero de la negra estampa avanzaba precedido por los organizadores y entre la expectación creciente del público, para ocupar algún balcón reservado.

Iba vestido Lefthand con gran esmero y elegancia. Todo de negro, incluidos los puños de encaje y, en especial, la capa de terciopelo, resplandeciente como nunca se había visto otra igual en todo Cádiz. La noticia corría de acá para allá y la gente le hacía pasillo, lo miraba entre murmullos de admiración. Y no es que Lefthand se sintiese a gusto con esas ropas, más bien al contrario; pero guardaba vivo en su recuerdo el día de la primera comunión de María y su propio y desastrado aspecto, y eso lo reafirmaba en la idea de que hoy su hija no se avergonzaría de su padre.

—Vaya, así que al fin conoceremos a nuestro anfitrión, querida —dijo el conde de Veraguas alargando el cuello.

—Eso parece —repuso Ana Mendoza recolocándose el vestido—. Qué emocionante, ¿verdad María?

Pero la pequeña cerró los ojos y ya nada le importó.

La distancia entre Lefthand y su destino menguaba. Ya tenía a la vista el balcón. Se lo habían mostrado los organizadores. Ya podía ver las tres figuras sentadas allí, como una verdadera familia. No quiso seguir mirando. Había sido más seguro mandar a buscarlos antes que desplazarse él a Madrid. Después de todo, en la capital

tenía un patíbulo esperándolo y no era descartable que alguien lo reconociese. Con la pequeña tan cerca no quería correr ningún riesgo.

Quiso subir solo las escaleras de la casa. Se preguntó cómo reaccionaría su hija, y todo lo que había a su alrededor se desvaneció como por ensalmo.

Estaban esperándole de pie, dentro de la casa. Afuera sonaron los clarines anunciando el siguiente toro. Su hija estaba en el medio. Entre su esposa y ese hombre. Solo a ella vio. La contempló solo a ella. Lo único sagrado en su vida. Con qué ansia había aguardado el momento. ¡Cuánto había crecido! Y, ¿qué edad tenía? ¿Ocho años, nueve? Se descubrió, hizo una ligera reverencia, puso el sombrero bajo su brazo mutilado.

—Soy el conde de Veraguas —se animó a decir el gordinflón—, y nos sentimos muy honrados por...

Pero Lefthand, que no dio muestras de ver al conde, se puso frente a su hija, respiró profundamente, y dijo sin más:

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —A María se le iluminó la mirada y su cuerpo tembló como una hoja. ¿Ese señor era aquel que por las noches le contaba cuentos, el mismo que echaba en falta? ¿Era el señor con quien no tenía necesidad de explicarse?

Pasó un lapso interminable. El público gritaba otra vez en los graderíos. La madre no se atrevía a decir nada. El conde pensaba que tenía derecho a sentirse ofendido, pero no era capaz de articular palabra ante ese caballero al que le faltaba una mano.

—¿Padre? —preguntó ella—. ¿No estabas en el cielo?

Lefthand tragó saliva, cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios.

—Nunca estuve en el cielo, hija mía.

—¿Por eso has vuelto?

—Por eso he venido —dijo Lefthand y, tras unos segundos de vacilación, se atrevió a decir—: Perdóname por no haberte sabido cuidar.

Ana Mendoza se interpuso.

—¿Cómo te atreves... a volver? —preguntó con voz casi inaudible, fulminando a Lefthand con la mirada.

María escuchó a su madre muda de asombro.

—Quería ver a mi hija antes de marcharme —dijo Lefthand—. Además, vengo a decirte que María tiene su futuro resuelto. Puede que el dinero no haga de ella una mujer feliz; pero la ayudará a ser una mujer más libre.

—¿Estás loco! —dijo ella mortificada por los celos—. Deberías estar muerto. ¿Por qué no estás muerto todavía? —alzó la voz perdiendo los estribos.

La niña tenía el aspecto de una mujer madura, y como aquellos en los que se ha posado el dolor para siempre, no dio la más mínima muestra de acobardarse. Estaba acostumbrada a esa clase de reacciones en su madre. Lefthand sintió que en otro momento, en otro lugar, el resentimiento se habría adueñado de su espíritu; pero no hoy. No aquí, ni ahora.

—¿Vas a llevarme contigo? —preguntó la niña a su padre.

Lefthand fijó la vista en la medallita de Nuestra Señora de la Almudena y su semblante se dulcificó.

—No he venido a separarte de tu madre, cariño.

—¿Te vas a ir otra vez?

—Por desgracia, es necesario.

Pero la niña, que absorbía cada palabra suya, sintió que jamás se había ido de su lado. Y su cuerpo, sus gestos, toda ella voló hacia su padre sin tan siquiera moverse del sitio. Ana Mendoza lo percibió, lo supo antes que nadie, intuyó el sentimiento de la niña con perspicacia.

—¡No te muevas! —exclamó la madre—. ¡Te lo ordeno!

La pequeña alargó el brazo hacia su padre con la manita extendida.

—Llévame contigo —dijo.

—Quédate donde estás, María —siguió diciendo la madre en voz baja—. Crees que serás más feliz con él —dijo, y asomaron dos lágrimas de desesperación a sus ojos—. Pero eso es porque no lo conoces como yo. ¿Me estás oyendo, hija mía?

—Llévame contigo —insistió María, que era la voz de la serenidad.

—Te lo prohíbo —dijo Ana Mendoza en un tono irresistible, cautivador. Sacó un pañuelo de la manga y lo retorció entre las manos—. ¿Me estás escuchando? Te prohíbo que vayas con él.

—¿No está oyendo vuestra merced lo que dice su madre, caballero? —terció para sorpresa de propios y extraños, si los hubiera, el conde de Veraguas.

Lefthand volvió la vista hacia el conde. A continuación dio un paso hacia el mequetrefe, puso la mano en uno de sus hombros y, sin que un solo músculo de su cara lo delatase, presionó con fuerza sobrehumana. Acto seguido el noble, imposibilitado para dar un paso en ninguna dirección, sintió cómo sus piernas flaqueaban, las rodillas cedían y, en medio de un dolor atroz y punzante, al borde de perder la consciencia, se arrodilló frente a Lefthand.

Avergonzada más allá de toda expresión, Ana Mendoza ahogó un sollozo en el pañuelo y desvió la cara hacia un lado.

Imperturbable, Lefthand tomó la mano que su hija le ofrecía y la miró con fijeza a los ojos. Ella percibió la intensidad de su angustia.

—Vámonos, padre —dijo María—. Vámonos ya.

Y solo entonces se llevó a la niña de aquella casa extraña.

Pocas horas más tarde, en el puerto de Cádiz, el *Esperanza* se preparaba para hacerse a la mar. Algunos de aquellos que habían pertenecido a la tripulación del *Príncipe del mar* y habían participado en la expedición de Panamá se quedaron en tierra y siguieron su camino.

Como Pablet, el valenciano, que fue aprendiendo a distinguir a la primera ojeada las sirenas de las mujeres de carne y hueso; o el viejo Andrade, sobre quien se dijo

que había comprado un terreno fértil en un valle de su tierra natal, en Oviedo, y que por fin se declaró a la dueña de sus días; o el gallego Téllez, con un dedo menos que cuando partió, pero con el vivo recuerdo de su más extraordinaria aventura; o el licenciado Padilla, que pudo regresar a sus estudios sin mayores contratiempos que administrar su parte del botín; o Mateu, el capellán, más reconciliado con Dios que al principio; o Pata de palo, que tan supersticioso como siempre, volvió con el rabo entre las piernas a su taberna del Tiburón y a sus peleas conyugales.

En otros casos, las dudas se ciernen sobre muchos de aquellos tripulantes valerosos. Algunos volvieron a su tierra de origen; otros, que ni antes ni después fueron lobos de mar, se dieron a los más diversos oficios, pero en conjunto y sin excepción volvieron en todo más ricos de lo que habían salido. Quedan sin embargo unos pocos que le cogieron gusto a la vida en la mar; bien fuera porque llevaban el salitre en las venas, como el Pelirrojo, con su inseparable cañoncito, o porque decidieron continuar con su capitán, como Melquíades, Blas y Ginés.

Los gavieros fueron enviados a las vergas para largar el velamen. A continuación, media docena de hombres se pusieron a virar el cable en el cabrestante, hasta que el ancla apenas tocó fondo.

En el muelle, un viejo de ojos verdes procuraba disimular sus emociones. Era Exquemelin, que tras haber recuperado a su hija, ahora tenía que despedirse de ella. Y sin embargo, no era solo tristeza lo que acusaban sus ojos viendo el *Esperanza* listo para zarpar, pues pese a todo, Elena parecía la más dichosa de las mujeres y la más enamorada.

En el puente del alcázar, Lefthand rodeaba con un brazo a la joven, hermosa como un lirio, vestida por fin de mujer y con el pelo ya un poco crecido. Con el otro rodeaba a su hijita. Cuando se largó la cangreja y todo el barco vibró, Elena cogió a la niña. La atrajo hacia sí, la abrazó por detrás e inclinando la cabeza hacia su rostro, le dijo algo y le dio un beso cariñoso en la mejilla.

Lefthand aspiró la brisa salada. Se acordó de los caídos, de Amadora, Guzmán Yáñez y tantos otros que habían perdido su vida en la empresa de Panamá y por un instante, allá en la proa, le pareció ver al espectro de su padre mirándolo con una sonrisa y los brazos cruzados sobre el pecho antes de despedirse para siempre.

Se deslizaron las cargaderas, se haló sobre las escotas para que las velas cuadras se desplegasen y tomaran viento, y el buque empezó a moverse. Melquíades izó la Cruz de San Andrés en todo lo alto. El ancla fue izada chorreando y amarrada en el pescante. Elena y la pequeña María agitaron el brazo para despedirse de Exquemelin. Lefthand oyó la voz inconfundible de alguien que los miraba alborozado. La voz de alguien fiel hasta la muerte.

—¿Qué rumbo pongo, capitán? —voceó Alonso, que se pasó la mano por la nuca preguntándose cómo diablos no había reconocido a Elena en el muchacho de ojos verdes durante toda la travesía.

Lefthand miró a su hija y a Elena con ternura, como consultándolas por última

vez sobre su destino común. No había lugar para la pena, ni para las lágrimas ni para la nostalgia; había solo una sed insaciable de esperanzas y de futuro, el deseo de levantar un hogar junto a aquellos a los que se ama, en una tierra de paz, sin envidias ni recelos ni sospechas.

—Cualquier rumbo, señor Valdivia —dijo Lefthand cargado de razón—. Llévenos a cualquier parte, pero lejos de aquí.

Y con su silueta recortándose contra el crepúsculo, el *Esperanza* fue ganando velocidad.

EPÍLOGO

LA NOTICIA DEL SAQUEO DE PANAMÁ no solo provocó estupor, sino que indignó y sacó de quicio a las autoridades españolas, que pidieron la cabeza de Morgan. La clave estaba en el Tratado de América, también llamado Tratado de Madrid o Tratado Godolphin, como había informado *sir* Modyford, el gobernador de Jamaica, al almirante Henry Morgan. Dicho tratado se firmó en Madrid el 18 de julio de 1670, y si bien no entraba en vigor hasta su publicación, es decir, hasta ocho meses después, oficialmente Inglaterra estaba en paz con España cuando Morgan dirigió el ataque que asoló Panamá.

Tal vez la cuestión política salvó la vida del filibustero.

Ya en el reparto del botín los piratas se habían sentido engañados, pero cuando más tarde Morgan fue despojado de su buque insignia y del inmenso botín por Lefthand, se vio rodeado de enemigos. El más implacable era el Consejo de Ancianos de Tortuga. En primer lugar, porque le debía una cantidad considerable; en segundo, porque la paciencia del Consejo tocaba a su fin y, por último, porque Morgan habían empeñado su honor por Lefthand. Sin embargo la fortuna no lo desamparó, pues aún contaba con un valioso aliado: Inglaterra.

El hombre que por encima de todo odiaba el poder, se arrimó a este para salvar el pellejo, y como Inglaterra necesitaba un gesto propagandístico que acallase las protestas de España, unos meses después se le deportó a Londres. Permaneció allí dos años. Fue tratado como una celebridad. Se le sometió a una pantomima de juicio, del que naturalmente salió absuelto y, por último, como añoraba el Caribe, su única patria, fue nombrado *sir* por el rey y enviado a Jamaica en calidad de vicegobernador de la isla. Su misión era muy concreta: acabar con la piratería. Después de todo, se trataba de un arreglo muy conveniente para ambas partes.

Así fue como Henry Morgan, ya fuese para acabar con la ominosa amenaza de los Ancianos que pendía sobre su cabeza, o por venganza contra un mundo del que había sido desterrado, se convirtió en el peor azote de los piratas. Desde su puesto oficial como vicegobernador de Jamaica, hizo cuanto pudo para acabar con aquellos a los que había comandado como almirante en jefe.

Traidor a los suyos y a su destino, hombre sin patria, Henry Morgan vivió sus últimos años como una gloria nacional. Protegido por su país, en 1688, a la edad de cincuenta y tres años, consumido por el alcohol y por una vida de excesos, expiró tranquilamente. Su cuerpo fue enterrado en un sepulcro de la iglesia de Santa Catalina, en Port Royal. Con él finalizó la gran época de la piratería en las Antillas.

AGRADECIMIENTOS

DESEO EXPRESAR NO SOLO MI GRATITUD, sino mi afecto, al editor de la novela, Miguel Ángel Matellanes, por su dedicación y entusiasmo, por su respeto vocacional hacia quienes hacen de la escritura una suerte de fe, y porque estuvo a mi lado.

A mis agentes, Silvia Bastos y Pau Centellas, por su buen hacer y su apoyo irremplazable.

A mis padres, sin cuya generosidad y desvelo nunca habría sido posible nada.



Edmundo Díaz Conde (Ourense, 1966). Recibió el 56.º Premio de Novela Ateneo de Sevilla (2015) por su obra «El hombre que amó a Eve Paradise».

Es autor además de otras obras como «El club de los amantes» o «El príncipe de los piratas». Funcionario de la Administración de Justicia, Díaz Conde acumula una serie de galardones y nominaciones. Ganó el 3.º Premio de Novela Ciudad de Badajoz, fue finalista del Premio Ateneo de Sevilla en 2002 y del Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio en 2008.

Díaz Conde ha colaborado, entre otras publicaciones, con *El Correo de Andalucía* y la revista cultural *Mercurio*.